



ALA SOMBRA DE EINSTEIN

La maravillosa mente
de Mileva Marić

MARIE BENEDICT

 Planeta

D.J.57

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

Primera parte

Cita

1

2

3

4

5

6

7

8

Segunda parte

Cita

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

Tercera parte

Cita

36

37

38

39

40

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Esta reveladora novela con tintes biográficos se abre con la joven Mileva como única mujer estudiante de Física en la Universidad Politécnica de Zurich. Brillante, entregada y ambiciosa, atrae la atención de un extrovertido Albert Einstein, cuatro años más joven que ella, quien, para conquistarla, le promete un futuro juntos en igualdad, como compañeros, científicos y amantes. Sin embargo, estos planes de vida y trabajo en común se verán truncados cuando las responsabilidades familiares empiezan a caer sobre los hombros de Mileva.

A la sombra de Einstein ofrece al lector una visión esclarecedora de la mujer que vivió eclipsada por el genio, una científica de gran talento que intento dejar de lado las convenciones de la época, pero a quien el amor acabo derrotando. Marie Benedict ha construido un relato convincente y cautivador que sin duda despertara el deseo de los lectores de saber más sobre la verdadera historia de esta mujer, hasta qué punto contribuyo realmente a formular la teoría de la relatividad y, sobre todo, porque la historia oficial la dejó de lado.

A LA SOMBRA DE EINSTEIN

Marie Benedict

Traducción de Andrea Rivas



Para Jim, Jack y Ben

Prólogo

4 de agosto de 1948

62 Huttenstrasse, Zúrich, Suiza

El fin está cerca. Lo siento aproximarse como una oscura y seductora sombra que extinguirá mi luz. En estos últimos minutos, miro atrás.

¿Cómo perdí mi camino? ¿Cómo perdí a Lieserl?

La oscuridad se apresura. En los pocos momentos que me quedan, excavo en el pasado en busca de respuestas, como una arqueóloga meticulosa. Espero aprender, como sugerí hace tanto ya, si el tiempo es verdaderamente relativo.

MILEVA «MITZA» MARIĆ EINSTEIN

Primera parte

Todo cuerpo permanece en su estado de reposo o movimiento rectilíneo uniforme a menos que sea obligado a cambiar su estado por fuerzas impresas sobre él.

SIR ISAAC NEWTON

Mañana del 20 de octubre de 1896

Zúrich, Suiza

Alisé las arrugas de mi blusa recién planchada, re Coloqué el lazo de alrededor del cuello y acomodé un mechón de cabello en el moño firmemente apretado. La húmeda caminata por las calles brumosas hacia el campus del Instituto Politécnico Federal Suizo había descompuesto mi cuidadoso arreglo. La negación obstinada de mi oscuro y pesado cabello a mantenerse en su lugar me frustraba. Quería que cada detalle de aquel día fuera perfecto.

Enderecé los hombros para verme más alta y puse una mano sobre el pesado pomo de latón del aula. Grabado con detalles griegos, gastados por el paso de generaciones de estudiantes, el pomo hacía que mi mano de tamaño infantil pareciera aún más pequeña. Me detuve. «Gira el pomo y empuja la puerta —me dije—. Puedes hacerlo. Cruzar el umbral no es nada nuevo. Has pasado antes sobre la supuesta división insuperable entre hombres y mujeres en innumerables aulas. Y siempre has tenido éxito.»

Aun así, dudé. Sabía muy bien que, aunque el primer paso es el más difícil, el segundo tampoco es fácil. En aquel momento, más que dándome ánimos, casi podía oír a papá apremiándome. «Sé valiente —me susurraría en nuestra nativa y poco usada lengua serbia—. Eres mudra glava. Una sabia. Tu corazón late con sangre de bandidos, nuestros ancestros eslavos, que recurrían a cualquier medio para cumplir su cometido. Cumple tu cometido, Mitza. Cumple tu cometido.» Nunca podría decepcionarlo.

Giré el pomo y la puerta se abrió de par en par. Seis rostros me miraron: cinco estudiantes en traje oscuro y un profesor con toga negra. Detecté sorpresa y desdén en sus caras pálidas. Nada —ni siquiera los rumores— había preparado a

estos hombres para ver a una mujer en sus filas. Casi se veían tontos con los ojos saltones y las mandíbulas desencajadas, pero yo sabía lo suficiente como para atreverme a reír. Me propuse no prestar atención a sus expresiones, ignorar las caras pastosas de mis compañeros estudiantes, que estaban desesperados por parecer mayores de dieciocho años con sus bigotes exageradamente encerados.

La determinación por aprender física y matemáticas fue lo que me había traído al Politécnico, no el deseo de hacer amigos o complacer a los demás. Me recordé a mí misma este simple hecho mientras me preparaba para enfrentarme a mi profesor.

Heinrich Martin Weber y yo nos miramos. Con su larga nariz, sus espesas cejas y su barba meticulosamente recortada, la apariencia del renombrado profesor de física casaba con su reputación.

Aguardé a que hablara, hacer cualquier otra cosa habría parecido una insolencia. No podía permitirme otra marca más contra mi carácter, ya que mi mera presencia en el Politécnico era considerada por muchos como impertinente. Caminaba sobre una delgada línea entre mi insistencia por seguir ese camino nunca antes andado y el conformismo que se esperaba de mí.

—¿Y tú eres...? —preguntó como si no me hubiera estado esperando, como si nunca hubiera oído hablar de mí.

—La señorita Mileva Marić, señor. —Recé para que no me temblara la voz.

Lentamente, Weber consultó la lista de la clase. Por supuesto, sabía perfectamente quién era yo. Puesto que era el director del programa de física y matemáticas, y dado que sólo cuatro mujeres habían sido admitidas antes de mí, yo había tenido que hacerle la petición directamente a él para entrar en el primer curso del programa de cuatro años, conocido como Sección Seis. ¡Él personalmente había aprobado mi ingreso! La consulta de la lista de clase era un descarado y calculador movimiento para telegrafiar su opinión sobre mí al resto de la clase, y con ello les daba licencia para seguir su ejemplo.

—¿La señorita Marić de Serbia o de algún país austrohúngaro por el estilo? —preguntó sin levantar la mirada, como si fuera posible que hubiese otra señorita Marić en la Sección Seis, una que proviniera de un lugar más respetable.

Con su pregunta, Weber dejó perfectamente clara su visión respecto al este

eslavo de Europa: que nosotros, como oscuros foráneos, éramos de algún modo inferiores a las personas alemanas de Suiza. Era otra idea preconcebida que debería refutar si quería tener éxito. Como si ser la única mujer en la Sección Seis (tan sólo la quinta en haber sido *alguna vez* admitida en el programa de física y matemáticas) no fuese suficiente.

—Sí, señor.

—Puedes sentarte —dijo finalmente, e hizo un gesto hacia la única silla vacía, que por suerte era la más lejana a su tarima—. Ya hemos empezado.

¿Empezado? La clase no empezaba hasta dentro de quince minutos. ¿Les habían dicho a mis compañeros algo que no me habían dicho a mí? ¿Habían conspirado para encontrarse antes? Quería preguntar, pero no lo hice; discutir sólo habría alimentado el fuego contra mí. De todos modos, no importaba. Simplemente llegaría quince minutos antes al día siguiente. Y cada vez más temprano si era necesario. No me perdería una sola palabra de las lecciones de Weber. Estaba equivocado si pensaba que un inicio prematuro me disuadiría. Era digna hija de mi padre.

Hice un gesto de asentimiento a Weber y miré el largo camino desde la puerta hasta mi silla, calculando el número de pasos que tendría que dar para cruzar la habitación. ¿Cuál era la mejor manera de manejar la distancia?

Con el primer paso, intenté mantener la postura y esconder mi cojera, pero el sonido de mi pie cojo arrastrándose sonó en toda el aula. En un impulso, decidí no enmascararlo lo más mínimo. Lo mostré plenamente para que todos mis colegas vieran la deformidad que me ha marcado desde que nació.

Golpear y arrastrar. Una y otra vez. Dieciocho veces hasta que alcancé mi silla. «Aquí estoy, caballeros —sentí que decía con cada golpe de mi pie cojo—. Echen un vistazo; supérenlo.»

Sudando por el esfuerzo, me percaté de que la clase se hallaba en completo silencio. Estaban esperando a que me sentara y, quizá avergonzados por mi cojera o mi sexo o ambas cosas, mantenían los ojos apartados.

Todos excepto uno.

A mi derecha, un hombre joven con una desordenada mata de rizos castaños me observaba. Insólitamente, me encontré con su mirada. Pero incluso cuando lo

miré con la cabeza alta, retándolo a burlarse de mi esfuerzo, sus ojos entornados no se desviaron, sino que se formaron pequeñas arrugas en las comisuras y sonrió a través de la oscura sombra de su bigote. Una mueca de gran desconcierto, incluso de admiración.

¿Quién se creía que era? ¿Qué significaba aquella mirada?

Pero yo no tenía tiempo para pensar en eso. Tomé asiento. Alcancé mi bolsa, saqué papel, tinta y una pluma y me preparé para la lección de Weber. No dejaría que la atrevida y despreocupada mirada de un compañero privilegiado me confundiera. Vi que el profesor era consciente de que mi compañero me observaba, pero actué como si nada.

Weber, sin embargo, no se mostró tan indulgente. Mirando al joven, se aclaró la garganta, y cuando el estudiante no redirigió sus ojos hacia la tarima, el profesor dijo: «Quiero la atención de toda la clase. Ésta es su primera y última advertencia, señor Einstein».

Tarde del 20 de octubre de 1896

Zúrich, Suiza

Al entrar en el recibidor de la pensión Engelbrecht, cerré la puerta silenciosamente detrás de mí y le di el paraguas empapado a la sirvienta. Llegaron risas hasta la entrada, provenientes del salón. Sabía que las chicas me esperaban allí, pero aún no me sentía con ánimos para un bienintencionado interrogatorio. Necesitaba estar un rato a solas para pensar sobre mi día, aunque fueran únicamente unos pocos minutos. Tomándome tiempo para pisar suavemente, empecé a subir las escaleras hacia mi habitación.

Crac. Maldito sea ese escalón suelto.

Helene emergió del salón con la falda gris ondeando tras ella y una humeante taza de té en la mano. «Mileva, ¿te estábamos esperando! ¿Lo has olvidado?» Con su mano libre, cogió la mía y me llevó hasta la sala pequeña, que nosotras llamábamos «el cuarto de juegos»; nos sentíamos con derecho a llamarlo así, ya que nadie más lo usaba.

Me reí. ¿Cómo habría resistido los últimos meses en Zúrich sin esas chicas? Milana, Ružica y, sobre todo, Helene, una hermana espiritual con un gran ingenio, modales amables y, curiosamente, una cojera similar a la mía. ¿Cómo había podido pasar ni un solo día sin tenerlas en mi vida?

Hace muchos años, cuando papá y yo llegamos a Zúrich, no podría haber imaginado siquiera amistades como éstas. Mi juventud, marcada por mis compañeros de escuela —alienación en el mejor de los casos, burlas en el peor—, había sido una vida de soledad y conocimiento. O eso pensaba.

Cuando bajamos del tren tras un viaje a empujones de dos días desde nuestro hogar en Zagreb, Croacia, papá y yo estábamos un poco temblorosos. El humo

del tren ondeaba por toda la estación de Zúrich, y yo tenía que esquivar a la gente en el andén. Con un *satchel* en cada mano, uno de ellos muy pesado con mis libros favoritos, me tambaleaba un poco mientras caminaba por la concurrida estación, seguida por papá y un hombre que llevaba nuestras maletas. Papá corrió a mi lado para ayudarme con los *satchels*.

—Papá, puedo hacerlo sola —le insistía yo mientras trataba de liberar mi mano de la suya—. Tienes tus propias maletas que cargar y sólo dos manos.

—Mitza, por favor, déjame ayudarte. Puedo llevar con facilidad una maleta más que tú —rio—. Sin mencionar que a tu madre la horrorizaría que te dejara peleando con tantas maletas por toda la estación de Zúrich.

Bajé la maleta al suelo, él continuó aferrándome la mano.

—Papá, debo hacerlo sola. Después de todo, voy a vivir sola en Zúrich.

Me miró un largo rato como si la idea de mí viviendo en Zúrich acabara de registrarse en su mente, como si no hubiésemos trabajado por esa meta desde que era pequeña. Reticente, dedo a dedo, liberó nuestras manos. Era difícil para él, y lo entiendo. Si bien sé que parte de papá disfrutaba con mi búsqueda de una educación excepcional, mi escalada le recordaba su duro trabajo para ascender de campesino a exitoso burócrata y propietario de tierras, y a veces me pregunto si se sentía culpable por impulsarme a mi precario camino. Había pensado durante tanto tiempo en el premio de mi educación universitaria que supongo que nunca vislumbró despedirse de mí realmente y dejarme en este lugar extranjero.

Salimos de la estación y nos detuvimos en las ajetreadas calles de Zúrich. La noche comenzaba a caer, pero la ciudad no estaba oscura. Me encontré con la mirada de papá y sonreímos asombrados; sólo habíamos visto una ciudad iluminada por el habitual brillo turbio de las lámparas de aceite. Luces eléctricas iluminaban las calles de Zúrich, y eran inesperadamente brillantes. Bajo su brillo, podía ver los detalles más finos en los vestidos de las damas que pasaban a nuestro lado; sus adornos eran más elaborados que los de la sobria vestimenta de Zagreb.

Los caballos de un coche de alquiler pasaron sobre los guijarros de la estación y papá llamó al chófer. Mientras el hombre desmontaba para cargar nuestro

equipaje en la parte trasera del vehículo, me envolví en mi chal buscando calor en el aire frío de la tarde. La noche antes de partir, mamá me había regalado el chal con rosas bordadas, con lágrimas pendiendo de las comisuras de sus ojos pero sin llegar a caer. Sólo más tarde comprendí que el chal era su abrazo de despedida, algo que podía tener conmigo, ya que ella debía quedarse en Zagreb con mis hermanos pequeños Zorka y Miloš.

Interrumpiendo mis pensamientos, el chófer preguntó:

—¿Están aquí para ver los monumentos?

—No —respondió mi padre con un acento apenas perceptible.

Siempre había estado orgulloso de su alemán sin errores gramaticales, la lengua hablada por los que tenían poder en Austria-Hungría. Era el primer paso que había dado para iniciar su escalada, solía decirnos cuando nos incitaba a practicarla. Hinchando ligeramente su pecho dijo:

—Estamos aquí para matricular a mi hija en la universidad.

Las cejas del chófer se levantaron con sorpresa, pero se guardó la opinión.

—Universidad, ¿eh? Entonces supongo que irán a la pensión Engelbrecht o a alguna de las otras pensiones de Plattenstrasse —dijo mientras sostenía abierta la puerta del coche para que entráramos.

Papá hizo una pausa mientras esperaba a que yo me acomodara y luego le preguntó al conductor:

—¿Cómo sabe nuestro destino?

—Ahí es adonde llevo a muchos de los estudiantes del este de Europa para alojarse.

Escuchando a papá gruñir como respuesta cuando se deslizó a mi lado, me di cuenta de que no sabía cómo interpretar ese comentario. ¿Era un insulto a nuestra herencia del este? Habíamos oído que, a pesar de que habían mantenido firmemente su independencia y neutralidad frente al despiadado imperio europeo que los rodeaba, los suizos bajaban la vista ante cualquiera procedente del Imperio austrohúngaro. Sin embargo, eran también las personas más tolerantes en otros aspectos; por ejemplo, a la hora de admitir a mujeres en las universidades. Una confusa contradicción.

Apuntando a los caballos, el conductor hizo sonar la fusta en el aire y el

coche avanzó con un ritmo constante, calle abajo. Esforzándome por mirar a través de la ventana salpicada de barro, vi un tranvía eléctrico que zumbaba cerca del coche.

—¿Has visto eso, papá? —pregunté.

Había leído sobre tranvías, pero nunca había visto uno. Su visión me llenó de regocijo; era la prueba tangible de que la ciudad tenía un pensamiento avanzado, al menos en cuanto a transportes. Sólo podía esperar que la forma en que los ciudadanos tratasen a las estudiantes fuera tan avanzada como decían los rumores que había escuchado.

—No lo he visto, pero lo he oído. Y lo he notado —respondió papá con calma, y me apretó la mano.

Yo sabía que estaba emocionado, pero que quería parecer sofisticado. Especialmente tras el comentario del chófer.

Me volví para abrir la ventana. Escarpadas y verdes montañas enmarcaban la ciudad, y juro que pude oler hojas perennes en el aire. Seguramente, las montañas estaban demasiado lejos como para compartir la fragancia de sus abundantes árboles. Sin importar la fuente, el aire de Zúrich era, con mucho, más fresco que el de Zagreb, que siempre olía a caballo y cultivos quemados. Quizá la esencia venía del aire fresco que volaba desde el lago de Zúrich que bordeaba el lado sur de la ciudad.

En la distancia, en lo que parecía ser la base de las montañas, vislumbré edificaciones de color amarillo pálido, de estilo neoclásico, acomodadas como telón de fondo a las agujas de las iglesias. Los edificios eran notablemente parecidos a los bocetos del Politécnico que había visto en mis papeles de solicitud, pero mucho más grandes e imponentes de como los había imaginado. El Politécnico era un nuevo tipo de colegio dedicado a formar maestros y profesores para varias disciplinas científicas o matemáticas, y era una de las pocas universidades en Europa que concedía grados a mujeres. Aunque durante años fue prácticamente lo único con lo que soñé, me resultaba difícil asimilar que en unos escasos meses estaría por fin asistiendo al Politécnico. El coche se detuvo bruscamente. La ventanilla del conductor se abrió, y éste anunció nuestro

destino: «Plattenstrasse 50». Papá le dio algunos francos a través de la ventanilla y abrió la puerta.

Mientras el conductor bajaba nuestras maletas, un sirviente de la pensión Engelbrecht apareció en la puerta principal y bajó los escalones de la entrada para ayudarnos con el equipaje de mano. Entre las hermosas columnas que enmarcaban la puerta de la casa de cuatro pisos de ladrillo surgió una atractiva y elegante pareja.

—¿Señor Marić? —preguntó el caballero, de mayor edad y tamaño.

—Sí, y usted debe de ser el señor Engelbrecht —respondió mi padre con una ligera reverencia y un apretón de manos.

Mientras los hombres intercambiaban saludos, la ágil señora Engelbrecht bajó las escaleras para acompañarme al interior del edificio. Una vez terminadas las formalidades, los Engelbrecht nos invitaron a tomar el té y los dulces que habían dispuesto en nuestro honor.

Cuando seguíamos a los Engelbrecht desde la entrada hasta la sala, vi que papá dirigía una mirada aprobatoria al candelabro de cristal que colgaba frente al salón principal y que hacía juego con los apliques de la pared. Casi podía oírlo pensar: «Este lugar es lo suficientemente respetable para mi Mitza». Pero a mí la pensión me pareció aséptica y exageradamente formal comparada con mi casa; los olores de la madera, el polvo y la comida condimentada eran inexistentes. A pesar de que los serbios aspirábamos al orden alemán adoptado por los suizos, vi que nuestros intentos apenas rozaban los parámetros suizos de limpieza y perfección.

Durante el té, entre dulces y algunas bromas y bajo el persistente cuestionario de papá, los Engelbrecht nos explicaron cómo funcionaba su pensión: los horarios establecidos para las comidas, las visitas y el aseo de la ropa y de la habitación. Mi padre, que anteriormente había sido militar, quiso saber sobre la seguridad de los inquilinos, y sus hombros se iban relajando con cada respuesta favorable y con cada evaluación que hacía del elegante papel azul de las paredes y de las ornamentadas sillas grabadas reunidas alrededor de la gran chimenea de mármol. Sin embargo, nunca se relajaron por completo, porque papá quería una

educación universitaria para mí casi tanto como yo, pero la realidad de la despedida fue mucho más difícil para él de lo que yo hubiera podido imaginar.

Mientras daba sorbos a mi té, oí risas. Risas de chicas. La señora Engelbrecht notó mi reacción.

—Ah, has oído a nuestras jóvenes damas jugando a las cartas. ¿Quieres que te presente a las otras huéspedes?

«¿Otras huéspedes?» Asentí, aunque deseaba desesperadamente decir que no con la cabeza. Mis experiencias con otras mujeres de mi edad generalmente terminaban mal. En el mejor de los casos, teníamos unas pocas cosas en común. En los peores, había sido humillada y maltratada por mis compañeros de clase, tanto hombres como mujeres, especialmente cuando se enteraban del calibre de mis ambiciones.

Aun así, las normas de cortesía exigían que nos levantáramos, y la señora Engelbrecht nos guio a través del salón hacia una habitación más pequeña y con diferente decoración: candelabro y adornos de latón en vez de cristal, paneles de roble en vez del papel azul en las paredes y una mesa de juego en el centro. Cuando entramos, creí oír la palabra *krpiti* y miré a papá, que estaba igual de sorprendido que yo. Era una palabra en serbio que usábamos cuando nos sentíamos decepcionados o estábamos perdiendo, y me pregunté quién podría haberla utilizado. Seguramente habíamos oído mal.

Alrededor de la mesa había sentadas tres chicas, todas más o menos de mi edad, con cabello oscuro y cejas pobladas, no muy distintas a las mías. Incluso vestían de manera muy similar, con rígidas y blancas blusas con lazos a la altura del cuello y simples faldas oscuras. Vestimenta seria, no como aquellos vestidos de color amarillo limón o rosa con volantes y elegantemente decorados, usados por muchas mujeres jóvenes como las que había visto en las calles cercanas a la estación.

Las chicas levantaron la mirada de su juego y rápidamente colocaron las cartas boca abajo y esperaron a ser presentadas.

—Señoritas Ružica Dražić, Milana Bota y Helene Kaufler, os presento a nuestra nueva huésped: la señorita Mileva Marić. —Mientras hacíamos inclinaciones de cabeza, la señora Engelbrecht continuó—: La señorita Marić

está aquí para estudiar matemáticas y física en el Politécnico Federal Suizo. Aquí estarás bien acompañada.

La señora Engelbrecht hizo un gesto primero hacia una joven de marcados pómulos, gran sonrisa y ojos color bronce.

—La señorita Dražić vino de Šabac para estudiar ciencias políticas en la Universidad de Zúrich.

Volviéndose hacia la siguiente chica, que tenía el cabello más oscuro y las cejas más pobladas de todas, la señora Engelbrecht dijo:

—Ella es la señorita Bota. Dejó Kruševac para estudiar psicología en el Politécnico, al igual que usted.

Colocando su mano en el hombro de la última joven, una chica con un suave cabello castaño y afables ojos azul grisáceo enmarcados por unas cejas caídas, la señora dijo:

—Y ésta es la señorita Kaufler, venida desde Viena para obtener su grado en historia, también en el Politécnico.

Yo no sabía qué decir. ¿Compañeras universitarias del este austrohúngaro como yo? Nunca pensé que no sería la única. En Zagreb, toda chica cercana a los veinte años estaba casada o preparándose para el matrimonio, conociendo a algún hombre adecuado y practicando la forma de llevar un hogar en casa de sus padres. Su educación había sido interrumpida años antes, si es que alguna vez habían asistido formalmente a alguna escuela. Siempre había pensado que sería la única mujer proveniente del este europeo que estudiaría en un mundo de hombres occidentales. Quizá la única mujer, incluso.

La señora Engelbrecht miró a cada una de las chicas y dijo:

—Os dejamos con vuestras cartas, señoritas, mientras terminamos nuestra conversación. ¿Puedo confiar en que mostraréis Zúrich a la señorita Marić mañana?

—Por supuesto, señora Engelbrecht —respondió la señorita Kaufler por todas con una sonrisa cálida—. Quizá a la señorita Marić le gustaría acompañarnos en nuestra partida de whist mañana por la tarde. Definitivamente tenemos lugar para una cuarta.

La sonrisa de la señorita Kaufler parecía genuina y me sentí atraída por la

escena. Instintivamente me salió sonreír para corresponderla, pero me detuve. «Ten cuidado —me aconsejé—. Recuerda la bestialidad de las otras jóvenes: los insultos, los apodos, las patadas en el recreo. El programa de matemáticas y física del Politécnico te ha traído aquí para que puedas perseguir el sueño de convertirte en una de las poquísimas profesoras de física de Europa. No has viajado toda esta distancia para hacer amigas, incluso si estas chicas son de verdad lo que parecen.»

Mientras caminábamos de vuelta al salón principal, papá entrelazó su brazo con el mío y me susurró:

—Esas jóvenes parecen agradables, Mitza. Deben de ser inteligentes también, puesto que están aquí para estudiar en la universidad. Sería el momento oportuno para encontrar compañeras femeninas, ya que finalmente hemos hallado unas que podrían ser tus iguales intelectualmente. Alguna afortunada muchacha debería poder disfrutar de esas pequeñas bromas que habitualmente guardas para mí.

Su voz sonaba extrañamente esperanzada, como si en realidad estuviera ansioso por que me acercara a las chicas que acabábamos de conocer. Pero ¿qué estaba diciendo papá? Me sentía confundida. Después de tantos años defendiendo que los amigos no importaban, que un esposo era dispensable, que sólo nuestra familia y educación contaban, ¿estaba poniéndome a prueba? Yo quería mostrarle que los deseos habituales de una mujer joven —amigos, esposo, hijos— no eran importantes para mí, como siempre. Quería pasar esa extraña inspección con los más altos honores, tal y como había hecho en todos mis otros exámenes.

—Papá, te prometo que estoy aquí para aprender, no para hacer amigos —dije asintiendo con firmeza.

Esperaba que esto le asegurara que el destino que él había predicho para mí, incluso deseado, tantos años atrás se había convertido en el destino que yo misma había abrazado.

Pero a papá no le emocionó mi respuesta. De hecho cierta tristeza o enojo, no sabría decirlo, ensombreció su rostro.

¿No había sido lo suficientemente empática? ¿O su mensaje estaba

cambiando porque estas mujeres eran distintas a todas las otras que habíamos conocido?

Estuvo inusualmente callado durante un minuto. Al final, con una nota abatida en la voz, dijo:

—Esperaba que pudieras tener ambas cosas.

Las semanas que siguieron a la marcha de papá evité a las jóvenes, quedándome sola en mi habitación con mis libros. Pero los horarios de los Engelbrecht exigían que cenara con ellas a diario, y la cortesía requería que conversara durante el desayuno y la cena. Con frecuencia me pedían que las acompañara en sus caminatas, lecturas, visitas a cafés, al teatro y a conciertos. Amablemente me llamaron la atención por estar siempre tan seria, tan callada y estudiosa, y continuaron invitándome sin importar con cuánta frecuencia las rechazara. Nunca había visto tanta persistencia más que en mí misma.

Una tarde de ese verano, estaba estudiando en mi habitación como de costumbre, preparándome para los cursos que empezarán en octubre. Tenía mi chal especial echado sobre los hombros para protegerme del frío endémico de la pensión, que permanecía siempre ahí sin importar el clima. Me encontraba analizando un texto cuando oí a las chicas tocando bastante mal, pero con sentimiento, una versión de *L'Arlésienne Suit*, de Bizet. Conocía bien la pieza, solía tocarla con mi familia. La música me hizo sentir melancólica y aislada, pero no sola. Miré hacia el rincón donde descansaba mi solitaria y polvorienta tamburica. La cogí y bajé las escaleras. De pie en la entrada del salón principal, vi cómo las chicas batallaban con la canción.

Me apoyé en la pared, con la tamburica en la mano, y de repente me sentí tonta. ¿Por qué esperaba que me aceptaran después de haber rechazado tantas veces sus invitaciones? Quería correr escaleras arriba, pero Helene notó mi presencia y dejó de tocar.

Con su calidez característica me preguntó:

—¿Nos acompañarías, señorita Marić? —Miró con exasperación a Ružica y Milana—. Como puedes ver, agradeceríamos cualquier tipo de ayuda musical

que pudieras ofrecernos.

Dije que sí, y en pocos días las chicas me catapultaron hacia una vida que no había experimentado nunca. Una vida con amigas de mentes similares a la mía. Papá había estado equivocado, al igual que yo. Los amigos sí importaban. Amigas como éstas, en todo caso, con inteligencias fieras y ambiciones parecidas, que habían sufrido el mismo tipo de humillaciones y condenas y habían sobrevivido, sonriendo.

Estas amigas no me restaron resolución para triunfar como había temido, sino que me hicieron más fuerte.

Meses después, me desplomaba en una silla mientras Ružica me servía una taza de té. El olor del limón voló hacia mí, y con una mueca de autocomplacencia Milana me deslizó un plato con mi pastel favorito, el de limón; debían de habérselo pedido especialmente para mí a la señora Engelbrecht. Un gesto especial para un día especial.

—Gracias.

Bebimos té y comimos un poco de pastel. Las chicas estaban inusualmente calladas, aunque pude ver por sus caras y las miradas que se lanzaban que les costaba trabajo. Esperaban a que yo hablara primero, que ofreciera algo más que mi agradecimiento por los dulces.

Pero Ružica, la más entusiasta, no podía esperar. Era la más persistente y la menos paciente, así que saltó con una pregunta:

—¿Cómo ha estado el infame profesor Weber? —preguntó con el cejo fruncido en una graciosa interpretación del profesor, bien conocido por el formidable estilo de su clase y su también formidable brillantez.

—Como se cuenta —respondí con un suspiro.

Le di otro bocado al pastel, una gloriosa mezcla de dulce y ácido. Me limpié las migas de las comisuras de la boca y expliqué:

—Insistió en consultar su lista de clase antes de dejar que me sentara. Como si no supiera que estaba inscrita en su programa, ¡pero si me admitió él personalmente!

Las chicas se rieron, asintiendo.

—Y luego resaltó que provengo de Serbia.

Las chicas dejaron de reírse. Ružica y Milana habían experimentado humillaciones similares, pues también venían del Imperio austrohúngaro. Incluso Helene, que era de la región más aceptable de Austria, había sufrido humillaciones por parte de sus profesores del Politécnico por ser judía.

—Suenas como mi primer día en la clase del profesor Herzog —dijo Helene.

Conocíamos la historia de mortificación de Helene al detalle. Tras haber remarcado en voz alta que el apellido de Helene sonaba judío, el profesor Herzog dedicó una parte sustancial de su primera clase de historia italiana a los guetos de Venecia, donde tuvieron que vivir los judíos entre los siglos XV y XVII. Ninguna de nosotras pensaba que el énfasis del profesor hubiera sido casual.

—A los profesores no les parece suficiente que seamos sólo unas pocas mujeres en un mar de hombres, además tienen que evidenciar algunas faltas y resaltar otras diferencias —dijo Ružica.

—¿Cómo son los demás estudiantes? —preguntó Milana en un claro intento por cambiar el rumbo de la charla.

—Normales —respondí.

Las chicas se quejaron en solidaridad.

—¿Presumidos? —preguntó Milana.

—Exacto —dije.

—¿Con mucho bigote? —sugirió Ružica con una risita.

—Exacto.

—¿Con exceso de confianza? —propuso Helene.

—Más que exacto.

—¿Alguna hostilidad muy evidente? —aventuró Helene, con una voz más solemne y precavida.

Era muy protectora, una especie de madre para el grupo, especialmente para mí. Desde que le había contado lo que me había ocurrido en mi primer día de clase en Zagreb en la Preparatoria Real Clásica, una historia que no había compartido con nadie, Helene era extremadamente cuidadosa conmigo. Ninguna

de las otras había experimentado tal violencia, pero todas habían sentido la amenaza bullendo bajo la superficie en una u otra ocasión.

—No, aún no.

—Ésas son buenas noticias —exclamó Ružica, siempre optimista.

Le decíamos que creaba rayos de luz en las tormentas más oscuras. Ella decía que era una condición necesaria para nosotras y nos recomendaba hacer lo mismo.

—¿Algún aliado? —preguntó con cautela Milana, que se adentraba en un territorio más estratégico: el currículo de física exigía colaboración entre los estudiantes en ciertos proyectos, y habíamos discutido varias estrategias al respecto, porque ¿qué pasaría si nadie estaba dispuesto a ser mi compañero?

—No —respondí automáticamente, pero hice una pausa, intentando seguir el consejo de Ružica y pensar con más optimismo—. Bueno, tal vez. Un estudiante me sonrió, quizá demasiado y todo, pero aun así era una sonrisa auténtica, no de burla. Einstein, creo que se llama.

Las espesas cejas de Helene se alzaron con preocupación. Estaba siempre alerta frente a las propuestas románticas no buscadas, pensaba que eran casi tan peligrosas como la violencia. Puso su mano sobre la mía y me advirtió:

—Ten cuidado.

Su mirada de preocupación se disipó, y Helene sonrió.

Constantemente me sorprendía a mí misma con estas chicas. Me sorprendía tener palabras para expresar mis largas y aburridas historias. Permitirles ver quién era en realidad. Y que me aceptaran, a pesar de todo.

22 de abril de 1897

Zúrich, Suiza

Me acurruqué en mi cubículo de la biblioteca. La airosa biblioteca de paneles de madera estaba casi llena, pero aun así en silencio. Los estudiantes, callados, estaban adorando el altar de una disciplina u otra, algunos estudiando química o biología, otros matemáticas, y otros, como yo, física. Ahí, agazapada en un rincón de la librería, en una barricada hecha con mis propios libros, fortificada con mis propias teorías y reflexiones, casi podía fingir que era un estudiante como cualquier otro en la biblioteca del Politécnico.

Esparcidas frente a mí estaban mis notas de clase, muchos textos obligatorios y algún artículo de mi propia colección. Todos clamaban mi atención, y, como si estuviera eligiendo entre muchas mascotas amadas, me parecía muy difícil elegir a cuál consagrar mi tiempo. ¿Newton o Descartes? ¿Quizá alguno de los teóricos más recientes? El aire en el Politécnico, en medio de Zúrich, se notaba cargado con charlas sobre los últimos progresos en física, y yo sentía como si me estuviera hablando a mí. Yo pertenecía al mundo de la física. Aunadas a sus reglas secretas sobre el funcionamiento del mundo —fuerzas ocultas y relaciones causales no visibles, tan complejas que pensaba que sólo Dios podía haberlas creado— había respuestas a las grandes preguntas de nuestra existencia. Si pudiera descubrirlas.

En ocasiones, si me relajaba en mis cálculos y lecturas —en vez de estudiar con tanta formalidad—, podía ver los patrones divinos que tan desesperadamente buscaba. Pero sólo en la periferia de mi visión, porque en cuanto dirigía mi mirada directamente a los patrones se esfumaban por completo. Quizá no estaba

lista aún para ver de frente la obra maestra de Dios. Tal vez, con el tiempo, él me dejaría hacerlo.

Agradecía a papá que me hubiera conducido a este brillante umbral de educación y curiosidad. Mi único pesar era que aún estuviera preocupado por mí, tanto en términos relativos a mi futuro como a mi vida diaria. Al escribirle me esforzaba en convencerlo de la cantidad de opciones de enseñanza que tendría al terminar mis estudios, si es que la investigación no se convertía en mi carrera, y también le hablaba de la seguridad de mi rutina, estructurada entre la escuela y la pensión; pero aun así sentía su ansiedad en sus interminables preguntas.

Curiosamente, mamá parecía más cómoda con el rumbo que había tomado mi vida. Después de haber peleado durante mucho tiempo contra su desaprobación hacia mi poco convencional necesidad de educación, una vez me establecí en Zúrich se rindió ante mi elección, en especial cuando empecé a llenar mis cartas con historias de mis salidas con Ružica, Milana y Helene. En sus respuestas, veía a mamá encantada con mis nuevas amistades. Mis primeras amigas.

No siempre me había ganado la aprobación de mamá de una manera tan simple. Hasta ese acercamiento reciente, mi relación con ella siempre había estado oscurecida por sus preocupaciones respecto a mí, su hija lisiada, solitaria y diferente, y por el impacto que mi sed de conocimiento tenía en su propia vida.

Hace casi siete años, en una tarde de septiembre en mi lugar de nacimiento, Titel, no se molestó en disfrazar su negativa al camino decididamente poco femenino que yo había escogido, aun cuando papá, a quien rara vez retaba, lo había promovido. Estábamos en nuestro peregrinaje hacia el cementerio donde mi hermano y hermana mayor estaban enterrados, los hermanos que habían muerto por enfermedades infantiles varios años antes de que yo naciera. Un viento fiero azotaba el pañuelo de mi cabeza. Sostuve la tela negra hacia abajo firmemente, imaginando los chasquidos de desaprobación de mamá si el pañuelo salía volando, dejando mi cabeza expuesta mientras pisaba terreno sagrado. Los pliegues me cubrían los oídos, atenuando los gemidos melancólicos del viento. Estaba agradecida por el silencio, aunque sabía que el viento se adaptaba a nuestro destino.

Percibí el olor del *tamjan*, un incienso dulce y punzante, flotando desde

nuestra iglesia cuando pasamos por delante, haciendo crujir las hojas caídas de los árboles mientras yo intentaba seguir el ritmo de mamá. La colina era pedregosa, lo que me dificultaba la subida, cosa que ella sabía perfectamente. Pero no aminoraba el paso, como si el arduo camino hacia el cementerio fuera parte de mi penitencia. Por sobrevivir cuando mis hermanos no lo hicieron. Por vivir cuando las enfermedades infantiles se llevaron a los otros. Y por empujar a papá a aceptar que nos fuéramos a vivir a Zagreb, una ciudad más grande y con mejores escuelas para mí pero que la alejaría de las tumbas de sus primogénitos.

—¿Vienes, Mitza? —decía mamá sin mirarme.

Recordé que su severidad no sólo provenía de su descontento por mudarnos a Zagreb. Una estricta disciplina y las expectativas más altas eran su prescripción diaria para los niños virtuosos; a menudo decía: «Los proverbios dicen que la represión y la vara otorgan sabiduría, pero un niño abandonado a sí mismo sólo trae vergüenza para su madre».

—Sí, mamá —respondía yo.

Con su habitual pañuelo de luto en honor a mis hermanos muertos, mamá seguía caminando y parecía una sombra de ébano contra el cielo gris de otoño. Cuando alcancé la cima me faltaba el aliento, pero disimulé mi respiración agitada. Ésa era mi obligación.

Aun a riesgo de que me regañara, miré hacia atrás. Amaba la vista desde ese sitio privilegiado. Titel se extendía frente a nosotras, y sobre la aguja de la iglesia la vista de la ciudad parecía aferrarse a las orillas del río Tisza. La polvorienta ciudad era pequeña, tenía una sola plaza, un mercado y unos pocos edificios gubernamentales en el centro, pero era hermosa.

Entonces oí a mamá arrodillarse en el suelo y la culpa me golpeó. Ésa no era una salida de placer, no debería estar disfrutándola. Ésa sería una de nuestras últimas visitas al cementerio durante mucho tiempo. Ni papá habría podido quitarme la pena que sentía. Ocupé mi lugar al lado de mamá frente a las tumbas. Las piedrecillas se me clavaron en las rodillas, pero ese día quería sentir dolor, me parecía un sacrificio razonable a cambio del dolor que yo estaba infligiendo a mamá al incitar nuestra partida a Zagreb. No volveríamos con frecuencia a Titel. Giré la cabeza para verla. Sus oscuros ojos estaban cerrados, y

tan quieta aparentaba más de los treinta años que tenía entonces. La carga de la pérdida y el peso de las minucias diarias la habían envejecido.

Hice la señal de la cruz, cerré los ojos y ofrecí una oración silenciosa por las almas de mis hermanos difuntos hacía tanto tiempo. Para mí, ellos siempre habían sido compañeros invisibles, una sustitución de los amigos que nunca tuve. Cuán distinta habría sido mi vida si ellos hubieran vivido. Quizá con un par de hermanos mayores no habría sido tan solitaria, no habría deseado secretamente jugar con las niñas en el patio de recreo, incluso con aquellas que me lastimaban.

Un rayo de luz pasó sobre mí y abrí los ojos. Las tumbas con arcos de mármol de mis hermanos me miraban. Sus nombres —Milica Marić y Vukašin Marić— brillaron bajo el sol como si acabaran de ser cincelados, y detuve el impulso de pasar un dedo por las letras.

Durante nuestras visitas al cementerio, mamá solía permanecer en silencio, pero ese día no fue así. Tomó mi mano y rezó a la Virgen en nuestra nativa y rara vez usada lengua serbia:

—*Bogorodice Djevo, radujsja Blagodatnaja Marije...*

Clamaba tan alto que ahogó el sonido del viento y las hojas que se arrastraban. Y se balanceaba. Me sentí avergonzada por la fuerza de mamá y sus movimientos dramáticos cuando dos dolientes nos lanzaron miradas desde la distancia.

Aun así, oré con ella. Las palabras del avemaría normalmente me tranquilizaban, pero ese día las sentí desconocidas, casi pesadas en mi lengua. Como una mentira. Las palabras de mamá sonaban también distintas, no como una oración, sino como una condena. Para mí, no para la Virgen, por supuesto.

Intenté concentrarme en el viento, en el crujir de las ramas y de las hojas, en el sonido de los cascos mientras los caballos pasaban galopando, en cualquier cosa menos en las palabras que venían de la boca de mamá. En el futuro no necesitaría acordarme del sacrificio que mi éxito en la escuela de Zagreb suponía. Debía triunfar. No sólo por mí y por mamá y papá, sino por mi hermana y mi hermano difuntos. Las almas que quedaron atrás.

Escuché el rasgueo de las plumas de otros estudiantes que trabajaban cerca de mí en la biblioteca, pero sólo un hombre llamó mi atención: Philipp Lenard. Cogí el artículo del notable físico alemán y comencé a leer. Tendría que haber estado leyendo los textos de Hermann von Helmholtz y Ludwig Boltzmann asignados por el profesor, pero me sentía arrastrada hacia la última investigación de Lenard sobre los rayos catódicos y sus propiedades. Usando tubos de cristal al vacío, bombardeó los electrodos metálicos con electricidad de alto voltaje para estudiar los rayos y observó que, si el extremo del tubo opuesto a la carga negativa estaba pintado con un material fluorescente, un minúsculo objeto dentro del tubo comenzaba a brillar y a hacer zigzag alrededor de éste. Esto lo condujo a pensar que los rayos catódicos son corrientes de partículas de energía con carga negativa; los llamó *quantums* de energía. Leyendo el artículo me pregunté cuánto de la investigación de Lenard podría impactar en nuestra pregunta tan debatida sobre la naturaleza y la existencia de los átomos. ¿De qué sustancia había hecho Dios el mundo? ¿La respuesta a esta pregunta podría decirnos más sobre el propósito de la especie humana en la Tierra de Dios? A veces, en las páginas de mis textos y en los destellos de mis reflexiones, sentía los patrones de Dios desdoblándose en las leyes físicas del universo que yo estaba aprendiendo. Éstos eran los lugares donde yo sentía a Dios, no en los bancos de las iglesias de mamá ni en los cementerios.

El reloj de la torre de la universidad marcó las cinco. ¿De verdad era tan tarde? Aún no había tocado siquiera la lectura asignada para ese día.

Estiré el cuello para buscar una ventana bien situada. En Zúrich no escaseaban las torres con reloj, y las manecillas me confirmaron que eran las cinco. La señora Engelbrecht era muy estricta con los horarios de la cena, así que no podía quedarme más tiempo. Y además las chicas estarían esperando con los instrumentos en las manos para tocar algo antes de la cena. Era uno de nuestros rituales, el que más me gustaba.

Organicé mis papeles y comencé a guardarlos en mi bolsa. El artículo de Lenard estaba arriba del todo de la pila, y una frase llamó mi atención. Comencé

a leer de nuevo, y estaba tan concentrada que di un respingo cuando oí mi nombre.

—Señorita Marić, ¿me permitiría entrometerme en sus pensamientos?

Era el señor Einstein. Su cabello se veía más desordenado que nunca, como si hubiese estado pasándose los dedos por los oscuros rizos para mantenerlos de punta. Su camisa y su abrigo no tenían mejor aspecto; ambos estaban más arrugados de lo que se considera normal. Su apariencia desaliñada contrastaba con el cuidadoso porte de los otros estudiantes de la biblioteca. Y, a diferencia de éstos, él estaba sonriendo.

—Sí, señor Einstein.

—Esperaba que pudiese ayudarme con un problema. —Y puso un montón de papeles sobre mi mano.

—¿Yo? —pregunté sin pensar, y luego me reprendí a mí misma por mi evidente sorpresa.

«Actúa con confianza —me dije—. Eres tan inteligente como cualquier otro estudiante de la Sección Seis. ¿Por qué no podría pedirte ayuda un compañero?»

Pero era demasiado tarde. Ya había mostrado mi inseguridad.

—Sí, usted, señorita Marić. Creo que es la más inteligente de nuestra clase, con mucho la mejor en matemáticas, y esos *Dummkopfs* de ahí —señaló a dos de nuestros compañeros, el señor Ehrat y el señor Kollros, que estaban entre dos montañas de libros, susurrando y gesticulando entre sí— han intentado ayudarme y no han podido.

—Claro —respondí.

Me sentía halagada por sus palabras, pero continuaba cautelosa. Si Helene hubiese estado ahí, habría sugerido precaución, pero también me habría empujado a forjar una alianza. El curso siguiente necesitaría un compañero de laboratorio y posiblemente él sería mi única opción. En los seis meses desde que había entrado en el programa de física y compartido el aula con cinco estudiantes, ellos habían mostrado apenas la cortesía más básica y, en general, sólo indiferencia hacia mí. Debido a su amabilidad cotidiana al saludarme y ocasionalmente preguntarme mi opinión respecto a la clase del profesor Weber, el señor Einstein había resultado ser mi única esperanza.

—Déjeme ver. —Miré sus papeles.

Me había dado un desastre casi incomprensible. ¿Era éste el tipo de trabajo desorganizado que mis compañeros hacían? Si era así, no tendría que preocuparme por mi propio trabajo. Observé sus cálculos desastrosos y rápidamente encontré el error. En realidad, era pereza por su parte.

—Aquí, señor Einstein. Si intercambia estos dos números, creo que llegará al resultado correcto.

—Ah, ya veo. Gracias por su ayuda, señorita Marić.

—Un placer —asentí, y volví a mis asuntos.

Noté que miraba por encima de mi hombro.

—¿Está leyendo a Lenard? —preguntó con evidente sorpresa en la voz.

—Sí —respondí, guardando los papeles en mi bolsa.

—No es parte de nuestro currículum.

—No, no lo es.

—Estoy bastante impresionado, señorita Marić.

—¿Y eso por qué, señor Einstein? —Alcé la mirada para encararme a él, desafiante.

¿Acaso pensaba que no podía leer a Lenard, un texto mucho más complicado que los de nuestro básico programa de física? Ya que era mucho más alto que yo, me veía forzada a mirar hacia arriba. Mi corta estatura era una desventaja que había llegado a odiar tanto como mi cojera.

—Parece usted la estudiante consumada, señorita Marić. Siempre atendiendo a la clase, siguiendo las reglas, escrupulosa con los apuntes, trabajando durante horas en la biblioteca en vez de entretenerse en los cafés... Y aun así es una bohemia como yo. Nunca lo hubiera pensado.

—¿Bohemia? No comprendo lo que quiere decir. —Mis palabras y mi tono eran agudos.

Al llamarme «bohemia», una palabra que yo asociaba con la región de Bohemia en Austria-Hungría, ¿estaba insultando mi ascendencia? Por comentarios en la clase de Weber, el señor Einstein sabía que era serbia, y los prejuicios de los alemanes y la gente del este de Europa, gente justo como él, eran bien conocidos. Y entonces me pregunté sobre la ascendencia del propio

señor Einstein, aunque ya sabía que era de Berlín. Con su cabello y sus ojos oscuros y un nombre tan peculiar, no parecía el rubio alemán común. ¿Quizá su familia era de otro lugar y se había asentado en Berlín?

Debió de percibir mi latente furia, porque se apresuró a explicarse.

—He utilizado la palabra *bohemio* en su acepción francesa: *bohémien*. Independencia de pensamiento. Progreso. Y menos burguesa que algunos de nuestros compañeros.

No supe cómo tomármelo. No parecía estar burlándose de mí; de hecho, pensé que estaba intentando hacerme un cumplido con su extraña etiqueta. De pronto me sentí incómoda. Ocupándome de la última pila de papeles del escritorio, dije:

—Debo irme, señor Einstein. La señora Engelbrecht tiene un horario muy estricto en su pensión y no debo llegar tarde para la cena. Buenas tardes.

Cerré mi bolsa e incliné la cabeza como despedida.

—Buenas tardes, señorita Marić —respondió con una reverencia—, le agradezco mucho su ayuda.

Pasé por el arco de cedro de la puerta de la biblioteca y crucé el pequeño patio de piedra hacia la Rämistrasse, la concurrida calle que circunda el Politécnico. El bulevar rebosaba de casas de huéspedes, donde los estudiantes de Zúrich se alojaban, y de cafés, donde esos mismos estudiantes debatían las grandes preguntas durante las horas del día que no pasaban en clase. Desde mis miradas furtivas, me parecía que café y tabaco eran el principal combustible para esas acaloradas conversaciones en los cafés. Pero sólo era una conjetura, porque no me atrevía a unirme a ninguna de esas mesas, aunque una vez espí al señor Einstein, que estaba con algunos amigos, desde una mesa fuera del Café Metropole, y él me saludó con la mano. Fingí no verlo; era extraño encontrar mujeres acompañando a hombres durante esas conversaciones de espíritu libre, y suponía una línea que no me atrevía a cruzar.

La noche comenzaba a caer sobre la Rämistrasse, pero la calle brillaba con la luz eléctrica. Se levantó una ligera brisa, así que me cubrí con la capucha para prevenir que la humedad llegara a mi cabello y mi ropa. La lluvia arreció —inesperadamente, ya que el día había comenzado claro y luminoso—, y me

resultaba difícil abrirme camino entre el laberinto de la Rämistrasse. Era, con mucho, la persona más baja entre la multitud. Estaba empapada y la piedra del suelo resbalaba. ¿Me atrevería a romper mi única regla y entrar en uno de los cafés hasta que mejorara el tiempo?

De pronto la lluvia dejó de caer sobre mí. Alcé la vista, esperando ver un trozo azul de cielo sin nubes, pero en su lugar encontré una tela negra y ríos de agua cayendo a mi alrededor.

El señor Einstein sostenía un paraguas sobre mi cabeza.

—Está chorreando, señorita Marić —dijo con los ojos llenos de su habitual humor.

¿Qué estaba haciendo ahí? No parecía listo para abandonar la biblioteca pocos minutos antes. ¿Me estaba siguiendo?

—Un diluvio inesperado, señor Einstein. Le agradezco mucho el paraguas, pero estoy bien.

Era indispensable que insistiera en mi autosuficiencia, no quería que ninguno de mis compañeros me viera como una mujer indefensa; en particular el señor Einstein. No me querría como compañera de laboratorio si creía que era débil, ¿o sí?

—Ya que me ha salvado de la ira del profesor Weber con sus correcciones en mis cálculos, lo mínimo que puedo hacer es acompañarla a casa con esta lluvia —sonrió—, ya que ha olvidado traer su paraguas.

Quería objetar, pero la verdad era que necesitaba ayuda. Las piedras resbaladizas eran peligrosas con mi cojera. El señor Einstein colocó su mano sobre mi brazo y sostuvo el paraguas justo encima de mi cabeza. El gesto era perfectamente caballeroso, aunque un poco atrevido. Al sentir la presión de su mano en mi brazo, me di cuenta de que, aparte de papá y algún tío, nunca había estado tan cerca de un hombre. A pesar de que una multitud de personas llenaba el bulevar y todos éramos un bulto de abrigos y bufandas, me sentía extrañamente expuesta.

Mientras caminábamos, el señor Einstein se embarcó en un sentido monólogo sobre la teoría de las ondas de luz electromagnéticas de Maxwell, lanzando algunos pensamientos bastante inusuales sobre la relación entre la luz y la

radiación de la materia. Yo contribuí con algunos comentarios a los que el señor Einstein respondía alentándome, pero, en general, estuve callada, escuchando su irreprimible charla y evaluando su inteligencia y su espíritu.

Llegamos a la pensión Engelbrecht y me condujo directamente a las escaleras de la puerta principal. Sentí un gran alivio.

—Gracias de nuevo, señor Einstein. Su cortesía ha sido innecesaria pero muy apreciada.

—Un placer, señorita Marić. La veré en clase mañana —dijo, y se dio la vuelta para irse.

Una pieza inconexa de Vivaldi flotó desde una ventana entreabierta del recibidor. El señor Einstein volvió sobre sus pasos, se asomó por la ventana y vio a las chicas reunidas para un concierto casual.

—Por Dios, qué grupo tan animado —exclamó—. Ojalá hubiera traído mi violín. Vivaldi es siempre mejor con cuerda. ¿Toca usted algún instrumento, señorita Marić?

¿Traer su violín? Qué presuntuoso. Ésas eran mis amigas y mi santuario, y yo no lo había invitado a unirse.

—Sí, toco la tamburica y el piano, y canto. Pero no importa. Los Engelbrecht son muy estrictos respecto a la admisión de acompañantes en la pensión.

—Podría venir como compañero de clase y de música, no como acompañante —ofreció—. ¿Eso los tranquilizaría?

Me sonrojé. Qué estúpida había sido al pensar que quería venir como mi acompañante.

—Quizá, señor Einstein, tendría que pedir permiso. —Esperaba que entendiera que mi objeción era un rechazo gentil.

Asintió.

—Me ha sorprendido hoy, señorita Marić. Es usted mucho más que una brillante matemática y física, parece que también es una música y una bohemia.

Su sonrisa era contagiosa. No pude hacer otra cosa que devolvérsela.

Me observó con asombro.

—Creo que es la primera vez que la he visto sonreír. Está muy guapa. Me gustaría robar más sonrisas de éstas a su pequeña y seria boca.

Aturdida por su comentario y sin saber cómo responder, me di la vuelta y entré en la pensión.

24 de abril de 1897

El valle de Sihl, Suiza

Por primera vez desde que habíamos bajado del tren y comenzado el camino por el valle de Sihl nuestro grupo estaba callado. Un silencio se impuso sobre nosotras, casi como si acabáramos de entrar en una catedral. De algún modo, así era como se sentía este bosque primaveral, el Sihlwald.

Antiguos árboles enormes nos flanqueaban y nosotras pisábamos los cuerpos de sus hermanos caídos. La alfombra de musgo amortiguaba el sonido de nuestros pasos, haciendo que el croar de las ranas, el golpeteo de los pájaros carpinteros y el canto de los pájaros sonaran más altos. Me sentía como si hubiera entrado en uno de esos antiguos bosques deshabitados de los cuentos de hadas que tanto había amado mientras crecía y, por su silencio, sabía que Milana, Ružica y Helene se sentían igual.

—*Fagus sylvatica* —susurró Helene interrumpiendo mis pensamientos.

No entendí el significado de aquella frase que sonaba vagamente a latín, y me extrañó, ya que hablaba o leía alemán, francés, serbio y latín, dos lenguas más que Helene. Me pregunté si estaba hablando consigo misma.

—¿Perdón?

—Lo siento, es el género y la especie de esta haya. Mi padre y yo solíamos dar largas caminatas por el bosque cerca de nuestra casa en Viena y teníamos predilección por los nombres latinos de los árboles. —Hizo girar una hoja de haya entre sus dedos.

—El nombre es tan hermoso como el árbol.

—Sí, siempre me ha gustado ese nombre. Es muy lírico. El *Fagus sylvatica* puede vivir casi trescientos años. Si tiene suficiente espacio para crecer, puede

medir hasta treinta metros. Si los siembras muy juntos, su crecimiento se atrofia —dijo con una sonrisa enigmática.

Comprendí su mensaje: a nuestro modo, nosotras éramos como el *Fagus sylvatica*. Le devolví la sonrisa.

Miré el sendero. Era cuidadosa con mis pasos, aunque aún no había tropezado. Estaba tan concentrada en el terreno que choqué contra Milana, que se había detenido repentinamente. Cuando miré por encima de su hombro para ver lo que había frente a nosotras, entendí por qué se había parado.

Habíamos alcanzado el Albishorn, la cima de esos bosques, que tiene una vista legendaria. Frente a nosotras estaban el azul intenso del lago de Zúrich y el río Sihl, que contrastaban con las montañas cubiertas de blanco y las colinas verdes salpicadas de granjas. El azul de las aguas suizas era mucho más brillante que el Danubio lodoso de mi niñez; los elogios al Albishorn eran bien merecidos, especialmente ahora que el aire estaba lleno de la maravillosa fresca de las abundantes hojas perennes de las montañas.

Me sentía renacer.

Respiré larga e intensamente aquel aire estimulante. Lo había logrado. Había dudado de que pudiera resistir esa caminata, nunca antes me había propuesto algo semejante. Sólo cuando las chicas me rogaron que las acompañara —y Helene explicó su propio éxito en estas colinas a pesar de su cojera—, cedí. Mi amiga no me había dejado poner excusas. Aunque su cojera era consecuencia de un brote de tuberculosis en su infancia y no un defecto congénito, como la mía, andábamos de forma muy parecida. ¿Cómo podía permitir entonces que mi discapacidad me impidiera intentarlo?

Había aprendido algo nuevo sobre mí misma. La cojera no suponía un problema en terreno desigual. Mi discapacidad era más pronunciada en terreno parejo. Podía escalar igual que cualquiera de las chicas. Qué libertad.

Miré a Helene, y ella me sonrió. Incluso sabiendo que escalaba con su padre cuando era niña, me pregunté si habría tenido alguna vez las mismas dudas y la misma revelación en esa prueba. Al devolverle la sonrisa, ella tomó mi mano y le dio un suave apretón. La soltó sólo para acercarse más al borde de la cima para disfrutar de una vista mejor.

El sol se había puesto cuando volvimos a la pensión Engelbrecht. El recibidor parecía recargado y oscuro comparado con la clara, brillante y simple belleza del bosque, sin mencionar que olía empalagoso y a moho, por muy escrupulosa que la señora Engelbrecht fuera con la limpieza. La sirvienta nos ayudó a quitarnos las mochilas y los sucios abrigos, y nosotras reímos con el esfuerzo.

—Señoritas, ¡sois todo un espectáculo! —dijo la señora Engelbrecht entrando en el recibidor.

El alboroto había despertado su curiosidad, y, aunque a la dueña de la casa le gustaba el orden y el silencio, no pudo sino reír con nosotras.

—¿Qué día hemos pasado, señora Engelbrecht! —dijo Ružica.

—¿El Sihlwald estaba tan asombroso como siempre?

—¡Oh, sí! —respondió Milana por todas nosotras.

La señora Engelbrecht dirigió su mirada hacia mí.

—Y a ti, señorita Marić, ¿te ha gustado nuestra joya?

Me había hablado con entusiasmo sobre el Sihlwald antes de que partiéramos, recordando las excursiones que ella y el señor Engelbrecht solían hacer antes de casarse.

Las palabras para describir mi experiencia no surgieron fácilmente —para mí había sido mucho más que un simple paseo—, y tartamudeé:

—Ha sido tan...

—¿Tan...? —preguntó expectante la señora Engelbrecht.

—A la señorita Marić le ha encantado —dijo Helene, rescatándome—. ¡Mire, hasta la ha dejado sin habla!

Milana y Ružica rieron, y la señora Engelbrecht nos dedicó otra sonrisa.

—Qué bien oír eso.

La señora Engelbrecht miró el reloj de la pared y nos observó de arriba abajo.

—¿Qué tal si os acicaláis antes de la cena? Estará servida en quince minutos, y el ventoso viaje en barca por el lago de Zúrich ha causado estragos en vuestro pelo. *Unordentliches Haar* —añadió para enfatizar lo poco presentables que estábamos.

A pesar de que fuera de la pensión éramos brillantes estudiantes universitarias, dentro de ella debíamos ser damas siempre respetables. Me toqué

el cabello. Lo había trenzado cuidadosamente esa misma mañana, luego me había hecho un moño alto pensando que así aguantaría la escalada y el regreso en barca, pero en este momento era una masa de rizos que escapaban de la trenza y formaban nudos por todos lados.

—Sí, señora Engelbrecht —dijo Ružica.

Mientras subíamos las escaleras hacia nuestras habitaciones, intenté sin éxito desenredar un nudo particularmente rebelde. Cuando Milana y Ružica entraban en sus respectivos cuartos, Helene me alcanzó. Me detuve para dejar que me ayudara con el pelo.

—¿Quieres que vaya a tu habitación y nos ayudamos mutuamente? Si no, dudo que estemos listas para la cena dentro de quince minutos —propuso.

—Sí, por favor.

Abrí mi puerta y cogí dos cepillos y algunas horquillas de mi tocador. Nos sentamos en la chirriante cama y Helene empezó el doloroso proceso de desenredarme el cabello. Íbamos con frecuencia a las habitaciones de las otras, pero ésa era la primera vez que recuerdo que nos ayudáramos a arreglarnos, a pesar de que había visto muchas veces que Ružica y Milana se peinaban la una a la otra.

—¡Ay! —me quejé.

—Lo siento, no hay nada que hacer con este nido de pájaros sino cepillarlo. Tendrás tu venganza dentro de unos minutos.

Me reí.

—Gracias por alentarme a ir hoy, Helene.

—Me alegra mucho que hayas venido. Ha sido maravilloso, ¿verdad?

—Sí. La vista y el bosque son magníficos. Y nunca pensé que conseguiría hacer algo así.

—Eso es ridículo, Mileva. Estás más que capacitada para una escalada como ésa.

—Me preocupaba atrasaros. Por mi pierna, ya sabes...

—Para ser una chica brillante con tanto éxito en clase, eres terriblemente insegura, Mileva. Hoy lo has hecho de maravilla, ya no tienes excusas para no unirte a nuestras caminatas.

Desde que nos habíamos conocido me había estado rondando una pregunta:

—No parece que tu pierna te angustie en absoluto. ¿No te importa cómo te ve la gente?

Helene frunció el ceño.

—¿Por qué debería angustiarme? Bueno, es una molestia, a veces me siento un poco inestable de pie, y puede que no sea la más rápida, pero ¿por qué debería afectarme cómo me ven los demás?

—Bueno, en Serbia, si una mujer es coja, no es apta para el matrimonio.

Helene dejó de cepillarme el pelo.

—Estás bromeando.

—No.

Puso el cepillo sobre la cama, me miró a la cara y tomó mi mano.

—Ya no estás en Serbia, Mileva. Estás en Suiza, el país más moderno de Europa, un lugar que nunca aceptaría esas ridículas y anticuadas ideas. Incluso en mi hogar, en Austria, que parece un pueblecito al lado del progreso de Zúrich, nunca se toleraría una idea semejante.

Asentí lentamente; sabía que Helene tenía razón. Aun así, la idea de no poder casarme había sonado en mi mente durante tanto tiempo que casi era parte de mí misma.

Esta percepción comenzó muchos años antes en una conversación que escuché por casualidad. Tenía siete años, era un frío día de noviembre y aguardaba con impaciencia después de la escuela a que papá volviera a casa. Había preparado una sorpresa para él que esperaba que lo hiciera sonreír.

Aburrida de dar vueltas en el salón, cogí un libro de una estantería y me acomodé en el sillón de mi padre. Con las piernas flexionadas, me acurruqué con el pequeño libro con cubiertas de piel, con sus grabados dorados en las tapas y sus páginas tan amadas. A pesar de que en nuestra biblioteca familiar había muchos libros —papá siempre pensó que todo el mundo debería instruirse, aunque sus orígenes, como el suyo propio, no le hubieran ofrecido una educación formal—, yo volvía una y otra vez a la colección de cuentos

folclóricos y de hadas. Las historias ya eran entonces un tanto simples para mí, pero sentía predilección por un cuento en particular: *La pequeña rana cantarina*. Una pareja implora tener un hijo, y después, cuando recibe una hija rana en vez de una hija humana, se avergüenza de ella y la esconde. Justo cuando estaba a punto de llegar a mi escena favorita, donde el príncipe oye a la rana cantarina y decide amarla a pesar de su apariencia, rompí a reír; papá había entrado silenciosamente en la habitación y me hacía cosquillas.

Le di un gran abrazo y luego, con emoción, lo llevé hasta el otro extremo de la sala. Quería mostrarle las rampas que había construido según los planos que había hecho en la escuela ese mismo día.

—¡Papá, papá, ven a ver esto!

Moviéndome entre los muebles de nogal y terciopelo verde hacia la única esquina sin decoración de la sala, conduje a papá hasta mi experimento, basado en una conversación sobre sir Isaac Newton. A menudo en la cena hablábamos de Newton. Me gustaba su idea de que todo en el universo, desde las manzanas hasta los planetas, obedece las mismas leyes inamovibles. No leyes hechas por los hombres, sino leyes inherentes a la naturaleza. Pensaba que en esas leyes podía encontrar a Dios.

Papá y yo discutíamos sobre los escritos de Newton respecto a la fuerza de los objetos en movimiento y las variables que los afectan: es decir, por qué los objetos se mueven de la manera en que lo hacen. Newton me intrigaba porque sospechaba que me ayudaría a entender por qué mi pierna se arrastraba mientras que las piernas de los otros niños saltaban ligeras por las calles.

Nuestra última conversación me había dado la idea. ¿Y si hacía mi propio experimento, explorando la pregunta de Newton sobre cómo el incremento de la masa afecta a los objetos en movimiento? Si apoyaba tablas de madera en pilas de libros, podría crear rampas con distintas inclinaciones, y si dejaba caer por esas rampas canicas de diferentes tamaños, podría obtener muchos datos para discutir con papá. Después de la escuela le había pedido a Jurgen, nuestro mayordomo, las tablas de madera, y luego las había colocado cuidadosamente contra montones de libros, cinco libros por cada una de las cuatro rampas, para ser precisos. Las había probado durante más de una hora para asegurarme de que

la inclinación fuera exactamente la misma en todas las tablas, así papá y yo podríamos llevar a cabo el experimento.

—¡Vamos, papá! —lo animé, y le entregué una canica ligeramente más grande que la que yo sostenía—. Veamos cómo el tamaño de las canicas afecta a su velocidad y movimiento.

Sonriendo, mi padre me alborotó el pelo.

—Está bien, mi pequeño bichito. Un experimento de Isaac Newton. ¿Tienes papel preparado?

—Preparado —respondí.

Nos arrodillamos en el suelo. Papá alineó su canica sobre la rampa. Después de asegurarse de que yo había hecho lo mismo, gritó:

—¡Ahora!

Durante el siguiente cuarto de hora lanzamos canicas por las rampas y anotamos los datos. Los minutos pasaron en un segundo. Era el momento del día en que me sentía más feliz. Papá me entendía de verdad. Era el único.

Nuestra sirvienta, Danijela, nos interrumpió.

—Señor Marić, señorita Mileva, la cena está servida.

El aroma a pimienta y carne de mi *pljeskavica* favorita flotó en el aire, pero aun así me sentía decepcionada. Durante la cena tenía que compartir a papá. Sí, es cierto que mi padre y yo dominábamos la conversación durante la cena, porque mamá apenas hablaba cuando la servía, pero su presencia empañaba mi entusiasmo y la mente abierta de papá. Mamá tenía muchas expectativas respecto a quién debía ser yo, y ninguna de ellas incluía a una pequeña científica.

«¿Por qué no eres como las otras niñas?», me preguntaba frecuentemente, y a veces completaba la pregunta con el nombre de alguna niña concreta de Ruma, donde había un gran número de niñas ordinarias entre las que elegir. Nunca llenó ese espacio con el nombre de mi hermana fallecida, pero yo sabía que estaba implícito: ¿por qué no era como Milica hubiese sido de haber sobrevivido?

Muchas noches, en la oscuridad de mi habitación, en el silencio de las horas en que todos dormían, me preguntaba si estaba cometiendo un error complaciendo a papá en vez de a mamá. No podía hacer felices a ambos.

A pesar de las diferentes opiniones que tenían respecto a mi futuro, papá no

soportaba ninguna crítica mía a mamá, sin importar cuán astuta fuera al hacerla. Él defendía las expectativas de su esposa como propias de una madre que protege a su hija. Y yo sabía que tenía razón. Mamá me amaba y quería lo mejor para mí, incluso cuando su visión de lo que era mejor no encajara con la mía.

La cena terminó tras la conversación sobre Newton. Me ordenaron que me fuera a la sala. Algo iba mal entre mamá y papá, algo no dicho pero palpable. Mamá nunca se mostraría en desacuerdo abiertamente con él, al menos no delante de mí, pero sus modos —su oración breve antes de la cena, su forma abrupta de pasar los platos, su pregunta sobre si nos había gustado la cena— hablaban de un desafío. Para entretenerme mientras papá volvía, revisé los datos que habíamos obtenido y me preparé para un segundo experimento sobre otra de las teorías de Newton. Para medir el impacto que la fricción tiene en el movimiento de canicas de tamaños idénticos, le pedí a Jurgen que preparara tres tablas de madera, cada una con distintos grados de rugosidad.

Pensé acerca del comentario que papá había hecho cuando le había propuesto este experimento: «Mitza, tú eres como uno de los objetos en las investigaciones de Newton. Mantienes incansablemente tu velocidad en la vida a menos que actúe sobre ti una fuerza externa. Espero que ninguna fuerza externa cambie nunca tu velocidad». Papá era divertido.

Mientras creaba rampas usando distintas tablas, unas voces rasgaron los límites de mi conciencia. Probablemente, las sirvientas estaban discutiendo de nuevo, algo que ocurría casi todos los días cuando la cena y las labores de limpieza habían terminado. Las voces sonaban cerca de la cocina. ¿Qué estaba pasando? Danijela y Adrijana nunca habían sido tan ruidosas, tan irrespetuosas. Tampoco recordaba que mamá hubiese perdido el control sobre la cocina; era de pocas palabras, pero siempre firme. Con curiosidad, agucé el oído, pero no logré entender la conversación.

Quería saber qué estaba pasando. En vez de acercarme a la cocina por la puerta de la sala, me deslicé hacia el pasillo de la servidumbre. Allí, la madera usada para el suelo tenía un grado de dureza mayor y, a diferencia del resto de la casa, no había cuadros en las paredes. En la zona donde nosotros vivíamos, los suelos estaban pulidos, lustrosos, y se hallaban cubiertos con alfombras turcas, y

las paredes estaban llenas de naturalezas muertas y retratos de gente que yo no conocía. Papá siempre decía que quería que nuestra casa fuera tan buena como cualquier otra casa de la alabada ciudad de Berlín.

Nadie esperaba encontrarme allí. Tratando de pisar con ligereza —tarea difícil con mis pesadas botas—, me percaté de que las voces no pertenecían a Danijela y Adrijana, sino a mis padres.

Nunca los había oído pelearse. De voz suave y sumisa siempre, excepto en la cocina, mamá casi nunca hablaba así en presencia de papá. ¿Qué había ocurrido para que alzara la voz de esa manera?

Acercándome más a la puerta de la cocina, oí que alguien decía mi nombre.

—No le des falsas esperanzas a esa niña, Miloš, sólo tiene siete años. Pasas demasiado tiempo con ella, alentando sus ideas y sus lecturas —suplicaba mamá—. Tiene un espíritu delicado que necesita de nuestra protección. Nuestro deber es prepararla para su futuro *real*. Aquí, en casa.

—Mis esperanzas para Mitza tienen fundamento. El tiempo pasado con ella nunca es demasiado; en todo caso, es muy poco. ¿Tengo que repetirte lo que la señorita Stanojević me ha dicho hoy sobre lo brillante que es Mitza? ¿Sobre su genialidad en matemáticas y ciencias? ¿Su capacidad para aprender otras lenguas? ¿Tengo que decirte de nuevo lo que sospecho desde hace tanto tiempo? —La voz de papá era firme.

Para mi sorpresa, mamá no cedía.

—Miloš, es una niña. ¿Qué bien le hace que le enseñes matemáticas y alemán o que hagáis experimentos científicos? Su lugar está en casa. Y la casa de Mitza será siempre ésta, porque su pierna impedirá que se case y, por tanto, que tenga hijos. E incluso el gobierno lo reconoce: las niñas no pueden asistir a la preparatoria.

—Eso será para las niñas comunes. Pero no para una niña como Mitza.

—¿A qué te refieres con «una niña como Mitza»?

—Sabes a lo que me refiero.

Mamá permaneció en silencio. Pensé que se había dado por vencida, pero luego volvió a hablar.

—¿Quieres decir una niña deforme? —Mamá escupió la palabra.

Retrocedí. ¿De veras mamá había dicho *deforme*? Siempre me decía lo hermosa que era, que mi cojera apenas era visible, que nadie se percataba realmente de la disparidad de mis piernas y mi cadera. Siempre había sabido que eso no era totalmente verdad —no podía ignorar las miradas de los extraños y las burlas de mis compañeros de clase—, pero ¿*deforme*?

El tono de mi padre se impregnó de furia.

—¡No te atrevas a llamarla *deforme*! Si hay algo distinto en Mitza es un don. Con una pierna así nadie querrá casarse con ella, y eso le da libertad para perseguir los dones intelectuales que Dios le ha dado. Su pierna es una señal de que está destinada a algo más grande, un destino mejor que un simple matrimonio.

—¿Una señal? ¿Dones de Dios? Miloš, Dios quiere que la protejamos en esta casa. Debemos mantener sus expectativas realistas para no aplastar su espíritu.

Mamá hizo una pausa y papá rompió el momento de silencio.

—Quiero que Mitza sea fuerte. Quiero que pase de largo ante cualquier *klipani* que se ría de su pierna porque confía en que Dios le ha dado un regalo especial: su inteligencia.

Sentí que estaba viéndome a mí misma por primera vez. Mis padres me veían tal como los padres de *La pequeña rana cantarina* veían a su hija. Los oía decir que era inteligente, pero más que cualquier cosa sentía su vergüenza. Querían esconderme, apartarme de cualquier sitio que no fuera la casa y la escuela. No pensaban que fuese digna ni siquiera del matrimonio, algo a lo que incluso la más tonta chica de granja podía aspirar.

Mamá no respondió, un largo silencio indicó su regreso a la sumisión. Papá habló por ambos, con más calma.

—Le daremos la educación que su mente merece. Y yo le enseñaré a tener una voluntad de hierro y disciplina mental. Eso será su escudo.

¿Voluntad de hierro? ¿Disciplina mental? ¿Escudo? ¿Ése era mi futuro? Sin marido, sin un hogar propio, sin hijos. ¿Qué era entonces el final esperanzador de *La pequeña rana cantarina*, cuando el príncipe encuentra la belleza dentro del feo exterior de la rana y la convierte en su princesa y la colma de vestidos

dorados del color del sol? ¿No iba a ser ése mi destino? ¿No merecía un príncipe, sin importar lo horrible que yo fuera externamente?

Corrí fuera de la casa sin molestarme en enmascarar el sonido de mi cojera. ¿Por qué iba a hacerlo? Mis padres habían dejado claro que era esa cojera la que me definía.

Había permanecido callada, pensando en el pasado. Helene soltó mi mano y me tomó por los hombros.

—¿Te das cuenta, Mileva, de que tu cojera no impide que te cases, de que no te limita de ningún otro modo, de que ya no necesitas estar atada a esas anticuadas ideas?

Miré los ojos de color azul grisáceo de mi amiga y al oír la convicción en su voz estuve de acuerdo con lo que decía. Por primera vez en mi vida —quizá, sólo quizá—, mi cojera era irrelevante. Para quien yo era, para todo en lo que podría convertirme.

—Sí —respondí con una voz tan segura como la de la propia Helene.

Entonces ella soltó mis hombros, cogió el cepillo y continuó con la dolorosa tarea de desenredar mi cabello.

—Bien. En cualquier caso, ¿por qué deberíamos preocuparnos por el matrimonio? ¿Por qué tenemos que casarnos? Mira nuestro grupo: tú, yo, Ružica y Milana. Seremos cuatro mujeres profesionales con vidas plenas, viviremos en Suiza por su tolerancia para con las mujeres, la inteligencia y las etnias. Nos tendremos a nosotras mismas y nuestro trabajo; no necesitamos seguir el camino tradicional.

Consideré esto por un momento. Su afirmación parecía casi revolucionaria, un poco como la acepción de *bohémio* del señor Einstein. Sin embargo, era un futuro hacia el que todas nos dirigíamos.

—Tienes razón. ¿Por qué deberíamos casarnos? ¿Por qué casarse en estos tiempos? Quizá es algo que ya no necesitamos hacer.

—Ése es el espíritu, Mileva. ¡Vamos a divertirnos mucho! Durante el día trabajaremos como historiadoras o físicas o maestras, y por la noche y los fines

de semana haremos nuestros conciertos o iremos a escalar.

Imaginé la vida idílica que describía Helene. ¿Era posible? ¿Podría tener realmente un futuro feliz lleno de trabajo y amistades?

Helene siguió.

—¿Hacemos un pacto? ¿Por un futuro juntas?

—Por un futuro juntas.

Mientras nos cogíamos de las manos haciendo el pacto dije:

—Helene, por favor, llámame Mitza. Así me llama mi familia y quien me conoce bien. Y tú me conoces mejor que la mayoría.

Ella sonrió y dijo:

—Me siento honrada, Mitza.

Riendo sobre nuestro día, terminamos de arreglarnos para la cena. Con el cabello en su lugar y los brazos entrelazados, bajamos las escaleras. Concentradas en un animado debate sobre los entrantes que se servirían esa tarde —yo me moría por el *Zürcher Geschnetzeltes*, un plato de ternera con salsa cremosa de vino blanco, mientras que Helene esperaba algo más simple—, tardamos en darnos cuenta de que la señora Engelbrecht nos estaba mirando al pie de la escalera, esperándonos. O esperándome a mí.

—Señorita Marić —me dijo con evidente disgusto—, parece que tiene una cita.

El sonido de alguien aclarándose la garganta llegó desde atrás de la señora Engelbrecht y una figura apareció.

—Discúlpeme, *ma'am*, pero soy un compañero de clase, no una cita.

Era el señor Einstein. Con un estuche de violín en la mano. No había esperado a ser invitado.

5 de mayo de 1897

Zúrich, Suiza

—Caballeros, caballeros. ¿No hay uno solo entre ustedes que sepa la respuesta a mi pregunta?

El profesor Weber se levantó con arrogancia frente a la clase, deleitándose con nuestra ignorancia. La razón de por qué un profesor siente tanta alegría ante los errores de sus estudiantes es algo incomprensible y perturbador para mí. Ser llamada «caballero» no me preocupaba nada en comparación. Estaba acostumbrada desde hacía meses a los insultos de Weber, ya fueran observaciones sobre los europeos del este o su insistencia en referirse a mí en masculino. Sólo deseaba que las clases de Weber fueran como las de los otros profesores, ostras que se abrían para revelar las más lustrosas perlas.

Yo sabía la respuesta a la pregunta, pero, como ya era normal, dudaba en alzar la mano. Miré alrededor esperando que alguien más respondiera, pero mis compañeros, incluyendo al señor Einstein, tenían las manos pegadas a los bancos. ¿Por qué nadie alzaba la mano? Quizá el calor extemporáneo los volvía lánguidos. Hacía un calor inesperado para ser primavera, incluso con las ventanas abiertas no corría nada de brisa; el señor Ehrat y el señor Kollros intentaban mover el aire con abanicos improvisados. Me sudaba la frente, y noté que las chaquetas de mis compañeros estaban manchadas por la transpiración.

¿Por qué me resultaba tan difícil alzar la mano? Lo había hecho muchísimas veces antes, aunque siempre me había costado. Meneé ligeramente la cabeza cuando un recuerdo se apoderó de mí. Tenía diecisiete años y acababa de salir de mi primera clase de física en la preparatoria para hombres Royal Classical de Zagreb, donde papá había logrado que me admitieran a pesar de la prohibición

por ley de que las mujeres austrohúngaras fueran a la preparatoria, pidiendo a las autoridades una excepción. Aliviada y emocionada por mi primer día de clase — en el que me había aventurado a responder una pregunta del profesor, acertando — salí levitando del aula. Había esperado hasta que la clase se hubiera despejado de alumnos para que el pasillo estuviera vacío. Un hombre apareció detrás de mí y me empujó hacia otro pasillo menos iluminado. ¿Tanta prisa tenía que no me había visto?

—Señor, señor... —dije por encima del hombro.

Pero no dejó de empujarme hacia el pasillo, que cada vez era más oscuro. No había nadie cerca para oírme. ¿Qué estaba pasando?

Luché por volverme, pero no lo conseguí. El hombre era medio metro más alto que yo. Me empujó contra la pared —mi cara se estrelló, impidiéndome verlo para que no pudiera identificarlo más tarde— y me mantuvo así.

—Crees que eres inteligente, presumiendo con esa respuesta... —Estaba furioso, escupía las palabras sobre mi mejilla—. No tendrían que dejarte entrar en nuestra clase: está prohibido por ley. —Me dio un último empujón contra la pared y salió corriendo.

Me quedé petrificada, mirando hacia la pared hasta que oí su último paso. Sólo entonces me di la vuelta, temblando sin control. No esperaba una bienvenida alentadora por parte de mis compañeros, pero tampoco aquello. Asustada, comencé a llorar, algo que me había prometido a mí misma no hacer nunca en la escuela. Me limpié las lágrimas y la saliva de mi atacante de la mejilla, y me di cuenta de que iba a tener que mantener oculta mi inteligencia. O arriesgarlo todo.

Weber interrumpió mi horrible recuerdo reprendiéndonos. Chasqueó la lengua y dijo:

—Estoy muy decepcionado por que ninguno de ustedes haya alzado la mano. Hemos estado guiando *toda* la sesión hacia la respuesta a esta pregunta. ¿Nadie la sabe?

Recordando mi conversación del mes anterior con Helene, decidí dejar de

paralizarme. Respiré profundamente y levanté la mano. Weber bajó de la tarima y se dirigió hacia mi asiento. ¿Qué clase de humillación me haría sufrir si me equivocaba? ¿Qué harían mis compañeros si acertaba?

—Ah, es usted, señorita Marić —dijo como si se sorprendiera, como si no supiera hacia quién estaba caminando, como si no le hubiera demostrado antes mi inteligencia; ese asombro fingido era sólo otra manera de humillarme y de ponerme a prueba.

—La respuesta a su pregunta es uno por ciento —dije.

Sentía más y más calor subiendo hacia mis mejillas y deseaba no haber abierto la boca.

—Lo siento, ¿podría repetirlo más alto para que todos podamos compartir su sabiduría?

Sabiduría. Sonaba como si Weber estuviera burlándose de mí.

¿La respuesta era incorrecta? ¿Estaba diciendo que me había equivocado? Me aclaré la garganta y dije, con la voz más alta y clara que pude:

—Dado el contexto de su pregunta, lo más cerca que podemos estar de estimar el tiempo necesario para enfriar la Tierra es del uno por ciento.

—Correcto —admitió Weber, no sin sorpresa, y también decepción—. Para aquellos que no lo hayan oído, la señorita Marić ha llegado a la respuesta correcta. Uno por ciento. Anótenlo, por favor.

Murmullos a mi alrededor. Al principio no pude oír claramente ninguno de los comentarios, pero después alcancé a captar algunos cumplidos. Oí «lo ha logrado» y «buen trabajo» entre las frases. Fue la primera vez que oía cumplidos; había respondido antes algunas preguntas de Weber sin recibir aprobación alguna. Seguramente ese día mis compañeros simplemente estaban encantados con que alguien fuese mejor que Weber.

Cuando terminó la clase, me levanté y comencé a guardar mis cosas. Entonces, el señor Einstein caminó hacia mi mesa.

—Impresionante, señorita Marić.

—Gracias, señor Einstein —respondí asintiendo—. Pero estoy segura de que cualquiera de nuestros compañeros podría haberlo hecho tan bien como yo.

Mientras seguía guardando mis cosas, me pregunté por qué menospreciaba

mis logros.

—Se subestima, señorita Marić. Puedo asegurarle que ninguno de nosotros tenía la respuesta. —Su voz se convirtió en un susurro—. De otra manera, nunca habríamos permitido que Weber nos hostigara durante todo ese insufrible tiempo.

Una sonrisa irreprimible brotó de mi boca ante la audacia del señor Einstein al criticar a Weber cuando éste aún estaba en su tarima.

—Ahí está, señorita Marić. Esa sonrisa esquiva. Creo que sólo la he visto un par de veces antes de hoy.

—¿Ah, sí? —lo miré.

No quería alentar sus tontas bromas, especialmente en presencia de mis compañeros y de Weber, pues esperaba que me tomaran en serio, pero tampoco deseaba ser grosera.

Él encontró mi mirada.

—Oh, sí, he tomado cuidadosas notas científicas sobre sus sonrisas. Hace escasos días, cuando fue tan amable al permitirme tocar música con usted y sus amigas, capté una. Pero ésa no fue la primera. No, la primera sonrisa tuvo lugar en los escalones de su pensión. Aquel día en que la acompañé a casa bajo la lluvia.

No sabía cómo responder. Parecía hablar en serio y no con su usual tono abstracto. Y ese simple hecho me causó recelo. ¿Era posible que estuviera haciéndome algún tipo de proposición? No tenía ninguna experiencia con este tipo de cosas, aparte de las esporádicas advertencias de Helene, y no tenía manera de evaluar sus palabras.

Nerviosa e incómoda, comencé a caminar hacia la puerta. El sonido de papeles y de pasos rápidos me decían que el señor Einstein trataba de alcanzarme.

—¿Sus amigas y usted tocarán esta tarde? —me preguntó cuando llegó a mi altura.

Ah, tal vez simplemente necesitaba compañía musical. Quizá no intentaba coquetear. Experimenté una extraña mezcla de decepción y alivio que me sorprendió: ¿había una parte de mí que buscaba sus atenciones?

—Acostumbramos tocar después de la cena —respondí.

—¿Ya han seleccionado alguna pieza?

—Creo que la señorita Kaufler ha elegido el *Concierto para violín en la menor* de Bach.

—Oh, es una pieza hermosa. —Tarareó un pequeño fragmento—. ¿Podría acompañarlas de nuevo?

—No pensé que esperara a ser invitado...

Me sorprendí a mí misma por mi descarada respuesta. A pesar de mis sentimientos contradictorios y mis intentos por dirigir la conversación a un rumbo más adecuado, no pude resistir recordarle al señor Einstein que la semana anterior había ignorado el protocolo normal de invitación y había aparecido sin previo aviso en la entrada de nuestra pensión.

Mientras él aguardaba en el salón a que termináramos de cenar, Milana y Ružica me habían bombardeado con preguntas sobre el señor Einstein y expresado su desaprobación por su presuntuosidad, en tanto que Helene simplemente escuchaba con atención. Acordamos permitir que nos acompañara, pero la cautela persistió durante todo nuestro fallido concierto de una sonata de Mozart. Y puesto que no me pareció que hubiese sido una noche exitosa, estaba impresionada de que quisiera repetir semejante experiencia.

Resopló sorprendido y luego se rio.

—Supongo que me lo tengo bien merecido, señorita Marić. Pero ya le había advertido que soy un bohemio.

El señor Einstein me siguió mientras caminaba por los pasillos hacia la entrada trasera del edificio. Dado que mis nervios estaban un poco alterados, quería evitar el ruido de la Rämistrasse. Él empujó las pesadas puertas y salimos de la penumbra del edificio hacia la brillante luz del día que caía sobre la plaza. Miré el fondo montañoso de Zúrich donde se veían tanto antiguas agujas de iglesias como estructuras modernas de oficinas.

Mientras cruzábamos la plaza, conté sus ángulos y calculé la simetría de los diseños. Había comenzado ese ritual como una manera de distraerme de los susurros que a veces oía de mis profesores y compañeros —incluso de sus hermanas, madres y amigas— cuando caminaban también por allí. Las críticas

sobre lo impropio de una mujer estudiante, las risitas acerca de mi cojera, los comentarios horribles sobre mi piel más oscura y mi expresión seria. No quería que mi confianza en el aula fuera minada por sus comentarios.

—Está muy callada, señorita Marić.

—Constantemente se me acusa de estarlo, señor Einstein. Por desgracia, no tengo el don para las charlas intrascendentes como las mujeres comunes.

—Inusualmente callada, quiero decir. Como si una teoría importante hubiese pasado por su cabeza. ¿Qué pensamiento ha capturado a su formidable mente?

—¿La verdad?

—Siempre la verdad.

—Estaba evaluando las columnas y el diseño geométrico de este lugar. Me he dado cuenta de que tienen una simetría bilateral, casi precisa, de reflexión axial: simetría.

—¿Eso es todo? —preguntó con una sonrisa.

—No todo.

Si el señor Einstein no seguía las reglas convencionales, ¿por qué debía hacerlo yo? Era un alivio, así que le expliqué mis pensamientos reales.

—Durante los últimos meses, he notado los paralelismos entre la simetría artística y el concepto de simetría como si fueran los de la física.

—¿Y a qué conclusión ha llegado?

—He concluido que un seguidor de Platón diría que la belleza de esta plaza es atribuible simplemente a su simetría.

No mencioné que esa conclusión me entristecía; ensimismada en las teorías de los estudios que más amaba, la física y las matemáticas, el ideal de la simetría era un estándar que yo, con mis piernas irregulares, nunca podría conseguir.

Dejó de caminar.

—Impresionante. ¿Qué más ha percibido en esta plaza por la cual yo paso, obviamente, todos los días?

Hice un gesto para señalar la abundancia de agujas de las iglesias.

—Bueno, me he dado cuenta de que Zúrich parece tener más torres de iglesia que árboles. Sólo rodeando esta calle tenemos las de Fraumünster, Grossmünster y Peterskirche.

Me observó un momento.

—Tiene razón, señorita Marić, sobre que no es una mujer común. De hecho, usted es una joven de lo más extraordinaria.

Después de ese paseo, el señor Einstein viró hacia la Rämistrasse. Yo me detuve, no quería ir en esa dirección: anhelaba la paz de un paseo a través de calles silenciosas camino de mi pensión. Me pregunté si me seguiría, no muy segura de desear su compañía. Disfrutaba de mis conversaciones con él, pero me preocupaba que me siguiera hasta la pensión y que esto condujera a la actitud incómoda de las chicas hacia su presencia indeseada.

—¡Señor Einstein! ¡Señor Einstein! —Una voz llamaba desde un café de la acera opuesta—. ¡Llega tarde a nuestra cita! ¡Como siempre!

La voz venía de una mesa en la calle. Al mirar hacia allí, vi a un caballero de cabello oscuro y piel aceitunada que agitaba las manos para llamar la atención. No lo reconocí del Politécnico.

—¿Nos acompañará a mí y a mi amigo a tomar un café, señorita Marić?

—Mis estudios me llaman, señor Einstein. Debo irme.

—Por favor, me gustaría que conociera al señor Michele Besso. Aunque se graduó en el Politécnico como ingeniero y no como físico, ha sido quien me ha mostrado a muchos teóricos de la física, como Ernst Mach. Es muy agradable, y está intrigado por muchas de las grandes y modernas teorías que nos interesan a usted y a mí.

Me sentí halagada. El señor Einstein parecía creer que yo podía mantener una conversación científica con su amigo. Pocos hombres en Zúrich me habrían hecho una oferta parecida. Parte de mí quería decir que sí, aceptar su invitación, sentarme en aquel lado de la calle en una mesa de café y discutir las difíciles y grandes preguntas de la física. Secretamente deseaba participar en las fervientes conversaciones que tenían lugar en las calles y los cafés de Zúrich en vez limitarme a observar.

Pero parte de mí tenía miedo. Miedo de confundir la naturaleza de las atenciones del señor Einstein y miedo de dar un paso más allá de mi muro invisible y aceptar los riesgos de convertirme en la persona que soñaba ser.

—Gracias, pero no puedo, señor Einstein. Mil disculpas.

—¿En otro momento, tal vez?

—Tal vez.

Comencé a caminar rumbo a la pensión Engelbrecht. Oí su voz en la distancia:

—¡Mientras tanto, tocaremos música!

Sintiéndome envalentonada, más como un compañero de clase que como una señorita, grité sobre mi hombro:

—¡No recuerdo haberlo invitado!

El señor Einstein soltó una risa.

—¡Como usted misma ha dicho, yo nunca he esperado invitaciones!

9 y 16 de junio de 1897

Zúrich, Suiza

Ružica y yo salimos de Conditorei Schober y caminamos cogidas del brazo por la Napfgasse. El sol de la tarde era suave y creaba una bruma que iluminaba los edificios desde atrás y un resplandor en las cristaleras de todas las tiendas por las que pasábamos. Ambas suspiramos con satisfacción.

—Estaba delicioso —dijo Ružica.

La noche anterior, después de la cena, habíamos hecho planes para probar el café, el chocolate caliente y los pastelitos de Conditorei Schober. La famosa repostería estaba entre la Universidad de Zúrich, donde Ružica estudiaba, y el Politécnico, y ambas habíamos fantaseado con las delicias del establecimiento desde que supimos de su existencia por la señora Engelbrecht. Helene y Milana no habían querido venir, no sólo porque preferían los sabores salados a los dulces, sino porque, en general, no se sentían inclinadas a seguir a Ružika en sus frívolas aventuras. Me sorprendí a mí misma accediendo a acompañarla.

—Aún tengo en la boca el sabor a caramelo y nueces de mi tarta —dije.

Me había comido una deliciosa tarta con base de galleta de mantequilla y un maravilloso relleno.

—Yo aún puedo sentir el sabor del mazapán y la crema del *Sardegnatorte* —apuntó Ružica.

—No debería haberme tomado el segundo *Milchkaffe* —dije, refiriéndome al delicioso café con leche que adoraba—, estoy tan llena que tendré que aflojarme el corsé cuando llegemos a la pensión.

Nos reímos ante la idea de aparecer en la cena de la señora Engelbrecht con los corsés sin apretar.

—¿Tú crees que necesitas desabrocharte el corsé? ¿Y yo qué? Soy yo la que ha pedido dos dulces. Pero es que no podía resistirme al *Luxemburgerli* —dijo Ružica pensando en los exquisitos macarrones de sabores variados que mi amiga decía que eran tan ligeros que se derretían en la lengua—. Quizá es bueno que no tengamos nada parecido a Conditorei Schober en Šabac, cerca de casa. Habría llegado a Zúrich hecha una bola.

Riendo de nuevo, caminamos por la Napfgasse. Admiramos los nuevos trajes que las mujeres ricas de la ciudad comenzaban a usar. Ambas aprobábamos el estilo de una chaqueta ajustada junto con una falda de trompeta, pero pensábamos que la chaqueta entallada sobre el corsé, que era obligatorio, habría sido muy incómoda para concentrarnos durante las largas horas de estudio. No, nosotras seguiríamos vistiendo nuestras blusas de manga larga, nuestras faldas de corte amplio y siempre con colores sobrios para asegurarnos de que profesores y compañeros nos tomaban en serio.

Tras quince minutos de charla, caímos en un silencio cómodo, disfrutando de esos extraños momentos. Yo pensaba, no por primera vez, qué inesperada era mi vida en Zúrich. Cuando estaba en Zagreb, nunca hubiera imaginado que pasearía del brazo con una amiga después de haber disfrutado juntas de una merienda en un café elegante, y hablando precisamente de moda.

—Caminemos hacia la Rämistrasse —dijo Ružica de repente.

—¿Qué? —pregunté, segura de no haberla oído bien.

—La Rämistrasse. ¿No es ésa la calle con todos esos cafés a los que siempre va el señor Einstein con sus amigos?

—Sí, pero...

—¿No nos invitó ayer el señor Einstein a acompañarlo a él y a sus amigos cuando vino a la pensión a tocar Bach?

—Sí, pero no creo que sea una buena idea, Ružica.

—Vamos, Mileva, ¿a qué tienes miedo?

Ružica se burló y comenzó a llevarme en dirección a la Rämistrasse.

—No lo buscaremos ni haremos nada inapropiado. Simplemente vamos a caminar como cualquier otro peatón, y si el señor Einstein y sus amigos nos ven, pues que así sea.

Pude haber insistido en regresar a la pensión. Pude haber girado en dirección contraria y haberme ido. Pero la verdad es que anhelaba verme envuelta en la cultura de los cafés. Ružica era la fuente externa de confianza que yo necesitaba para dar ese paso.

Sintiéndome valiente, asentí. Aún cogidas del brazo, algo que además era necesario cuanto más nos adentrábamos en las calles más concurridas, giramos algunas esquinas antes de llegar a la Rämistrasse. Como si lo hubiéramos planeado, pero sin decirnos una sola palabra, aminoramos la marcha y anduvimos sin prisa por el bulevar.

Apreté más fuerte el brazo de Ružica cuando nos acercábamos al Café Metropole, uno de los favoritos del señor Einstein. No me atreví a mirar hacia la derecha para ver si él y sus amigos estaban en alguna de las mesas de la acera. Me di cuenta de que, a pesar de toda su valentía, Ružica tampoco había mirado.

—¡Señorita Marić! ¡Señorita Dražić! —oí que nos llamaban. Sabía quién era: el señor Einstein.

Ružica siguió caminando y al principio creí que no lo había oído. Pero luego me lanzó una breve mirada furtiva y me di cuenta de que estaba fingiendo para obligar al señor Einstein a buscarnos de nuevo. Sólo cuando éste volvió a decir nuestros nombres, Ružica miró en dirección a su voz y yo permití que mis ojos la siguieran.

El señor Einstein corría desde el otro lado del bulevar hacia donde estábamos nosotras.

—¡Señoritas! —gritaba— ¡Qué maravillosa sorpresa! Insisto en que se unan a mí y a mis amigos. Estamos en un profundo debate sobre la demostración que hizo J. J. Thomson de que los rayos catódicos contienen partículas llamadas electrones, y podrían servirnos algunas opiniones frescas.

Soltándonos al fin del brazo, Ružica y yo seguimos al señor Einstein al café. Las mesas estaban demasiado juntas y llenas de estudiantes varones. Tuvimos que apretarnos entre la multitud para alcanzar al grupo de tres del señor Einstein, que estaba arrimado a la pared en una esquina trasera. ¿Cómo nos había visto desde ese rincón? Su mirada debía de haber estado fija en la calle.

Dos caballeros se levantaron y esperaron al lado del señor Einstein a ser

presentados. Vi que conocía a uno de ellos. Era el señor Grossman, uno de mis compañeros de clase. Aparte de los saludos y de algún intercambio de palabras necesario en el aula, nunca habíamos hablado. El otro hombre era el señor Besso, que el señor Einstein me había mencionado anteriormente. Con cabello oscuro, ojos marrones y una chispa de humor, me sonrió enseguida.

Los hombres se apresuraron a coger sillas de otras mesas y las pusieron alrededor de la suya para nosotras. Mientras nos sentábamos, el señor Besso se ofreció a servirnos café y pedir unos dulces.

Ružica y yo nos miramos y rompimos a reír con la simple idea de dar un solo bocado más. Los hombres nos miraron con curiosidad, lo que obligó a que me explicara:

—Venimos de Conditorei Schober.

—Ah —dijo el señor Grossman—, entiendo. La semana pasada, mi madre vino a visitarme desde Ginebra y pasamos una tarde entera allí. Creo que no comí en dos días después de eso.

El señor Grossman nunca me había dirigido tantas palabras juntas, y eran más que amigables. Por primera vez me pregunté si nuestra falta de comunicación había sido culpa mía.

Los hombres volvieron a su discusión del experimento de J. J. Thomas y Ružica y yo guardamos silencio. Esa situación era nueva para mí. ¿Debíamos mostrar nuestras opiniones, me pregunté, o esperar a que nos preguntaran? Me preocupaba que el señor Grossman y el señor Besso interpretaran mi timidez como hosquedad o ignorancia, pero tampoco quería ser demasiado atrevida.

—Señorita Marić, ¿usted qué cree? —inquirió el señor Einstein como si hubiera oído mis pensamientos.

Con sus ánimos e invitación, dije:

—Me pregunto si las partículas que encontró el señor Thomson con sus rayos catódicos podrían ser la clave para entender la materia.

Los hombres permanecieron callados e inmediatamente me arrepentí. ¿Había dicho demasiado? ¿Había dicho algo estúpido?

—Muy bien —dijo el señor Besso.

—Estoy de acuerdo —asintió el señor Grossman.

Los tres hombres volvieron al debate sobre la existencia de átomos que obviamente habían iniciado antes de que Ružica y yo llegáramos, y guardé silencio de nuevo. Pero no por mucho tiempo. Cuando la conversación llegó a su siguiente paso, comencé a expresar mi opinión. Una vez resultó evidente que no retrocedería dentro de mi concha como un molusco, los otros empezaron a buscar mis opiniones mientras la discusión continuaba sobre experimentos de toda Europa, y especialmente sobre el descubrimiento de Wilhelm Röntgen de los rayos X. A pesar de que había intentado pedirle a Ružica su opinión sobre estos descubrimientos desde la perspectiva política, ella permanecía inusualmente callada. ¿Había esperado una conversación más tradicional, con temas normales, en vez de una conversación científica?

Tal vez esa aventura no se había desarrollado como ella esperaba, pero, a mí, esta inclusión, esta discusión, la confianza del señor Einstein en mí, me hizo sentir viva, tan eléctrica como las corrientes que había por Zúrich. Intenté no preguntarme qué podía haber detrás las atenciones que el señor Einstein me dedicaba.

—¿Eres tú, Mileva? ¡Te has perdido a Mozart! —oí a Milana llamarme desde el cuarto de juegos.

Oh, no. Mozart. Me había perdido mis citas musicales con las chicas dos veces en una sola semana. Pero ahora mis mejillas estaban encendidas con el regocijo del Café Metropole.

Me dirigí a la sala sin molestarme en esconder el nerviosismo por el recibimiento que me dispensarían. Me lo tenía merecido. Esas chicas me ofrecían afecto y protección emocional en un nuevo lugar y yo ni siquiera acudía puntual a nuestras citas. A la primera distracción, me alejaba de ellas. Era una mala amiga.

Ružica, Milana y Helene estaban sentadas alrededor de la mesa de juego, con las tazas de té vacías y los instrumentos abandonados al lado. El interludio musical había terminado —o quizá nunca había empezado por culpa de mi

ausencia—, y sin duda estaban hablando de mí. Por primera vez, sus expresiones casaban con la severidad de sus atuendos.

—No ha sido lo mismo sin ti y la tamburica —empezó Ružica.

Me estaba riñendo, pero vi el afecto y la pequeña burla detrás de su decepción. No intentaría reprenderme más, después de todo, era ella quien me había arrastrado a la cultura de los cafés, e incluso se había negado a participar en nuestras discusiones desde aquella primera tarde. Demasiado científicas, había dicho.

—Sí, Mileva —se sumó Milana—, la canción sonaba vacía, incompleta.

Helene no dijo nada. Su silencio era peor que cualquier condena. Era la luz del rayo antes del trueno.

—¿Dónde estabas? —me preguntó Milana.

Antes de que pudiera responder, Helene me lanzó una mirada de indignación. El resentimiento y la animadversión que habían crecido desde la noche en que el señor Einstein tocó con nosotras por primera vez estaban supurando. La primera tarde en que nos visitó, Helene simplemente lo saludó con un malhumorado «¿Quién aparece sin invitación en la puerta de un compañero de clase?». Cuando Milana y Ružica lo incluyeron en nuestro concierto de Bach a pesar de la patente incomodidad de Helene, ésta paró repetidamente nuestra interpretación para criticar la técnica del señor Einstein, algo inusual en ella, que siempre se mostraba amable. Este comportamiento había continuado en las otras ocasiones en que nos había acompañado, fuera sin previo aviso o con invitación explícita.

Helene finalmente desató su trueno.

—Déjame adivinar: estabas discutiendo de ciencia en el Café Metropole con el señor Einstein y sus amigos.

No respondí. Helene tenía razón y las chicas lo sabían. No tenía excusa. ¿Qué podía decir? ¿Cómo podía explicarles lo emocionada que me sentía en el Metropole? ¿Qué implicaba eso respecto a ellas? Especialmente cuando había antepuesto varias veces al señor Einstein y sus amigos del café a nuestros interludios musicales.

Empezaron a brotarme lágrimas de los ojos; estaba enojada conmigo misma: nada valía la decepción de esas chicas. Habían revivido mis sueños para el futuro

y juntas habían construido un refugio en el mundo donde podíamos ser nosotras mismas, intelectuales e incluso a veces tontas. El señor Einstein, a pesar de todas sus insinuaciones hacia mi vida en los meses pasados, a pesar de toda la emoción que sentía estando con él, no lo merecía.

Con cautela, me senté en una silla vacía y me limpié las lágrimas.

—No... puedo... ofrecer... sino... mis... disculpas.

Ružica y Milana se acercaron a la mesa para cogerme la mano.

—Por supuesto, Mileva —dijo Milana, y Ružica asintió.

Pero Helene no se movió. Sólo dijo:

—Sinceramente, espero que este comportamiento no se convierta en un patrón, Mitza. Contamos contigo.

Se refería a algo más que los conciertos o sus sentimientos respecto a mis acciones. Era una especie de ultimátum. Helene estaba ofreciéndome otra oportunidad, pero sólo si me comprometía a que nuestro grupo fuera lo primordial. Si mantenía mi pacto.

Luego me sonrió con la misma calidez de nuestro primer encuentro.

Un suspiro de alivio llenó la habitación.

—De cualquier modo, ¿qué atractivo tiene el señor Einstein, aparte de su aburrida conversación sobre física? —dijo Milana aliviando la tensión—. Definitivamente, su peinado salvaje no.

Nos reímos. Los desordenados rizos del señor Einstein se habían convertido rápidamente en un chiste para nosotras. En el estilizado y cuidado mundo de Zúrich, el estilo del señor Einstein no tenía igual. Daba la impresión de que ni siquiera tenía peine.

—Ciertamente, no puede atraerte su descuidada vestimenta —interrumpió Ružica—. ¿Viste lo arrugada que estaba su chaqueta cuando vino la última vez, cuando tocamos Bach? Cualquiera diría que guarda su ropa en el suelo.

Nuestra risa aumentó y de pronto todas querían hablar del señor Einstein. Incluso Helene.

—¡Y luego está su pipa! ¿Creerá que eso añade años a sus infantiles mejillas gordinflonas o que lo hace parecer más profesional? —exclamó, e hizo una

imitación del señor Einstein poniendo tabaco en su larga pipa y aspirando hondamente.

Justo entonces sonó la campana. Nos recompusimos y nos levantamos para ir a cenar.

Más tarde, en mi habitación, me eché sobre los hombros el chal que mamá me había regalado. Esa noche de junio era agradablemente fría, y aunque podría haber mantenido el cuarto caliente si hubiera dejado la ventana cerrada, necesitaba aire fresco en la cara; tenía por delante una montaña de trabajo: artículos de física por leer y problemas matemáticos pendientes. Anhelaba un vigorizante *Milchkaffe*, pero en la pensión no había manera de conseguirlo.

Oí que llamaban a la puerta y di un respingo. Nadie venía a mi habitación a esas horas. Abrí un poco la puerta para ver quién era.

Helene estaba de pie en el pasillo.

—Pasa, por favor. —Me apresuré a darle la bienvenida.

Hice un gesto para indicarle que se sentara en mi cama, el único lugar disponible además de la silla del escritorio. Me sentía nerviosa. ¿Había venido para discutir sobre el Café Metropole? Pensaba que ese asunto había quedado resuelto. El humor alegre que se había impuesto finalmente en el cuarto de juegos se había mantenido durante la cena.

—¿Recuerdas la primera vez que te diste cuenta de que eras distinta a las otras niñas? ¿Más inteligente, tal vez? —preguntó de repente Helene.

Asentí, aunque su pregunta me sorprendió. Recordaba bien el día en la clase de la señorita Stanojević, cuando supe que no era igual al resto. Tenía siete años y me aburría terriblemente. Las otras estudiantes mostraban expresiones confundidas ante la explicación de la maestra de los principios básicos de la multiplicación, un concepto que yo había aprendido a los cuatro años. Tuve la vaga sensación de que yo podría hacer que las chicas lo entendieran. Si hubiera podido ocupar el lugar de la señorita Stanojević en la pizarra, les habría enseñado a las niñas la docilidad de los números, la manera simple en que se podía ver a través de ellos, combinándolos en infinitos grupos y haciendo

conexiones elegantes. Pero no me atrevía; en el *Volksschule*, la escuela primaria, no había precedentes de ninguna estudiante explicando en la pizarra. El orden y la estratificación reinaban en todas las regiones del Imperio austrohúngaro, sin importar cuán remotas fuesen. En vez de levantarme como deseaba, me dediqué a mirar las botas negras y feas que mamá me obligaba a usar siempre con la esperanza de que curaran mi cojera, y las comparé con los zapatos delicados de color marfil y con lazos que siempre usaba Maria, mi dulce y rubia compañera de clase.

—¿Quieres contármelo? —preguntó Helene.

Le conté todo sobre aquel día, como una frustrada niña de siete años.

—¿Alguna vez comprobaste si eras mejor maestra de matemáticas que la señorita Stanojević? —rio.

—De hecho, sí.

Me sentía extraña compartiendo ese incidente.

—¿Cómo fue?

—Por alguna razón, la maestra no estaba en el aula. Se fue mucho rato y las niñas comenzaron a hablar y dar vueltas lejos de sus sitios. Desobedeciendo seriamente las normas de la clase, claro.

—Claro.

—Una de las niñas, creo que se llamaba Agata, caminó hacia mí. Me pregunté qué querría. No era mi amiga; ninguna de ellas lo era, en realidad. Pensé que tal vez quería reírse de mí, ¿sabes?

—Entiendo perfectamente.

—Pero, en lugar de eso, se inclinó sobre mi pupitre y me pidió que le explicara las multiplicaciones. Así que, usando mi propia metodología, comencé a explicarle la clase de la señorita Stanojević. Mientras hablaba, más y más niñas se acercaron, hasta que casi toda la clase estuvo a mi alrededor. Finalmente, aunque era algo arriesgado, fui hacia la pizarra. Lo hice tanto para ayudarlas a ellas como a mí misma, porque si conseguía que la lección fuera más fácil para ellas, quizá la maestra pasaría a un tema más interesante, como las divisiones. En vez de revisar las tablas que la señorita Stanojević había escrito en la pizarra, escogí una sola operación: seis por tres. Les dije a las niñas que no memorizaran

la operación, sino que pensarán en ella como en una suma, una operación que casi todas comprendían. Explicué que seis por tres en realidad significaba esto: sumar el número seis tres veces. Cuando oí a varias decir «Dieciocho», supe que había ayudado al menos a un par de mis compañeras.

—Así que ése fue el momento.

—En realidad, el momento llegó justo después, cuando me di la vuelta desde la pizarra y vi que la maestra había regresado. Estaba en la puerta junto con otra profesora, la señorita Kleine, ambas con la boca abierta al ver a una estudiante al frente de la clase.

Nos reímos pensando en la pequeña Mileva y su maestra escandalizada.

—Me quedé petrificada y pensé que me golpearían los nudillos por mi imprudencia. Pero, increíblemente, después del minuto más largo de mi corta vida, la señorita Stanojević sonrió. Se volvió para hablar con la señorita Kleine y después de otro minuto dijo: «Bien hecho, señorita Marić. ¿Podría, por favor, enseñarnos esa lección de nuevo?» —Hice una pausa—: Fue entonces cuando lo supe.

—¿Qué eras diferente? ¿Más inteligente?

—Que mi vida no sería como la de las otras niñas. —Mi voz acabó en un susurro—. Y mis compañeras también se encargaron de que me quedara claro, que nunca sería una de ellas.

Le conté a Helene mi historia secreta. Aquel mismo día, cuando caminaba de regreso a casa con cuidado de evitar el campo lleno de maleza donde los estudiantes jugaban siempre, Radmila, una de mis compañeras de clase, se acercó y me invitó a jugar por primera vez. A pesar de que sospechaba de ella y de que quería mirar sus ojos marrones para decirle que no, una parte de mí deseaba una amiga. Así que acepté. Las niñas, que ya formaban un círculo cogidas de las manos, hicieron un hueco para que Radmila y yo nos uniéramos al juego. Durante un rato tomé parte de los juegos rítmicos y cantos bobos en el vaivén de las olas que hacían las manos de las niñas, el polvo volando a nuestro alrededor. Entonces, repentinamente, las reglas cambiaron. El paso se incrementó a una velocidad furiosa y fui azotada salvajemente. Cuando me fallaron las piernas, las niñas me arrastraron dando vueltas en el círculo,

cantando sin parar. Luego soltaron mis manos, me lanzaron al centro del círculo, donde se rieron de mí, llena de polvo y golpes, mientras intentaba ponerme de pie. Llorando, me obligué a levantarme y me fui a casa, cojeando. No me importó que se rieran mientras me tambaleaba por el camino, ya me habían lastimado profundamente. Humillarme por dar la clase y por ser diferente había sido su objetivo todo el tiempo.

—Mi historia es prácticamente la misma —susurró Helene, y se levantó para abrazarme y decir—: Mitza, desearía haberte conocido desde siempre.

—También yo, Helene.

—Te pido disculpas por haber sido tan dura contigo hoy, y por mi patente desconfianza hacia el señor Einstein. Sé que yo te alenté a formar una alianza con él, pero no pensé que sería tan presuntuoso y poco ortodoxo. Me ha costado mucho tiempo encontrar a gente parecida a mí, y me resulta muy difícil y reacciono mal cuando me parece que se están alejando, en particular con alguien que no sé si merece su compañía.

Abrazándola con fuerza le respondí:

—Lo siento, Helene, no estaba alejándome de ti. Al pasar tiempo con el señor Einstein y sus amigos, en realidad pensé que me estaba acercando más a las metas profesionales de las que tanto hablamos. En el café no se habla de nada que no sea los últimos avances científicos, que yo no conocería de no ser por ellos.

Guardó silencio un momento.

—No lo sabía. Pensaba que te sentías atraída por las formas bohemias de las que siempre está hablando, que te sentías atraída por él, no por la ciencia.

Me apresuré a corregirla.

—No, Helene. Somos colegas. Aprendo mucho de él profesionalmente tanto en el Politécnico como en el Café Metropole, sin importar lo frívolas que parezcan sus acciones aquí.

Pero mientras decía estas palabras me daba cuenta de que no eran totalmente sinceras. Mis sentimientos eran más complejos: en compañía del señor Einstein me sentía viva, comprendida y aceptada. La sensación era única, e inquietante.

Tranquilizándome a mí misma tanto como a ella, añadí:

—Pero no tendrá más consecuencias. Tu opinión significa todo para mí. Por encima de lo demás.

30 y 31 de julio de 1897

Zúrich, Suiza, y el valle del Sihl

Aunque Helene nunca acabó de aceptar al señor Einstein durante esas últimas semanas del semestre, nuestra charla sí logró ablandarla al respecto. Ya fuera porque reafirmamos nuestro pacto o por las burlas a su forma de vestir, sus preocupaciones parecieron difuminarse. Ya no lo veía como una amenaza a nuestras rutinas, aunque él estaba presente persistente y constantemente.

Esto me beneficiaba también, ya que mi seguridad y las pequeñas burlas al señor Einstein me ayudaban a mantenerlo en perspectiva. Me recordaba que era un simple colega amante de la física y un compañero de clase, uno que además tenía un aspecto tonto, ridículo. Pensaba que podría reprimir mis sentimientos hacia él. Me sentía preparada para cortar cualquier sugerencia que pudiera surgir por su parte, aunque hasta entonces no había habido nada que no fuesen bromas frívolas y sugerentes.

La tarde de después del último día de exámenes del primer año de la Sección Seis —para los cuales había estudiado más duro que nunca—, el señor Einstein apareció en la puerta de la pensión Engelbrecht con su violín en la mano, como ya era habitual. No fue una sorpresa; no había sido invitado, pero nunca lo era. Su forma de tocar el violín estaba tan llena de sentimiento y virtuosismo que a las chicas les gustaba recibirlo, aunque nunca terminaron de acostumbrarse a que llegara sin invitación explícita.

Habíamos planeado una noche con *Las cuatro estaciones* de Antonio Vivaldi, para celebrar que precisamente cambiábamos de estación. El señor Einstein tocaba con especial sentimiento aquella noche. Después de que sonara la última

nota hicimos una pausa, satisfechas, y en aquel momento de alegría silenciosa él soltó:

—Señorita Kaufler, hace meses me hablaron del bosque mágico de Sihlwald.

—Efectivamente, señor Einstein —respondió Helene.

—Recuerdo en especial que mencionó la vista desde lo alto del Albishorn, señorita Kaufler.

—Así es.

Helene asintió en nuestra dirección y continuó con una agradable descripción del Albishorn. Para ella parecía ser una charla inofensiva, pero yo podía ver hacia dónde se encaminaba el señor Einstein.

—Si no es demasiado atrevido, me gustaría mucho ser incluido en la excursión al Sihlwald que tienen planeada para mañana.

Habíamos planeado una última salida para el final del semestre. Habíamos hecho viajes más y más largos desde nuestra excursión al Sihlwald, y después de mucho discutirlo decidimos que el semestre debía terminar del mismo modo en que había empezado: con un viaje al Sihlwald.

A pesar de que las intenciones del señor Einstein me parecían obvias, Helene se mostró sorprendida. En respuesta, balbuceó:

—Bueno, señor Einstein, verá..., esta excursión..., creo que fue planeada a modo de despedida para nosotras cuatro.

Sin inmutarse, el señor Einstein presionó del siguiente modo:

—¿Me privará tanto de la belleza natural del bosque Sihlwald como del placer de su compañía este último sábado antes de las vacaciones, señorita Kaufler? Pasarán meses hasta que volvamos a vernos.

Su atrevimiento, descarado incluso para él, incomodó aún más a mi amiga.

—Verá, ejem... Yo no puedo... Esta decisión no es sólo mía.

Helene me miró directamente, sus ojos marrones suplicaban. Mi estómago se estremeció cuando su mirada se desplazó hacia Ružica y Milana.

—Chicas, ¿qué opináis vosotras?

Qué desvergonzado era. ¿Cómo podríamos nosotras, chicas educadas, enseñadas para ser corteses, decir otra cosa que no fuera «sí»?

Esperábamos en el andén con las mochilas en los hombros, llenas con el equipo de excursionismo, un bocadillo impuesto por la señora Engelbrecht y mapas del bosque. Yo consultaba constantemente el reloj de la estación. El señor Einstein llegaba muy tarde.

—¿Dónde está? —Ružica movía nerviosamente el pie; había hecho esa pregunta no menos de ocho veces.

—Yo digo que subamos al tren —sugirió Milana—, parte dentro de dos minutos.

Mirando de nuevo hacia el reloj de la estación, sentí crecer un conflicto en mí. Quería que el señor Einstein nos acompañara, pero no que mi insistencia en esperarlo provocara un retraso en nuestro viaje. Intentando no mostrar mi ansiedad, dije:

—Milana tiene razón, no podemos esperar más. El señor Einstein está llegando exageradamente tarde, ¿quién sabe cuándo aparecerá?

Helene asintió y subimos al tren. Nos acomodamos en un compartimento vacío —pudimos elegir, ya que el tren nunca iba lleno los sábados tan temprano— y subimos las mochilas al portaequipajes. Justo cuando nos sentamos en los gastados asientos, sonó el silbato del tren y comenzamos a movernos.

Suspiré. Quizá era mejor que no viera al señor Einstein hasta el siguiente curso, dentro de tres meses. Su presencia constante últimamente sólo agravaba mi desconcierto. «Sí, esto es justo lo que necesito», pensé. El inicio de las vacaciones de verano sin él era un buen presagio.

—Oh, Dios —dijo Milana mirando por la ventana del compartimento.

—¿Qué? —preguntó Ružica.

Milana no respondió, sólo señaló hacia la ventanilla, como si lo que veía no pudiera ser descrito.

Estiré el cuello sobre la cabeza de Helene y vi a dos hombres corriendo por la estación hacia nuestro tren. Incluso a través del espesor del cristal pude oírlos gritar: «¡Detengan el tren!».

Agucé la vista para ver si era el señor Einstein. El greñado cabello rizado, la camisa a medio meter. Aquellos rasgos suyos tan alejados de la pulcritud de los

hombres suizos. Pero tenía que venir solo, y sin embargo lo acompañaba otro hombre. Quizá no era él. Mi estómago se retorció con emociones mezcladas.

La velocidad del tren disminuyó un poco y los dos hombres saltaron a bordo. Un instante después, la puerta del compartimento se abrió de golpe. Ahí estaba el señor Einstein, radiante. «¡Lo conseguí!» Haciendo una reverencia, señaló a su acompañante.

—Señoritas, permítanme presentarles a Michele Besso, a quien las señoritas Marić y Dražić conocieron en el Café Metropole. Es ingeniero graduado del Politécnico.

Asentí; había mantenido muchas conversaciones con el señor Besso sobre Ernst Mach, un físico que él admiraba. En el Café Metropole, yo disfrutaba con el señor Besso y su suave voz, pero en ese momento me preguntaba cómo lo recibirían las chicas. Ciertamente, Ružica no había conectado mucho con él aquella primera tarde en el café.

—Bienvenidos, caballeros —dije.

Sin esperar a que se lo ofreciera, y sin dar una excusa por haber traído a un invitado extra, el señor Einstein se dejó caer a mi lado. Su pierna tocó el borde de mi falda, y me di cuenta de que nunca antes nos habíamos sentado juntos. Hasta entonces nos habíamos sentado en las sillas de madera del aula, las sillas de metal de los cafés, las sillas tapizadas del salón de los Engelbrecht, pero nunca así. En ese banco me sentía demasiado cerca de él, especialmente cuando acababa de decidir que la excursión iría mejor sin su presencia. El señor Besso fue más educado: «¿Me permite?», le preguntó a Ružica antes de sentarse.

Mientras nuestro inesperado invitado intercambiaba saludos con Ružica, Milana y Helene, yo me volví para ver al señor Einstein. Su cara estaba demasiado cerca de la mía, y pude oler café, chocolate y tabaco en su aliento.

—Han hecho una entrada triunfal —dije apenas riendo mientras me separaba un poco.

—Un día tan importante merece episodios grandiosos —respondió con un gesto que abarcaba el vívido azul del cielo que se veía por la ventanilla.

—Ah, ¿así que ésa es la razón de la carrera por la estación y los gritos al maquinista? —pregunté con una sonrisa maliciosa.

Podía adivinar los motivos de su impuntualidad: se había dormido, como constantemente contaban que hacía sus amigos en el Café Metropole. En realidad, no tenía nada que ver con la grandeza del día. Mi comentario no era precisamente propio de una dama, pero yo no quería que me considerara una simple dama, sino que pensara en mí como una igual; un comentario así podría haberlo hecho cualquiera de sus compañeros del café.

Rio y bajó su voz a un susurro:

—Cómo me gusta esa sonrisa.

Como una muestra de educación, el señor Besso nos interrumpió con una pregunta y pronto todos hablábamos sobre nuestra excursión. Ninguno de los dos se había aventurado antes en el Sihlwald, y cada una de nosotras tenía distintos aspectos favoritos que compartir. En su compañía, el viaje transcurrió rápido.

Las primeras horas de la excursión pasaron de manera similar, el grueso techo del bosque nos mantenía frescos mientras ascendíamos. Árboles enormes de hoja caduca, de los cuales sólo Helene sabía el nombre correcto, se alzaban sobre nosotros, y sus anchos troncos nos bloqueaban a veces el paso. Había follaje verde y flores en abundancia, y por sus exclamaciones los señores Einstein y Besso parecían impresionados con la vista. Las chicas estaban complacidas con sus reacciones y se animaron aún más a señalar las hayas y los brotes morados del jazmín de roca alpina. Queríamos que todo el mundo amara el Sihlwald tanto como nosotras.

Logré ir al ritmo del resto del grupo mientras caminábamos hacia colinas más escarpadas. Nadie le prestó atención a mi cojera, y tampoco fue necesario. Los epítetos de mi infancia en Serbia parecían un mal sueño que la brillante luz del Sihlwald había logrado llevarse.

Era como si todos nos sintiéramos más libres. Oí a Ružica contarle uno de sus chistes al señor Besso, el tipo de chistes que habitualmente reservaba para nuestras partidas de whist y que hacía que protestáramos y nos riéramos divertidas. Helene también se rio con sinceridad con una de las bromas del señor Einstein. Y cuando Milana insistió en que hiciera una de mis imitaciones de la señora Engelbrecht, la complací. Para cuando llegamos al Albishorn, todos estábamos de buen humor.

Pero luego la majestuosidad de la vista se apoderó de nosotros. Los picos de las montañas que nos rodeaban estaban cubiertos de nubes y del color celeste del cielo, y competían con la amplia franja azul marino del lago y el río. Éramos pequeños al lado de la vasta naturaleza. Incluso el señor Einstein, tan hablador siempre, se quedó sin palabras.

Rompiendo el silencio, el señor Besso sacó de su mochila una botella de vino.
—Por cierto, muchas gracias por su hospitalidad de hoy, señoritas.

El señor Einstein le tocó el hombro con alegría.

—Espectacular, Michele.

Nos sentamos para disfrutar de la generosidad del señor Besso. Uno tras otro tomamos tragos de la botella; había sido imposible traer copas en su mochila, se disculpó. A nadie le importó.

—Odio tener que decirlo, pero, si queremos coger el último tren a Zúrich, deberíamos iniciar el regreso ahora —apuntó Helene.

—Cuánto cuesta irse, ¿verdad? —preguntó Milana, y se colgó del brazo de Helene.

Comprendí que hablaba de algo más que del Albishorn. Era difícil renunciar a este momento brillante y dichoso.

Mientras comencé a ponerme de pie con el resto del grupo, noté una mano en mi brazo. Alcé la vista y comprobé que se trataba del señor Einstein.

—Espere un minuto, por favor —susurró.

Me detuve. ¿Qué quería? Definitivamente, no estaba buscando un momento a solas para discutir sobre nuestro examen de física. En mi interior, en lo más profundo de mis pensamientos, sentía que —con todas sus pistas y bromas— había estado fraguando ese momento, pero aún no podía creerme que albergara pensamientos románticos respecto a mí. Debía negarme, insistir en que siguiéramos a los demás. ¿No me había estado preparando mentalmente para evitar ese preciso instante? Pero necesitaba saber qué era lo que tenía que decirme.

El señor Einstein esperaba. Una vez que asentí, dijo a los otros:

—Necesito un minuto más. ¿Por qué no se adelantan? Ya los alcanzaremos.

Los otros se dirigieron hacia el camino de la montaña, pero Helene dudó. Sus

cejas se alzaron en una expresión familiar de precaución.

—¿Estás segura, Mitza?

Asentí con la cabeza. No confiaba en que me fuera a salir la voz.

—Está bien, pero que no sea más de un minuto, señor Einstein. Tenemos que coger el tren.

—Por supuesto, señorita Kaufler.

Mirándome fijamente, Helene dijo:

—Tú le mostrarás el camino de vuelta, ¿verdad, Mitza?

Asentí de nuevo.

Cuando desaparecieron de nuestra vista, el señor Einstein me colocó suavemente a su lado y nos sentamos en un tronco caído. El paisaje, satinado con el suave color rosa del sol al ponerse, se extendía a nuestros pies, y aunque yo sabía que debería estar disfrutándolo, me sentía incómoda y nerviosa.

—Es impresionante, ¿no le parece? —preguntó el señor Einstein.

—Lo es.

Me temblaba la voz; esperé que no lo notara.

Volvió su cara hacia mí.

—Señorita Marić, desde hace algún tiempo ya, siento algo por usted. Algo que uno no siente por cualquier compañero de clase...

Lo escuchaba hablar como si fuese un sueño. Aunque sospechaba aquello — y, si era honesta conmigo misma, incluso lo deseaba, a pesar de lo que les decía a las chicas—, ahora que de verdad él estaba frente a mí diciendo esas palabras me sentía abrumada.

Apoyándome en el tronco, intenté ponerme en pie.

—Señor Einstein, creo que deberíamos volver al camino... —Él tocó mi brazo y con suavidad me hizo sentarme de nuevo en el tronco.

Me cogió la mano. Acercándose a mí, colocó sus labios sobre los míos. Eran inesperadamente suaves y carnosos. Antes de que tuviera tiempo para pensar, me estaba besando. Durante un minuto me rendí a la suavidad de su boca sobre la mía y me permití besarlo también. El calor subió hacia mis mejillas cuando noté sus dedos en mi espalda.

Izgoobio sam sye. Estas son las únicas palabras que se me ocurren para

describir cómo me sentí en ese momento. Traducidas del serbio significan que me sentía perdida. Perdida en el camino, perdida de mí misma, perdida en él.

Separándose un poco, me miró a los ojos. Me costaba respirar.

—Me asombra de nuevo, señorita Marić.

Mientras me acariciaba la mejilla, deseé besarlo otra vez, y la intensidad de mi anhelo me sorprendió. Pero me calmé y respiré hondo.

—Señor Einstein, no puedo decir que no sienta lo mismo. Sin embargo, no puedo permitir que esto desvíe mi camino. Para llegar donde estoy, se han hecho muchos sacrificios, y he trabajado muy duro. El amor y la profesión no deben mezclarse. Al menos en el caso de una mujer.

Sus espesas cejas se arquearon y su boca —esos labios suaves— formó un círculo de sorpresa. Obviamente esperaba que lo aceptara, no que me resistiera.

—No, señorita Marić. Seguramente los bohemios como nosotros, además de otros con nuestra visión y nuestras diferencias culturales y personales, pueden tener ambas cosas.

Sus palabras me atraían. Cómo deseaba que tuviera razón.

—Por favor, no se lo tome como una ofensa, señor Einstein, pero no puedo ir más lejos con esto. Puede que comparta sus ideas bohemias y que crea que somos diferentes, pero debo dejar mis sentimientos de lado por el bien de mis metas profesionales —dije, obligándome a ser fuerte.

Quitándome las ramitas y las hojas secas que se habían prendido a mi falda, comencé el camino de vuelta.

—¿Viene?

Se levantó y caminó hacia mí. Atrapando mi mano en la suya, dijo:

—Nunca en mi vida había estado tan seguro de algo o de alguien como lo estoy de usted. Esperaré, señorita Marić, hasta que esté lista.

29 de agosto de 1897 y 21 de octubre de 1897

Kač, Serbia, y Heidelberg, Alemania

El papel, gastado y arrugado, voló hacia el suelo de madera rayado. Lo miré mientras caía empujado por la brisa tibia que corría por las ventanas del campanario. El libro del profesor Philipp Lenard había estado abierto en la misma página durante más de una hora y yo no había leído ni una sola palabra.

Me agaché para recoger el papel. Estaba sentada en el campanario del Chapitel, nuestra casa de verano en Kač, donde pasábamos los meses cálidos. Se llamaba así por las dos torres que adornaban los extremos de la villa de estilo tirolés y la torre principal que se alzaba en el centro, y había sido mi refugio estival desde que era una niña. Sin importar adónde tuviéramos que mudarnos por el trabajo de papá o por mis estudios —las ciudades de Ruma, Novi Sad, Sremska Mitrovica y al final Zagreb—, el Chapitel era el lugar al que siempre podía llamar hogar.

Había pasado todos los veranos de mi infancia en el campanario del Chapitel, mirando los cambios en el paisaje rural de girasoles y maíz y leyendo montones de libros. Era mi escondite, mi lugar de ensueño, el sitio en el que leía cuentos de hadas de niña y donde comencé a fantasear con una vida de científica. En este momento era el lugar donde me escondía de todos.

Contemplé el papel. Estaba escrita la dirección del señor Einstein con su letra descuidada, tan resuelta como su personalidad. Me lo había puesto en la mano mientras nos despedíamos la tarde de la excursión al Sihlwald con la petición de que le escribiera durante las vacaciones. Yo utilizaba el desgastado papel como marcapáginas para tener la excusa de llevarlo conmigo a todos lados. Aunque me resistía a separarme de la dirección, me prometí que no la usaría para

escribirle. Y mantuve mi promesa a pesar de que cientos de conversaciones sobre física aparecían en mi mente. Sabía que, si le escribía, continuaría con la nueva relación que había surgido en el Sihlwald, y eso me haría casi imposible continuar con la carrera por la que había trabajado tanto tiempo con el apoyo inquebrantable de papá. No conocía a ninguna mujer que tuviera una profesión y además estuviera casada, así que ¿por qué empezar algo con el señor Einstein que no podría terminar? Para consolarme, me aferraba a la idea que Helene y yo nos habíamos hecho de una carrera como solteras, llena de cultura y de amistad.

Me asomé por la ventana y estudié las llanuras fértiles, repletas de girasoles, de Kać. Esa parte de la región voivodina que se extendía al norte con el Danubio había sido históricamente un campo de batalla entre el Imperio austrohúngaro al oeste y el Imperio otomano al este, y ahora se encontraba en tensión con las fronteras austrohúngaras creadas artificialmente por la lucha entre los mandatarios alemanes y la población eslava nativa. Esperaba que el paisaje familiar, los aromas dulces y el calor de mi familia me ayudaran a olvidar aquel momento en el Sihlwald con el señor Einstein. Pero me sentía tan rota como el campo en que habitaba en ese momento, dividida por mis emociones y mis promesas.

El sonido de pasos reverberó en las paredes de la torre. Nadie sino papá, con su ancho torso y pesado cuerpo, tenía una pisada tan dura.

Fingí no oírlo. No porque no quisiera ver a mi padre sino porque quería que creyera que aún tenía la capacidad de abstraerme en un libro, cosa que no había logrado durante semanas. Recostada en el raído diván que mamá había relegado a esa pequeña zona del Chapitel y acurrucándome en torno al libro, fingí un compromiso total con mi lectura.

Sus pasos se hicieron más sonoros y cercanos, pero no alcé la vista. Había sido famosa por mi habilidad de bloquear cualquier molestia en el pasado, pero ignorar los dedos de papá haciéndome cosquillas era otro asunto. En segundos, se acercó a mis sitios vulnerables y yo empecé a chillar y reír.

—¡Papá! —grité, apartando sus manos— ¡Tengo casi veintiún años! ¡Soy mayor para las cosquillas! Además, estoy leyendo.

Cogió mi libro, marcando cuidadosamente la página por la que estaba abierto.

—Umm, Lenard. Parece que has estado leyendo la misma página que leías ayer por la noche.

Me sonrojé. Se sentó a mi lado.

—Mitza, no pareces tú. Estás callada, incluso conmigo. No pasas ningún tiempo abajo con mamá o Zorka o Miloš. Sé que tus hermanos son más pequeños que tú, pero antes disfrutabas llevándotelos de pícnic, como mínimo.

Sus palabras me hicieron sentir culpable. En verano solía preparar almuerzos para Zorka, para Miloš y para mí y nos íbamos a caminar por el campo. Allí, entre los girasoles y bajo el cielo cálido del verano, les leía mis cuentos favoritos. Incluso el de *La pequeña rana cantarina*. Ese verano no había organizado ni una sola de esas salidas. Pensé en decirle a papá que había dejado de hacerlo porque, con doce y catorce años, mis hermanos eran demasiado grandes para esas excursiones, pero lo pensé mejor; papá olería la mentira en un segundo.

Bajó la mirada hacia mi libro y luego estudió mis ojos.

—Ni siquiera estás estudiando o leyendo. ¿Va todo bien?

—Sí, papá —dije, intentando reprimir las lágrimas.

—No sé, Mitza. Ni siquiera parecías emocionada con tus calificaciones cuando llegaron la semana pasada. Has sacado cuatro cincos y medio sobre seis, por Dios. Era motivo de celebración, pero tú apenas alzaste una copa con nosotros.

El secreto sobre el señor Einstein había estado quemándome por dentro desde que había regresado a casa. En muchas ocasiones había querido confesárselo a papá, él había sido mi confidente desde que podía recordar. Pero algo me detenía. Mi miedo a decepcionarlo, quizá, después de todo el camino que había recorrido para asegurar mi educación. Quizá también me preocupaba que dejara de verme como una brillante y solitaria científica. ¿Cómo podía hablarle del señor Einstein?

—Estoy bien, papá. —En cuanto las palabras comenzaron a salir de mi boca, yo ya sabía que sonaban falsas.

Me cogió las manos para levantarme y sentarme a su lado, me puso las suyas en los hombros y suavemente me obligó a mirarlo de frente: sabía que no podía

mentirle o siquiera omitir una parte de la verdad si lo miraba directamente a los ojos.

—¿Qué ocurre, Mitza?

Las lágrimas que había reprimido durante cuatro semanas rompieron su barrera. Lloraba tan fuerte que me dolía el pecho; papá esperó a que le contara todo.

Cuando mi respiración finalmente se acompasó y paró el llanto, papá aún seguía callado. Lo miré aterrorizada de que estuviera enfadado conmigo, de haber suspendido ese examen, el más importante.

Él también lloraba.

—Mi pobre Mitza, ¿por qué tu camino tiene que ser tan duro?

¿Cómo podía estar llorando mi invencible papá? ¿Cómo podía perturbarlo de esa forma mi situación? Él era a quien acudíamos —incluso los oficiales de gobierno de todas las regiones— cuando nos enfrentábamos a un problema insalvable. Saqué de mi bolsillo el pañuelo que siempre guardaba ahí y sequé sus ojos y sus mejillas.

—¿No estás enfadado, papá?

Estaba agradecida de que al menos no estuviera enojado conmigo.

—Claro que no, mi niña. Desearía más que nada en el mundo que tu camino fuera más fácil, que pudieras tener todo lo que tu corazón desea. Pero la genialidad trae cargas consigo, ¿no es así?

—Supongo —dije.

Pero me sentía decepcionada por su consejo. Toda mi vida había escuchado sus advertencias y recordatorios de que yo era la responsable de nutrir mi intelecto. A pesar de que sabía que era poco razonable, incluso imposible, esperaba que pudiera solucionar este problema con el señor Einstein como lo había hecho con tantos otros.

—¿Quieres continuar con tus estudios? ¿Aún quieres ser profesora de física?

«Pero ¿qué pasa con el señor Einstein?», pensé para mis adentros. En lugar de eso, me obligué a decir lo que se esperaba de mí.

—Sí, papá. Eso es lo que siempre he querido, lo que siempre hemos planeado.

—¿Crees que es prudente volver al Politécnico el próximo curso, donde el

señor Einstein tiene una presencia tan fuerte? Quizá hacer un curso lejos, en otra universidad, te ayudaría a cambiar de perspectiva. Podrías regresar al siguiente, cuando hayas logrado cierta objetividad respecto al señor Einstein.

Un curso lejos. Sentí mi corazón encogerse ante la idea de separarme más de tres meses del señor Einstein, pero cuanto más consideraba la propuesta de papá, más alivio sentía. En los próximos meses, no tendría que enfrentarme al rostro del señor Einstein con su expresión anhelante y esos ojos que me hacían perder el equilibrio. Ese tiempo separados podría ser la magia que necesitaba.

Mi mirada se posó sobre el libro de Lenard que había llevado conmigo durante los últimos días.

—Papá, creo que sé el lugar adecuado.

A inicios de octubre, justo antes de empezar mis estudios en la Universidad de Heidelberg, una niebla impenetrable descendió sobre el valle del río Neckar, al sur de Alemania, el lugar en el que la universidad se asentaba. La niebla no mostró signos de desaparecer en los días posteriores a mi llegada al hotel Ritter, donde permanecería durante todo el curso. Aunque las clases de física a las que se me permitía asistir eran de nivel mundial, dirigidas por profesores de renombre como el mismo Lenard, yo no alcanzaba a ver el encanto tan famoso de los edificios y patios de la Universidad de Heidelberg, cubierta por su pesado velo. En realidad, con su bruma densa, el bosque y el río que rodeaban la universidad sólo me servían para recordar, en una comparación desesperada, la brillante belleza del Sihlwald. Me sentía tan melancólica que muchas veces era como si la niebla se hubiese fijado a mi humor.

La soledad superaba la incandescencia de pensamiento que aparecía con la teoría cinética Lenard sobre los gases y los experimentos de la velocidad a la que viajan las partículas de oxígeno. Echaba de menos la compañía, la risa y la compasión de Ružica, Milana y Helene, aunque escondía mis sentimientos en las cartas alegres que les escribía, simulando lo emocionada que me tenían las clases. Y en las solitarias horas de oscuridad en mi habitación de hotel, me

permitía ser honesta: extrañaba también al señor Einstein. Pero mi malestar era tan profundo que me preguntaba si añorar a mis amigos y al señor Einstein era la única fuente de mi desesperación.

Una tarde, a finales de octubre, volví de clase para encontrarme con una carta de Helene esperándome en la recepción del hotel. Apretándola en mis manos, subí los escalones de dos en dos, sin importarme el daño que pudiera hacer a mi pierna, para poder leerla más rápidamente. Rasgué el sobre con mi afilado abrecartas y devoré sus palabras. Ahí, entre la charla sobre sus estudios y los chismes de la pensión, leí: «Pensaba que Heidelberg no permitía que las mujeres se matricularan. Una amiga de mi familia de Viena intentó estudiar psicología allí y tuvo que obtener un permiso del profesor ¡sólo para asistir a clase! No le permitieron matricularse. ¿Esta decisión no hará que te atrases todo un curso?».

Lentamente deslicé su carta sobre mi escritorio del hotel, más adecuado para la escritura de correspondencia de una señorita que para el pesado trabajo de una estudiante. A su perspicaz manera, Helene había puesto el dedo en la llaga. Mi humor enfermizo no se debía sólo a la niebla o la soledad, sino a lo que ese curso lejos podría suponer para mi carrera. ¿Y si ese descanso del Politécnico me atrasaba en mis estudios? ¿Y si alejarme de mis sentimientos por el señor Einstein para asegurar mi carrera sólo la dañaba? ¿Y si volvía para no perder el curso y sucumbía al señor Einstein?

La carta de Helene me dio la determinación para hacer que la estancia en Heidelberg cumpliera su propósito. Seguiría simultáneamente los cursos del Politécnico y de Heidelberg para no quedarme atrás. Y le dejaría perfectamente claras mis intenciones al señor Einstein.

Decidí que finalmente respondería la carta que me había enviado a las tres semanas de mi llegada a Heidelberg. Les había preguntado a las chicas mi dirección, ya que no le había escrito durante el verano. En páginas garabateadas, describía los detalles de las clases de Weber que me había perdido, resumía las explicaciones de los profesores Hurwitz, Herzog y Fiedler, y añadía algunas notas más. A pesar de que leí minuciosamente cada línea, no había ningún comentario ni referencia, obvia o enmascarada, a nuestro momento en el Sihlwald. Nada. Y, aun así, en cada línea sentí las palabras no dichas.

Los dedos me habían picado por el deseo de contestar esa carta desde que la había recibido, pero ahora me alegraba de haberme resistido. Ya estaba lista para ser muy clara. Escribí: «Usted me dijo que no le escribiera a menos que no tuviese absolutamente nada que hacer, y mis días en Heidelberg han sido una locura hasta ahora».

Después de hablar de las magníficas clases a las que había asistido, haciendo eco de la verborrea que envié a Helene, terminé con lo que esperaba fuera un mensaje claro. Hice referencia a un chisme que me había contado en su carta — que un compañero de matemáticas se había convertido en guardabosques porque un amor de Zúrich lo había rechazado— y escribí: «¡Qué curioso! En estos días bohemios en los que hay tantos caminos posibles además del burgués, la idea misma del amor parece un sinsentido».

Rogué que mi carta no resultase ambigua. A mi regreso, los sentimientos entre nosotros no serían parte de la ecuación.

No llegó ninguna respuesta del señor Einstein. No en noviembre. Ni en diciembre. O enero. Su silencio me decía que había recibido mi mensaje. Que era seguro volver a Zúrich.

Segunda parte

El cambio de movimiento es proporcional a la fuerza motriz impresa y ocurre según la línea recta a lo largo de la cual dicha fuerza se imprime.

SIR ISAAC NEWTON

12 de abril de 1898

Zúrich, Suiza

Zúrich me recibió con nieve de principios de primavera y con las agujas congeladas de los relojes de sus torres, que parecían los pastelitos de mazapán que había visto en Conditorei Schober. Las chicas y yo volvimos rápidamente a nuestras rutinas: cenas, whist, té y música. Pero, conforme pasaban los días y se acercaba la fecha de aquello por lo que había regresado —matricularme de nuevo en el Politécnico—, no sentía sino temor.

La falta de respuesta del señor Einstein me había llenado de alivio al principio; me dio libertad para retomar mis estudios en el Politécnico sin miedo a su interés romántico. Sin embargo, cuando se acercaba nuestro encuentro, su silencio me golpeó. Durante los próximos dos años y medio estaría sentada a su lado en clase, pero ¿qué recibiría de él? ¿Desdén por mi rechazo? ¿Rumores entre nuestros compañeros por nuestro único beso? ¿Nuestra amistad previa sería mi ruina? Mi reputación de estudiante sería lo era todo; las mujeres científicas no tienen segundas oportunidades.

Los días se acumulaban igual que mi aprehensión al pensar que haber vuelto a Zúrich era todo menos inteligente.

El primer día del curso retrasé mi entrada en el aula hasta el último segundo. Cuando oí las sillas arrastrándose hacia las mesas supe que no podía esperar más. Finalmente, empujé la puerta y vi que mi asiento, el mismo que había ocupado antes, estaba vacío. Los otros pupitres los ocupaban los cinco estudiantes que ya había conocido en la Sección Seis durante mi primer año; ningún estudiante se había incorporado mientras yo no estaba y nadie más había desertado. ¿Mi asiento había estado esperándome todo el tiempo? Se veía tan

abandonado como me sentía yo misma. Mientras me acercaba cojeando hasta mi lugar, cuidando de fijar mi vista en el asiento y en nada más, sentí los ojos oscuros del señor Einstein sobre mí.

Después de sentarme, fijé la vista sólo en el profesor Weber. Al principio, él habló como si yo fuese invisible, pero de repente dijo:

—Veo que la señorita Marić ha decidido unirse a nosotros desde la retaguardia de Heidelberg. Mientras que ella seguramente haya presenciado algunos experimentos intrigantes durante su tiempo sabático, yo me pregunto si podrá seguirnos en los conceptos críticos que todos ustedes han dominado durante este primer año, el año que le concierne a mi clase de física, el fundamento de sus títulos en la materia.

Y comenzó su clase.

Mis mejillas estaban rojas de vergüenza por el comentario de Weber, y anotaba sus palabras a la misma velocidad que él hablaba. El mensaje del profesor estaba claro. Mi periodo como estudiante en Heidelberg había sido recibido con desagrado por Weber y Dios sabe por quién más, y no sería indulgente conmigo. Me recordé a mí misma que estaba tomando la decisión correcta al regresar a la Sección Seis, al reclamar mi lugar a pesar del señor Einstein. No podía dejar que Weber ni nadie en el Politécnico me viera como alguien débil. Había trabajado duro —más duro que cualquiera de mis compañeros, y definitivamente más duro que el señor Einstein— para llegar hasta donde estaba, para estudiar las preguntas que los filósofos se han hecho desde tiempos inmemoriales, las preguntas que las grandes mentes científicas de nuestros días estaban listas para responder: la naturaleza de la realidad, el espacio, el tiempo y sus contenidos. Quería escrutar los principios de Newton — las leyes de acción y reacción, de fuerza, aceleración y gravitación— y estudiarlas a la luz de las últimas investigaciones en átomos y mecánica, para ver si existía una sola teoría que pudiera explicar la aparentemente interminable variedad de casos y fenómenos. Anhelaba examinar las nuevas ideas sobre calor, termodinámica, gases y electricidad tanto como los apuntalamientos matemáticos; los números son la arquitectura de un inmenso sistema físico

integral. Éste era el lenguaje secreto de Dios, estaba segura. Ésta era mi religión; me hallaba en una cruzada y los cruzados no podían permitirse ser frágiles.

Mientras sentía el peso de los ojos del señor Einstein sobre mí, recordé que los cruzados tampoco podían permitirse el amor.

—Caballeros, es suficiente por hoy. Quiero que esta noche revisen a Helmholtz. Usaré sus teorías para entrelazarlas con las que hemos visto en esta sesión.

Weber pronunció esas últimas palabras con un tono amargo mientras salía del aula arrastrando su toga. Además de su obvio disgusto respecto a mí, ¿qué más habríamos hecho para provocar su ira? De mil formas habíamos demostrado ser indignos de él, que había estudiado con grandes maestros de la física como Gustav Kirchhoff y Hermann von Helmholtz.

La charla empezó sólo cuando Weber se hubo ido definitivamente. Los señores Ehrat y Kollros me ofrecieron una bienvenida calurosa y el señor Grossman me hizo una reverencia. Les devolví las palabras amables y los gestos con cortesía, pero luego sentí al señor Einstein acercarse. Me apresuré a guardar mis cosas y ponerme la chaqueta. No podría soportar el momento embarazoso delante de mis compañeros; ni mi reputación ni mi frágil amistad con ellos sobrevivirían.

Golpe, arrastre. El sonido de mi caminar desigual hizo eco a través del pasillo vacío del aula de Weber. Pensaba que había escapado, pero entonces oí pasos detrás de mí. Sabía que era él.

—Veo que está enfadada conmigo —dijo.

No respondí. Ni siquiera me detuve. Mis emociones fluctuaban de tal manera que tenía miedo de hablar.

—Su enojo es comprensible. No volví a escribirle. Ese error es grosero e inexcusable —dijo.

Aminoré el paso, pero seguí sin responder.

—No estoy seguro de qué hacer además de disculparme y rogar su perdón.

Me detuve y consideré mi respuesta. No parecía enfadado por mi reacción. ¿Estaba yo enfadada con él? ¿Estaba de verdad ofreciéndome una simple disculpa sin pedir nada más? Al verlo otra vez sentí que volvían los viejos

sentimientos de ternura, calor e incluso entrega. ¿Era una simple disculpa —y nada más— lo que yo quería? No estaba segura, pero no podía dar un paso atrás; había sacrificado un curso entero para asegurarme un camino independiente y le había hecho promesas a papá. Debía fingir todo aquello que no sentía.

—Claro que lo perdono por no responder mi carta.

Soné plana y formal. «Vamos —me dije—, sé la antigua Mitza burlona con él. Quieres que la relación vuelva a su estado normal, ¿no es así? Actúa como si ya hubiera ocurrido.» Con tono de broma, añadí:

—Después de todo, usted me ha perdonado por irme, ¿no es así?

Su rostro mostró una enorme sonrisa, también sus ojos sonrieron.

—Qué alivio, señorita Marić. Su partida fue tan repentina que tuve miedo de...

Se detuvo. Yo sabía que estaba a punto de hablar de nuestro beso. Pareció pensárselo mejor y dijo:

—Estoy seguro de que no se arrepentirá de su decisión de volver, incluso cuando no tengamos en nuestra facultad profesores tan valiosos como los de Heidelberg. Aquí no hay Lenards.

Preguntó si podía acompañarme a la biblioteca y yo accedí. Mientras caminamos por la plaza, me inundó de historias sobre los acalorados debates en el Café Metropole, las excursiones que había hecho por las montañas de Zúrich y las veces que había navegado por el lago. Las historias estaban tan ensayadas y eran tan vívidas que parecían hechas sólo para mí.

—Tiene que venir a navegar conmigo y con el señor Besso cuando mejore el clima. Quizá sus amigas de la pensión Engelbrecht quieran unirse; son un grupo aventurero —dijo cuando entrábamos en la biblioteca.

—Ha dibujado un cuadro tan excitante que parece peligroso —bromeé.

Un bibliotecario pasó a nuestro lado y nos miró con reproche, y otros dos estudiantes nos observaron molestos, así que rápidamente nos sentamos en el rincón que compartíamos. El señor Einstein cogió su desordenada mochila y sacó un montón de libretas. Normalmente, a clase sólo llevaba una. Debía de haber planeado entregarme toda esa pila este día.

Al dárme las, dijo:

—Lo que necesita para ponerse al corriente con sus estudios está en estas libretas. Hay notas de las clases de Hurwitz sobre distintas ecuaciones y cálculos. Creo que capté cada detalle de la lectura de Weber sobre las cualidades del calor. Ah, y no olvidé las clases de Fiedler sobre geometría proyectiva y teoría de los números.

Me sentí enferma mientras hojeaba las libretas. Había intentado mantenerme al corriente en Heidelberg, pero ¿de veras me había perdido todo aquello? ¿Cómo podría ponerme al día? No sólo me había perdido la mitad de las sesiones primordiales de física de Weber, sino también todas esas clases fundamentales. Necesitaba dominar ese material antes de empezar a comprender mis cursos actuales y futuros. Por primera vez entendí lo estúpido que había sido irme a Heidelberg. Cómo, al intentar ser fuerte y no dejar que un hombre me desviara de mi camino, había permitido que un hombre dictara mi trayectoria.

Le dediqué una sonrisa débil al señor Einstein, pero mi angustia debió de ser evidente. Dejó de martirizarme con las teorías que necesitaba aprender y los cálculos que debía dominar y estudió mi expresión, y por un extraño momento debió de ver algo que no era él mismo. Puso su mano sobre mi brazo en un gesto precavido para darme tranquilidad.

—Señorita Marić, todo irá bien. Yo la ayudaré.

Cogí aire y dije:

—Gracias, señor Einstein. Ha sido extremadamente generoso y amable al preparar todas estas notas para mí. Especialmente después de la manera en que me fui y mi...

Meneó gentilmente la cabeza. Con un tono solemne que nunca antes le había oído, dijo:

—No tenemos que hablar de ello. Usted sabe lo que siento y ha dejado clara su posición al respecto. Yo acataré con gusto sus deseos para asegurar nuestra amistad. Por nada del mundo pondría eso en juego.

—Gracias —susurré, más confundida que nunca.

Su mano se movió de arriba abajo sobre mi brazo en una caricia amable.

—Por favor, no olvide que yo estaré esperando. Si es que cambia de parecer.

Mientras yo intentaba procesar sus palabras, retiró la mano y apareció de

nuevo su sonrisa vivaz.

—Ahora volvamos al trabajo, pequeña escapista.

8 de junio de 1898

Zúrich, Suiza

—¿Cómo puede ignorar a los últimos teóricos? Es absurdo en un hombre de ciencia —exclamó el señor Einstein.

Estábamos con los señores Grossman, Ehrat y Kollros en el Café Metropole. Mientras lo escuchaba, pensaba cómo, de muchas formas, mis días pasaban exactamente igual que antes de que me fuera a Heidelberg. O mejor. Tal y como el señor Einstein había prometido.

Miré a mis compañeros de la Sección Seis mientras él seguía criticando a Weber. Ahora teníamos la costumbre de ir a nuestro café favorito cada viernes después de la última clase, y mis compañeros habían resultado ser mucho más accesibles y amigables de lo que yo había imaginado. Y más humanos también. Supe que el señor Ehrat andaba siempre preocupado y que tenía que trabajar duro para poder seguir en la universidad. El señor Kollros, que provenía de un pueblo francés y tenía un fuerte acento, vivía la misma situación que el señor Ehrat. Sólo el señor Grossman venía de una antigua familia aristócrata suiza y era naturalmente dotado, especialmente en el área de matemáticas.

Entre tragos de café o caladas a sus pipas y cigarros, todos expresaban su frustración por la necia predilección de Weber por los físicos clásicos y su rechazo a aprehender las últimas teorías. El rostro del señor Einstein mostraba enojo real. Que Weber no pensara cubrir ningún material reciente más allá del creado por su amado profesor Helmholtz, que incluía tópicos contemporáneos como mecánica estadística u ondas electromagnéticas, lo enfurecía.

Mientras el señor Einstein enumeraba los errores de Weber, consulté el reloj. Teníamos que irnos en ese mismo instante o nos perderíamos el concierto con las

chicas y yo arruinaría mi compromiso con ellas, como bien sabía el señor Einstein. Le lancé una mirada y dirigí su atención hacia el reloj. Él saltó de la silla.

El agua de los charcos nos salpicaba mientras caminábamos apresurados por las calles. Nuestro camino a la pensión se vio entorpecido por una lluvia ligera, entre paraguas empujándose entre sí y risas. A pesar de todo, logramos llegar con sólo dos minutos de retraso; sin embargo, al entrar en la sala, respirando con dificultad, la encontramos vacía.

—¿Helene, Milana? ¿Dónde estáis? —las llamé.

¿Estarían en sus habitaciones esperándonos? No podía creer que nuestro pequeño retraso las hubiese disuadido del concierto.

—¿Ružica?

—¿Qué es todo ese ruido, señorita Marić? —preguntó la señora Engelbrecht saliendo de la cocina con una toalla blanca con té verde en las manos; odiaba el exceso de ruido en la pensión.

Bajé la cabeza y el señor Einstein hizo una reverencia.

—Lo siento, señora Engelbrecht. Estaba buscando a las señoritas Kaufler, Dražić y Bota. Habíamos quedado para tocar música y el señor Einstein iba a acompañarnos. ¿Están en sus habitaciones?

Resopló en señal de desaprobación.

—No, señorita Marić. Las señoritas Dražić y Bota han ido a dar un paseo y la señorita Kaufler está en la sala del fondo con —otro resoplido— una cita.

¿Una cita? Casi me reí por la ridícula elección de palabras de la señora Engelbrecht. Quizá Helene tenía un visitante masculino, tal vez un compañero de clase o un familiar, pero ciertamente no podía tener una cita: era parte de nuestro pacto.

Oí un crujido desde el cuarto de juegos y a Helene diciendo:

—¿Eres tú, Mitza?

—Soy yo —respondí con el tono de voz más bajo que pude mientras la señora Engelbrecht me miraba.

Helene salió hacia el recibidor con una gran sonrisa en el rostro.

—Me alegra mucho que hayas vuelto, quiero presentarte a alguien.

Mientras me llevaba al cuarto de juegos, se percató de la presencia del señor Einstein, que permanecía detrás de mí, y se detuvo.

—Ah, señor Einstein, también está usted aquí.

—Creo que necesitaban mi violín para Beethoven.

—¡Oh, el *concerto*! —Se tapó la boca con una mano—. Lo había olvidado completamente. Tengo que disculparme también con Milana y Dražić. ¿Están esperando?

—Han ido a pasear —dije.

—Oh, no. ¿A esta hora? Deben de estar furiosas conmigo...

—Por favor, no te preocupes, Helene. Yo me he perdido nuestras reuniones musicales muchas veces. Y he sido perdonada —dije recordándole su propia misericordia. —Y, para disminuir su preocupación, cambié de tema—: Has dicho que querías presentarnos a alguien.

—Ay, sí.

Volvió a sonreír. Tal vez era alguno de los primos de los que había hablado con tanto cariño.

Me condujo al cuarto de juegos y allí encontré a un caballero de cabello oscuro sentado en una de las sillas que rodeaban la mesa, abrumado. El corpulento hombre se levantó para saludarnos.

Hizo un gesto de cabeza al señor Einstein, que me había seguido a la habitación, y luego a mí, y dijo en alemán:

—Milivoje Savić, encantado de conocerlos.

Después de que el señor Einstein y yo nos presentáramos, Helene nos interrumpió. Su voz era más dulce que nunca.

—El señor Savić y yo estábamos hablando de ti, Mitza. Le decía que mi amiga más cercana es de Serbia.

Que me llamara su amiga más cercana atenuó mi disgusto, pero el cumplido no sirvió para disminuir mi preocupación respecto al señor Savić. ¿Quién era y por qué Helene armaba todo ese alboroto por él? Nunca antes lo había mencionado, y no nos lo había presentado como un familiar o compañero de clase. ¿Era de verdad una cita, como había dicho la señora Engelbrecht? Por la manera en que actuaba Helene, riendo como una colegiala, casi podía creerlo.

—El señor Savić es ingeniero químico, aquí en Zúrich, y trabaja para una fábrica en Užice observando las prácticas de otras fábricas. Él también es de Serbia —lo dijo como si los antecedentes serbios lo explicaran todo.

Yo no sabía qué responder. Estaba confundida respecto al hombre y la reacción que había provocado por mi lealtad a Helene. Incluso el señor Einstein permanecía inusualmente callado mientras intentaba comprender la situación.

En el silencio, Helene tartamudeó:

—Pe...pensaba que podríais tener algo... algo en común, Mitza.

Encontré mi lengua y le di la bienvenida tradicional serbia:

—*Dobrodošao*. Qué bien conocer a un compatriota aquí en Zúrich, señor Savić.

—*Hvala*.

Helene y el señor Savić se miraron y volvieron a su conversación previa. Hubiera querido que me incluyeran en ella, pero mi presencia parecía innecesaria, incluso indeseada.

—Nos vamos —dije interrumpiendo su charla—, tenemos que estudiar.

Helene nos miró como si acabara de recordar que estábamos allí.

—¡Sí, tu trabajo! La señorita Marić está aquí en Zúrich para estudiar física, señor Savić, al igual que el señor Einstein.

El señor Savić arqueó una ceja.

—¿Física? Eso es muy impresionante, señorita Marić.

Mi antipatía hacia él se calmó un poco con su respuesta; la mayoría de los hombres rechazaban la simple idea de una mujer física.

—No tan impresionante como el conocimiento de la señorita Kaufler en historia, señor Savić, se lo aseguro. —Quería que él supiera que Helene era igualmente formidable.

El señor Savić miró a mi amiga a los ojos.

—Espero aprender precisamente cuán profundo es el conocimiento de historia de la señorita Kaufler.

Helene le sonrió radiante, y el silencio que inundó la habitación parecía arder. El señor Einstein y yo salimos. Mientras caminábamos por el recibidor me susurró:

—Ese tal Savić tiene un acento serbio muy marcado. Casi me costaba entender su alemán. El suyo es perfecto. Siempre he querido preguntarle cómo lo logra.

—Mi padre insistía en hablar alemán en casa; después de todo, es la lengua del éxito del Imperio austrohúngaro. Sólo hablábamos serbio con mamá y los sirvientes —susurré también.

Pero mi mente estaba en otro lugar. ¿Qué acababa de presenciar?

Justo cuando el señor Einstein y yo cruzábamos hacia la sala, Helene reapareció y me cogió del brazo. Hice un gesto al señor Einstein para que entrara sin mí.

—Quería asegurarme de que no estabas enfadada. —Sus ojos suplicaban.

—¿Por olvidarte de nuestro pequeño recital? Eso es absurdo. Ya te lo he dicho, no estoy enfadada en absoluto.

Respiró aliviada.

—Bien. No podría soportar que estuvieras molesta conmigo.

Yo sabía que su preocupación iba más allá del recital.

—¿No deberías regresar con...?

¿Me atrevía a llamarlo «tu cita»? Quería saber quién era ese hombre exactamente, pero mi valentía se disolvió cuando vi la mirada angustiada en los ojos de mi amiga.

—¿El señor Savić? —La duda brilló en sus ojos—. Debería regresar, ¿verdad?

—¿Cómo lo has conocido?

—El señor Savić pasó por la pensión ayer. Resulta que su familia tiene amistad con mi tía, y ella sugirió que me visitara. Nuestra conversación fue tan sencilla y llena de cosas en común que cuando me preguntó si podía visitarme de nuevo esta tarde accedí. —La sonrisa no abandonó sus labios mientras hablaba.

—No lo mencionaste ayer.

—Supongo que hasta hoy no he sabido si valía la pena mencionarlo.

Hizo una pausa y su sonrisa desapareció. Se percató de lo que estaba admitiendo.

—¿Es una cita, Helene?

Necesitaba saberlo. ¿Qué pasaría con nuestro pacto si se enamoraba del señor Savić?

—No lo sé, Mitza. No... no quiero romper nuestro pacto, pero... — tartamudeó, y de pronto se detuvo.

—¿Pero qué?

—¿Me permitirás averiguar qué significa el señor Savić para mí? —Su tono y sus ojos imploraban.

Se me revolvió el estómago; había esperado una risa burlona. Pero ahora parecía que lo único que podía esperar era que el señor Savić se marchara pronto. O que dejara la ciudad.

Quería gritarle que no. Quería zarandearla y recordarle nuestro sueño de una vida profesional y completa sin la necesidad de un marido. Pero ¿qué podía realmente decir que no fuese sí?

—Claro, Helene.

—Gracias por entenderlo. Ahora debo regresar.

Su falda se arrastró tras ella mientras volvía al cuarto de juegos. La miré hasta que desapareció, como si acabáramos de despedirnos. Y, de algún modo, lo habíamos hecho.

Fui a la sala. Estaba exactamente igual que siempre. Las sillas de damasco en las que nos sentamos mi padre y yo la primera vez que entré en la pensión seguían allí; allí estaba el piano donde Milana trabajaba diligentemente en sus melodías, y las sillas donde nos sentábamos Helene y yo con los instrumentos en la mano. Casi podía oír los dulces sonidos de cuerda de Mozart, Bach, Beethoven y Vivaldi alzándose en el aire. Pero de alguna manera, en algún nivel, la sala había cambiado por completo, como si un enorme borrador hubiese limpiado todos los momentos queridos y los planes que esa habitación contenía.

El futuro se había abierto.

8 de diciembre de 1899

Zúrich, Suiza

El señor Einstein deslizó el arco por las cuerdas del violín. El movimiento era lento, casi lánguido, pero la música era grande y llenaba la habitación. Cerré los ojos. Casi podía ver ricas e imperceptibles ondas reverberando en la sala, como los invisibles rayos X que acababan de ser descubiertos. Y también podía imaginar que las notas me acariciaban.

Me sonrojé. ¿Era la música lo que imaginaba que me acariciaba, o eran las manos del señor Einstein?

Apartando la vista de él y de su violín, me senté más cómodamente en el banco del piano y miré las teclas. Aunque ya no podía verlo, su música me conmovía. No por que su manera de tocar fuera virtuosa sino porque estaba llena de emoción.

Meneé la cabeza para aclarármela. La señal para que comenzara a tocar se acercaba y no quería que se me escapara por estar soñando despierta con el señor Einstein. Durante meses, más de un año, había pasado demasiados minutos de cada día luchando contra los impulsos de rendirme ante unas pocas notas de esa maravillosa música.

Aunque había intentado suprimirlos durante el año, mis sentimientos por el señor Einstein no habían desaparecido. En todo caso, habían crecido. Algunas veces me preguntaba si era una locura mantener nuestra amistad, si en vez de encender mis emociones debía ahogarlas. Pero había elegido mi camino en física, y el señor Einstein estaba sin duda asentado en él. Tenía que recordármelo por centésima vez sólo en aquel día. No podía ignorarlo por completo; después de todo, era mi compañero de laboratorio.

Acababa de posar los dedos sobre las teclas del piano, listos para mi intervención, cuando unas voces estridentes sonaron por la casa. El ruido nos sorprendió a ambos, y el señor Einstein dejó de tocar.

—Tonta. ¡Ése es mi paraguas! —exclamó juguetona una voz de mujer.

—¿En serio? ¡Pues es exactamente igual al mío! —respondió otra.

Las voces pertenecían a Ružica y Milana.

Me levanté del piano. Las chicas habían vuelto por fin, cuarenta minutos después de la hora en que tocábamos antes de cenar. Cada vez con más frecuencia, Ružica y Milana se ausentaban de nuestras sagradas citas; sus excusas iban desde clases vespertinas hasta simples olvidos, pero había surgido un nuevo patrón. O bien Helene no podía, cosa frecuente en esos días en que se estaba formalizando su relación con el señor Savić; o bien el señor Einstein estaba ocupado; o bien a Ružica y Milana les surgía algo.

Me alisé la falda, respiré hondo —no quería alejar a las chicas aún más con mi decepción— y asomé la cabeza por la puerta, hacia el recibidor.

—¡Hola, chicas! El señor Einstein y yo estábamos empezando a tocar. ¿Queréis acompañarnos?

Milana lanzó a Ružica una mirada misteriosa. ¿Qué significaba? En una época podía interpretar esas miradas tan fácilmente como podía interpretar las de papá, pero ahora eran tan incomprensibles como jeroglíficos. ¿Había sido Helene el pegamento que mantenía unido nuestro grupo? Si así era, poco a poco el adhesivo entre Ružica, Milana y yo se estaba disolviendo, y nos íbamos convirtiendo en amigas lejanas y compañeras de cena. Incluso cuando estaba sentada al otro lado de la mesa con ellas, las extrañaba.

Milana habló por ambas.

—Es una oferta muy amable, Mileva, pero Ružica y yo justo veníamos lamentándonos de todo el trabajo que tenemos pendiente. Creo que estaremos en nuestras habitaciones hasta que suene la campana de la cena.

—Sí, Mileva. Ninguna de nosotras puede funcionar con tan pocas horas de sueño como tú —dijo Ružica con un guiño amistoso.

Yo era famosa por estudiar la noche entera con la ventana abierta para mantenerme despierta. De las dos, Ružica fue la más amable.

Dedicándome una sonrisa educada, el tipo de sonrisa que normalmente se reserva para las tías recatadas, sin indicio alguno de amistad, se dirigieron rápidamente hacia las escaleras. Regresé a la sala, dolida y enfadada. El señor Einstein y yo habíamos vuelto de prisa a la pensión desde nuestra reunión semanal con nuestros compañeros en el Café Metropole en vez de dar un paseo sólo para encontrarnos con las chicas. ¿Y ésta era la forma en que me trataban? ¿Qué les había hecho yo para que me rechazaran, aunque fuese con amabilidad?

Entré en la sala y me dejé caer en el banco del piano. Mis dedos encontraron el teclado y, con el señor Einstein observándome, me sumergí en la música que debía haber estado tocando antes de la ruidosa interrupción. Vertí toda mi furia en esas notas, hasta que, lentamente, la furia se agotó y mis dedos golpearon desilusionados las últimas notas.

—Las chicas están muy ocupadas para tocar con nosotros —dijo el señor Einstein.

Había estado escuchándonos. A las chicas. A mí.

—Sí —dije distraída—, eso dicen.

¿Por qué Ružica y Milana habían decidido excluirme de todas sus actividades excepto las estrictamente necesarias? No sabía qué había hecho yo para provocar ese comportamiento. Después de todo, mi relación con Helene seguía siendo estrecha a pesar del tiempo que pasaba con el señor Savić. Su relación había sido un golpe para mí, pero no podía poner objeciones cuando veía tanta felicidad brillando en la cara de mi amiga.

Quizá el motivo por el cual Ružica y Milana estaban distantes no era yo. Quizá era el señor Einstein. Con Helene ausente, nos habíamos convertido en una presencia más fuerte. ¿Milana y Ružica tenían algo contra él? ¿Contra su apariencia descuidada, su familiaridad, sus bromas, su presencia constante en la pensión, su extrañeza? Éstas eran algunas de las peculiaridades irreverentes que me gustaban de él, las diferencias que nos unían. ¿Estaba pagando por ello?

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

—Nada —respondí ausente.

—Señorita Marić, somos amigos desde hace suficiente tiempo para que me mienta.

Estaba equivocado respecto a eso. En cada interacción que tenía con él, cada día, le mentía con palabras y con mi cuerpo. Había fabricado a una falsa Mileva Marić, una compañera y amiga. Y me mentía a mí misma, asegurándome que, si fingía durante suficiente tiempo que no me importaba, sería verdad.

Pero ya me había cansado de mentir.

Lo miré. Estaba sentado en el sofá de cerca de la chimenea, su sitio habitual, afinando su violín. Lo observé mientras giraba las clavijas con delicadeza y fumaba su pipa. Mientras el humo se alzaba y él tensaba las cuerdas, caí en la cuenta de que mis sentimientos por él se habían vuelto mucho más profundos desde Heidelberg. ¿Por qué seguía engañándome? ¿Por papá? ¿Por el pacto con Helene que ella misma había roto? Además de papá, Helene era la persona que más había influido en mi decisión de alejarme del señor Einstein, y al final la había perdido ante el señor Savić. ¿Había sacrificado al señor Einstein —y la posibilidad de un amor que nunca creí poder tener— por nada? ¿Por una vida solitaria donde mi trabajo sería mi única compañía? Estaba claro que Milana y Ružica no iban a ser mi premio de consolación por haber perdido a Helene o al señor Einstein. Solía pensar en la vida de científica solitaria como algo romántico, pero ya había dejado de hacerlo.

Esta vez no sería como en el Sihlwald. No me pillaría desprevenida. No me alejaría. Cogería la oportunidad con las dos manos y diseñaría la vida de *mis* sueños.

El señor Einstein dejó su violín y me miró. Me levanté, caminé en su dirección y me senté en la silla que había a su lado. Me incliné hacia él y acerqué mi cara a la suya, tan cerca que sentía su aliento en mis mejillas y su bigote en mis labios. No se movió. Mi estómago se encogió: ¿era demasiado tarde?

—¿Está segura, señorita Marić? —susurró.

—Eso creo —balbuceé aterrorizada.

Me cogió las manos.

—Señorita Marić, estoy locamente enamorado de usted. Le prometo que mi amor nunca será un obstáculo para su profesión. De hecho, mi amor impulsará su trabajo. Juntos nos convertiremos en la pareja bohemia ideal: seremos iguales en el amor y en el trabajo.

—¿De verdad? —pregunté.

Me temblaba la voz. ¿Podríamos el señor Einstein y yo tener la vida que nunca me había atrevido a soñar siquiera? ¿Quizá incluso mejor?

—De verdad.

—Entonces estoy segura —dije sin aliento.

Posó sus labios en los míos con la misma delicadeza con que trataba a su amado violín. Eran tan suaves y carnosos como yo recordaba. Y nos besamos.

Izgoobio sam sye. Estaba perdida.

12 de febrero de 1900

Zúrich, Suiza

—Le prometo que mañana estará en clase, profesor Weber.

Estaba implorándole que perdonara a Albert su ausencia, la tercera de esa semana.

—Sería más fácil ignorar su falta, señorita Marić, si de verdad me creyera que está enfermo. Pero, por si no lo recuerda, faltó a clase la semana pasada alegando que sufría de gota, y sin embargo lo vi en un café en la Rämistrasse cuando iba hacia mi casa esa misma tarde; estaba lo bastante sano para cafés pero no para mi clase.

Me di cuenta de que mis súplicas tenían pocas probabilidades de éxito.

—Le doy mi palabra, profesor Weber. Y no tiene motivos para dudar de mi palabra, ¿verdad?

Weber suspiró, pero sonó más como el resoplido de una mula.

—El señor Einstein es inteligente, pero cree que nadie puede enseñarle nada. El profesor Pernet está aún más indignado que yo por su comportamiento. ¿Por qué insiste en defenderlo, señorita Marić? Es su compañera de laboratorio, no su guardiana.

Aunque mis súplicas estaban fracasando, ahora sabía que nuestra treta estaba funcionando: Weber creía que Albert y yo éramos sólo compañeros de clase. Habíamos intentado mantener nuestra relación en secreto ante nuestros compañeros y amigos, y limitábamos nuestras muestras de afecto a miradas y roces de manos debajo de la mesa del Café Metropole. No quería que el trato de mis compañeros cambiara como solía pasar cuando alguien deja de ser colega para ser pareja; como si la inteligencia desapareciera con el cambio. Sospechaba

que el señor Grossman lo sabía —accidentalmente había acariciado su mano en vez de la de Albert—, pero su actitud hacia mí era la misma.

Por su pregunta, sentí que se abría una pequeña grieta en el usualmente impenetrable Weber. Decidí aprovechar la oportunidad.

—Por favor, profesor Weber.

—Está bien, señorita Marić. Pero sólo por su buena reputación. Usted es una estudiante que promete mucho; su inteligencia y trabajo duro la llevarán lejos. Logró incluso sobreponerse a la extraña decisión de cursar un semestre en Heidelberg. Confío en su futuro.

Esperanzada con la decisión de Weber respecto a Albert y sorprendida por su raro cumplido, especialmente porque después de un año y medio yo aún luchaba para recuperar el tiempo que había pasado en Heidelberg, quise darle las gracias. Pero él aún no había terminado.

—Adviértale al señor Einstein que, si falta a clase mañana, no arriesga su propia plaza en mi curso, sino también la de usted.

—Mi pequeña Dollie.

Albert arrastró las palabras mientras yo entraba en la sala de la pensión Engelbrecht; le gustaba llamarme Dollie, el diminutivo de *Doxerl*, muñequita. Se veía cómodo, hundido en el sillón con un libro en las rodillas y la pipa colgando de la boca. Esperándome.

No le contesté con el nombre cariñoso con que solía llamarlo, Johnnie, diminutivo de Jonzerl. De hecho, no tenía ganas de responderle en absoluto.

Estaba frustrada por poner en peligro mi propia reputación porque él había decidido saltarse las clases de Weber para estudiar de manera independiente. Albert pensaba que juntos podríamos resolver los acertijos científicos más complicados..., pero sólo si yo iba a clases y tomaba notas exhaustivas de los temas tradicionales de Weber mientras él se quedaba en casa y aprendía las teorías de físicos más nuevos como Boltzmann o Helmholtz. Los planes de Albert eran que colaboráramos y compartiéramos viejas y nuevas teorías, y habíamos empezado a explorar la naturaleza de la luz y el electromagnetismo.

Había sido una participante entusiasta de este experimento de pareja moderna y bohemia, incluso cuando significaba que debía quedarme toda la noche trabajando en ello cuando ya tenía trabajo extra debido al tiempo que había pasado en Heidelberg. Hasta ahora.

Albert apartó el libro del físico Paul Drude que compartíamos y tomó mi mano, la puso en su mejilla y dijo:

—Qué fría está tu manita. Déjame calentarla.

Seguí sin decir una palabra. Cuando intentó acercarme para que me sentara en el sillón a su lado, me mantuve de pie.

—¿Cómo te ha ido con Weber, Dollie?

Normalmente me encantaba cómo sonaba mi apodo con su acento. Ese día la sola palabra *Dollie* me molestaba. Me sentía más como una marioneta que como una muñeca amada.

—No muy bien, Albert. Weber sólo ha accedido a admitirte en su clase mañana si yo apostaba mi reputación a que irías. Y lo he hecho.

Soltó mi mano y se levantó para mirarme a los ojos.

—Te he pedido que hagas demasiado por mí. Lo siento.

—En serio, Albert, alguno de nosotros tiene que graduarse si queremos que se cumplan tus planes para los dos. ¿Cómo, si no, vamos a mantenernos? Ninguno podrá enseñar física si tú suspendes por no asistir a clase y yo porque he prometido que irías.

Lo intenté, pero era difícil mantenerme firme cuando me pedía disculpas y me suplicaba con los ojos. Era débil, y él lo sabía.

—Ven aquí, Dollie.

Di un minúsculo paso en su dirección, evitando mirar sus persuasivos ojos.

—Más cerca, por favor —dijo.

Estiré el cuello para ver si había alguien en la puerta. Sería mi fin en la pensión si alguien nos veía tan cerca; el contacto físico era la peor violación de las reglas de la señora Engelbrecht.

Di otro paso y él me abrazó con fuerza. Susurrando en mi oído, dijo:

—Eres demasiado buena con tu Johnnie. Te prometo que nunca más te pediré tanto.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Me incliné hacia él. Justo cuando nuestros labios se rozaron para besarnos, la puerta se abrió de golpe y nos separamos de un salto. Ružica y Milana asomaron la cabeza en la sala para ver si estaba vacía. Cuando comprobaron que estaba ocupada, cortés pero fríamente se fueron hacia el cuarto de juegos. Sólo Helene lograba juntarnos en esa época, y estaba en Serbia conociendo a la familia del señor Savić. Acababan de comprometerse.

Albert sabía cuánto me molestaba el trato que me dispensaban Milana y Ružica. Cogió mi mano.

—No te preocupes, Dollie. Sólo están celosas. Helene tiene al señor Savić y tú me tienes a mí. Ellas únicamente se tienen la una a la otra.

Apreté su mano.

—Sí, seguramente es eso. —No me atreví a decirle que sospechaba desde hacía mucho que el problema era él.

—Más tiempo para nuestros estudios. Piensa en la parte positiva.

Nos sentamos juntos en el sillón, con las piernas cerca pero sin tocarnos, e intercambiamos apuntes. Él gruñó con las notas de la clase de Weber y yo me maravillé con las descripciones de Drude de las distintas teorías sobre la luz. Explicaba que, en medio del debate sobre la naturaleza de la luz, había otro sobre la naturaleza del vacío invisible del universo; esto se relacionaba con mi visión privada de que los secretos de Dios se escondían en las esquinas de la ciencia, una creencia de la que Albert se reiría pero de la que yo estaba segura. ¿La luz estaba hecha de pequeñas partículas o de éter, como pensaba Newton, o era una especie de cambio en el espacio, un fluido invisible que nos envolvía, como pensaba René Descartes? O, siguiendo la idea de James Clerk Maxwell que tanto nos impresionaba, ¿la luz era realmente una danza de campos eléctricos y magnéticos entrelazados? ¿Y podría esta idea —que los rayos de luz eran oscilaciones electromagnéticas— ser probada con ecuaciones matemáticas? Le dimos vueltas y vueltas a esta teoría, y por iniciativa mía decidimos taladrarla con la duda y los análisis matemáticos. Nuestro credo era confiar en la simpleza por encima de cualquier otra cosa, evitar ideas complicadas y anticuadas

innecesarias, algo que constantemente tenía que recordarle a Albert, con su tendencia a tomar tangentes.

Sonó la campana de la cena. La oí, pero quería dedicar un momento más a Drude. Pasé la última página del libro, para revisar una referencia, cuando un pedazo de papel cayó al suelo. Cuando me agaché para recogerlo distinguí un perfume floral. Al mirarlo de cerca me encontré no con la escritura desordenada de Albert, sino con una desconocida.

¿Quién le había escrito esa carta de aroma dulce cuidadosamente doblada y guardada entre las páginas de Drude? Con el estómago revuelto, distinguí una caligrafía femenina. Recé por que fuera de su hermana adolescente, Maja, la única persona de su familia inmediata que apoyaba nuestra relación. No como su madre.

El otoño anterior, los padres de Albert, Pauline y Hermann, habían visitado Zúrich como parte de su viaje para llevar a Maja a Aarau, donde ahora estudiaba y vivía con los Winterler, amigos de la familia. De inmediato se creó una conexión con Maja, que era dulce y brillante. Me recordó a mi propia hermana, Zorka, y encontramos muchas cosas en común sobre las que conversar.

Sus modales tranquilos diferían de los del padre, callado e imponente, y de los de la madre, de carácter firme, dogmático y perfectamente burgués. Cuando Albert me los presentó, tomando el té de la tarde en un café, el padre me dedicó un gesto majestuoso y una sonrisa atrevida que hizo que me sonrojara, y su madre me midió de pies a cabeza con sus ojos de color gris piedra que combinaban con su porte, por no mencionar el vestido de rayas grises. Bajo su mirada inquebrantable me sentí pequeña, oscura y fea.

No dijo nada, y miré hacia el padre de Albert pensando que ella esperaba a que él me hablara primero como dictaban las reglas de cortesía. Pero pronto advertí que, a pesar de que él parecía amenazante con su bigote encerado y sus lentes *pince-nez*, era la señora Einstein quien mandaba. Quizá la cadena de negocios fallidos del señor Einstein había menguado su posición frente a su esposa, o quizá era el orden natural de su relación.

—Así que ésta es la famosa señorita Marić —dijo finalmente la señora Einstein; a Albert, no a mí, como si yo no estuviera presente.

—En efecto —dijo Albert.

Advertí la sonrisa en su voz, lo que me relajó lo suficiente para decir:

—Es un placer conocerla al fin, señora Einstein. Su hijo habla con cariño de usted, constantemente.

Aceptando el cumplido con un asentimiento de cabeza hacia Albert, dirigió hacia mí sus ojos de acero y me habló directamente por primera vez.

—Tu gente proviene de... —Hizo una pausa dramática, como si le doliera incluso mencionar mi lugar de origen—. Novi Sad, ¿verdad?

—Sí, ahí es donde crecí... y viví al menos por un tiempo. Y donde mis padres viven ahora durante una parte del año —respondí forzando una sonrisa.

Hizo una larga pausa antes de volver a hablar.

—Entiendo que eres una intelectual, como mi Albert.

Esto no era un cumplido, y yo no sabía cómo responder. Albert me había hecho creer que su madre, aunque irritablemente burguesa en sus ideales y preocupaciones, era completamente inofensiva. Por su último comentario supe que eso era falso. Ejercía un poder insidioso sobre su familia, y planeaba utilizarlo con Albert en mi contra. No era un buen presagio, no ocultaba su insatisfacción respecto a mi persona.

¿Qué había hecho yo para no gustarle? ¿Acaso el problema residía en que no era judía? Albert me había contado que su familia no observaba estrictamente los preceptos religiosos, así que dudaba que ésa fuese la razón. ¿Se trataba de que yo fuera más una estudiante universitaria que una joven tradicional preparándose para el matrimonio? Pero tampoco podía ser eso: querían que Maja recibiera también educación universitaria. Quizá simplemente me odiaba por ser del este de Europa.

Formulé un par de respuestas para sus comentarios, pero pensé que no había nada que pudiera decir para tranquilizarla. Estaba predispuesta a tenerme antipatía.

—Si se refiere a que soy responsable con mis estudios, señora Einstein, es verdad.

Albert, dándose cuenta de que nuestra conversación nos estaba llevando al desastre, intervino:

—La señorita Marić me mantiene en el camino, mamá.

Cuando su madre cayó en su ardid, Albert cambió el tema a Aarau y los Winterler, y mientras él, su madre y su hermana charlaban, el señor Einstein me hizo un gesto para que me sentara y me sirvió té. Bebimos de nuestras tazas y fingimos escuchar a los demás, y luego esquivó la barricada de su esposa y compartimos una agradable conversación. Pero la señora Einstein no tardó en recriminarlo por su amabilidad con una mirada mordaz.

Intenté no pensar en el incómodo encuentro con la madre de Albert y le di la vuelta a la carta para buscar el nombre de su autor. Al principio sentí alivio: no era de ella. Pero después me di cuenta de que tampoco era de Maja. Era de una tal Julia Niggli.

Tu invitación para que mi tiempo pase más rápido es de lo más tentadora. Me gustaría visitarte en Mettmenstetten si planeas venir con tu familia a finales de agosto.

Por favor, envíame una respuesta.

Saludos afectuosos,

JULIA NIGGLI

Le di vuelta a la página para leerla entera cuando Albert preguntó:

—¿Qué brillante teoría de Drude te tiene tan cautivada?

—No es Drude quien me tiene cautivada, Albert.

—¿No?

—No. Es Julia Niggli.

No dijo nada, pero sus mejillas enrojecieron.

Le puse la carta en la mano.

—Soy bastante confiada con la manera en que pasas el tiempo y me estremezco al pensar en que tal vez lo compartas con Julia Niggli, quienquiera

que sea. ¿Cómo explicas esto?

Mirando el comienzo de la carta, me la devolvió.

—Dollie, ¿de qué fecha es?

—Del 3 de agosto de 1899. —Meneé la cabeza asqueada por la fecha—. Más o menos al mismo tiempo que me escribías cartas a *mí* desde Aarau, cuando estaba en el Chapitel, en Kać.

Recordaba perfectamente aquellas cartas de Albert. De hecho, había memorizado algunas. El último verano me había quedado atrapada en el Chapitel mientras la epidemia de escarlatina se extendía por el campo, y las cartas de Albert habían sido mi consuelo.

—Exacto. Ese verano yo estaba en Aarau y Mettmenstetten con mi familia, que, como ya sabes, están al tanto de mi relación contigo. Mi madre y mi hermana Maja incluso te escribieron notas en las posdatas de mis cartas, por Dios. La señorita Niggli es una amiga de la familia con la que toqué el violín unas cuantas veces. Nada más.

Su explicación era creíble, pero mis sospechas no se disipaban del todo.

—¿Por qué seguiste respondiéndole?

—Porque estaba buscando trabajo como institutriz y mi tía necesitaba una. Yo las puse en contacto.

De repente me sentí ridícula. ¿Por qué dudaba de mi Johnnie? Nunca me había demostrado otra cosa que devoción, incluso a pesar de que yo lo rechazara durante tanto tiempo. Mis preocupaciones reales no tenían nada que ver con su amor por mí, eran más bien por su obstinación con Weber y sus planes. Comencé a disculparme cuando me interrumpió.

—No, Dollie, no tienes por qué disculparte. Yo actuaría igual que tú si encontrara la carta de un caballero en tu libro. Los celos son difíciles, un asunto impredecible, incluso si confías en tu amado. También quiero que sepas que el último verano que pasé en compañía del mundo filisteo y vacío de mi familia y sus amigos insípidos, como la señorita Niggli, mi aprecio por ti no hizo más que crecer.

—¿Lo juras?

—Sí, Dollie.

—¿A pesar de que tus padres te presionan para que dejes a tu novia extranjera y encuentres una chica más adecuada?

Una vez que la madre de Albert se había dado cuenta de que nuestra relación no era fugaz y me conoció, los amables pero distantes saludos que había recibido en sus cartas aquel verano se habían convertido en consejos estridentes sobre Albert sentando cabeza durante el invierno con una compañera más apropiada. Sus esfuerzos habían creado un nudo en mi estómago que no se había deshecho aún. Sólo Maja escribía saludos en las cartas que Albert me enviaba cuando estábamos lejos.

—¿Tal vez una chica como Julia Niggli? —añadí.

—Dollie, mis padres nunca me han impuesto a la señorita Niggli ni a ninguna otra, a pesar de sus recelos hacia tus costumbres estudiosas. Saben que no tendría sentido. Saben que te amo sólo a ti.

Le sonreí un largo rato. Justo en el instante en que rompí el contacto con su mirada, me encontré con el rostro indignado de la señora Engelbrecht.

—Ah, señorita Marić. Debí suponer que estaría escondida en la sala con el señor Einstein. Eso explica por qué no ha atendido a la campana de la cena.

Rara vez la había visto tan enfadada. Pero yo había ignorado sus normas.

—Las señoritas Dražić y Bota esperan.

—Discúlpeme, señora Engelbrecht, iré directamente al comedor. —Incliné la cabeza para despedirme de Albert y me apresuré a salir—. Buenas noches, señor Einstein.

Mientras los dejaba solos en la sala, oí que la señora Engelbrecht le decía a Albert:

—Se ha vuelto un mueble aquí, señor Einstein. Tendré que empezar a cobrarle por todas las horas que pasa en mi sala.

La señora Engelbrecht no sonaba cortés. Me detuve para escuchar su intercambio de palabras.

A Albert le tomó un minuto responder.

—Discúlpeme si la he molestado, señora Engelbrecht. Siempre me aseguro de irme antes de que la cena empiece o de venir cuando ha terminado, como dictan sus normas.

—Siempre está pendiente de seguir la ley al pie de la letra, señor Einstein, pero me temo que no tiene la intención de obedecer el espíritu de la misma. —Su voz era más alta y fría, casi furiosa—. Preste atención a obedecer la ley en su totalidad en lo que respecta a la señorita Marić. Está a mi cargo, y soy un halcón vigilante.

27 de junio y 10 de agosto de 1900

Zúrich, Suiza, y Kać, Serbia

El vapor del tren se extendía por la estación. Durante un segundo, ocupó el espacio entre Albert y yo, y lo perdí de vista. Sentí que su mano cogía la mía y nos reímos porque éramos invisibles pero estábamos a tan sólo unos centímetros de distancia. El denso humo se fue desvaneciendo y él fue apareciendo por secciones. Los gruesos rizos oscuros primero, el bigote que escondía sus carnosos labios después; y finalmente sus profundos ojos marrones, que me suplicaban ideas, besos, promesas, todo y nada. Echaría de menos esas miradas.

—Serán sólo dos meses cortos, mi amada hechicera —dijo.

Amada hechicera, pequeña escapista, granuja. Me había convertido en mucho más que Dollie. Albert tenía toda una lista de nombres para la intelectual bohemia que creía que yo era. Adoraba que fuese diferente a todas las mujeres que conocía, especialmente aquellas con las que iba a pasar los dos meses siguientes: su hermana, su madre, su tía y sus insípidas amigas. Intenté convertirme en su ideal, sin importarme cuánto daño causara eso a mis estudios.

—Lo sé, Johnnie. Estaré muy ocupada, ojalá pasen rápido. Pero aun así...

Albert podía permitirse descansar durante esos dos meses. Gracias a que se había estudiado los apuntes que yo tomaba en las clases a las que él no asistía, había logrado aprobar el examen final para obtener su diploma; sólo le faltaba la tesis, si es que se decidía a terminarla. Pero yo no podía descansar. El curso en Heidelberg —aunque ahora me parecía tonto haber intentado escapar de lo inevitable— y nuestros proyectos de investigación extracurricular me habían retrasado respecto a él. Albert podía avanzar: buscar empleo, investigar más profundamente los asuntos en los que trabajábamos juntos, mientras que yo

debía estudiar para los exámenes de la convocatoria del próximo julio. Para aprovechar el tiempo, decidí que el siguiente año no sólo me prepararía para los exámenes, sino que también trabajaría en mi tesis con el profesor Weber. De ese modo, al terminar tendría tanto el grado de física como el doctorado.

—Pero aun así... —repitió mi lamento, pero no necesitó decir nada más.

Esa mañana había hecho una lista de todas las cosas que extrañaría mientras estuviéramos separados: las largas tardes en nuestra búsqueda para entender las reglas del universo, los besos robados y los abrazos cuando sabíamos con certeza que la omnipresente señora Engelbrecht estaba distraída...

Los meses de verano serían laboriosos y cansados para mí. Él visitaría con su familia las pintorescas ciudades de Sarnen y Obwalden, y yo mientras tanto estaría estudiando en el Chapitel en Kač, sólo con papá, mamá, Zorka y Miloš como compañía esporádica. Era gracioso cómo el lugar que más amaba se había convertido en un exilio solitario. Mi futuro estaba de pie frente a mí, y odiaba separarme de él aunque fuese sólo un instante.

El tren soltó otra nube de humo y nos perdimos de vista por última vez. Sentí los brazos de Albert alrededor de mi cintura, y en el momentáneo velo de neblina me besó. Experimenté un intenso deseo, y pensé en todas las noches que nos habíamos reprimido.

—¿Cómo tuve la suerte de encontrarte? Una persona tan atrevida e inteligente y de mente única como yo —susurró en mi oído.

Sentí su mano en mi espalda, guiándome hacia los escalones del vagón. Me apresuré a encontrar asiento para poder verlo una vez más desde la ventanilla. Ahí estaba, abandonado y triste, con una montaña de maletas al lado. Su tren no partía hasta tres horas después, pero había insistido en ir temprano a la estación conmigo y esperar. Zúrich, había dicho, no le interesaba si no estaba yo.

—Señorita Marić, la cena está servida.

Nuestra nueva cocinera, Ana, llamó por el hueco de la escalera que daba al ático, donde me había pasado gran parte de las últimas tres semanas. Sabía que para los sirvientes era extraño que yo estuviera estudiando en vez de

socializando o paseando como las otras señoritas. Captaba sus miradas cuando veían los tomos que yo leía mientras pasaba las horas sola.

—Ahora bajo —respondí.

Quería dedicar unos minutos más a la carta que acababa de recibir de Albert. Sabía que mis padres preguntarían por él y que Zorka y Miloš se burlarían, y necesitaba más calma para soportar los asaltos de mis hermanos; para distraer a Zorka con preguntas sobre la escuela y a Miloš con dudas sobre sus juegos favoritos. No podía arriesgarme a romper a llorar cuando me preguntaran.

¿De verdad había Albert escrito esas líneas? ¿No imaginaba que para mí iba a ser una tortura leer cada detalle de la dramática reacción de su madre al enterarse de que planeábamos casarnos? La imagen de su madre tirándose a la cama y llorando histéricamente por la noticia y luego lanzando insultos contra mí —que destruiría su vida, que era totalmente inadecuada para él— era casi intolerable. Yo sabía que sus padres querían una mujer judía para él, o, al menos, una alemana que lo mimara como si fuera su propia madre, pero creo que ni Albert ni yo esperábamos un berrinche de esa magnitud. Sus prejuicios sobre mí eran numerosos: mi crianza como cristiana ortodoxa, mi inteligencia, mi herencia eslava, mi edad, mi cojera; todo lo que sospeché la tarde en que la conocí y más.

La acusación más dolorosa, sin embargo, fue que pensaba que yo estaba embarazada. ¿Qué tipo de chica creía que era y de qué clase de familia creía que venía? Incluso si hubiésemos querido consumir nuestros sentimientos, la señora Engelbrecht nos vigilaba como un halcón; la intimidad era imposible. Albert y yo habíamos pensado ingenuamente que el mayor obstáculo para nuestra unión sería encontrar trabajo.

¿Cómo podríamos sobreponernos a todas esas trabas ilógicas e histéricas?

Mis ojos se llenaron de lágrimas. ¿Los prejuicios y la negativa de su madre terminarían por separarnos? Seguramente Albert no permitiría que eso ocurriera. Me consolé cuando leí que él mantenía firmemente nuestros planes frente a los ataques de su madre, y que me amaba y me extrañaba. Aún era mi Johnnie. Encontraría una forma.

Respiré hondo y bajé la escalera del ático. Me senté en mi sitio a la mesa, al lado de papá, y juntos dimos gracias. Mientras Ana nos servía *čevapi*, esperé la

batería de preguntas y bromas, como la última vez que había recibido carta de Albert, pero, por alguna extraña razón, nadie dijo una sola palabra. ¿No se habían dado cuenta de la llegada de la carta?

Pasamos la hora de la cena en un silencio inusual e incómodo.

¿Había sucedido algo? No podía soportar el sonido de los tenedores sobre los platos y el tintineo de las cucharas, así que me distraje hablando con Zorka de sus planes para el siguiente curso. Era buena estudiante, aunque no excelente, y deseaba continuar estudiando. Papá la había alentado a instalarse conmigo en Zúrich y estudiar un semestre en la Higher Daughter School para prepararse para el examen Matura. Yo me preguntaba si ésa era la forma que él tenía de observarme y protegerme desde lejos; su preocupación por Albert y mis estudios permeaba todas nuestras conversaciones de los últimos días.

En el momento exacto en que mi padre terminó su último bocado de postre, mamá se llevó de la habitación a Zorka y Miloš y papá y yo nos quedamos solos. Me levanté para irme también, pero él dijo:

—Por favor, quédate, Mitza. Siéntate conmigo un rato.

Volví a sentarme en mi silla y esperé mientras papá encendía su pipa y formaba aros de humo que se alzaron hacia el techo.

—He visto que has recibido una carta del señor Einstein —dijo.

Si él lo sabía, los demás también. ¿Por qué nadie había dicho nada?

—Sí, papá —respondí tranquilamente, y me pregunté qué rumbo tomaría la conversación.

—Está ocupado buscando trabajo, me imagino.

—Empezará a buscar en otoño, cuando regrese a Zúrich. Ahora está de vacaciones en Suiza con su familia.

—¿Vacaciones? ¿A qué espera, Mileva? Un hombre que quiere casarse busca un empleo.

Ah, así que éste era el rumbo de la conversación. Mis padres no conocían a Albert; nunca me visitaban en Zúrich y Albert nunca había venido a Kać, aunque lo había invitado ese verano y el anterior, pero él se había excusado alegando que necesitaba calmar a sus padres pasando las vacaciones de verano en su compañía mientras aún dependía de ellos, y yo nunca lo había presionado. Mis

padres desconfiaban de Albert; los pretendientes serbios no mantenían las distancias.

Aunque podía comprender la preocupación de papá —me habría sorprendido si hubiera sido de otra manera—, eludí su pregunta. Albert y yo hablábamos de matrimonio frecuentemente, pero yo sabía que él debía pedir permiso a papá para que éste lo tomara en serio.

—El señor Einstein cree que habrá más oportunidades laborales en otoño, ahora la mayoría de los académicos están de vacaciones.

—¿Entonces te tendrá a la espera?

Papá preguntaba, pero en realidad estaba juzgando. Nunca se había recuperado del golpe que le supuso que finalmente yo hubiera sucumbido después del sacrificio de Heidelberg, y en general me sobreprotegía. Sin mencionar que, como judío extranjero, Albert era un misterio para él.

¿Estaba papá en lo cierto? ¿Albert me tenía esperando mientras seguía con su vida a su propio ritmo? Siempre había puesto toda mi fe en que Albert nos guiaría a través de esa salvaje vida bohemia. Y sabía que me quería fuerte e independiente, y que parecería débil y dependiente si imploraba un compromiso. Yo hacía lo posible por interpretar el papel que Albert escribía para mí.

—No estaré esperando, papá, estaré estudiando para los exámenes finales, y también tengo que trabajar en la tesis.

—¿Entonces habláis de planes de futuro?

—Sí, papá —dije, intentando sonar convincente.

Albert hablaba constantemente sobre nuestra vida después de la universidad, y acababa de decirle a su madre que yo sería su futura esposa. Pero la verdad es que nunca había surgido un solo plan real de sus labios. A pesar de ello, yo necesitaba el apoyo de papá, especialmente a la luz de la reciente oposición de la madre de Albert.

Los ojos de mi padre se dulcificaron. Se inclinó hacia mí y tomó mis manos, que, comparadas con las suyas, tan fuertes, se veían diminutas.

—Quiero estar seguro de que sus intenciones son buenas. Mi deber es protegerte.

Con esas palabras, papá me devolvió al momento en que pude ir la

conversación entre él y mi madre sobre mi cojera y mi condición de «incasable». De repente sentí rabia.

—¿Tan difícil te resulta creer que alguien me pueda amar, papá? ¿Que alguien quiera casarse conmigo incluso con mi deformidad?

Con la boca abierta y los ojos como platos, papá estaba atónito por mis palabras y el volumen de mi voz.

—Oh, Mitza, no es eso lo que estoy...

—¿De veras? Sé que mamá y tú creéis que soy *deforme*. Que no soy digna de ser amada. Por eso me alentaste a estudiar. Asumiste que estaría sola toda mi vida.

Al enfatizar esa palabra que tanto odiaba —*deforme*— quería que supiera que sabía que los había oído hacía todos esos años. Quería que comprendiera que, sin importar cuánto intentara yo enterrar sus creencias y abrazar las formas de vida modernas que prevalecían en Suiza, la etiqueta que me habían puesto nunca me había abandonado.

Rodaron lágrimas por sus mejillas y supe que lo había entendido.

—Mitza, lo siento tanto. Te quiero, mi pequeña Mitza, más que a nada en el mundo. El orgullo que siento por ti y por tus logros llena mis días. Sé que eres capaz de cualquier cosa y que tu cojera nunca se ha interpuesto en tu camino, ni en el profesional ni en el sentimental. Obré mal al crearte un escudo contra el mundo, al pensar que tu cojera de algún modo te hacía débil o más vulnerable. O menos capaz de ser amada.

Yo estaba a punto de llorar. Ver así a mi estoico padre y oír la ternura de sus palabras casi logra quebrar la máscara de fortaleza que siempre llevaba puesta para demostrar mi valía. En ese momento quería acurrucarme en sus brazos y ser de nuevo la pequeña Mitza en vez de la persona segura e independiente en la que me había convertido.

En lugar de eso, enderecé la espalda y apreté su mano en señal de confianza. Después de defender toda mi fortaleza, no podía mostrar debilidad.

—Está bien, papá. Ahora lo entiendo.

Me abrazó, y lo oí preguntar:

—¿Está mal querer lo mejor para ti, Mitza? ¿Querer un esposo que te aprecie

y te proteja y te ame como yo lo hago? —Con un dedo, levantó mi barbilla para poder mirarme a los ojos—. ¿Estás segura?

—Sí —sonreí—. Papá, él también me alienta a ser una *mudra glava*.

4 de febrero de 1901

Zúrich, Suiza

La visión elegante de la nieve sobre las agujas de Zúrich no logró alegrar el ánimo de Albert. Incluso cuando especulé que tendríamos suficiente nieve la mañana siguiente para dar un paseo en trineo por el Uetliberg, él se limitó a gruñir. Nada que pudiera ofrecerle, ni siquiera regalos de la naturaleza misma, podía sacarlo de su mal humor.

—Sé que es culpa de Weber —refunfuñó de nuevo.

Fumaba su pipa y daba sorbos al café aguado que servían en el Sprüngli, más conocido por su panadería que por su café. Yo quería un *Milchkaffe* del Café Metropole, pero Albert pensaba que era mejor evitar nuestro lugar habitual porque podríamos encontrarnos con antiguos compañeros de clase y habría que hablar de empleos, y él aún no tenía.

—Habría enviado informes repugnantes sobre mí a las universidades con vacantes. No debí haberle pedido que me recomendara, accedió sólo para fastidiarme.

—Sé que crees eso —repetí.

¿Qué más podía decirle? Albert no toleraría palabras reconfortantes ni de ánimo. Ya lo había intentado.

—¿Por qué, si no, iba a tener un montón de cartas de rechazo frente a mí, cuando todos nuestros compañeros hace meses que están trabajando? —preguntó Albert.

Llevaba semanas, o meses, escuchando variaciones sobre esa diatriba una y otra vez.

Como si se tratara de una baraja, esparció las cartas de rechazo por la mesa

del café. Pero eso no era un juego, era nuestro futuro extendido frente a nosotros. Con mi título en el aire hasta que hiciera los exámenes en julio, dependíamos totalmente de que Albert consiguiera un trabajo para poder empezar a hacer planes de boda.

—No se me ocurre otra explicación que no sea Weber —comenté.

En realidad no creía totalmente lo que decía. La antipatía que Weber tenía por Albert era real, pero no creía que sus malas recomendaciones fueran la única razón de los rechazos. La mayoría de nuestros compañeros, y de hecho la mayoría de los graduados del Politécnico, no sólo aquellos con títulos de física, encontraba trabajo gracias a la recomendación de los profesores, y ninguno parecía inclinado a recomendar a Albert. Su desacato a las normas de asistencia y su descarado con los profesores cuando se decidía a aparecer lo hacían poco popular entre ellos.

—Quizá si vuelves a hablar con Weber en mi defensa para ver si escribe cartas más halagadoras... —sugirió, tomando mi mano; Weber y yo manteníamos el contacto por mi disertación.

—Johnnie, sabes que haría lo que fuera por ti, pero no creo que debamos arriesgarnos.

Albert sabía que no podía engatusar a Weber a su favor para que hiciera recomendaciones que no quería hacer. Weber controlaba mi destino profesional también, por lo que debía mantener nuestra relación en buenos términos; recordarle continuamente a Albert era un camino seguro para menoscabar mi posición, ganada con arduo trabajo, y mi posibilidad de aprobar los exámenes finales del verano, especialmente porque Weber era la cabeza del tribunal que juzgaba los tan subjetivos exámenes orales. Y si Albert no podía conseguir un puesto, yo estaba determinada a lograrlo. Necesitaba eliminar al menos una de las tantas objeciones que sus padres ponían a nuestra unión.

Suspirando pesadamente, Albert soltó mi mano y volvió a su pipa. Lo conocía y sabía que no tenía sentido intentar sacarlo de aquel estado. Cuando comenzó a recibir las cartas de rechazo, se lo tomó como una broma, incluso con cierto orgullo bohemio. Pero cuando la pila fue creciendo, y fue rechazado como profesor de física de la Universidad de Göttingen, del Istituto Tecnico Superiore

di Milano, de la Universidad de Leipzig, de la Universidad de Boloña, de la Universidad de Pisa y del Colegio Técnico en Stuttgart, entre muchos otros, dejó de parecerle divertido.

—Las escuelas alemanas suelen ser antisemitas. Ése podría ser otro factor —ofreció otra explicación.

Nunca había mencionado nada parecido. A pesar de su herencia, le gustaba pensar en sí mismo como no religioso, incluso cuando sabía que mucha gente no opinaba lo mismo.

Asentí, porque de nuevo no se equivocaba. El antisemitismo se había extendido por todas las instituciones educativas alemanas. Sin embargo, eso no explicaba los rechazos de las universidades italianas, pero esto no me atreví a mencionarlo.

Las habituales arrugas de sus ojos habían desaparecido. Un silencio incómodo pesaba sobre la mesa. Incómodo para mí, al menos. Nunca sabía qué hacer cuando se ponía así.

Miré la sala en la que estábamos con la intención de distraerme con su decoración extravagante, sus sillas ornamentadas y sus mesas de mármol. Era una hora extraña entre el almuerzo y la cena, y el café estaba vacío. Los camareros, con sus camisas blancas, formaban una línea ordenada, relajados contra la pared; parecían aliviados de que el establecimiento no estuviera repleto de gente.

—Tal vez si fuera libre de ir a donde quisiera —murmuró Albert casi para sí mismo. Casi.

Lo miré confundida, demasiado como para hablar. ¿Se estaba refiriendo a mí? ¿De verdad estaba sugiriendo que yo ponía algún tipo de limitación a su búsqueda? ¿O que le exigía algo que lo comprometía? ¿Cómo se atrevía? Le había dado mi apoyo incondicional y la libertad de buscar un trabajo donde quisiera; le había dicho que yo lo seguiría. Incluso había rechazado una oferta de trabajo, que yo no había solicitado, para ser maestra en una preparatoria en Zagreb porque Albert no quería vivir en el este de Europa, pues pensaba que estaba demasiado lejos del corazón de los desarrollos científicos. Cedí porque sabía que le parecería humillante la idea de seguirme por un trabajo,

especialmente cuando él mismo no tenía uno. Además, había estado sufriendo la peor parte de su frustración sin quejarme.

Nunca le había gritado, y ahora, cuando las palabras finalmente llegaron, emergieron como un susurro, no como el rugido que sentía por dentro.

—Nunca me he interpuesto en tu carrera...

—¿Albert? ¿Señorita Marić? —Una voz me interrumpió.

Dejé de ver el rostro sorprendido de Albert para encontrarme con el del señor Grossman. Dado que había sido el primero de la clase en encontrar un trabajo, como asistente de profesor, posiblemente era la última persona a la que Albert quería ver.

—¿Qué están haciendo aquí? Esto está lejos de ser el clásico Café Metropole.

Albert no iba a mostrar sus debilidades frente a nadie que no fuera yo, así que compuso una expresión alegre, se levantó y le estrechó la mano al señor Grossman como si no hubiera nadie más en el mundo a quien quisiera ver.

—Me alegra mucho verte, Marcel. La señorita Marić y yo hemos acabado aquí después de dar un paseo, ¿qué haces tú en este lugar?

El señor Grossman sonrió, pero no comentó nada sobre encontrarnos allí, solos, tan lejos del Politécnico; yo sospechaba que sabía de nuestra relación desde hacía mucho. Luego explicó que tenía un poco de tiempo libre antes de una reunión en el vecindario y que había decidido parar a tomarse una cerveza. Lo invitamos a unirse a nosotros y, como la convención social dictaba, la charla se centró en su nuevo papel como asistente del profesor Wilhelm Fiedler, geómetra. A pesar de que las preguntas de Albert parecían entusiastas, yo veía lo forzadas que eran y cuánto le costaban. La conversación fue decayendo. Por educación, el señor Grossman preguntó:

—Señorita Marić, sé que usted ha decidido presentarse a los exámenes el próximo julio y sin duda estará ocupada estudiando, pero ¿qué haces tú, Albert?

—Trabajo en mi disertación, obviamente —dijo Albert con hostilidad.

—Por supuesto —respondió el señor Grossman con la misma hostilidad, percibiendo la incomodidad de Albert.

Algo lo hizo insistir en el tema. Tal vez conocía la situación de Albert y lo desesperada que se había vuelto.

—Pregunto simplemente porque mi padre me ha mencionado que su amigo Friederich Haller, que es el director de la Oficina Suiza de Patentes en Berna, está buscando un evaluador.

—Mmm... —dijo Albert fingiendo calma, incluso desinterés.

—No sé si ya tienes un puesto en algún sitio...

—Tengo muchas ofertas de trabajo que aún estoy considerando —lo interrumpió Albert.

Quise gritarle. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué no se abalanzaba hacia esa oportunidad? No podía permitirse jugar con eso: mi futuro también estaba en juego. Maldito orgullo.

—Me lo imaginaba —dijo el señor Grossman, y continuó cautelosamente—: El trabajo en la Oficina de Patentes no incluye la física teórica, claro, pero ciertamente es necesaria la física de un modo práctico, ya que se toman en consideración los inventos que buscan patente. Sería un uso muy poco convencional, incluso poco ortodoxo, de un grado académico.

Con esas dos palabras —*poco ortodoxo*—, el señor Grossman acababa de ofrecerle a Albert una manera de conservar su honor.

Iluminándose, Albert dijo:

—Tienes razón, Marcel, ese puesto es muy poco convencional. Pero yo busco lo poco convencional. Tal vez sea justo esto.

—Maravilloso —dijo el señor Grossman—. Será un gran alivio para el amigo de mi padre, el señor Haller, tener una opción sólida. No sé con exactitud cuándo estará disponible el puesto, pero estoy seguro de que mi padre, a quien ya conoces, estará encantado de recomendarte.

Albert buscó mi mirada y sonrió. Y en ese momento de esperanza y posibilidades lo perdoné.

3 de mayo de 1901

Zúrich, Suiza

El trabajo en la Oficina de Patentes no llegó lo suficientemente rápido, ya que el gobierno suizo, que debía valorar a Albert para el puesto, procedió metódicamente, como un reloj. Pero la necesidad exigía que encontrara un empleo. Cualquier empleo, en realidad, ya que sus padres habían dejado de apoyarlo económicamente, pues sólo se habían comprometido a hacerlo mientras estudiara. Albert envió solicitudes para plazas de profesor, y no surgió nada hasta que un conocido del Politécnico, Jakob Rebstein, le escribió preguntando si podría sustituirlo como profesor de matemáticas en una preparatoria en Winterthur mientras él cumplía con el servicio militar.

Aunque el trabajo era temporal, quisimos celebrarlo y pedimos una botella de vino en el café Schwarzenbach, cosa que nunca hacíamos. Borrachos tanto por el vino como por la alegría, nos reímos del futuro, verdaderamente despreocupados por primera vez desde inicios del otoño. Me permití olvidarme de los meses de comportamiento cambiante y palabras hostiles, cuando no era capaz de ver ni a mi amado Johnnie ni al inquietante Albert. Después de todo, sin la tensión de buscar trabajo, al menos por unos meses, estaba segura de que mi Johnnie volvería.

Allí, en el calor de la noche y la niebla del alcohol, nació la idea de escaparnos al lago Como.

—Imagínate, Dollie. El agua del lago Como lamiendo nuestros pies y los Alpes nevados alrededor de nosotros. —Se acercó más a mí, pero no tanto como para que se levantaran las cejas de los dueños del Café Schwarzenbach—. Sólo tú y yo.

—Solos —suspiré.

La idea me escandalizaba y a la vez me atraía. No podía recordar haber estado sola con Albert, excepto en lugares públicos o en la sala de la pensión. En ninguno de los dos casos estábamos verdaderamente solos.

—Nada de señora Engelbrecht —reí.

—No soporto besarte y estar pendiente de que aparezca inesperadamente. Esa mujer se mueve sigilosa como un gato.

Las arrugas en los ojos de Albert se hicieron más profundas. Amaba a ese Albert. Ése era el hombre del que me había enamorado, al que había extrañado la mayor parte del último año.

—Tal vez es tan silenciosa porque no es del todo humana. Quizá es un espíritu o un fantasma de algún tipo. Después de todo, Engelbrecht significa «ángel brillante».

Me reí de nuevo y enrollé un dedo en el largo bucle que caía sobre mi hombro. En honor a la ocasión, me había hecho un nuevo peinado que había visto en las mujeres jóvenes. En vez de mi habitual cabello recogido y bien fijo, me lo ricé y lo sujeté a la altura del cuello, e intencionadamente dejé un único mechón fuera del arreglo y lo acomodé sobre mi hombro.

—¿Qué piensas? —preguntó Albert tocando apenas el bucle suelto.

Intenté esquivar la pregunta:

—¿A qué te refieres, a si la señora Engelbrecht es un gato o un fantasma?

—Sabes a qué me refiero, Dollie —dijo, deslizando su mano por mi cintura bajo el blanco mantel almidonado—. ¿Qué piensas de lo del lago Como?

No sabía qué decir. Una parte de mí anhelaba una salida romántica con Albert donde pudiéramos alejarnos de las restricciones de Zúrich, pero otra parte de mí tenía miedo. Sabía lo que ese viaje significaba. Habíamos esperado mucho tiempo para dar el siguiente paso. Tal vez era mejor que no lo diéramos aún.

Por mi silencio, Albert comprendió mi conflicto.

—Sólo piénsalo, Dollie. Podría hacer más fácil nuestra separación, aunque sea temporal. Podría ser el puente a nuestra nueva vida juntos.

Pero la idea del lago Como no volvió a mencionarse. No en los apresurados días de preparar el equipaje antes de que Albert se fuera a Winterthur, cuando

olvidó el cepillo de dientes, el peine y una bata. No en la breve despedida en la estación del tren, donde un encuentro inesperado con un amigo de Berlín apagó nuestro fuego. No volvió a hablar del viaje y yo lo dejé estar, aliviada.

Sin embargo, a los pocos días de su llegada a Winterthur, me escribió rogándome que nos encontráramos en el lago Como, profesándome su amor, llamándome por todos mis apodos cariñosos. Sola en la pensión Engelbrecht era susceptible a sus ruegos. Helene se había mudado a Reutlingen con su flamante esposo, y Milana y Ružica habían terminado sus estudios y habían vuelto a casa. Sabía que si Albert hubiera estado frente a mí diciendo esas palabras en persona, la decisión hubiera sido más simple. Una mirada a sus ojos marrones y no hubiera tenido otra opción que decir sí al viaje, sin que me hubiera importado ya cuán insoportable había estado en los meses en los que no encontraba trabajo.

Si Albert hubiera estado allí, no habría dudado en ignorar la carta de advertencia que había recibido de papá el día anterior, cuestionando mi honor y acusándome de traer *sramota* a mi familia, vergüenza que prevalecería durante generaciones si iba al lago Como.

¿Por qué se lo había dicho? Papá, preocupado por que diera a Albert «mi camiseta» —mi inocencia— en Como, me había amenazado con no seguir apoyando mis estudios si decidía irme con él. ¿Cómo podían pensar mis padres que me importaba tan poco mi honor y el de ellos? ¿Y cómo podía atreverme yo a ignorar las amenazas de papá?

Pero Albert no estaba para convencerme de acudir a Como, la fuente externa de confianza que transmitía se había ido con él. La decisión era sólo mía.

¿Qué decisión debía tomar?

Había escrito dos cartas —con dos respuestas diferentes—, y estaban frente a mí. Cada una con sus pros y sus contras. ¿Cuál debía enviar?

Alisé las esquinas de las hojas; estaban arrugadas por mis repetidas lecturas de las últimas horas. ¿De veras pensaba que leyéndolas una y otra vez podría encontrar alguna señal divina que me dijera cuál enviar? Muchas horas después no había llegado ninguna señal de los cielos y, por supuesto, yo no estaba más cerca de tomar la decisión.

Leí ambas cartas por centésima vez. En la primera de ellas rechazaba la

propuesta de Albert, dando a entender las objeciones que había desde casa. ¿Debía enviar esa carta y negarme a mí misma el placer de lo que deseaba desde hacía tanto tiempo? ¿Qué pasaría con nuestra relación si no iba? Después de todo, él se había referido a ese viaje como el puente hacia nuestra nueva vida. ¿Interpretaría mi negativa como un rechazo hacia él? Nuestra relación había pasado últimamente por una etapa tan insustancial que me preocupaba. Leí la otra carta. Incluía cuidadosamente todos mis planes de viaje y hacía el bosquejo de un itinerario. No podía sino sonreír por todo el amor que había en esas páginas. Las palabras revelaban mi verdadero yo, no la persona acorralada por el miedo y las convenciones.

Dejé las cartas encima de mi escritorio. ¿Cómo era posible que yo hubiese escrito ambas cartas? Parecía increíble sentir esas dos emociones al mismo tiempo y de forma tan intensa. Deseo y rendición. Deber y renuncia. Pero así era.

Me masajee las sienes y caminé por mi cuarto. ¿Qué iba a hacer?

¿Me atrevería a leer de nuevo la carta de papá para decidir? No necesitaba hacerlo para recordar sus palabras llenas de odio: *sramota*. Vergüenza.

¿Qué me aconsejaría Helene? Deseaba que estuviera allí para hablarlo conmigo. Se sentaría a mi lado en la cama y con fuerza y amabilidad me ayudaría a tomar una decisión inteligente. Una decisión moderna, no la dictada por las ideas pasadas de moda de papá, sino pensando en mi bien. Casi podía oírla en mis lamentos diciendo que una separación inminente de Albert podría matarme, o calmando mi impaciencia respecto a si él y yo algún día podríamos mostrar nuestro amor al mundo entero. Helene tomaría mis manos y me diría: «Sopórtalo con coraje».

Pensé en nuestra despedida casi seis meses atrás, a inicios de noviembre, cuando finalmente se fue de Zúrich para casarse con el señor Savić. Yo me había despertado al amanecer para despedirme antes de que cogiera el tren a Reutlingen, donde viviría con su marido. Sus maletas estaban frente a las escaleras y se veía pequeña mientras esperaba en la sala a que llegara el coche. Cuando la señora Engelbrecht salió a ver por qué tardaba tanto, bajé las escaleras en bata y camisón.

Nos abrazamos.

—Voy a extrañarte muchísimo, Helene, nunca había tenido una amiga como tú y nunca tendré otra igual.

—Siento lo mismo, Mitza. —Se soltó de mis brazos para mirarme a los ojos—. Nunca he dejado de sentirme culpable por haber roto nuestro pacto. A pesar de mi felicidad con el señor Savić, la culpabilidad se cierne oscuramente sobre mí.

—Helene, por favor, no dejes que ese viejo pacto arruine un solo segundo de tu alegría. Ambas lo hemos roto ahora, ¿no es así?

—Sí —dijo Helene con melancolía—, pero yo antes. Y me pregunto qué habría pasado si hubiéramos seguido ese camino, si hubiera decidido continuar con mi carrera en vez de casarme.

—Helene, estoy conforme con nuestras decisiones. —La tomé por los hombros en un gesto burlón de seriedad y dije—: Ahora voy a darte el consejo que tú me has dado muchas veces. Por favor, vive el momento, y éste es tu momento con el señor Savić. Disfrútalo. Yo haré lo mismo con el señor Einstein.

Nos abrazamos una última vez, prometiéndonos estar siempre en contacto por medio de cartas y visitas, y salió por la puerta.

¿Me incitaría ella a vivir el momento e ir a Como? ¿O sugeriría que soportara con coraje la separación un poco más? Al menos hasta que estuviéramos casados. No podía saberlo y tampoco preguntarle.

Me sentía absolutamente sola. Mi familia estaba furiosa conmigo. Mis amigas se habían ido. No sabía si Albert estaría dando clases sólo durante unos meses o más, pero sí sabía qué camino querría su madre que tomara. Un camino sin mí. Temblé al pensar en la soledad que hacía tanto tiempo había aceptado para mi vida.

Quizá haber formado parte de una unidad completa hacía que sufriera la separación más profundamente. Casi podía oír a Albert susurrar palabras de amor en mi oído, cuando decía que se sentía una persona a medias cuando estábamos separados. Sus palabras se habían fijado en mi alma, arruinando para siempre la visión poética de mí misma como una intelectual solitaria. Porque yo sentía lo mismo.

Sabía qué camino escoger.

Tomé una de las dos cartas de mi escritorio y la sellé rápidamente en un sobre. Sin permitirme un segundo más para reconsiderarlo, bajé la escalera de la pensión. Ignorando la llamada proveniente de la sala de que el desayuno estaba servido, abrí la puerta principal y me dirigí hacia la oficina postal, hacia mi futuro.

Del 5 al 8 de mayo de 1901

Lago Como, Italia

Un amanecer teñido de rosa se deslizaba por el telón de fondo de los Alpes mientras mi tren se acercaba a Como. En algunos tramos luminosos, el paisaje comenzaba a revelarse. Las aguas de un azul profundo del legendario lago estaban rodeadas por colinas verde esmeralda y por pueblos tan pintorescos que parecían pintados por el maestro renacentista Tiziano.

El trayecto nocturno desde Zúrich había durado horas y yo debería sentirme cansada, pero no era así. Al contrario, estaba emocionada, como si estuviera parada sobre las migajas de mi vida anterior y fuera a cruzar el umbral hacia mi existencia real.

El tren disminuyó la velocidad mientras se adentraba en la estación y yo miré a través de la ventanilla. ¿Estaría Albert realmente ahí, esperándome? En mi carta ponía la hora de mi llegada, pero, dada su propensión a la impuntualidad, no me atrevía a pensar que estuviera esperándome. Ya me había preparado para aguardar con una taza de café en la estación hasta que apareciera.

Al ver la estación abovedada, amplia y airosa, comprobé que mis sospechas eran ciertas. Me saludaba sólo un andén vacío con un café igualmente vacío. Nadie más parecía estar ahí a esa hora, aparte de un vendedor sentado en la ventanilla de los billetes.

Pero luego, en el otro extremo del andén, vi una figura. Aguzando la vista a través del vapor que llenaba la estación, reconocí la peculiar silueta de Albert. Cogí mi maleta y caminé por el largo pasillo hacia la puerta más cercana a él. Cuando el tren finalmente se detuvo, salté a sus brazos, que estaban aguardándome. Me levantó y me dio vueltas en el aire.

Me bajo al suelo y susurró en mi oído:

—Mi corazón está palpitando. He esperado tanto tiempo este momento...

Estabilizándome del mareo, lo miré a los ojos y dije:

—También yo.

Me cogió la maleta para cargarla él.

—Vamos, mi pequeña hechicera, tengo mucho que enseñarte.

Serpenteamos por las calles de Como, que apenas estaban despertando. Colgada de su brazo, lo seguí por las callejas de piedra hasta el *duomo* del siglo xv que se alza por encima de la ciudad. Caminando sobre las baldosas blancas y negras de la nave central, Albert me llevó hacia dos descoloridos e intrincados tapices de Flemish y tres hermosas pinturas de Bernardino Luini y Gaudenzio Ferrari.

—Estas pinturas de la Virgen con Niño son exquisitas. —Y con las cejas arqueadas hacia él pregunté—: Pero ¿cómo sabías que estaban aquí?

—Llegué ayer por la tarde para poder planear nuestro día de hoy. Quería asegurarme de que tuviéramos unas vacaciones perfectas. —Sus ojos y sus labios sonrieron por el éxito del plan, nada característico en él—. También busqué el mejor café de Como, que seguro que necesitarás ahora después de tu noche en tren, Dollie.

Le apreté el brazo.

—Has pensado en todo, Johnnie.

Mientras mojábamos pan en tazas de café caliente, Albert me explicaba los planes: caminaríamos por las calles de Como hasta el mediodía, después tomaríamos un barco hacia Colico y haríamos un viaje de tres horas hacia el extremo norte del lago. Pero bajaríamos a medio camino en un pequeño puerto de pesca de Cadenabbia, donde visitaríamos Villa Carlotta, famosa por sus jardines de casi seis hectáreas.

No mencionó dónde pasaríamos la noche, y yo no pregunté. Estaba tan emocionada como asustada por lo que la tarde podría traer. Su promesa se cernía sobre nosotros como un postre anticipado pero desconocido.

Después de una mañana entera mirando los artículos de lujo de los escaparates de Como —la gente rica de Milán había empezado a inundar las

orillas del lago—, nos subimos al barco. Las olas que golpeaban los costados eran de un azul imposible bajo el brillo del sol, y pronto hizo tanto calor que tuve que quitarme el abrigo. Con el brazo de Albert rodeándome y los rayos del sol en mi rostro mientras veíamos pasar la línea de antiguos castillos a orillas del lago Como, casi ronroneaba. Nunca habíamos sido tan descuidados o libres para mostrar nuestros sentimientos.

Los jardines de Villa Carlotta no nos decepcionaron. Después de subir lo que parecían interminables escaleras con pasamanos de mármol, llegamos al paisaje caleidoscópico de verdes, rojos, rosas y amarillos intensos. Más de quinientas especies de arbustos y cincuenta variedades de azaleas y rododendros competían por nuestra atención. Incluso las abundantes esculturas de Antonio Canova no podían compararse con el esplendor de toda esa naturaleza.

Me incliné hacia una de las magnolias para aspirar su aroma cuando un guardia vino corriendo. «*Non toccare!*», me advirtió. Di un paso atrás y le dije a Albert:

—Son aún más hermosas porque no podemos cogerlas.

Con una sonrisa perversa respondió:

—Así es como me he sentido todos estos años respecto a ti, mi flor intocable.

Reí. Al fin uno de nosotros había hablado del tema.

—Espero que te sientas igual después de estas vacaciones —bromeé, y luego seguí caminando para examinar una azalea particularmente roja.

Me había mostrado atrevida con Albert durante años, pero aun así me sorprendí a mí misma con el comentario. ¿Dónde había aprendido a ser tan coqueta?

El sonido de sus pasos se hizo más sonoro detrás de mí y sentí sus brazos rodear mi cintura.

—No puedo esperar a esta noche —dijo, respirando en mi oreja.

Me sonrojé y sentí que una ola de calor se esparcía por todo mi cuerpo.

—Tampoco yo —susurré a mi vez, y lo abracé; Colico no sería nuestro destino.

Nos escapamos de la lúgubre ciudad costera al final de la ruta del barco saltando a un tren para un corto trayecto a Chiavenna. Aunque había oscurecido

y yo no podía verla en detalle, Albert me la describió como un lugar pintoresco y antiguo asentado en un hermoso valle al pie de los Alpes. Ya había estado antes, hacía muchos años, y quería regresar de la mano de su amada.

Su amada.

Cansados y hambrientos, salimos de la estación y entramos en una pequeña posada que estaba a dos calles, en un edificio grande aunque un poco simple. Albert abrió la pesada puerta de roble y se presentó a la recepcionista, una mujer mayor y demacrada sentada al escritorio.

—Mi esposa y yo buscamos habitación para esta noche, ¿tiene alguna disponible?

Casi reí con el sonido de las palabras *mi esposa*, pero cuando pensé en las tareas propias del rol, guardé silencio. De pronto estaba nerviosa.

La recepcionista lo observó. No era la bienvenida que había imaginado.

—¿De dónde son?

—De Suiza.

—Usted no parece suiza. Y usted no tiene acento suizo —respondió ella.

Albert me dirigió una mirada curiosa; ¿por qué estaba tan interesada esa mujer en nuestra nacionalidad? La región estaba repleta de turistas de toda Europa.

—Lo siento, me ha preguntado de dónde somos. Venimos de Suiza, pero yo soy de Berlín.

Albert no le ofreció los documentos de identidad porque aún estaba entre dos países: a pesar de la cultura militar que prevalecía en su hogar, Berlín, Albert había renunciado a su nacionalidad y estaba esperando a tener en orden sus papeles suizos.

—Tampoco parece alemán. Parece judío.

Los ojos de Albert adquirieron una expresión de enfado que sólo había visto una vez antes, en una discusión con el profesor Weber.

—Soy judío, ¿hay algún problema?

—Sí. Aquí no hay habitaciones para judíos.

Cogimos nuestras maletas y abandonamos la posada con un portazo.

—Albert, lo siento mucho... —Intentaba suavizar las cosas mientras

caminábamos hacia otro establecimiento.

—¿Por qué te disculpas conmigo, mi dulce Dollie? El antisemitismo es una parte fea de mi mundo, lamento que hayas tenido que experimentarla de primera mano.

—Johnnie, si es parte de tu mundo, entonces es parte del mío. Lo enfrentaremos juntos.

—Soy muy afortunado de tenerte conmigo —dijo sonriéndome.

Llegamos a otra posada. Era blanca y con vigas de madera que servían tanto de soporte como de ornamento; parecía una posada tradicional de la región. Con precaución, Albert abrió la puerta principal. Nos recibió una recepción limpia y cálida, y había algunas mesas vacías frente al crepitar del fuego. Antes de que pudiéramos llamar para que nos atendieran, una mujer se acercó a nosotros.

—*Würden Sie ein Bier?*—preguntó.

Jamás nos había apetecido tanto una cerveza. Aceptamos y tomamos asiento. Sin darnos cuenta, yo sola me había bebido varios vasos de cerveza antes de que nuestra cena de *Wurst und Spätzle* llegara. Nos reímos de las aventuras del día y, de algún modo, las bromas de Albert me parecieron más divertidas y sus reflexiones científicas más profundas que nunca. Se disculpó un momento y se levantó de la mesa, y de pronto advertí que estaba ligeramente mareada. Y nada nerviosa sobre lo que la noche podría traernos. Tomé otro sorbo de cerveza.

Cuando volvió tenía una llave vieja en la mano y nuestras maletas no estaban.

—¿Has terminado, Dollie?—preguntó mientras me tendía una mano.

Sin decir una sola palabra, puse mi mano en la suya y me levanté. Juntos subimos la escalera hasta nuestra habitación. Cuando llegamos a la puerta número 4, Albert metió la llave y ésta sonó al chocar contra la cerradura. La puerta no se movió. Miré hacia abajo y vi que sus manos temblaban.

—Dame a mí, Johnnie —dije.

Deslicé la llave dentro de la cerradura y abrí la puerta hacia una habitación immaculada con una pequeña terraza, un fuego crepitante y una cama con dosel. Una cama. La cerveza me había hecho olvidarlo por un momento.

Me quedé petrificada. Notando mi nerviosismo, Albert me miró de frente.

—No tenemos por qué hacerlo, Dollie. Puedo pedir otra habitación.

Durante un instante, las acusaciones de mi padre pasaron por mi cabeza junto con las de la madre de Albert, y estuve a punto de pedirle una habitación para mí. A punto.

—No, Johnnie. Quiero hacer esto. Hemos esperado demasiado tiempo.

Una botella de vino carmesí nos esperaba en una pequeña mesa junto al fuego. Albert se apresuró a llegar a ella y sirvió una copa de vino para cada uno. Incluso él, que rara vez tomaba alcohol, se bebió con rapidez una copa del vino dulce. Levantó una segunda copa hacia mí.

—Mi querida Dollie, esta noche es la primera de nuestras uniones. Pronto celebraremos nuestro matrimonio con el resto del mundo. Pero esta noche es nuestra ceremonia bohemia privada. Sólo para nosotros.

Había tomado la decisión correcta.

Me besó. Un largo y profundo beso sin el temor de ser interrumpidos. Me relajé con él, dejé que me envolviera. Sentía su lengua en la mía y sus dedos en mi cabello. Soltó el pasador de mi pelo y los rizos cayeron sobre mis hombros. Muy lentamente desabrochó los pequeños botones de perla que cerraban mi vestido azul marino. Cuando cayó al suelo, lo oí jadear.

De pie en ropa interior, me sentí horriblemente expuesta. ¿Estaba retrocediendo por mis caderas desiguales? ¿Por mi cuerpo deforme?

—¿Tan horrible soy? —susurré mientras me apresuraba a cubrirme el pecho con mi largo cabello.

—¡No, Dollie! Eres hermosa.

Recorrió con un dedo las curvas de mi cuerpo, me apartó el pelo y aflojó despacio las cintas de mi corsé. Temblé con la delicia de su tacto.

—Tus hombros de marfil, tu cintura minúscula, tu pecho lleno. Yo... yo nunca imaginé...

No estaba decepcionado, estaba sorprendido. Me acerqué más a él y lo besé con desenfreno. Busqué a tientas los botones de su camisa y de su pantalón; quería sentir su pecho y su cuerpo contra el mío. Por un largo momento nos centramos en sentir nuestros cuerpos juntándose, sólo respirando. Y luego me llevó a la cama.

Para nuestro último día, Albert preparó una sorpresa. Con sus manos sobre mis ojos, me llevó por las calles de Chiavenna. Me había acostumbrado a los aromas de nuestro pequeño mundo: los granos de café tostándose en nuestra cafetería local, el incienso especiado de la iglesia, los perfumes florales de una pequeña tienda de lujo... Sabía bien por dónde caminábamos. Pero pronto entramos en un espacio cuyos aromas no reconocí de inmediato. Olfateé de nuevo. Era el olor peculiar de los caballos.

Albert quitó sus manos de mis ojos. Estábamos en un establo.

¿Ésta era mi sorpresa?

—Vamos a Splügen —anunció.

Apreté su mano con emoción. Habíamos hablado muchas veces sobre la disparatada idea de hacer un viaje a través del paso de las montañas entre Italia y Suiza, pero nunca habíamos tenido dinero suficiente.

—Ahora tengo trabajo, no lo olvides —dijo con orgullo, respondiendo a la pregunta que yo no había llegado a formular.

Lo abracé con fuerza, y luego, ayudada por el cochero, me senté en el pequeño trineo. Albert se acomodó junto a mí y el conductor nos colocó encima una gruesa capa de pieles, mantas y chales. Haría más frío conforme fuéramos ascendiendo.

—Estamos tan maravillosamente cerca... —susurré.

—Perfectamente cerca para un par de amantes —susurró Albert a su vez, acariciándome las piernas bajo las mantas. Temblé.

El conductor del trineo ocupó su lugar en un tablón que había en la parte posterior e hizo sonar el látigo. Los caballos comenzaron a correr, galopando alegres por los caminos de nieve que conducían a Splüga. El hombre nos contó la historia del paso y las maravillas naturales que íbamos encontrando, pero Albert y yo sólo nos prestábamos atención el uno al otro. Durante horas nos abrazamos mientras viajábamos por los largos pasos entre montañas, viendo nieve y nada más que nieve.

—Es como una eternidad blanca —dije.

Eternidad. ¿Descubriría algún día una verdad científica que tuviera un

impacto tan duradero como la teoría de la eternidad?

—Se está bien bajo estas mantas. —Albert intensificó su abrazo—. Ayer fue maravilloso, Dollie. Cuando me dejaste ponerte en esa posición...

Me sonrojé al pensar en nuestra intimidad y me encogí. Cada noche nos sentíamos más y más cómodos, y más atrevidos. Chiavenna se había convertido en el lugar de nuestra luna de miel bohemia.

—Creo que le daré al nuevo profesor Weber nuestro artículo —dijo Albert distraídamente.

Estaba acostumbrada a sus repentinos cambios de conversación de lo íntimo a lo profesional. Irónicamente, su nuevo superior en la escuela de Winterthur también se llamaba profesor Weber.

—¿Cuál? —pregunté desde el hueco de su cuello.

Habíamos escrito muchos artículos y desarrollado teorías durante los últimos años, y además el trabajo no era en absoluto lo primero que pasaba por mi mente en aquel momento.

—El de la atracción molecular entre los átomos —respondió.

El sonido lejano de su voz y la escasa fuerza con la que me abrazaba ahora me decían que su cabeza estaba en otro lugar.

—¿Las conclusiones extraídas del fenómeno de capilaridad? —Me enderecé.

Habíamos investigado y escrito un artículo donde afirmábamos que cada átomo se relaciona con un campo de atracción molecular que está separado de la temperatura y forma en que el átomo está químicamente ligado a otros átomos. Dejamos abierta la pregunta de si los campos están relacionados con las fuerzas gravitacionales y cómo lo hacen.

—Sí, ése.

Habíamos terminado el artículo hacía un mes con la intención de enviarlo a una importante revista de física. Publicar nos ayudaría a encontrar mejores trabajos.

—¿No se preguntará quién es la autora? ¿La señorita Marić?

Albert parecía incómodo.

—¿Te importaría que pusiera sólo mi nombre? Si el profesor Weber lo lee y queda impresionado, espero que me ofrezca un puesto de trabajo fijo.

No respondí. La idea de ser excluida de mi propio artículo me molestaba; habíamos trabajado en él como iguales. Pero si sólo iba a enseñárselo al profesor Weber para impresionarlo y más tarde lo enviábamos a las revistas con el nombre de ambos, podía acceder. Haría lo que fuera para aumentar las posibilidades de Albert de encontrar un trabajo fijo.

—Supongo que si sólo se lo das a él para que lo lea... —dije con la voz apagada.

No creí que fuera necesario insistir en que se reconociera mi autoría en caso de que se publicara, Albert siempre pensaba en lo mejor para mí.

—Por supuesto, Dollie —dijo—. Piensa que, si consigo este trabajo, podremos casarnos muy pronto.

Me acerqué para besarlo, pero el conductor nos interrumpió.

—*Signor!* Hemos llegado a la cima del puerto de Splügen. ¿Les gustaría a usted y a la *signora* bajar para cruzar a pie la frontera? Muchos de mis pasajeros lo hacen.

—Sí —respondió Albert—. A mi *signora* y a mí nos encantaría.

¿Splügen? No me importaba si cruzábamos Splügen en ese momento ni cómo lo cruzáramos. Era la *signora* de Albert.

31 de mayo de 1901

Zúrich, Suiza

—Señorita Marić, por favor, preste atención a estos números. Esperaba mucha más atención por su parte —dijo molesto el profesor Weber.

Estábamos revisando la investigación para mi disertación sobre la conductividad del calor, y nunca antes me había sentado tan cerca de él. Podía ver la precisión con la que había peinado su barba oscura y la rapidez con que enrojecía cuando estaba irritado o decepcionado. A esa distancia intimidaba aún más.

—Sí, profesor Weber.

Mientras murmuraba mi enésimo «Sí, profesor Weber» de la tarde, no dejaba de pensar en que mi regreso a Zúrich desde Como había sido igual al descenso de los ángeles a la Tierra. Incluso Albert se reiría ante esa superstición sin sentido; el pasaje bíblico de Judas que mamá citaba constantemente se repetía en mi cabeza: «A los ángeles que no se aferraron a su propio dominio sino que desertaron de su propia morada, Dios los ha mantenido en las sombras...». Como ellos, yo había caído de las alturas de la felicidad a la oscura rutina de mis últimos días como estudiante en Zúrich, con Weber como única compañía. ¿Cómo podía complacerme el penoso trabajo de las cosas terrenales y la ira de Weber cuando había probado el cielo?

—Y no piense ni por un segundo que aprobará sin más por citar mi trabajo teórico sobre el movimiento del calor en cilindros metálicos —dijo su voz con un estruendo aún mayor.

—Por supuesto que no, señor.

Mi relación con Weber había cambiado desde que sus sospechas de que

Albert y yo estábamos saliendo se confirmaron un día que nos encontré cogidos de la mano caminando por el parque Universitätsspital, dos meses atrás. Dado que mi futuro profesional dependía casi enteramente de él, estaba intentando complacerlo a toda costa. Obviamente, usar la información de Weber había sido un error. Tampoco ayudaba que me pasara el día soñando con el viaje a Como y que Weber tuviera que llamarme la atención.

—La investigación para su disertación es impresionante, pero, si no puede realizar los cálculos con precisión, no servirá de nada.

—Sí, profesor Weber —respondí con docilidad, casi a punto de llorar.

¿Por qué estaba tan sensible? Pensaba que me había vuelto más fuerte respecto a su figura después de pasar tanto tiempo juntos, pero, por alguna razón, me sentía más frágil que de costumbre.

¿Podría ser porque Albert no iba a venir a verme el sábado? Tenía que quedarse en Winterthur para ayudar a algunos alumnos con dificultades durante sus horas libres del trabajo, así que no podría venir. Quizá sin el apoyo que proporcionaba su compañía me sentía más frágil ante Weber y su afilada lengua.

Aun así, mi vulnerabilidad me sorprendía. ¿Podría haber otra causa? Quizá estar separada de Albert —y la incertidumbre de nuestro futuro juntos— me estaba golpeando más fuerte de lo que había anticipado.

Albert había venido a verme todos los sábados anteriores. Antes de su llegada el primer sábado después de Como, yo estaba muy nerviosa. Aunque sus cartas estaban llenas de afecto «Te amo, mi Dollie, y no puedo esperar para verte otra vez el sábado... Pensar en ti y el tiempo que pasamos juntos en el lago Como es la única cosa que anima mis días», me preocupaba que nos sintiéramos extraños después de la intimidad que habíamos tenido. Aún con las restricciones a nuestro comportamiento en la pensión Engelbrecht y los cafés suizos, logramos volver a nuestras simples formas de afecto de antes. Y los siguientes sábados habían sido iguales.

Pero ahora me hallaba sumergida de pleno en mis estudios. Si prepararme para el examen final estaba despojándome de mi emoción natural por la física, la investigación para mi disertación con Weber estaba matando cualquier esperanza de placer.

¿Dónde estaba mi pasión natural por la física? Alguna vez me había llevado a gravitar hacia los patrones con el fin de encontrar la llave que me abriera los planes de Dios para con su gente y su mundo, una suerte de religiosidad propia. Ahora mismo, se sentía como un penoso trabajo sin Dios. No podía ver ningún grandioso diseño divino.

—Fijemos nuestra atención en la página dieciséis, donde he notado algunos cálculos descuidados. Basándome en este trabajo, creo que le faltan muchos meses para completar su disertación, señorita Marić —me espetó Weber.

De repente me sentí mal. Sin disculparme siquiera, corrí hacia el único baño de mujeres que había en el edificio, dos pisos más arriba. Pensando que no llegaría a tiempo, abrí la puerta. Me arrodillé ante el retrete y vomité. Nunca en mi vida me había sentido tan indispuesta.

Cuando las arcadas finalmente pararon, me senté en el suelo.

¿Me habían servido algo en mal estado en el almuerzo? Sólo había comido pan tostado con jamón y una taza de té con leche; los huevos hervidos no los había tocado. ¿Qué podía haberme enfermado de ese modo? No podía ser sólo por las críticas de Weber.

Entonces se me ocurrió algo. Hice algunos cálculos y jadeé.

Eran pocos días, pero estaba segura. Después de todo, era matemática y física, aun cuando Weber criticara mis habilidades. Estaba embarazada.

2 de junio de 1901

Zúrich, Suiza

Caminé por la sala. La alfombra turca roja y azul ya no tenía un patrón definido y pensé que mis paseos nerviosos de la última semana habían contribuido en gran medida a su deterioro. ¿Por qué tantos acontecimientos de mi vida tenían lugar en el salón de los Engelbrecht?

A diferencia del último sábado en que había visto a Albert, la ansiedad que ahora experimentaba no era de emoción anticipada, sino de terror. ¿Cómo reaccionaría él ante la noticia?

Cuando finalmente oí sus pasos y vi sus ojos en la puerta, mi nerviosismo se desvaneció momentáneamente. Quería correr hacia él. Por la forma en que abrió los brazos instintivamente, supe que él deseaba lo mismo. Sólo la señora Engelbrecht y su manera juiciosa de mirarnos nos detuvo.

Intercambiamos un casto gesto de cabeza, pues ella seguía en la sala para asegurarse de la decencia de nuestro encuentro. Bajo la sombra del bigote de Albert pude ver su hartazgo y tuve que reprimir una sonrisa.

Normalmente, la señora Engelbrecht se quedaba allí sin decir una sola palabra, pero debió de verme penosamente indispuesta, porque preguntó:

—¿Estás bien? Puedo pedirle a la sirvienta que traiga algo de té para devolverte el color a la cara.

—Sí, por favor, señora Engelbrecht. Muchas gracias por su amabilidad.

Abandonó la habitación y Albert suspiró. Pocas personas lo asustaban, pero había algo en la firmeza teutónica de la señora Engelbrecht que le producía ansiedad.

Tomó mi mano; no se atrevería a abrazarme hasta que la sirvienta hubiese

traído el té y la señora Engelbrecht se hubiera ido definitivamente.

—Oh, Dollie, dos semanas es demasiado tiempo.

—Lo sé, Johnnie. Han sido unos días horribles.

—Mi pobre gatita. Prepararte para tus exámenes y lidiar con el profesor Weber es terrible, lo recuerdo perfectamente —dijo con empatía.

—Ha sido más que eso, Albert.

—Lo sé, Dollie. —Acarició mis dedos—. Después de Como, es extraño estar lejos. Sin ti no tengo vida. —Estiró el cuello para asegurarse de que no había nadie en el pasillo fuera de la sala y me besó.

La sirvienta, cuyo nombre nunca me molesté en recordar, ya que parecía que había una nueva cada semana, entró con una bandeja de té. Albert y yo nos sentamos en el sillón y esperamos expectantes a que terminara de acomodar la tetera azul cerúleo, las tazas y el azúcar, y a que sirviera el té. Mi corazón latía más fuerte conforme pasaban los minutos y la sirvienta no se iba. Me pregunté si la señora Engelbrecht le había ordenado que nos vigilara.

Finalmente, Albert, cansado de la presencia de la sirvienta e invitándome a levantarme, susurró:

—Vamos, ya he tenido suficiente de esta prístina prisión. Necesitamos la naturaleza con toda su libertad.

Cogidos del brazo, caminamos hasta el parque Universitätsspital. El aire era limpio y fresco, el sol brillaba de forma agradable y por primera vez en días me sentí bien. Pasamos por las puertas del parque y me separé de Albert para admirar una aquilegia alpina especialmente morada.

Me agaché para olerla y sentí las manos de él sobre mi cintura.

—Ya no es intocable, mi pequeña granuja —susurró en mi oído, y me sonrojé.

Volvimos a cogernos del brazo y Albert me habló de su semana. Después de enumerar el reto que suponía dar clase a chicos de preparatoria, su charla se centró en su investigación —*experimentos del pensamiento*, los llamaba— sobre la termoelectricidad. Normalmente desarrollábamos proyectos juntos, pero mi disertación y los exámenes me tenían demasiado ocupada y en ese momento era imposible.

—No estoy satisfecho con mi teoría, Dollie.

—¿Por qué?

—Como ya sabes, partes de ella se basan en Drude. Pero he encontrado errores en su investigación. ¿Cómo puedo publicar un artículo si la investigación sobre la que se fundamenta está llena de errores?

Me describió los problemas que había apreciado en el trabajo de Drude y me pidió consejo. Pensé durante un instante.

—Bueno, quizá si escribes a Drude y le señalas sus errores te sientas más cómodo compartiendo tus teorías. Podrías incluso forjar una alianza muy útil con él si lo hicieras con suficiente tacto. De un admirador de la física a otro, ese tipo de cosas.

—Es una idea maravillosa, Dollie. Es arriesgado, pero somos bohemios arriesgados, ¿no es así?

Sonreí; amaba hacer feliz a Albert, especialmente cuando estaba a punto de darle una noticia inquietante.

—Sí, lo somos.

Caminamos en silencio durante un rato. ¿Era éste el momento preciso para hablar de mi embarazo? Tartamudeé y perdí el coraje, y le pregunté sobre algo que me había estado molestando desde Como.

—¿Compartiste nuestro artículo con el profesor Weber de Winterthur?

Enfaticé el *nuestro*; quería que recordara que le había dado permiso para que apareciera como único autor pero únicamente en ese caso.

—Sí, sí —respondió distraídamente.

—¿Qué dijo sobre nuestras teorías del fenómeno de la capilaridad?

—Le parecieron muy interesantes —respondió, y luego volvió a sus reflexiones sobre termoelectricidad.

No insistí en el tema. Albert era un tren imparable una vez que se había embarcado en una idea concreta, y ahora no había manera de sacarlo de la termoelectricidad. Constantemente decía que, dado que el escaso dinero de su familia provenía del negocio eléctrico que su padre había fundado y que había durado tan poco, sería apropiado que fuera él quien descubriera los secretos científicos sobre cómo funcionaba en realidad la electricidad. Era alentador verlo

feliz y comprometido después de sus largos meses de preocupación y mal humor. Odiaba arruinárselo. Pero no tenía opción.

Nos detuvimos en el Café Metropole y ocupamos una mesa en la calle lo bastante apartada del resto. Albert estaba encantado de volver a nuestro lugar favorito ahora que tenía trabajo, la armadura necesaria contra cualquier conocido con el que pudiéramos cruzarnos. Antes de que pudiera decir nada, Albert llamó a un camarero que conocíamos: «Dos *Milchkaffe*, por favor, Heinrich». En el momento preciso en que el camarero puso las tazas en la mesa, Albert pagó las consumiciones con orgullo. Las cejas de Heinrich se arquearon con sorpresa — Albert nunca había tenido suficiente dinero para pagar mi café también—, pero no dijo nada. Chocamos nuestras tazas para brindar.

—Desearía que pudiéramos iniciar una maravillosa vida juntos de inmediato, pero entre mis padres y el hecho de que mi trabajo sólo es temporal, parece que el destino tenga algo contra nosotros, Dollie.

—Lo sé, Johnnie. Es injusto.

Albert bajó su taza y acarició mi mejilla.

—Mi amor, esta espera sólo hará que las cosas sean mejores cuando superemos los obstáculos y los problemas. Nuestra suerte cambiará pronto.

—Nuestra suerte no cambiará tan pronto como lo necesitamos.

Albert, por supuesto, no sabía cuán rápido necesitaba yo que nuestra suerte cambiara.

Sonrió.

—Tengo buenas noticias para ti. Es un secreto que te he estado ocultando.

Su sonrisa presumida me indicaba que no lo decía en serio, y fingí hacer pucheros.

—Prometimos que nunca habría secretos entre nosotros —dije, a pesar de que durante toda una semana yo había tenido mi propio secreto.

—Pero éste es un secreto que te gustará, mi hechicera. —Hizo una pausa antes de continuar—. Además del empleo en Berna que sugirió Marcel, Michele Besso tiene otro posible trabajo para mí.

Al demonio los secretos. Me incliné sobre la mesa para besarlo en la mejilla. La posibilidad de un puesto que viniera de un buen amigo como Michele Besso

prometía mucho más que cualquier otra solicitud de empleo que Albert pudiese haber mandado a las universidades de toda Europa. Tal vez nuestra suerte estaba cambiando de verdad.

Éste era el momento.

—También yo tengo noticias. Aunque quizá no te gusten tanto como a mí me gustan las tuyas —dije con la voz temblorosa.

—Espero que no sea una oferta de trabajo: confieso que sería un poco humillante para mí que tú consiguieras un empleo tan fácilmente cuando yo he luchado tanto. Lo que no significa que no estuviera orgulloso de mi Dollie, por supuesto.

Esta referencia al trabajo que había rechazado en Zagreb me hizo recordar de nuevo mi sacrificio. Esperaba no tener que hacer más, pero en mi estado las cosas serían más complicadas, el sacrificio podría estar a la orden del día.

—No, no es eso.

¿Cómo debía decirlo? ¿Qué palabras conseguirán suavizar el golpe?

—Entonces ¿qué es, gatita? —preguntó acercándose.

Me acerqué también para poder susurrar en su oído.

—Estoy embarazada.

Como una serpiente amenazada, se alejó de mí, echándose hacia atrás en su silla.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Es el resultado de Como.

Se pasó los dedos por el cabello. Entonces, en vez de tomar mi mano como yo había esperado, sacó su pipa del interior de la chaqueta.

—¿Qué debemos hacer, querida? —dijo finalmente.

Debemos. Nosotros. El «nosotros» no era una oferta inmediata de matrimonio, pero ese embarazo iba a ser nuestro problema, no sólo mío. Sentí un inmenso alivio.

—¿Tú qué crees que debemos hacer, amor? —dije yo, preguntándome qué diría.

Fumó su pipa durante unos interminables minutos. Finalmente me cogió la mano y me miró.

—Dollie, no sé cómo vamos a manejar esto exactamente, pero quiero que seas feliz y que no te preocupes mientras busco una solución. Tú sólo tienes que esperar.

¿Esperar? Había esperado durante tanto tiempo que no podía recordar cuándo había sido la última vez que me había dado el lujo de la impetuosidad. Llevaba cerca de un año esperando que Albert tuviera un trabajo para que pudiéramos casarnos, y eso *antes* de quedarme embarazada.

—No estoy segura de que me sobre tiempo, Johnnie —dije en el tono más calmado que pude: sabía lo mal que Albert reaccionaba a las presiones.

Pasó su mano discretamente por mi vientre y preguntó:

—¿Cuándo llegará el niño?

—¿El niño?

Su suposición me hizo reír.

—Sí. —Sonrió—. Nuestro pequeño Jonzerl. —Pequeño Johnnie, en efecto—. ¿O Hanzerl?

Reí por su manera de pronunciar el diminutivo de Hans.

—¿Y una niña no? ¿Una Lieserl? —bromeé, sugiriendo un diminutivo para Elizabeth, porque yo me imaginaba que era una niña.

Estaba bien que nos riéramos juntos.

—Ya veremos, supongo.

—Bueno, calculo que él o ella llegará en enero.

—Enero. —Sonrió—. En enero seré padre. Pero faltan muchos meses aún, Dollie. Para entonces te prometo que tendrás una boda y una casa propia. ¿Puedes imaginar cuán maravilloso será estar en nuestra propia casa, sin interrupciones en nuestro trabajo y sin la señora Engelbrecht encima de nosotros? Podremos hacer todo lo que queramos —dijo con una sonrisa ligeramente distinta, atrevida.

¿No entendía que yo no podía esperar hasta enero? Si había alguna esperanza de que encontrara un trabajo cuando aprobara mi examen en julio, necesitaba estar casada *ahora*, antes de mis exámenes y antes de que mi embarazo se notara. Ningún embarazo ilegítimo podía manchar mi nombre. Mi reputación personal no sobreviviría, y mis esperanzas de forjarme una reputación

profesional serían nulas. Todos esos años de duro trabajo —y el apoyo de papá — para forjarme una vida consagrada a la ciencia desaparecerían en un instante. Incluso si nos casábamos inmediatamente y el bebé nacía en lo que podría parecer el tiempo normal, aún tendría que enfrentarme a las críticas y las reticencias si decidía continuar con mi carrera siendo madre.

¿Y qué significaba eso de trabajar sin interrupciones en nuestra «propia casa»? ¿Qué paz creía que tendríamos con un bebé? Recordaba perfectamente el ruido y el trajín que había seguido a los nacimientos de Zorka y Miloš. Un bebé no traería sino alboroto.

Quería gritar. ¿No era capaz de ver que mi mundo se estaba haciendo pedazos? Sentía náuseas y no eran por el embarazo.

Pero no le dije nada de lo que pensaba. Albert me valoraba como una pareja fuerte e independiente, no era el momento de reducirme a una filistea débil como las mujeres de su familia.

No podía arriesgarme a alejarlo. ¿Y si decidía abandonarme? Todo estaría perdido. Así que dije:

—¿Un hogar propio? ¿Donde nadie nos moleste? Johnnie, eso casi hace que mis preocupaciones por la reacción de nuestros padres y el miedo a que mi carrera profesional termine se evaporen.

—Dollie, todas las cosas que queremos: investigaciones, matrimonio, un hogar..., las tendremos en el futuro. Te lo prometo. —Dio un sorbo a su café y siguió hablando—. Tengo que contarte algo emocionante que he logrado esta semana.

—¿Sí?

Quizá otra oferta de trabajo.

—Sí, esta semana tuve una mañana libre para leer con detalle el *Annalen der Physik* de Wiedemann. ¿Puedes creer que he encontrado en su texto la validación para la teoría de los electrones? —dijo con los ojos brillantes.

¿Cómo podía pensar Albert que en un momento como ése quería oír algo así? ¿Esperaba que le prestara atención cuando estábamos en una situación que nos iba a cambiar la vida?

—Qué emocionante —me oí decir, como si estuviera mirándome desde fuera.

Mi tono debió de ser muy distinto a mis palabras porque Albert detuvo su monólogo. Se llamó a sí mismo desde las profundidades de su mente y me miró. Realmente me miró. Y por un segundo se vio a sí mismo.

—Oh, Dollie, lo siento mucho. Quiero que no te sientas presionada respecto a esto. Te prometo que seguiré buscando cualquier tipo de trabajo seguro y lo aceptaré, sin importar lo inferior que sea. Tan pronto como haya encontrado ese trabajo nos casaremos sin molestarnos siquiera en decírselo a nuestros padres hasta que ya esté hecho. Cuando tus padres y los míos reciban la noticia, tendrán que aceptarlo.

—¿De verdad?

Al final había dicho las palabras que yo deseaba oír desesperadamente, aunque estaba demasiado preocupado por la reacción de nuestros padres; yo necesitaba las armas del matrimonio más que cualquier aprobación paterna. Ya sabía cuánto odiarían sus padres estas noticias; su madre me odiaba.

—De verdad. Viviremos la vida bohemia que siempre hemos soñado, trabajaremos juntos en nuestras investigaciones en nuestra propia casa. —Sus ojos mostraron profundas arrugas en las comisuras cuando me sonrió ampliamente—. Sólo que con un bebé en el regazo.

Cerré los ojos y dejé caer mi cabeza sobre su hombro. Y por un benévolo instante me dejé envolver por el maravilloso sueño de Albert.

20 de agosto de 1901 y del 7 al 18 de noviembre de 1901

Kač, Serbia, y Stein am Rhein, Suiza

Albert no consiguió un empleo fijo una vez que la sustitución en Winterthur terminó, así que nos vimos obligados a contarles a nuestros padres la situación. Después de todo, estaríamos viviendo bajo su techo durante los meses siguientes. Yo regresaría a Kač con mis padres; ya había acabado los exámenes y, mientras esperaba los resultados, que sabía serían terribles, no podía permanecer en Zúrich para trabajar en mi disertación cuando mi embarazo se hiciera más evidente. Albert, que no tenía sustento económico, tuvo que volver con los suyos, que estaban de vacaciones en Mettmenstetten en el hotel Paradise. El hecho de que él estuviera en el paraíso mientras yo me enfrentaba al infierno en el Chapitel me amargaba la vida.

La angustia de papá respecto al bebé era mucho peor que cualquier furia que pudiera haber descargado sobre mí. Cuando le expliqué todo, sus hombros se hundieron y lo vi llorar por tercera vez en mi vida. «Mitza, ¿cómo has podido?» No necesitaba decir en voz alta lo que estaba pensando: que había labrado para mí un camino a través del salvaje mundo masculino de la ciencia y las matemáticas y yo lo había tirado a la basura. Había decepcionado a toda mi familia.

La decepción de papá cuando llegaron los resultados de mis exámenes no fue nada en comparación. Inmediatamente después de anunciar mi embarazo, lo había preparado para cuando recibiéramos las malas calificaciones de mis exámenes finales. Le dije lo mucho que había estudiado pero lo enferma que me había sentido en los días y semanas previos a los exámenes orales: las náuseas a todas horas, los vómitos, los mareos que llenaban mis días y mis noches, que

empeoraban por la necesidad de apretar mi corsé. Le conté que tuve que salir corriendo a media pregunta para no vomitar delante de mis examinadores, entre los que estaba el profesor Weber. Las descripciones que le hice a papá no importaron, y tampoco las calificaciones una vez que llegaron. Él sabía que todos mis sueños profesionales se habían perdido para siempre en el instante mismo en que me había quedado embarazada; suspender los exámenes era una derrota secundaria. Ni siquiera dar al bebé en adopción, como repetidamente sugería papá, podría restaurar mi honor o mi carrera.

Mamá sólo estaba preocupada por el perdón de mi alma. Todos los días rezaba a la Virgen María pidiéndole que perdonase mi pecado, aunque cuando me preguntaba cómo me sentía yo detectaba un atisbo de vulnerabilidad. Mencionó que era extraño que una mujer con mi problema de cadera se quedara embarazada e incluso mucho más raro que diera a luz sin riesgos. Se agregaron nuevas plegarias por mi salud y la salud del bebé, pero su cabeza miraba siempre hacia abajo con el peso de la vergüenza.

Sólo la carta de los padres de Albert suavizó la forma en que me trataron los míos. «Ramera», escribían en su carta. Aunque las firmas de ambos aparecían al final, yo sabía que la autora era ella; el señor Einstein era demasiado delicado para tales insultos.

Me llamaban de todas las formas posibles. Hacían todo tipo de acusaciones llenas de odio. Palabras que yo no me atrevería a decir en voz alta y mucho menos a escribir a la madre de mi nieto.

—Esta carta no es sólo ofensiva sino insensible —dijo papá después de un rato de furia en el que golpeó sillones y pateó paredes.

Y luego una sonrisa torcida apareció en su rostro aún rojo de ira.

—¿Quién querría «pillar» a un estudiante de física desempleado?

No pude sino reírme. Tenía razón. En efecto, Albert no valía un céntimo. Ése fue el único momento de risa en mis días de miseria.

—Si esa mujer cree que permitiremos que nuestra hermosa hija serbia se case con el canalla de su hijo, está absolutamente equivocada —anunció papá, y se sentó a escribir una respuesta.

Papá prefería que diera en adopción o que criara sola a ese hijo ilegítimo, sin

importar cuánto daño pudiera hacerle a mi posición o a la reputación familiar, antes que seguir relacionándonos con la familia de Albert. Pensaba que yo estaría mejor sin él.

A Helene se lo confesé todo: el embarazo, mis dudas sobre el compromiso de Albert, los conflictos con nuestros padres. Le escribí acerca de la madre de Albert: «¿Cómo puede haber en este mundo personas tan abominables? ¡Parece que su único propósito es arruinar tres vidas: la mía, la de su hijo y la de su nieto!». Mi amiga fue la única que mostró compasión por mi situación en vez de ira o preocupación o miedo por mi alma.

Conforme pasaban las semanas y Albert no acudía a Kač, todo se volvió lástima por mí. Oía las conversaciones de mis padres —«pobre Mitza»— y sus suspiros de tristeza; sabía que ellos habían esperado este rechazo desde que nació. Su lástima me abrazó como los tentáculos de un calamar gigante que me impedía respirar. A veces sentía que no podía soportar un minuto más.

Después de tres meses de alternar decepción, angustia y lástima, necesitaba salir de allí. En noviembre planeé un viaje a Zúrich alegando que había una oportunidad de salvar mi disertación con Weber. Dudé que papá me creyera: incluso con el corsé muy apretado era difícil disimular mi vientre abultado, y además resultaba absurdo que pudiera obtener mi doctorado habiendo suspendido el pregrado. Pero me dejó ir e incluso me dio dinero para el viaje. Iba, por supuesto, hacia Albert. Él era la luz que buscaba, el bálsamo para mis heridas.

El letrero rojo que anunciaba Schaffhausen pasó tan rápido por la ventanilla del tren que casi no lo vi. Estiré el cuello para admirar la ciudad fortaleza del siglo XI que Albert había descrito tanto en sus cartas, pero no logré ver las calles de piedra ni el reloj en la torre astronómica, sólo el espeso bosque que rodeaba la población. Me pregunté si sería en aquellos bosques de Schaffhausen donde Albert vivía y preparaba a los jóvenes para los exámenes Matura. Se trataba de un trabajo temporal, el único que había conseguido después de que su empleo en Winterthur hubiera terminado en agosto.

No podía arriesgarme a bajar del tren para averiguarlo. No en mi estado. Si alguien de su trabajo nos veía juntos, la mancha en su reputación quizá tuviera consecuencias, y no podíamos permitirnos que eso sucediera.

No, me apearía en la siguiente parada. Había decidido bajar en Stein am Rhein, la ciudad más cercana a Schaffhausen, al norte. Planeaba escribirle a Albert sobre mi visita sorpresa desde allí. No había ido a verme a Kač para explicar nuestra situación a mis padres como le había pedido —su paga era de ciento cincuenta francos al mes, y afirmaba que no podía pedirles el dinero a sus padres—, así que fui a verle yo.

Desde mi habitación del hotel Steinerhof en Stein am Rhein, le envié unas flores y una nota anunciando mi llegada. Luego me acomodé en una tranquilidad dichosa, con el vientre libre del corsé, y me puse a leer sin la interrupción ni condena de mis padres. Y esperé.

Estuve esperando un día entero sin recibir respuesta. Me sentía frenética. ¿Por qué tardaba tanto en contestar?

¿Podía ser que no estuviera en casa? ¿O que estuviera enfermo? Quizá era culpa del sistema de correo. Envié otra carta.

Esta vez la respuesta no tardó en llegar. Sin mencionar mi primera misiva, Albert expresó su sorpresa y emoción pero dijo que no podía venir de inmediato. Se escudó en dos motivos: el primero era que su primo Robert Koch había ido a visitarlo pero había perdido el billete de regreso a casa, así que estaba esperando dinero de su madre para comprar otro, y por lo tanto su día de vuelta era incierto; el segundo motivo era que el mismo Albert no tenía un solo franco de los ciento cincuenta que le habían pagado y no podía, por tanto, comprar un billete a Stein am Rhein.

La carta terminaba con muchos «amada» y «dulce hechicera», pero sus apodos cariñosos no me apaciguaron. ¿Pensaba que me iba a conformar tan fácilmente? ¿Cómo se atrevía a no venir de inmediato? ¿Su madre lo había convencido al fin? Entendía el problema con su primo —no quería que nuestras familias supieran de mi visita—, pero ¿el dinero? ¿Su amada había viajado embarazada durante dos días enteros para verlo y él no podía permitirse gastar treinta francos en un viaje corto en tren? Ciento cincuenta francos al mes no era

mucho, pero, administrados con cuidado, debería tener ya una cantidad de ahorros considerable para poder establecerse en Zúrich. Un billete de tren no debería ser problema.

Con la nota venían varios libros de Albert, según él para mantenerme ocupada hasta que él llegara. Intenté centrar mi atención en un texto de psicología de Auguste Forel, director de la famosa clínica Burghölzli de Zúrich, pero no lo logré. Especialmente cuando el día en que iba a venir llegó otra carta en la que me rogaba que siguiera esperando. Culpó al trabajo, a su primo, al dinero..., a todo menos a él mismo.

Esta vez no controlé mi enfado. Si Albert no tenía tiempo ni dinero para visitarme a una sola parada de tren de distancia cuando yo había atravesado países enteros por él, ¿qué tipo de compromiso podía esperar por su parte? Le envié una nota dándole tres días para visitarme; sólo tenía dinero para tres días más.

Pero Albert nunca llegó. Esperé en vano hasta que ya no pude permitirme pagar el hotel. Diez días después de mi llegada, volví sola a Kač. El viaje no había ayudado a curar mis heridas, sino que las había hecho más grandes. Parecía que iba a enfrentarme sola al embarazo, justo como mis padres temían.

27 de enero de 1902

Kač, Serbia

Grité. Mientras mamá secaba mi frente oí gritos guturales en la habitación. ¿Había alguna criatura con nosotros? Seguramente, no podía ser yo quien producía esos sonidos. Los gritos sí, pero no esos sonidos desesperados, animales.

—¿Qué es ese ruido, mamá? —pregunté con la voz ronca de tanto gritar.

Ella me miró extrañada.

—Mitza, el único ruido aquí viene de ti.

¿Cómo podía ser ésa mi voz? ¿Cómo podía ser ése mi cuerpo?

Me golpeó otra ola de dolor. Apreté la mano de mamá mientras la partera, la señora Konaček, me examinaba de nuevo. Intenté respirar y calmarme como me había dicho, pero mi cuerpo convulsionaba con cada sensación de puñalada. ¿Cuándo terminaría aquello?

—Ya falta poco —anunció la señora Konaček.

¿Poco? La señora Konaček me había advertido que, con mi problema de cadera, el parto sería inusualmente lento. Ya llevaba dos días de parto, no podría aguantar mucho más; estaba muy cansada, pero el dolor no me dejaba dormir.

Miré a los ojos de la mujer; ella nos había recibido a mis hermanos y a mí, a los vivos y a los muertos.

—Piensa en algo agradable mientras tu madre y yo vamos a buscarte agua fresca —dijo dándome una palmadita en la mano.

¿Algo agradable? Alguna vez lo agradable había sido Albert. Sin embargo, después de Schaffhausen, mi desconfianza hacia él era tan profunda que no había lugar para aquel inocente placer. ¿Cómo había podido creer en un hombre que no

era capaz de hacer un viaje corto en tren para verme cuando yo había recorrido varios países para verlo a él? No importaba que las cartas que me envió después —cartas que no respondí durante semanas— anunciaran un trabajo como examinador de patentes en Berna, el empleo que el señor Grossman había mencionado en el café Sprüngli, la noticia que tanto había esperado. Entendió mi silencio e intentó tranquilizarme profesando su amor por mí y preguntándose si el cartero habría perdido mis cartas, pero sus palabras vacías no me daban confianza. En otro tiempo sus palabras habían sido suficiente, ahora necesitaba acciones.

Yo habría insistido en que mi silencio continuara gritando sin palabras mi decepción y enfado de no ser por mamá. En otoño, cuando el resto de la familia regresó a Novi Sad, ella y yo nos quedamos en el Chapitel para el nacimiento del bebé. Era la opción más segura, ya que aún no habíamos decidido su futuro. Dejamos que una única sirvienta en la que confiábamos nos atendiera, en un intento de que las lenguas de Kać no hablaran, y mamá y yo estuvimos solas durante meses, por primera vez en mi vida.

Para mi sorpresa, encontré tranquilizadoras sus rutinas domésticas y pronto establecimos un orden en nuestros días. Yo la seguía por la casa mientras ella cambiaba las sábanas, limpiaba los suelos, tendía la ropa y preparaba la comida. Todo el trabajo doméstico del que papá me había protegido mientras me alentaba a perseguir una vida profesional, una vida de la mente y no la de un ama de casa, lo aprendí con veinticuatro años. A pesar de todo, mamá nunca me avergonzó; en lugar de eso, me inició en las tareas tradicionales de una mujer con mucho cariño y respeto.

Fue una tarde tranquila, mientras estábamos sentadas frente al fuego después de preparar un guiso para la cena, cuando mamá se percató del montón de cartas de Albert y de que yo no había respondido ninguna.

—¿No vas a responderle, Mitza? —me preguntó.

La miré sorprendida. Mamá nunca había hablado conmigo de Albert ni del futuro. Vivíamos en la burbuja del presente, habíamos creado un santuario en una casa que no había sido pensada para servir de retiro de invierno.

—No, mamá.

—Entiendo tu enfado, Mitza. Albert es quien te condujo al pecado y sin embargo tú debes llevar sola la carga. Pero, por favor, no manches a tu hijo con ese pecado si tienes la oportunidad de darle una familia adecuada: una madre y un padre.

Seguí mirándola con la boca abierta. Su consejo contradecía totalmente el de papá: romper con Albert.

—No sé si puedo hacer eso, mamá. No después de que ni siquiera se haya dignado venir aquí durante todos estos meses.

Papá había expresado su furia ante la ausencia de Albert y yo suponía que mamá compartía su opinión, aunque nunca se hubiera pronunciado al respecto. No me atreví a contarle la peor de sus ofensas, cuando se había negado a verme en Stein am Rhein; podía desatar la ira que ella controlaba cuidadosamente.

—Perdona a Albert como Dios nos perdona a nosotras, y abraza cualquier oportunidad que Él te ofrezca para darle legitimidad a tu hijo.

Mamá tenía razón. Castigar a Albert con mi silencio sólo castigaría a nuestro hijo. Tan enfadada estaba que me había olvidado de algo obvio. Le escribí, y con la ayuda y los ánimos de mamá, incluso le envié un regalo de Navidad unos días antes de que el dolor comenzara.

Pero en ese momento no había tales momentos de calma. Únicamente estábamos mi dolor y yo. Y el sonido de mis gritos.

—¡Mamá! —grité.

Ella y la partera estaban tardando demasiado.

Podía oír una tormenta rugir fuera, el viento golpeaba las ventanas y los truenos sonaban en la distancia. ¿Se habían lastimado yendo por el agua? Recé por que estuvieran bien.

Las contracciones eran cada vez más frecuentes y pensé que no podría hacerlo yo sola. El dolor me abrasaba, no sólo por el canal del parto sino por toda la espalda y las caderas. Sentía que mi cuerpo estaba partiéndose en dos.

Entraron corriendo y se quedaron heladas al verme. Sus expresiones eran mucho peores que el dolor que sentía. Algo iba terriblemente mal. Mamá empezó a susurrar oraciones mientras ponía los cubos de agua en el suelo y se arrodillaba a mi lado; la partera se inclinó a mis pies.

—¡Ay, señora Konaček, sangre! —dijo mamá llorando.

—¿Qué pasa? —pregunté frenética.

—Rece a la Virgen —oí que la partera le decía a mi madre. Luego se dirigió a mí—. Señorita Marić, su bebé no está llegando al mundo con la cabeza, como quisiéramos. Viene con los pies. Intentaré darle la vuelta desde dentro.

Mamá se tapó la boca con una mano. Yo sabía que había casos así y que lo habitual era que la madre y el niño sufrieran daños o muriesen. ¿Cómo nos podía estar pasando eso a mi bebé y a mí?

Nunca antes había sentido un dolor como ése, y justo cuando pensé que no podría soportar un segundo más, la señora Konaček dijo:

—Lo he conseguido, señorita Marić. Está coronando. Si empuja una vez más, el bebé estará fuera.

—¿Está segura de que debe empujar? ¿Y la sangre? —preguntó mamá implorante.

—Sólo hay una forma de hacer esto, señora Marić, sin importar lo que pase. —Puso sus manos en mis muslos—. Ahora, señorita Marić, empuje.

Me abrí paso entre el dolor hacia un lugar de calma muy dentro de mí, respiré hondo y me abalancé. Y entonces, repentinamente, el dolor y la presión se detuvieron.

No oí el llanto de un bebé, como esperaba. Oí el sonido de agua goteando. Más bien chorreando. ¿Qué agua podía estar chorreando allí? No había baño, no había lavamanos. ¿Había goteras por la tormenta? Miré hacia mis pies y vi a la partera sosteniendo un cubo, no un bebé. Incluso en mi delirio, producido por el dolor, podía oír cómo se llenaba de sangre. Mi sangre, no agua, era la fuente del sonido.

«¿Qué pasa?», quería preguntar. Quería gritar: «¿Dónde está mi hijo?». Pero no podía articular palabra. Aferré el aire y perdí el conocimiento.

No recuerdo cuándo vi su hermosa cara por primera vez. Quizá abriera los ojos unos segundos antes de sumergirme en el vacío. Podían haber sido días después del nacimiento, u horas; perdí la noción del tiempo días y muchas horas durante las semanas después de que naciera. La cogía en brazos unos minutos de cuando en cuando, creo. Incluso recuerdo confusamente haberla amamantado un

rato, mientras medio escuchaba la carta que papá le había escrito a Albert sobre el bebé. Pero recuerdo vívidamente el momento en que abrió sus brillantes ojos azules y me miró. Aunque sé que es imposible, que los recién nacidos no son capaces de hacer algo semejante, juro que me sonrió.

Tenía una hija, como secretamente había deseado. Una pequeña Lieserl.
Izgoobio sam sye. Estaba perdida ante ella.

4 de junio de 1902

Kač, Serbia

Lieserl me sonrió desde su cuna. Adoraba la forma en que su sonrisa sin dientes enfatizaba la suavidad de sus mejillas. Acariciando su piel sedosa, pensé que merecía todos y cada uno de los sacrificios que pudiera hacer por ella. La física no era nada comparada con Lieserl. Los secretos de Dios se revelaban en su rostro.

Sus ojos azules seguían abiertos en vez de cerrarse para la siesta como yo esperaba. Había estado a punto de meterme en la cuna de madera con ella, la misma cuna en la que mamá me tenía a mí cuando nació. Lieserl se había quedado dormida en mis brazos en la mecedora y yo había intentado acomodarla lentamente en su cama, que estaba repleta de mantas. Pero, en el preciso momento en que su dulce y rubia cabeza tocó la colcha que yo había tejido para ella, se despertó con esa sonrisa en los labios.

Oí los pasos de mamá por el pasillo. Cuando se apagó el sonido no tuve que volverme hacia la puerta para saber que estaba ahí, apoyada contra el marco, mirándonos con una sonrisa en los labios. Mamá amaba a Lieserl casi tanto como yo, fuese o no una hija legítima.

—Ha llegado una carta para ti, Mitza. —Por el tono en que lo había dicho, supe que era de Albert.

—¿Podrías quedarte con Lieserl hasta que se duerma, mamá? —pregunté, cogiendo la carta de su mano.

—Claro, Mitza —dijo ella, y me apretó el brazo.

En vez de bajar las escaleras hacia la comodidad del salón, con sus ventanas abiertas y la brisa de inicios de primavera, caminé rumbo al campanario. Quería

soledad mientras leía la carta. Allí donde en un tiempo que parecía muy lejano había estado mi refugio de infancia, abrí el sobre con un par de tijeras afiladas.

Antes de leer las palabras de Albert, cerré los ojos y susurré una pequeña oración a la Virgen María. Mamá me había contagiado sus hábitos y yo necesitaba ayuda, especialmente ahora que la religiosidad que solía encontrar en mi trabajo se hallaba fuera de mi alcance. Deseaba desesperadamente que Albert viniera a visitar a nuestra pequeña; le había rogado que acudiera, pero él seguía poniendo excusas. Explicó que tenía que seguir en Berna para esperar la aprobación final del gobierno para su puesto de examinador de patentes y no podía hacer nada que manchara su reputación. Yo entendía que los suizos eran escrupulosos en lo que a respetabilidad se refería y que Albert debía tener cuidado, pero no veía por qué un viaje a Kač podría poner en peligro el trabajo; nadie en Berna tenía por qué saber a quién estaba visitando.

Bajé los ojos hacia sus familiares garabatos. Empezaba la carta con los usuales apodos cariñosos y preguntas acerca de la niña: cómo estaba, a quién se parecía, qué cosas podía hacer a esta edad. Alcé la vista y sonreí pensando en Albert intentando imaginar a Lieserl.

Luego preguntaba: «¿Podrías hacer que le tomen una fotografía?». Era una idea excelente. En Kač no había buenos fotógrafos, pero podía llevar a Lieserl a Beočin, una ciudad vecina más grande, para que le hicieran un retrato formal. Seguramente si Albert veía a su hermosa hija, toda rizos y sonrisas de querubín, no podría resistirse a verla en persona.

Volví a la carta.

Dollie, no puedo ir a Kač en este momento. No porque no quiera conocer a nuestra Lieserl, sino por una buena razón que espero entiendas. El trabajo como examinador de patentes en Berna ha llegado, tal como Grossman prometió, y empezaré dentro de pocos días, así que no puedo viajar. Pero hemos estado lejos demasiado tiempo. Te ruego que vengas conmigo a Suiza, pero no a Berna, donde muchas lenguas podrían hablar; quizá a Zúrich, para que podamos vernos más fácilmente. Y ven sola, sin la pequeña, al menos en los próximos meses, hasta que podamos arreglar nuestro matrimonio en

Berna. Sé que debe de sonar extraño, así que déjame explicarte. Ya sabes lo recatados que son los suizos, y, bueno, en mi solicitud para el trabajo de hace seis meses afirmé que no estaba casado. Si llego a Berna con una esposa y un hijo sabrán que éste es ilegítimo, un hecho que sin duda pondría en juego mi nuevo trabajo. Lo entiendes, ¿verdad? Tal vez podamos encontrar otro modo de que Lieserl venga con nosotros en el futuro. Tal vez tu sabio padre pueda encontrar un modo...

Tiré la carta al suelo. ¿Cómo era posible que no viniera a Kač a conocer a su hija? Y todavía peor: ¿cómo podía siquiera soñar con pedirme que dejara a Lieserl sólo para que visitarme le resultara más fácil? ¿Por qué nuestro matrimonio dependía de su trabajo y por qué ese trabajo dependía de que renunciara a mi hija? ¿Estarían sus padres detrás de aquello? Sabía que aún se oponían firmemente a nuestra unión, con o sin Lieserl. Me había resignado a renunciar a mi carrera y mi honor, pero mi consuelo había sido mi hija. No podía soportar la idea de no estar a su lado por un periodo indeterminado de tiempo.

Me recosté en el viejo sofá y abracé mi cuerpo como cuando era niña. Me rendí ante las lágrimas.

Las escaleras crujieron con los pasos lentos y pesados de mamá. Se sentó en el sofá a mi lado y me abrazó.

—¿Qué dice, Mitza?

Intentando hablar entre sollozos, se lo conté todo. Pronunciar las palabras en voz alta las hacía sonar todavía más indignantes. ¿Cómo podía Albert pedirme que abandonara a mi hermosa hija? Por algunos meses, al menos, pero probablemente por mucho tiempo. Albert nunca la había visto, no podía saber lo que sería extrañar su dulce olor, sus claros ojos azules, su gorgoteo y, más que cualquier otra cosa, su sonrisa. Y había afirmado erróneamente en su última carta que Lieserl no era capaz de reír aún. Su risa era como el tintineo de la campana más dulce.

—Albert no menciona el matrimonio y no ofrece ningún plan para Lieserl. Sólo quiere que me mude, sola, a una base conveniente para visitarme cuando le plazca.

Mientras decía las palabras, aun cuando sonaban mucho más horribles en voz alta que en mis pensamientos, mi llanto se hizo más débil y mi respiración se acompañó. Necesitaba ser fuerte para enfrentarlo.

—Nos quedaremos en Kać, mamá. Lieserl y yo. Éste será su hogar.

Mientras mamá secaba mis últimas lágrimas, dijo:

—Escúchame, Mitza. ¿Recuerdas nuestra conversación sobre formar una familia decente para Lieserl?

Asentí. Esa conversación había guiado todas mis acciones hacia Albert desde entonces, incluso había resucitado algunos sentimientos respecto a él. Pero ya no estaba segura de querer continuar por ese camino, no ahora.

—Debes ir a Zúrich; es el único modo de que se mantengan tus planes de matrimonio. Sé que no te gusta lo que estás viendo de Albert: su rechazo a conocer a Lieserl, su egoísmo al pedirte que estés cerca pero sin fijar una fecha para la boda, su falta de coraje frente a su familia... Pero no estás haciendo esto por ti: irás a Zúrich por Lieserl.

Sabía que mi madre tenía razón, aunque no quería escucharla ni aceptar sus palabras. Pero también sabía lo cambiante que era Albert.

—Pero, mamá, ¿si hago el sacrificio de ir a Zúrich como Albert quiere y aun así se niega a que Lieserl viva con nosotros? Sabes que, en sus cartas, estaba de acuerdo con papá en darla en adopción. No lo haré sólo por el matrimonio. Nunca me daré por vencida respecto a mi hija.

Los ojos de mamá se empequeñecieron y sus fosas nasales se abrieron. De pronto parecía un bulldog listo para pelear.

—No dejaré que eso suceda, Mitza. ¿No he desafiado los deseos de tu padre de enviarla a algún lugar remoto para que la adopten en secreto? ¿No he insistido en tenerla con nosotros en Kać?

Mamá se había rebelado con una ferocidad que yo no sabía que tenía. Me había equivocado con ella durante toda mi vida. Su silencio no era debilidad, era una vigilia permanente que sería reemplazada por un rugido cuando fuese necesario. Ella sola había peleado con papá por mi derecho a quedarme con Lieserl en el Chapitel, únicamente con ella y una sirvienta por compañía.

—Sí, mamá.

—Entonces ¿me crees si te digo que amaré y protegeré a tu hija hasta que vuelvas por ella como una mujer casada? ¿Y que te prometo que encontraremos una manera de que Lieserl vaya a vivir con vosotros cuando ya seáis un matrimonio?

—Sí, mamá.

—Bien. Por lo tanto, irás a Zúrich como Albert te ha pedido. El resto déjalo en mis manos. Yo me encargo.

6 de enero de 1903

Berna, Suiza

Con mi mano derecha entrelazada a la mano izquierda de Albert, estábamos frente al funcionario del registro civil, que se llamaba Gauchat. En la mano izquierda sostenía un ramo de flores alpinas secas, preparadas cuidadosamente por Albert para la ocasión como un guiño a nuestras vacaciones en el lago Como. Algunos capullos incluso hacían juego con mi vestido de color azul vivo. Hoy era el día por el que había rezado y que había esperado durante años, el día de nuestra boda. Lo que alguna vez había querido sólo para mí, ahora lo necesitaba desesperadamente para alguien más. Para Lieserl.

El funcionario tenía unas gafas y un bigote tan pesados que Albert y yo estuvimos a punto de echarnos a reír cuando entró en la habitación. Nos lanzó una mirada tan dura de severidad suiza que en un segundo cambiamos de actitud y ocupamos nuestro lugar frente a él. El funcionario Gauchat se tomó un largo minuto para acomodarse en el estrado. Cuando estuvo seguro de que se hallaba perfectamente enmarcado por el imponente paisaje de los Alpes, comenzó un discurso ideado para transmitir la solemnidad del momento.

Nuestros testigos —Maurice Solovine, un estudiante de Berna que empezó como alumno de Albert pero terminó por convertirse en su amigo, y Conrad Habicht, un amigo de Albert de Schaffhausen que acababa de mudarse a Berna — se colocaron en sus sitios cuando se lo indicó Gauchat. No nos habíamos atrevido a invitar a nuestras familias: las objeciones de la madre de Albert seguían siendo firmes y mis padres tenían a Lieserl a su cargo.

—Parece que todos sus papeles están en orden, señor Einsten y señorita Marić —dijo el hombre.

—Gracias, señor —respondió Albert.

—¿Están listos para sus votos?

—Sí, señor —respondimos al unísono, y el señor Solovine y el señor Habicht se acercaron más a nosotros.

—Entonces comencemos. —El funcionario se aclaró la garganta y dijo—: ¿Acepta, Albert Einstein, a esta mujer, Mileva Marić, como su esposa?

—Sí, acepto —dijo Albert mientras buscaba la sencilla alianza de plata en su bolsillo; luego, con las manos temblorosas, la deslizó en mi dedo.

—¿Acepta, Mileva Marić, a este hombre, Albert Einstein, como su esposo? —preguntó Gauchat volviéndose en mi dirección.

El tiempo se detuvo y yo miré dentro de los profundos ojos marrones de Albert, esos ojos en los que alguna vez había confiado y en los que ahora no tenía más opción que confiar completamente. Había anhelado ese momento con una urgencia casi dolorosa, y aunque Helene y mamá me habían asegurado que aquello era lo mejor que podía hacer —lo único, por el bien de Lieserl—, me pregunté qué futuro me aguardaba como señora Einstein. Desde que habían terminado nuestros días como estudiantes, los problemas habían reinado en nuestra relación, y Albert me había decepcionado profundamente con su forma de tratarme, con sus demoras interminables y su rechazo a Lieserl.

—¿Mileva? —preguntó Albert cuando me vio dudar—. ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente bien, sólo un poco abrumada por la importancia de este día.

Gauchat asintió aprobando mi reacción seria hacia los votos.

—Claro que te acepto, Albert Einstein —dije por fin.

Me sonrió y en sus ojos se marcaron las arrugas que alguna vez adoré. Parte de mí aún lo amaba, a pesar de todo lo que había sufrido. Con manos firmes, deslicé en su dedo una alianza idéntica a la mía.

El funcionario nos entregó el acta matrimonial. Aparecíamos como señor y señora Einstein. Sin hijos. Mi corazón se encogió por la ausencia del nombre de Lieserl. Dibujé una sonrisa en mi rostro contrariado, tomé con firmeza la mano de Albert y nos volvimos hacia los testigos para que nos felicitaran.

Entonces el funcionario nos dijo que firmáramos el acta, para poder terminar

la ceremonia. Albert recibía en el hombro palmadas afectuosas del señor Solovine y el señor Habicht. Yo sabía que debería sentirme feliz, pero la tristeza me carcomía. ¿A qué precio había conseguido ese matrimonio?

Cuando abandonamos la oficina del registro civil y bajamos las escaleras del imponente edificio gubernamental, nuestras alianzas brillaron bajo el débil sol de invierno. La ciudad estaba decorada con techos de teja roja, edificios medievales, calles de piedra y fuentes gorjeantes. Quizá era aún más encantadora que Zúrich, pero le faltaba la energía intelectual y, por usar la expresión favorita de Albert, el «espíritu bohemio». La respetabilidad dominaba la vida de Berna.

Albert me llevaba de la mano mientras caminábamos por las calles desiguales y yo intentaba no pensar en el momento en que mamá había cogido en brazos a Lieserl para que yo pudiera seguir mi camino hacia Zúrich. Había intentado borrar ese recuerdo de mi mente durante los cuatro meses que siguieron y que pasé sola en Zúrich en la pensión Engelbrecht, caminando sin rumbo durante el día y llorando hasta quedarme dormida por las noches, mientras esperaba en vano que Albert me visitara o me escribiera, porque estaba muy ocupado con excursiones y paseos en barca con sus nuevos amigos durante las pocas horas que tenía libres. Escondí los dolorosos recuerdos de mi mudanza a Berna, un mes antes, a la pensión Herbst de la Thunstrasse, luego a la pensión Suter de la Falkenplatz y finalmente a la Schneider de la Bubenbergstrasse, donde me dolían los brazos vacíos por la ausencia de mi cálida Lieserl. Intenté enterrar la furia que me provocaba que Albert hubiese empleado sus vacaciones de octubre para visitar el lecho de muerte de su padre y sólo después hacer el primer movimiento hacia nuestros planes de matrimonio. En su lugar, intenté pensar en la unión que Albert y yo acabábamos de formar y en la promesa que guardaba de reunirnos como una familia completa con Lieserl. Mi humor mejoró un poco.

—¡Brindemos por los novios en el Café im Kornhauskeller! —gritó el señor Habicht.

Albert y yo no teníamos ningún plan para después de la ceremonia; no teníamos familia que celebrara la ocasión con nosotros, y yo no conocía muy bien a los señores Solovine y Habicht. Ambos eran muy parecidos, con cabello oscuro, bigote y piel morena; la única diferencia eran las gafas del señor

Habicht. Eran los amigos de Albert que lo habían mantenido entretenido en Berna mientras yo me consumía en Zúrich. Aun así, estaba determinada a hacer de ese día un nuevo y feliz comienzo para los dos, así que respondí:

—¡Excelente idea, señor Habicht!

El señor Solovine me abrió la puerta del famoso café de Berna. El establecimiento estaba atestado de gente y ruido, pero Albert y el señor Habicht consiguieron una mesa que estaban dejando unos hombres mayores. Mientras los señores Habicht y Solovine iban a comprar una botella de vino, Albert y yo nos sentamos, entonces él se acercó a mí y me susurró al oído:

—Felicidades, señora Einstein. Ahora somos *Ein Stein*, una piedra. Estoy ansioso de cogerte en brazos y meterte en casa.

Ruborizándome, sonreí ante su forma dulce de usar mi nuevo nombre de casada, aunque la verdad era que me recordaba a su madre, Pauline, la señora Einstein original. Me estremecí ante su recuerdo. Ella seguía oponiéndose a nuestro matrimonio, a pesar de que su marido lo había aprobado en su lecho de muerte, y nos había mandado una nota condenatoria aquella misma mañana.

Pero cuando los señores Solovine y Habicht volvieron a la mesa con una botella y copas en mano, borré la imagen de la madre de Albert de mi cabeza y cogí una copa. Levantándola para que el señor Habicht la llenara, sonreí y dije:

—Gracias por hacerle tanta compañía a Albert cuando yo no estaba.

El señor Habicht me sirvió el vino tinto y unas gotas cayeron sobre el mantel blanco. Me detuve; las gotas me recordaron la sangre.

El señor Habicht se sentó y dijo:

—Gracias por prestárnoslo. La Akademie Olympia no sería lo mismo sin él.

—¡Hurra!

Los tres hombres brindaron por la Akademie Olympia. Junto con Albert, habían comenzado una búsqueda incansable para entender el mundo, y habían formado la «academia» para perseguir dicha misión. Analizando libros de matemáticos, científicos, filósofos e incluso de Charles Dickens, sostenían diversos debates; el más reciente sobre el que habían discutido era *La gramática de la ciencia*, de Karl Pearson.

El señor Solovine alzó su copa hacia mí y Albert y dijo:

—Por los recién casados.

Dimos un trago de vino y nos besamos ligeramente, ante la insistencia del señor Habicht, que luego se levantó y alzó su copa. Esta vez brindó sólo por mí.

—Por la señora Einstein, una hermosa y brillante mujer. No podemos imaginar lo que Albert ha hecho para merecerla, pero quisiéramos convertirla en un miembro honorario de la Akademie Olympia.

Reí. Pensaba que las encendidas discusiones sobre la ciencia y la naturaleza de nuestro mundo, como las del Café Metropole, a las que estaba acostumbrada, estarían fuera de mi alcance, de modo que me quedé encantada por la inclusión. Por un breve segundo, me sentí de nuevo como una estudiante del Politécnico, rebosante de esperanza y maravillada por los misterios del universo, y no como la mujer que había suspendido su grado de física y esparcido su sangre en el nacimiento de su hija.

—Me sentiría honrada —dije asintiendo con la cabeza—, y quisiera empezar con una vigorosa discusión con los miembros de la Academia respecto a su última lectura, *La gramática de la ciencia*. Me pregunto si todos ustedes están de acuerdo con su afirmación de que es imposible separar la ciencia de la filosofía.

Los señores Solovine y Habicht me miraron, tan sorprendidos como impresionados. Era un alivio. Había permanecido en silencio hasta ese momento, pues había perdido la costumbre de pensar y hablar durante todos los meses que había pasado sola con Lieserl y sus simples rutinas, y después totalmente sola en Berna y en Zúrich, mientras esperaba a que Albert se acercara a mí.

—Brillante idea —coincidió Albert—, ojalá la hubiese pensado yo.

«También yo», pensé con tristeza. Enterré ese sentimiento en lo más profundo de mi ser y dije:

—Insisto en que la Akademie Olympia se reúna en nuestro piso de ahora en adelante. Cena, bebidas, conversación.

Albert sonrió ante mi invitación, orgulloso de la brillante esposa bohemia sentada a su lado, la mujer que siempre había deseado que fuera. Sonreí también, y continué con ese humor el resto del día, y lo mantuve incluso cuando nos despedimos de los señores Solovine y Habicht y Albert me guio de la mano por las calles de piedra de Berna hacia nuestro apartamento de tejas rojas en la

Tillierstrasse, cerca del enfurecido río Aare. Porque cada paso nos llevaba más cerca de Lieserl.

26 de agosto de 1903

Berna, Suiza

Sonó el timbre. Miré el reloj desde el suelo que estaba fregando y vi que eran casi las cuatro de la tarde. Debía de ser el cartero. No era común que avisara individualmente en cada entrega, pero yo le había rogado que me hiciera una señal cuando tuviese alguna carta para nosotros, y él había accedido, aunque a regañadientes. No quería esperar para leer las cartas de mamá sobre Lieserl.

Dejé el cepillo de fregar en el cubo, me sequé las manos en el delantal que llevaba sobre el vestido floreado y corrí tan rápido como pude para bajar las escaleras. Mi capacidad de movimiento se había deteriorado desde el nacimiento de Lieserl; el daño que el parto había hecho a mi cadera probablemente nunca se curaría, me había dicho la partera, pero aprendería a manejarme. Después de todo, nunca había sido muy rápida. Me sentí mareada mientras bajaba; quizá me había levantado demasiado rápido en ese calor de agosto.

En los ocho meses que siguieron a nuestra boda, había puesto en práctica todo lo que había aprendido de mamá durante mi tiempo en el Chapitel. Cocinar, limpiar, ir de compras y zurcir llenaban mis días; las tareas de las que papá me había alejado mientras me empujaba hacia una vida de estudio. Me había convertido en la personificación de la vieja frase serbia: *kuća ne leži na zemlji nego na ženi*, la casa no se sostiene sobre la tierra sino sobre la mujer. Intentaba decirme a mí misma que me gustaba cuidar de Albert de la misma manera en que mamá cuidaba de papá. Incluso le escribí a Helene que Albert y yo éramos más felices como una pareja casada que como estudiantes. ¿Estaba intentando convencerme a mí misma? Porque cuando era honesta conmigo misma, encontraba que ocuparme de Albert y de nuestra casa me adormilaba la mente.

Por fortuna, las noches mantenían vivo mi cerebro. Después de la cena, o a veces durante la misma, llegaban Conrad y Maurice y con ellos se convocaba a la Akademie Olympia. Como miembro honorario, me sentaba detrás de ellos, tejiendo, escuchando, y ocasionalmente interviniendo, cuando mi reticencia natural me lo permitía. Pero, una vez que se iban, volvía realmente a la vida, porque Albert y yo retomábamos nuestra pasión compartida originalmente y yo mi particular búsqueda —descubrir el lenguaje secreto de Dios que se escondía en las matemáticas y las ciencias—, y era entonces cuando investigábamos la naturaleza de la luz, la existencia de los átomos y, sobre todo, la noción de relatividad. En aquellos momentos, a altas horas de la noche, sentados juntos en nuestra mesa de la cocina con tazas de café caliente en las manos, a pesar de mis dudas y mi sufrimiento, me permitía estar enamorada de Albert de nuevo. Me había jurado que no me apartaría de la ciencia y lo había cumplido. «Juntos desentrañaremos los secretos del universo», decía, y yo le creía.

Puesto que siempre estaba pensando en ella, a veces mencionaba a Lieserl. Albert nunca inició una conversación acerca de la niña, sólo escuchaba silenciosamente mientras le hablaba de las cartas de mamá. Pero siempre cambiaba de tema y murmuraba «más adelante» si me atrevía a preguntarle cuándo iríamos a recogerla. Y negaba con la cabeza ante cualquier mentira que yo sugería —que era la hija de una prima, una hija adoptada— para explicar la existencia de nuestra hija.

Aun así, yo no había perdido la esperanza. En mi última carta, le pedía a mamá que fotografieran a Lieserl y que nos enviara la imagen. Estaba segura de que cuando Albert viera al fin a su hermosa hija, no podría resistirse a mis súplicas de traerla con nosotros. Seguramente encontraríamos alguna excusa que pudiera calmar a las autoridades suizas y a los amigos inquisitivos. Rogué por que la carta que traía ahora el cartero contuviera la fotografía.

Un único sobre esperaba en el buzón, y lo examiné. Por la caligrafía supe de inmediato que era de mamá, pero el delgado sobre no podía contener una fotografía como yo había esperado. Subí las escaleras hacia nuestro pequeño piso. Cuando me senté en el sillón, flotó polvo de los cojines; no importaba cuánto los sacudiera, no podía limpiar el rastro de los dueños anteriores.

Querida Mitza:

Siento mucho escribirte con estas terribles noticias. La escarlatina ha estado extendiéndose por el campo de nuevo. Aunque hemos tomado todas las precauciones, Lieserl la ha contraído. El sarpullido rojo ya ha aparecido en la cara y el cuello y ha comenzado a esparcirse hasta el tronco. Tiene fiebre muy alta y los baños con agua fría no logran combatirla; esto, por supuesto, es lo más preocupante. El doctor la ha examinado y nos ha dicho que no podemos hacer nada sino esperar. Y rezar.

Estamos cuidándola lo mejor que podemos, pero está muy incómoda y te extraña mucho. Quizá desees venir.

Con mucho amor,

MAMÁ

¿Escarlatina? No, no, no, mi Lieserl no.

Los niños morían de escarlatina continuamente. Y si no morían, sufrían terribles secuelas: cicatrices, sordera, fallo cardíaco y renal, encefalitis y ceguera eran sólo algunas complicaciones con que lidiaban los supervivientes.

Tenía que ir.

Me sequé las lágrimas y corrí a hacer las maletas. Mientras bajaba mi baúl del armario, oí que se cerraba la puerta principal. Albert había llegado temprano. Seguí con las maletas. Había un tren, el Arlberg, que esa misma tarde iniciaría el largo trayecto a Novi Sad y de ahí hasta Kać, donde Lieserl estaba con mis padres ahora que papá había ido al Chapitel a pasar el verano. No tenía ni un momento que perder con la llegada de Albert a casa.

—¿Dollie? —sonaba perplejo; estaba acostumbrado a que lo recibiera en la puerta.

—En el dormitorio.

El humo de su pipa lo precedió.

—Dollie, ¿qué estás haciendo?

Le entregué la carta de mamá y seguí a lo mío.

—¿Entonces te vas a Kać?

Lo miré, sorprendida por su pregunta. ¿Cómo podría quedarme?

—Por supuesto.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que Lieserl se recupere.

—¿No puede hacerse cargo tu madre? Estarás fuera demasiado tiempo. Una buena esposa no debería dejar a su esposo durante tanto tiempo. ¿Cómo me las arreglaré?

Lo miré. ¿De verdad acababa de hacerme esas preguntas? Y ni siquiera había preguntado sobre la escarlatina o el estado de Lieserl. ¿Dónde estaba la compasión y la preocupación por su propia hija? Todo lo que parecía importarle era lo inconveniente que iba a resultarle mi ausencia. Quería gritarle. Sacudirlo, incluso.

En lugar de eso, dije:

—No, Albert, yo soy su madre. Yo lidiaré con su enfermedad.

—Pero yo soy tu esposo.

No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Estás diciéndome que no puedo ir? —grité, los brazos en jarras.

Albert estaba confuso, nunca me había oído alzar la voz.

No respondió. ¿Por su silencio debía suponer que se oponía? No tenía tiempo para su egoísmo o cualesquiera que fueran los pensamientos ridículos que rondaban por su cabeza.

Cerré la tapa de mi maleta, cogí mi documentación y me puse el abrigo gris de viaje y el sombrero. Bajé la maleta de latón y piel de la cama y comencé a arrastrarla hacia la puerta de nuestro apartamento, luego descendí los empinados escalones, lo cual no fue una hazaña pequeña con mi cojera. Ya en la calle, llamé a un coche para que me llevara a la estación. Miré hacia los escalones. Albert estaba en lo alto, contemplando cómo me iba.

26 de agosto de 1903 y 19 de septiembre de 1903

Salzburgo, Austria, y Kać, Serbia

Al inicio de mi viaje a Kać me invadió una terrible idea. ¿Había ido demasiado lejos con Albert?

Parte de mí odiaba que este pensamiento se me hubiera ocurrido siquiera, pero al desafiar y atacar sus deseos, por muy injustos e indignantes que fueran, ¿no estaría arruinando todo el trabajo que había hecho para que aceptara a Lieserl en nuestra vida en Berna? Eso si mi hija sobrevivía a la escarlatina. ¿Debía calmarlo de algún modo? Pensar en ello me irritaba, pero lo necesitaba a mi lado. Especialmente ahora, pues sospechaba que estaba embarazada de nuevo.

El tren llegó a la estación de Salzburgo, Austria, a las tres y veinte. Tenía exactamente diez minutos mientras el tren esperaba a que subieran más pasajeros antes de seguir con su trayecto. ¿Sería suficiente tiempo para escribir y enviar una nota a Albert? Decidí arriesgarme.

Moviéndome entre la multitud de nuevos pasajeros que subían al tren, di un salto hacia el pasillo y me encaminé al quiosco más cercano. Compré una postal color sepia de Scholss Leopoldskron, un castillo cerca de Salzburgo, y dos sellos de cinco héliers. Faltaban cuatro minutos para que el tren partiera. ¿Qué debía escribir? Pensé distintas maneras de acercarme a él, pero no conseguía decidirme.

Finalmente me conformé con un saludo —un apodo familiar que le dijera que ya no estaba molesta, pero no escribiría una disculpa—, y en ese momento sonó el silbato del tren. Alcé la mirada y me di cuenta de que sólo tenía un minuto para subir. Había gastado demasiado tiempo en la nota. Al ver la distancia que

tenía que recorrer con mi cojera entré en pánico. ¿Podría lograrlo? Intenté correr hacia mi tren —hacia mi hija—, pero una ola de pasajeros que bajaban de otro tren bloqueó mi camino. Mientras intentaba serpentear entre ellos, se me enredó el pie con la falda y caí al suelo. Una amable pareja mayor se acercó para ayudarme, pero era demasiado tarde. Mi tren se había marchado.

Llorando histéricamente, me solté de la pareja y corrí a la ventanilla de los billetes. ¿Cuándo saldría el próximo tren para Novi Sad, Serbia, donde me recogería papá para llevarme en coche a Kać? El primero salía en quince minutos, y tendría que hacer trasbordo dos veces para llegar lo más cerca posible de la hora que había previsto inicialmente. Compré el billete.

Corrí a enviarle a papá un telegrama para informarle del cambio en el horario de llegada y de dónde estaba mi equipaje, y luego me apresuré a subir al tren. Aunque había calculado que me daba tiempo a enviar la postal, decidí llevarla conmigo y enviarla en la siguiente parada: Budapest. Esta vez no intentaría mandarla yo misma, sino que le pediría a un revisor que lo hiciera por mí para no correr riesgos.

Mientras el tren se agitaba —y mi estómago con él—, escribí la nota para «Johnnie», preguntándole cómo estaba e informándole sobre mi viaje. Necesitaba saber que estábamos en paz mientras iba a pelear por la vida de Lieserl.

El tren llegó a Novi Sad la tarde siguiente, medio día después de lo que había planeado. Papá, que ya había recogido mi maleta del tren en el que yo debí haber llegado, me esperaba junto a un coche para recorrer los veinte kilómetros que faltaban hasta Kać. Me saludó con una sonrisa grave y me dio un cálido abrazo, y me confirmó que, hasta donde él sabía, desde su llegada a la estación hacía casi un día el estado de Lieserl no había cambiado. Luego nos sumergimos en un silencio incómodo. El controvertido tema de mi matrimonio y el hecho de que no hubiera logrado ir a visitar a mi hija desde que me había casado habían abierto una brecha entre nosotros.

Cuando el coche paró en Kać, vi cruces rojas pintadas en casi cada puerta del pueblo: el símbolo de que la escarlatina estaba ahí. No había visto tantas cruces rojas en ninguna de las epidemias de escarlatina que había vivido antes. No era

raro que Lieserl la hubiera contraído. Me sentí enferma sólo de pensarlo e instintivamente puse las manos sobre mi estómago. ¿Cómo podría proteger a este nuevo bebé de la infección si yo la contraía?

—¿Tan malo es? —le pregunté a papá.

—Es el peor brote que he visto —respondió—, con los peores síntomas.

Las torres del Chapitel ya se veían cerca, pero en vez de sentir emoción de reunirme con mi hija, tuve miedo. ¿Cómo estaría mi pobre Lieserl? ¿Y si llegaba demasiado tarde?

Antes de que papá detuviera totalmente a los caballos, salté del coche y corrí hacia la casa. Pasé junto al coche del doctor, que estaba estacionado delante. ¿Había sucedido lo peor?

—¡Mamá! —grité.

Dejé mi bolso al pie de la escalera y subí tan rápido como pude y la oí llamarme:

—Estoy en el cuarto de los niños, Mitza.

Empujé la puerta, y al ver el estado de mi hija me faltó el aire: su cara y su garganta eran de un carmesí oscuro, y sin duda su torso estaría igual; tenía los ojos entreabiertos por la fiebre. Mamá estaba sumergiendo un trapo en un cubo de agua y hielo que pasaba por el cuerpo de Lieserl, con el doctor sentado a su lado. El aire olía a agua de rosas y aceite de gaulteria, y vi un par de frascos sobre el tocador. Mamá estaba usando todo su arsenal de remedios caseros: quina, agua de rosas y glicerina mezclados con aceite para la piel; gaulteria para la fiebre; menta para el picor; acónito, belladona y madreselva con jazmín para calmar el sistema nervioso. ¿Podría alguno de esos remedios curar a mi pobre hija?

Mamá y el doctor me miraron, llenos de preocupación.

—Hoy ha amanecido mucho peor, Mitza —expuso mamá—, la fiebre no remite.

Me arrodillé junto a la cama de Lieserl. Había llegado demasiado tarde. Acariciando su cabello, empapado de sudor y de los bálsamos de mamá, susurré en su oído: «Mamá está aquí, Lieserl. Mamá te quiere». Y sollocé.

Los días pasaban como una neblina confusa mientras permanecía al lado de

mi hija. El doctor tenía razón, había poco que pudiéramos hacer por ella aparte de intentar que estuviera cómoda y rezar, cosa que mamá y yo hacíamos continuamente. Dejé de preocuparme por mi propia salud y el efecto que la escarlatina pudiera tener en mi bebé no nacido y me concentré en la hija viva y enferma que tenía frente a mí. Lieserl no había abierto por completo los ojos ni una sola vez desde que yo había llegado a casa, así que no sabía si se daba cuenta de que estaba ahí o si se acordaba siquiera de mí. Había crecido tanto en el año que había pasado sin verla... Había dejado atrás a un bebé de seis meses y ahora tenía ante mí a una niña de año y medio.

¿Qué clase de madre era? ¿Cómo podía haberme separado de esta hermosa criatura durante tanto tiempo?

Después de casi tres semanas, en las que Albert envió tres cartas conciliadoras, le escribí sobre el estado de Lieserl. No me contuve con la descripción de lo que podía pasar, y no, ya no había necesidad de rogarle que la admitiera en nuestra familia. Mi prioridad ahora era que sobreviviera.

El 19 de septiembre me respondió preguntando por ella y la evolución de la escarlatina. Después de preguntarme cómo estaba registrada ante el gobierno — una pregunta extraña dadas las circunstancias—, me suplicó que volviera a Berna. Tres semanas eran demasiado para que una esposa decente estuviera separada de su esposo, decía, y debía regresar con él.

¿Cómo se atrevía a aleccionarme sobre mis deberes como esposa? ¿Le preocupaba siquiera el estado de Lieserl? Parecía más centrado en su propio bienestar, y hacía más preguntas sobre el certificado de nacimiento de la niña que sobre su salud. ¿Por qué preguntaba esas cosas? Si finalmente estaba considerando que la tuviéramos con nosotros —si es que se recuperaba—, sabía muy bien que un hijo nacido fuera del matrimonio se convertía automáticamente en legítimo una vez que sus padres contraían matrimonio bajo las leyes de Suiza. Simplemente tenía que poner el nombre de Lieserl en su pasaporte y presentarla ante la frontera suiza. Su pregunta no tenía ningún sentido, a menos que estuviera barajando de nuevo la idea de la adopción. Pero pensé que no podía estar considerando semejante cosa teniendo en cuenta el estado en que la niña se encontraba.

No volvería a Berna para ocuparme de las necesidades de Albert y limpiar nuestra casa. Desde luego, no sin una Lieserl sana en mis brazos. Ella era mi prioridad y mi vida. Que Albert no imaginara siquiera que la abandonaría otra vez.

12 de octubre de 1903

Novi Sad, Serbia

Respiré hondo e intenté no llorar. La última vez que había estado en esa estación de tren, hacía casi dos meses, me había prometido que no volvería a Berna sin mi Lieserl. Pero aquí estaba, con las manos vacías.

La escarlatina rompió mi promesa. La enfermedad destrozó a mi pobre bebé pelando la piel de su cuerpo lleno de llagas, robándole la vista, quemándola con una fiebre implacable y dañando su dulce corazón hasta que ya no pudo soportarlo. Cuando la vida se le escapó, abracé su cuerpo inerte y lo mecí hasta que mamá me la quitó suavemente de los brazos. No dejé de llorar desde el momento en que murió hasta que la bajamos en su pequeño ataúd a la tierra del cementerio de una iglesia cerca de Kać. En esa terrible tarde, mamá, papá y yo de nuevo nos unimos, por el profundo dolor. Tuvieron que llevarme a la fuerza de regreso al Chapitel cuando cayó la noche.

Esta vez yo no dejé a Lieserl. Ella me dejó a mí.

¿Cómo podría seguir sin mi hija?

Mientras esperaba a que anunciaran que podía subir a mi tren, me senté en un banco de la estación, rindiéndome al dolor que me asfixiaba desde que había abrazado a mis padres como despedida en la entrada de la estación. Si no hubiera estado embarazada de nuevo, habría luchado por un futuro muy diferente: me habría quedado en Kać, para no abandonar el lugar de descanso de Lieserl. Me convertiría en mi madre, vestida eternamente de luto y visitando diariamente la tumba de mi amada hija difunta. Albert y la física se habían convertido en un recuerdo distante, una pieza brumosa de un pasado perdido. Serían la penitencia por mi pecado de haber abandonado a Lieserl.

Estaba llena de preguntas y arrepentimiento. ¿Podría haber evitado que contrajera la escarlatina si no la hubiera dejado para irme con Albert? ¿Podría haberla ayudado a superar la enfermedad si hubiera llegado un poco antes, si no me hubiera bajado de ese maldito tren en Salzburgo para escribirle a Albert?

Pero había otro bebé en camino. Me acaricié el vientre, esta vez libre de corsés restrictivos, y me permití dejar de llorar, al menos durante un rato. Sin que mi pena importara, sería madre de este nuevo hijo y tendría que crear una familia para él, independientemente de cómo me sintiera respecto a su padre. La respuesta de Albert acerca de mi embarazo aún me enfurecía: «Me alegran tus noticias. He pensado que te irá bien una nueva niñita...».

¿Una nueva niñita? Quería gritar. ¿Cómo podía pensar que un nuevo bebé podía reemplazar a Lieserl, el alma única que acababa de perder? Una niña a la que él nunca se molestó en conocer. Una niña que yo quería que Dios me devolviera. Si Dios me dejara regresar en el tiempo, no volvería a cometer los mismos errores. Me quedaría en Kač y no abandonaría nunca a Lieserl; seguramente el amor salvaje de una madre podría protegerla de la escarlatina. Si las leyes de Dios me permitieran congelar o cambiar el tiempo... Pero, en vez de eso, estaba atrapada en el universo con las inflexibles leyes de Newton.

¿O no lo estaba?

Una idea llegó a mi mente. Había pasado la mayor parte de mi vida intentado descubrir las leyes ocultas que Dios tenía en el universo mediante el lenguaje de la física. Pero ¿quién podía decir que no existiera una ley de la física que aún no se hubiera descubierto? Una que pudiera ayudarme con mi dolor y el sufrimiento por la muerte de Lieserl.

Quizá Dios tenía una ley que quería que yo encontrara. Quizá había un propósito en mi devastación. Después de todo, en Romanos 8:18 se lee: «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse».

¿Dónde está la gloria del sufrimiento?

Miré el reloj de la estación y al tren que esperaba pacientemente detrás de él. Sentí —no, lo supe de algún modo, de alguna forma— que la respuesta estaba frente a mí. ¿Cuál era?

El reloj. El tren. Lieserl.

Llegó a mí en un segundo. ¿Qué pasaría si el tren abandonara la estación no a sesenta kilómetros por hora, sino a la velocidad de la luz? ¿Qué ocurriría con el tiempo? Repasé los números en mi cabeza, calculando deprisa un resultado.

Si el tren abandonara la estación a una gran velocidad, próxima a la velocidad de la luz, las agujas del reloj se moverían aún, pero el tren estaría moviéndose tan rápidamente que la luz no podría alcanzarlo. Cuanto más acelerara el tren, más lentamente se moverían las manecillas, y finalmente se detendrían cuando el tren llegara a la velocidad de la luz. El tiempo se congelaría. Y si el tren viajara más rápido que la velocidad de la luz —imposible, pero lo di por factible en aras de mi argumento—, el tiempo podría ir hacia atrás.

Ahí estaba. La nueva ley era simple y natural. Las leyes de Newton sobre la física del universo sólo pueden aplicarse en objetos inertes. Ya no había necesidad de limitarse a las antiguas leyes. El tiempo es relativo al espacio. El tiempo no es absoluto. No cuando hay movimiento.

Esta nueva ley era simple y natural. Elegante incluso, aunque desafiara las leyes de Newton que se habían mantenido estables durante cientos de años, e incluso las nuevas leyes de las ondas de luz descubiertas por Maxwell. Era el tipo de ley divina que había estado buscando toda mi vida. ¿Por qué Dios me había dejado ver su obra después de vivir tanto dolor?

Pero yo no tenía un tren que viajara más rápido que la luz. No tenía manera de regresar en el tiempo, o de congelarlo. Mi ley recién descubierta no me devolvería a Lieserl.

13 de octubre de 1903

Berna, Suiza

En esta ocasión, Albert vino a buscarme.

—¡Dollie! —gritó con alegría mientras me cogía en brazos del último escalón del tren—. ¡Cuánto ha crecido tu barriga en sólo dos meses!

Era verdad que se veía ligeramente más grande que cuando me había ido, pero tampoco lo suficiente para que Albert lo hubiera notado en circunstancias normales.

Intenté sonreír mientras salíamos de la estación y subíamos a un coche de alquiler para ir a nuestro apartamento. Me esforcé por dejar atrás la tristeza de Kač mientras respiraba los familiares olores antisépticos de Berna: el aire montañoso de Suiza con restos de hojas perennes, la ropa recién lavada secándose al viento, la madera quemándose en las chimeneas recién encendidas. Luché por centrarme en nuestra nueva hija, a la que Albert le hablaba en mi vientre, dándonos una cálida bienvenida. Hasta me esforcé en escucharlo parlotear de su jefe, el director de la Oficina Suiza de Patentes, Friedrich Haller. Incluso asentí alentadoramente cuando dijo:

—Ya verás. Me adelantaré a él para que no nos muramos de hambre.

Obviamente, Albert intentaba levantarme el ánimo con la promesa de un futuro mejor. Pero no le serviría durante mucho tiempo.

¿Cómo podía actuar como si nuestra hermosa hija no hubiera existido nunca? ¿Cómo podía olvidar su horrible muerte llena de dolor? Mis lágrimas comenzaron a caer tan pronto entramos en nuestro apartamento. Cuando partí hacia Serbia esperaba que la próxima vez que cruzara el umbral de nuestra casa

fuera con Lieserl en mis brazos. En vez de eso, mis brazos colgaban a los costados del cuerpo, vacíos como un par de extremidades inútiles.

—Oh, Dollie, no está tan mal —dijo Albert mirando el salón polvoriento y lleno de papeles—. He intentado tenerla limpia, pero tu Johnnie no tiene esas mañas. De cualquier manera, creo que una casa abarrotada y llena es señal de una mente llena... y, bueno, te dejaré adivinar lo que pienso de una casa limpia, vacía.

Me sonrió con esas arrugas familiares en sus ojos. Alcé la mano para acariciar su mejilla, deseando desesperadamente que ese cariño sin enfado ni tristeza pudiese reflejarse en mi interior vacío. En lugar de eso, surgieron más lágrimas.

Dejé caer mi mano e ignoré sus ojos. Caminé hacia la habitación y me acurrugué en la cama. No tenía fuerzas para quitarme el abrigo ni las botas. Estaba cansada y tenía el alma enferma. Albert me miró durante un largo minuto y luego se acostó a mi lado.

—¿Qué pasa, Dollie?

Sonaba sinceramente perplejo, como si hubiera esperado que saliera llena de vida de la estación, lista para preparar una cena de cuatro platos con una sonrisa radiante.

—¿Cómo es posible que no te des cuenta? —respondí sin esconder mi enojo; y, como no contestó, murmuré—: Eres un genio para todo excepto para el corazón humano.

El Albert elocuente había perdido repentinamente el habla. Luego, increíblemente, adivinó:

—Lieserl, ¿no?

No respondí. No había necesidad. Mi silencio, roto sólo por mi llanto, respondía por mí. Albert me miró impotente.

—La imaginaba aquí con nosotros, Albert —intenté explicarle—. Cada día que pasé contigo en este apartamento estaba esperando que viniera con nosotros. Cada día que pasaba por un parque o caminaba por el mercado, pensaba: «Traeré pronto a Lieserl», pero eso ya nunca ocurrirá.

Nuestro dormitorio estuvo en silencio absoluto durante un largo rato excepto por el tictac del reloj. Finalmente, Albert habló.

—Siento mucho lo de Lieserl.

Su boca murmuró las palabras correctas de consuelo y solemnidad, pero no había ningún rastro de emoción en su voz. Sonaba vacío y falso, como un autómeta.

Parecía que sólo tenía dos opciones: podía aferrarme a mi ira por la injusta muerte de Lieserl y a mi enfado por la incomprensión y el egoísmo de Albert, o podía dejar que mi ira se rindiera y abrazar la esperanza de una nueva familia con el bebé que estaba en camino. El tipo de vida que había deseado para Lieserl.

¿Qué camino iba a elegir?

Respiré profundamente, acompasé mi respiración y sequé mis lágrimas. Elegí la vida. Una vida de éxito con Albert significaba elegir la ciencia. Era el lenguaje con el que nos habíamos comunicado al principio y el único que él comprendía.

—He tenido una epifanía científica, Johnnie —le dije mientras me sentaba.

—¿Ah, sí?

Sus ojos vacíos comenzaron a brillar con los destellos de las luces de la calle que entraban por la ventana.

—Sí, en la estación de Novi Sad. Ya sabes cómo hemos intentado conciliar las leyes de Newton con las nuevas teorías de Maxwell sobre electromagnetismo y ondas de luz. Y sabes cómo hemos tratado de construir un puente entre la materia de Newton y las ondas de luz de Maxwell.

—¡Sí, sí! —exclamó—. Ha sido muy confuso, no sólo para nosotros sino para físicos de todas partes. ¿Qué has descubierto, Dollie?

—Creo que la idea de relatividad, la que hemos leído en Mach y Poincaré, podría tener la respuesta. La relatividad podría conectar el espacio entre las teorías de Maxwell y Newton, lo nuevo y lo viejo. Pero sólo si cambiamos nuestra manera de entender el tiempo y el espacio.

Le expliqué entonces el experimento que había pensado en Novi Sad.

—El resultado lógico es que las medidas de ciertas magnitudes, como el tiempo, son *relativas* a la rapidez o velocidad del observador, particularmente si asumimos que la velocidad de la luz es la misma para todos los observadores. El tiempo y el espacio deberían ser considerados juntos y relacionados entre sí. De

esta manera las leyes clásicas de física mecánica seguirían siendo ciertas, pero sólo en situaciones de movimiento uniforme.

Me miró con la boca abierta.

—Eres brillante, Dollie, brillante.

¿De verdad acababa de llamarme «brillante»? Era la palabra que reservaba para los grandes maestros de la física, Galileo, Newton, y muy de vez en cuando para algunos pensadores modernos. Y ahora para mí.

Se levantó de la cama y empezó a pasear por el dormitorio.

—Parece que ha salido algo extremadamente importante de todo tu sufrimiento por Lieserl.

Sus ojos estaban llenos de orgullo, y yo no pude evitar sentirme complacida, a pesar de lo mucho que me despreciaba a causa de lo que había ocurrido con Lieserl.

—¿Crees que deberíamos escribir tu teoría? —me preguntó con ojos brillantes—. Juntos podríamos cambiar el mundo, Dollie. ¿Harás esto conmigo?

Una chispa de emoción se encendió dentro de mí, pero el sentimiento de culpa la apagó de inmediato. ¿Cómo me atrevía a sentirme complacida con la reacción de Albert? ¿Cómo me atrevía a desear investigar y escribir esa teoría? Era la muerte de mi hija la que me había inspirado la visión y me había permitido ver los patrones de Dios en la ciencia. Sin embargo, otra voz argumentó: ¿no podría escribir esa teoría en su memoria, para que su muerte no hubiera sido en vano? Quizá ésa era la «gloria» que yo debía descubrir.

¿Cuál era el camino correcto?

Dejé que mis labios formaran las palabras que mi corazón añoraba decir.

—Sí, Albert. Lo haré.

26 de mayo de 1905

Berna, Suiza

Los papeles y libros formaban altas torres en la mesa rectangular de nuestro salón. Esta mesa, en otro tiempo pulida, limpia y lista para las comidas, se había convertido en el maltrecho centro de nuestra investigación, el lugar de donde emanaba nuestra creatividad, que no era muy distinta a la chispa de vida entre Dios y Adán que pintó Miguel Ángel en la capilla Sixtina, bromeábamos. Los papeles que la cubrían parecían ser nuestros propios milagros.

Busqué entre las montañas de libros y encontré la mirada de Albert. Susurré, para asegurarme de que Hans Albert siguiera dormido:

—Johnnie, dime qué piensas de esto.

Acerqué el papel a la lámpara de aceite y leí en voz alta mi artículo sobre la teoría de la relatividad:

—Dos acontecimientos que parecen concurrir cuando son observados desde una posición pueden no ser considerados concurrentes cuando son observados desde otra posición que se mueve con relatividad a ellos.

Albert dejó salir humo de su pipa y me miró a través de la bruma que se había formado. Hizo una larga pausa antes de responderme:

—Está muy bien, Dollie.

Miré mi hoja, complacida con la reacción de Albert.

—Capta la idea de la relatividad, ¿no? Quería al menos una oración que enganchara, aparte del experimento concienzudo y los cálculos medidos, una frase que fuera lo suficientemente comprensible y que pueda citarse.

—Eso es sabio, Dollie. Creo que esta teoría llegará lejos.

—¿De verdad? ¿Estás seguro de que no es un error, Johnnie? —pregunté.

Aunque mis teorías de la relatividad eran simples en esencia, la idea en sí misma era difícil de comprender, pues contradecía todo el aprendizaje anterior, y además las matemáticas que había tras ella superaban el nivel medio. Tenía que estar segura de que la limitaba a su esencia.

—Debemos jugar un poco con las palabras, pero siempre que intentemos algo nuevo habrá algunos errores en el camino —murmuró distraído.

En esos días, Albert repetía esta frase con frecuencia. Con mi artículo y los otros dos en los que trabajábamos juntos, estábamos generando muchas teorías nuevas. Bromeábamos entre nosotros respecto a que no sólo los artículos eran un milagro, sino que se necesitaría un milagro para que la gente aceptara sus ideas revolucionarias.

—Es verdad. —Deslicé un par de papeles hacia él—. Por favor, revisa una última vez mis cálculos de la velocidad de la luz y el espacio vacío.

—Dollie, los hemos revisado muchísimas veces. Son magníficos. En cualquier caso, tú eres la matemática de la familia, no yo. ¡Soy yo quien necesita que corrijas mis cálculos! —dijo subiendo la voz con una fingida exasperación.

—Shhh —dije riéndome—, vas a despertar al bebé.

Albert tenía razón. Durante los últimos dieciocho meses habíamos trabajado juntos en tres artículos, aunque el de la relatividad era casi completamente mío. Los otros —uno sobre el *quantum* de luz y el efecto fotoeléctrico y otro sobre el movimiento browniano y la teoría atómica— eran de los dos. En ellos, Albert esbozaba la teoría y yo me encargaba de las matemáticas, aunque estaba familiarizada íntimamente con cada idea y palabra.

—Faltan pocos días para que lo enviemos al *Annalen der Physik*. Quiero estar segura de que es perfecto.

—Lo sé, mi pequeña hechicera —contestó Albert, y sonreí.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que me había llamado así. Los últimos dos años de nuestro matrimonio habían sido bastante felices, pero la pasión juvenil y la frivolidad se habían desvanecido en la realidad de la vida cotidiana.

—De todos modos, también lo ha revisado Besso. No es un físico titulado, pero es tan inteligente como cualquiera de los bufones con los que fuimos al

Politécnico. Él opina que es impresionante.

Asentí. Albert había revisado nuestros artículos con Michele Besso, que había hecho un papel excelente como jurado. Dado que Michele trabajaba ahora en la Oficina Suiza de Patentes como técnico experto, en un nivel por encima de Albert, y que venían juntos a casa cada tarde después del trabajo, disponía de suficiente tiempo para revisar nuestras teorías. Yo sabía que Albert tenía razón, pero mi naturaleza tendía hacia la preocupación y la exactitud.

Albert bostezó.

—Deberíamos dejarlo por hoy, Dollie. Estoy exhausto.

Resultaba gracioso que yo no me sintiera cansada en absoluto. Me levantaba antes que Albert para asegurarme de que el desayuno estuviera listo cuando él y Hans se despertaran. Me pasaba el día limpiando, cocinando y cuidando a nuestro hijo de un año, un querubín agotador. Cuando Albert llegaba a casa, me apresuraba a servir la cena mientras él pasaba unos preciosos minutos jugando con el bebé. Después de lavar los platos y acostar a Hans, solía llegar la Akademie Olympia, que retomaba el debate donde lo había dejado la noche anterior: ya fuese *Antígona* de Sófocles, el *Tratado de la naturaleza humana* de David Hume o *Ciencia e hipótesis* de Henri Poincaré. Sólo cuando los otros se habían ido, el bebé estaba dormido y la casa limpia, Albert y yo nos sentábamos frente a nuestro trabajo.

Era el momento del día en que me sentía viva. Y no porque el resto de la jornada no tuviera ratos placenteros. No, el nacimiento de mi dulce Hans con sus ojos marrones me había traído mucha felicidad. Cuidarlo y hacer con él todas las actividades que me había imaginado con Lieserl —paseos por el mercado, caminatas por el parque, incluso el ritual nocturno del baño— había sido un bálsamo para las cicatrices dejadas por la muerte de la niña. Mientras crecían mis sentimientos por Hans, o Hazelr, como a veces lo llamábamos, también disminuía mi ira hacia Albert. Mi alegría por nuestra familia y nuestro pequeño apartamento en el 49 de la Kramgasse, una de las calles más hermosas de Berna, era cada vez más profunda. Me encantaba pasear con Hans por la larga calle Kramgasse, en su día el centro de la ciudad medieval, y enseñarle el Zytglogge, la famosa torre del reloj, así como el obelisco de la fuente de Kreuzgassbrunnen,

la fuente Simsonbrunnen con su escultura de Sansón y el león y la fuente de Zähringerbrunnen, que mostraba un oso con armadura. Le había escrito a Helene sobre mi alegría, y después de haber leído tanto sobre mi tristeza en los últimos años, respondió confesando su alivio.

—Tú vete a la cama, Johnnie, yo iré luego, después de darle una última lectura al artículo.

Acerqué hacia mí la lámpara de aceite y comencé a releer aquellas palabras familiares, quizá por centésima vez. Noté la mano de Albert en mi hombro y lo miré. Sus ojos brillaban en la luz suave y sentí su orgullo al verme trabajar. No había visto esa expresión desde hacía mucho tiempo. Por un breve y maravilloso segundo, nos sonreímos.

—Nuestra vida es justo como nos la imaginamos cuando éramos estudiantes, ¿no crees? —le pregunté—. Solías decir que trabajaríamos siempre como estudiantes de ciencias, para no convertirnos en filisteos. Tu predicción finalmente era cierta.

Guardó silencio durante un instante larguísimo y luego dijo:

—Totalmente de acuerdo, mi pequeña granuja.

Otro apodo que no había usado desde hacía mucho. Después de acariciar suavemente mi cabello, susurró:

—Éste es nuestro año milagroso.

Mientras observaba cómo se dirigía a nuestro dormitorio, sonreí. Había hecho bien en orientar nuestra relación hacia el lenguaje de la ciencia; amor y ciencia iban de la mano en Albert.

A esa hora de la noche, me costaba ver los cálculos minúsculos. Alisé la primera página del artículo: «Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento». Nuestros nombres —Albert Einstein y Mileva Marić Einstein— aparecían bajo del título. El trabajo era en su mayoría mío, pero entendía que al no tener yo título ni doctorado era necesario que apareciera también el nombre de Albert.

Mi nueva teoría de la relatividad había revelado que el tiempo podría no tener las características fijas que Newton y todos los físicos que habían existido después de él habían creído. Pero un filósofo, Séneca, aún más antiguo, había

entendido perfectamente un aspecto del tiempo: «El tiempo cura lo que la razón no puede». El tiempo y mi trabajo con Albert, en honor de Lieserl, habían curado mucho.

22 de agosto de 1905

Novi Sad, Serbia

Helene me apretó el brazo con entusiasmo. Nuestros hijos corrían alrededor del Café Queen Elizabeth, donde nosotras tomábamos café. Julka, encantada por que la persiguieran, guiaba la diversión; la seguía Zora y finalmente iba Hans Albert con pasos vacilantes. Mientras correteaban, yo intentaba calmar mi instinto protector de saltar a cada minuto para evitar que mi hijo se cayera al suelo, aunque sabía que Albert los vigilaba.

Miré a mi amiga, que amusgaba los ojos ante la luz brillante del sol. Profundas arrugas se marcaban en su ceño y le hacían parecer mucho mayor de lo que era. A pesar de la preocupación, que resultaba evidente en los movimientos de sus tupidas cejas, sus ojos de color azul grisáceo eran tan suaves y amables como siempre.

—Estoy de acuerdo, mi querida amiga —dijo Helene con un suspiro satisfecho—, estoy muy contenta de que nos hayas convencido de venir con vosotros a Novi Sad.

Sólo dos días antes estábamos sentadas en un banco ante el lago Plitvice, en el pequeño pueblo de Kijelvo. Nuestros esposos e hijos nos miraban confundidos, ya que acabábamos de pasar una maravillosa semana de vacaciones juntas. «¿Por qué estáis llorando?», había preguntado la pequeña Julka. Nosotras le explicamos que nos resultaba difícil despedirnos. Lo que no dijimos fue que los días en el lago Plitvice, con el agua acariciándonos los pies, rodeadas de colinas rojas y campos de vincas azules y en nuestra sencilla compañía, habían sido casi demasiado perfectos. Nuestra vida en Berna y Belgrado, respectivamente, parecía desoladora en comparación. Una vida de amas de casa

y de ojos vacíos, de mujeres que nos encontraban extrañas y demasiado académicas para las labores domésticas.

Le propuse entonces a Helene que alargaran las vacaciones y fueran con nosotros a Novi Sad. No tuve que rogárselo. Aceptó enseguida, y yo me sentí muy agradecida, porque con Helene, Milivoje y sus hijos sería más sencillo presentar a Albert a mis padres en su casa de Novi Sad. Mamá y papá habían aceptado poco a poco a Albert —de lejos—, pero tratar al hombre que había dejado embarazada a su hija y que nunca había visitado a su pobre y difunta nieta era una cosa totalmente distinta. La presencia de Helene y su familia y la felicidad de mis padres al conocer a Hans Albert aligeraron la incómoda situación.

—Recuerdo cuando caminábamos por la Plattenstrasse sin preocuparnos por nada. En ese momento no apreciábamos lo maravilloso que era —dijo Helene con una expresión de nostalgia en el rostro.

—Lo sé. Cuando estoy estudiando siempre me acuerdo de mi pequeña habitación de la pensión Engelbrecht. ¿Es extraño que piense en esas cosas?

—No —dijo Helene con una sonrisa sabia—. ¿Nunca deseas que hubiéramos mantenido nuestro pacto?

—¿Qué pacto?

Pero tan pronto como hice la pregunta lo recordé. Sólo había existido un pacto entre nosotras, y no había pensado más en él.

—El de dedicarnos solamente a nuestros estudios y no casarnos —dijo.

El pacto sonaba tan lejano y la joven que era entonces era tan diferente de mí en ese momento. Aquélla no había sentido su cuerpo abrirse en dos ni por el dolor del parto ni por la inexorable pérdida de una hija. Aquella chica era tan inocente, sentada en el borde de las infinitas posibilidades y maravillosamente inconsciente de que tendría que cambiar y sacrificar sus ambiciones...

Miré a Helene.

—Mentiría si dijera que no ha habido momentos en los que he deseado que hubiéramos cumplido el pacto. En realidad, muchas veces, cuando estaba embarazada de Lieserl y me sentía aterrada.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Helene era la única persona en el mundo a

la que podía hablarle abiertamente de mi hija.

—Pero nunca he deseado que mi hermosa Lieserl no hubiera existido, a pesar del miedo y el dolor. A pesar de lo corta que fue su vida.

Nos cogimos las manos, comprendiéndonos en silencio.

Luego, haciendo un gesto hacia nuestros risueños niños, dije:

—Y, de cualquier modo, si hubiéramos mantenido ese pacto, nunca habríamos vivido esto.

—Tienes razón —respondió Helene con una amplia sonrisa.

Entonces Hans Albert, que con sus piernas de catorce meses parecía un joven marinero en el vaivén de un barco, se cayó y comenzó a llorar. Me levanté de un salto, pero no fui suficientemente rápida; Albert corrió desde la mesa donde daba una pequeña clase a estudiantes locales de física, se agachó y colocó a Hans Albert sobre sus hombros.

—Albert llevaría a dos niños sobre los hombros, Helene. Lieserl tendría tres años y medio ahora.

Miré a Albert dar vueltas con nuestro hijo, que se reía a carcajadas. Helene me apretó la mano.

—No sé cómo soportas el dolor.

—Yo tampoco. Justo cuando estoy teniendo un momento alegre con Hans, la ausencia de Lieserl lo llena todo como un abismo negro. Intento canalizar esa energía en mi trabajo.

Le había contado a Helene el trabajo que estaba haciendo con Albert, los artículos que estábamos escribiendo y la teoría que había surgido con la muerte de Lieserl. Le había descrito la alianza científica que formábamos y cómo llenaba el agujero de mis errores profesionales. Y cuando empezaba a contarle emocionadísima que mi artículo en *Annalen der Physik* saldría en tan sólo unas semanas y que yo aún no me lo podía creer, me detuve de golpe. No quería que mi amiga se sintiera mal: ella no tenía oportunidad de trabajar en sus estudios de historia.

Tomé mi café, le di un sorbo y cambié el rumbo de la conversación.

—¿Y tú, Helene? ¿Desearías que hubiéramos mantenido el pacto?

Tan satisfecha parecía Helene con sus hijas, que esperaba un «no» rotundo.

Pero dijo:

—Últimamente sí, aunque no quisiera perder a mis hijas por nada en el mundo. Milivoje y yo tenemos algunos problemas.

—¡Oh, Helene! —exclamé, y al bajar la taza se me cayó un poco de café sobre el mantel blanco—. No me habías dicho nada.

—Milivoje está siempre cerca, Mitza. O las niñas. Tengo que ser cuidadosa.

—¿Qué ocurre?

—Nos hemos ido alejando —confesó con la voz temblorosa.

Antes de que se casara, Milana, Ružica y yo teníamos dudas respecto a su pareja: nos preguntábamos si Milivoje, que era algo brusco, podría hacer feliz a largo plazo a nuestra dulce e intelectual Helene. Pero decidimos no mencionarle a ella nuestra preocupación. Quizá habíamos hecho mal guardando silencio.

—Oh, no, Helene. ¿Y qué vas a hacer?

—¿Que qué voy a hacer? —Me miró con lágrimas en los ojos y se encogió de hombros.

No respondí. ¿Qué podía decirle? Sabía, al igual que Helene, que ella y las niñas dependían de Milivoje y que nunca haría nada que pusiera en peligro el bienestar de sus hijas. No se trataba sólo de que pudieran mantenerse solas, sino de que las mujeres divorciadas vivían bajo un inmenso estigma. Había que encontrar otro modo de salir de la situación.

Mi mente se apresuró a buscar todo tipo de soluciones. Estaba pensando en sugerirle que ella y las niñas vinieran a Berna a vivir con nosotros durante una temporada cuando papá se acercó a nuestra mesa. Helene y yo estábamos tan absortas en nuestra conversación que no lo vimos cruzar la calle. No iba solo, lo acompañaba la señora Desana Tapavica Bala, la esposa del gobernador de Novi Sad.

Nos levantamos de las sillas metálicas e intercambiamos saludos con la señora Bala. Me miró de arriba abajo, como cuando mamá inspeccionaba la carne en el mercado, y dijo:

—Su padre está muy orgulloso de usted, señora Einstein. Un título en física, un marido exitoso y una buena vida en Suiza. ¿Qué padre no se sentiría orgulloso?

Le sonreí a papá, cuyo pecho se había hinchado con los cumplidos de la señora Bala. Obviamente estaba exagerando mis méritos académicos, pero me confortaba que, a pesar de toda la pena que habían sufrido a causa de Lieserl y de mis errores estudiantiles, mis padres aún sintieran cierto orgullo. Su hija curiosamente inteligente y «deforme» había superado las expectativas de todo el mundo, incluso las de ellos mismos. Esto era en gran parte gracias a que nuestro secreto del Chapitel —la existencia de Lieserl— se había mantenido oculto.

—Con un marido y un hijo a los que cuidar, ¿alguna vez tiene ocasión de sacar partido de su excelente educación?

El tono y las palabras de la señora Bala sonaban en extremo provocadores. ¿Estaba sugiriendo que mi educación inusual era inútil frente a las tareas de esposa y madre que ahora realizaba?

Con los atentos ojos de papá sobre mí, me encogí de hombros y respondí:

—De hecho la tengo, señora Bala. Trabajo con mi esposo en todo tipo de artículos y estudios. Justo antes de venir aquí, terminamos un trabajo tan importante que hará a mi esposo famoso en todo el mundo.

¿Sonaba muy presuntuosa? ¿A la defensiva? El escrutinio de la señora Bala y sus preguntas me habían provocado, pero la verdad es que aún quería que papá me viera como una *mudra glava*. Nuestra visita ajetreada no me había dado oportunidad de compartir con él todo el trabajo que estaba llevando a cabo.

—Bueno, eso explica por qué he oído a su marido decir: «Mi esposa es indispensable para muchas cosas, incluido mi trabajo. Ella es la matemática de la familia».

—¿Eso ha dicho? —solté, pero de inmediato me contuve; ésa no era la imagen que quería transmitir ni a la señora Bala ni a papá.

—Sí, claro —se regodeó ella con mi respuesta—. Y además ha dicho que su opinión de Serbia como nación brillante se basa en lo que sabe de su esposa.

No cometí el error de mostrar de nuevo mi sorpresa ante el comentario de Albert, pero no pude evitar sonrojarme. Gracias a Dios que había traducido nuestra relación al lenguaje de la ciencia. Albert y yo nos habíamos conocido gracias a ella y ella era lo que seguía avivando el fuego.

26 de septiembre de 1905

Berna, Suiza

Con nuestro regreso a Berna, mi mundo volvió a empequeñecerse. Tareas domésticas, cuidar a mi hijo, ciencia... Hans Albert, Albert y yo. Como si nos moviéramos en un ciclo constante dentro de un bucle gravitacional fijo.

Extrañaba terriblemente a Helene. La amistad, la comprensión que compartíamos, la empatía y aceptación total no estaban en mi vida. No las hallaba en las otras amas de casa, ni en mi propia familia; ni siquiera en Albert. Anhelaba regresar a mi yo más puro y verdadero, el de la juventud que compartí con ella.

Me pasaba los días revisando ansiosamente mi vida y aguardando el incierto futuro. Incluso cuando limpiaba el apartamento, cuidaba a Hans, cocinaba y remendaba la ropa de Albert, pensaba en la publicación del artículo sobre la relatividad en *Annalen der Physik* en otoño y esperaba ver mi nombre impreso. Mi mente sólo podría calmarse con mi homenaje a Lieserl.

Volví a perseguir al cartero, una práctica que había abandonado tras la muerte de la niña. Día tras día, subía los cuatro pisos con las manos vacías, excepto por el peso de Hans Albert. Casi me había dado por vencida cuando una mañana sonó el timbre. Imaginando quién podría ser —no venía nadie a casa, salvo los amigos de Albert de la Akademie Olympia, que llegaban después de la cena—, apreté a Hans contra mi pecho y corrí escaleras abajo. Abrí la puerta y me encontré con los grandes ojos del cartero.

—Buenas tardes, señora Einstein. Supongo que éste es el paquete que estaba esperando.

Me entregó un sobre marrón con el tamaño y el peso correctos y una

dirección alemana en el remite.

—¡Sí! —grité emocionada, y lo abracé—. ¡No sabe cuánto se lo agradezco!

El cartero inclinó respetuosamente la cabeza y se marchó. Acostumbrado al estoicismo de los suizos, mi inusual muestra de afecto debió de perturbarlo. A mí también me sorprendió; ni siquiera sabía su nombre.

Apenas pude resistirme a abrir el paquete inmediatamente. En el segundo exacto en que Hans Albert y yo entramos en el apartamento y lo senté con sus bloques de madera, lo cogí y empecé a abrirlo. Asomó el título de *Annalen der Physik*. Arranqué la cuerda que envolvía el sobre para cerrarlo y saqué la revista. Busqué el índice de contenidos y encontré el título: «Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento», y al lado el nombre del autor: Albert Einstein. La omisión de mi nombre no me sorprendió; seguramente en el índice no había suficiente espacio para más de un autor, y el nombre de Albert era el primero que aparecía en nuestro manuscrito; era necesario que así fuera ya que él era el único con grado académico formal. Hojeé el volumen y finalmente encontré la página 891. Y allí estaba. Impreso se veía maravilloso, incluso mejor de lo que había esperado. Mis ojos inspeccionaron la página.

Bajo el título sólo había un autor: Albert Einstein. ¿Dónde estaba mi nombre? Leí cuidadosamente cada palabra del artículo, pero mi nombre no estaba en ningún lado, Mileva Marić Einstein no aparecía ni siquiera en una nota a pie de página.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué el editor había quitado mi nombre sin consultarnos? ¿Porque soy una mujer? Esto iba contra los códigos éticos de una publicación científica.

Caí de rodillas. ¿Qué había pasado con *mi* homenaje a Lieserl? El artículo había sido mi manera de darle sentido a su pobre y corta vida y a todos los meses que la abandoné. Lloré ante la idea de haber perdido la oportunidad de homenajear a mi hija secreta.

Hans Albert dejó de jugar con sus bloques de madera y se me acercó tambaleándose. Puso su cuerpo cálido y rechoncho sobre mí y me acarició la espalda suavemente. «Mamá», dijo con tristeza, haciéndome llorar aún más.

Horas después, Hans estaba sentado en su tina de porcelana, salpicando agua

por toda la cocina. Yo enjabonaba sus brazos suaves y los rollitos de sus piernas. Encantado con su baño, pateó con más fuerza, salpicando las toallas que estaban listas para secarlo. Por primera vez en mi vida no disfruté al bañar a mi pequeño niño, mi actividad favorita del día. No podía apartar de mi mente la traición de los editores de *Annalen der Physik*.

Acosté a Hans y terminé de preparar la cena mientras esperaba a Albert. Dieron las siete, luego las ocho. ¿Dónde estaba? La Akademie Olympia podía llegar en cualquier momento. Albert podía ser olvidadizo y distraído, pero nunca había llegado tan tarde sin avisarme. ¿Le habría pasado algo?

Di vueltas frente a la puerta de nuestro apartamento. Cuando finalmente oí su llave y supe que estaba bien, corrí a buscar la copia de *Annalen der Physik* y la llevé al recibidor. No me molesté en saludarlo, ni siquiera le pregunté por su retraso. Escupí las palabras que habían ocupado mi cabeza durante todo el día:

—Albert, ha salido el artículo sobre la relatividad, pero no vas a creerte lo que ha pasado: sólo apareces tú como autor. ¿Cómo es posible que los editores hayan hecho esto? Tenemos que escribirles y exigir que lo corrijan.

Albert puso un dedo sobre sus labios y dijo:

—Calla, Mileva. Vas a despertar al niño.

Me quedé estupefacta; Albert nunca se preocupaba por el sueño de Hans. Sólo había una explicación posible.

—Ya lo sabías... —susurré alejándome de él; él caminó hacia mí.

—Escucha, Dollie... No es lo que crees, no es lo que parece.

—¿Por eso has llegado tan tarde? No querías venir a casa. Sabías que estaría enfadada.

No me respondió, pero su expresión me dijo que no me equivocaba.

Me aparté de él y caminé hacia atrás hasta que me golpeé con una pared del salón. Si hubiera podido abrirme camino en el yeso, lo habría hecho.

—¿Cómo has podido dejar que ocurriera esto y no decírmelo? Tú sabes de dónde vino la idea. Tú sabes lo importante que era para mí hacer un homenaje a Lieserl publicando ese artículo.

Se estremeció ante la mención de Lieserl y me cogió por las muñecas.

—Escucha, Dollie, por favor. Uno de los editores me escribió preguntando

por ti y tus títulos académicos. Le expliqué que eres mi esposa, y física, a pesar de que no tengas título, pero noté que dudaba.

—¿Te pidió que quitaras mi nombre?

—No —contestó lentamente.

—¿Tú le dijiste que quitara mi nombre?

No me lo podía creer. O sí. Porque de pronto recordé que ya lo había hecho con otro artículo que habíamos escrito juntos, el de la capilaridad, el que le envié al segundo profesor Weber.

Sin soltarme, asintió.

—¿Cómo has podido hacerme esto, Albert? Si lo hubieses hecho con los otros artículos me habría disgustado, pero quizá lo habría entendido. ¡Pero no con el de la relatividad! Éste era por Lieserl. Tendrías que haber insistido.

—¿Qué importa, Dollie? ¿Acaso no somos *Ein Stein*? ¿Una piedra?

En el pasado, Albert había usado ese juego para describirnos como uno solo. En mi inocencia, había dejado que esa idea extravagante permeara mis decisiones. ¿Cómo podía permitir que eso —que somos como uno solo, que lo que beneficia a uno beneficia a los dos— influyera en el tema de Lieserl? ¿No había sacrificado ya lo suficiente por ese «uno solo» de nuestra relación? ¿No me merecía un último homenaje para mi hija muerta?

Me solté de sus manos y dije:

—Albert, puede que seamos *Ein Stein*, pero ahora queda claro que somos dos corazones.

4 de agosto de 1907 y 20 de marzo de 1908

Lenk, Suiza, y Berna, Suiza

—Con esta máquina podremos medir cantidades muy pequeñas de energía — anunció Albert a los hermanos Paul y Conrad Habicht frente a una taza de café cargada en el restaurante de la posada. Los hermanos habían viajado desde Berna hasta la posada de Lenk, donde Albert, Hans y yo estábamos de vacaciones. Albert y yo teníamos una idea para un invento, y él esperaba retomar la Akademie Olympia sin Maurice, que se había mudado a París, y que ésta nos ayudara a desarrollarla.

—¿Por qué queríamos hacer eso? —preguntó Paul.

Era el hermano de un miembro original de la Akademie Olympia, y como talentoso técnico era más práctico que su hermano teórico Conrad.

—Para registrar cargas eléctricas minúsculas, por supuesto —respondió Albert con cierto desdén.

Paul aún parecía confuso, así que intenté explicárselo.

—La *Maschinchen* nos permitiría amplificar cargas minúsculas de energía para medirlas, lo cual podría ayudar a los científicos a evaluar varias teorías moleculares.

Conrad estaba acostumbrado a mis comentarios durante nuestras frecuentes reuniones de la Akademie Olympia—incluyendo mis traducciones de la brusquedad de Albert—, pero no estaba segura de que su hermano fuese tan receptivo. Sabía cómo era la reacción de muchos hombres ante una mujer que hablaba el lenguaje de la ciencia.

—Ah —dijo Paul.

Había comprendido el vínculo entre la máquina y uno de los grandes debates

entre físicos: ¿cuál era la «cosa» precisa de nuestro mundo? Parecía cómodo con mi contribución. Tal vez su hermano lo había preparado, o tal vez mis breves observaciones en las reuniones de la Akademie Olympia.

Conrad intervino, entendiendo la naturaleza lucrativa de la empresa.

—Todos los laboratorios querrían una.

—Exactamente —afirmé con una sonrisa.

Pasé a Hans a los brazos de Albert y desenrollé los esbozos que había hecho de la *Maschinen*, principalmente las fórmulas eléctricas y los diagramas de circuitos. Revisé los planos con los hermanos y propuse un horario de trabajo. Albert había conseguido un cuarto desocupado en un gimnasio de Berna donde podríamos construir la máquina.

—Entonces, ¿trabajarán con nosotros? —pregunté.

Ofrecí una oración silenciosa a la Virgen María mientras los hermanos intercambiaban miradas. No invocaba con frecuencia a la Virgen; sin mamá cerca, había perdido esa costumbre. Pero cuando realmente necesitaba algo, ella venía a mi mente. Albert y yo éramos todo teoría y poca práctica; necesitábamos a los hermanos Habicht para que la *Maschinen* fuera una realidad.

—¿Compartiremos las ganancias? —quiso saber Paul.

—Claro. Veinticinco por ciento para cada uno —dije—. Si aceptan, consultaré a un abogado para que firmemos el acuerdo. Una vez que esté terminado el dispositivo, Albert se hará cargo de la patente. Tiene experiencia en esa área, obviamente —terminé, y sonreí a mi esposo.

Albert me devolvió el gesto, visiblemente complacido por mi gesto. Aunque se había disculpado por la dolorosa omisión de mi nombre en nuestros artículos de 1905 en la *Annalen der Physik*, no lo perdoné tan fácilmente. Después de meses de silencio, entendió que la llave para la absolución era una invitación de trabajo. El proyecto de la *Maschinen* concebido por ambos al final del año anterior, con mi liderazgo, fue la única manera de enmienda que acepté. De esta forma, las palabras de disculpa de Albert fueron finalmente aceptadas y, en teoría, yo lo perdoné.

Meses después de nuestra reunión en Lenk, estaba frente a él y los hermanos Habicht esperando ver los frutos de nuestra conversación. Albert se tocaba la barba, que le había crecido durante el largo mes de marzo que había pasado encerrado con Conrad y Paul trabajando en la máquina. Su cara había adelgazado, tenía las mejillas un poco hundidas. De pronto se veía mucho más viejo, distinto al estudiante que conocí.

El cuarto del gimnasio estaba lleno de cables, baterías, chapas metálicas y un montón de piezas inidentificables, sin mencionar las tazas de café sucias y los restos de tabaco que se habían acumulado en todos los meses que habían pasado desde el verano. Dejé a Hans en una esquina que parecía segura y examiné la máquina.

El cilindro al fin se parecía al de mis diagramas. Después de siete meses de trabajo, Albert, Paul y Conrad finalmente estaban listos para poner en marcha la *Maschinchen*. Los hombres me habían llamado para que examinara el aparato.

—¿La probamos? —les pregunté.

Albert asintió y Paul y Conrad comenzaron a conectar cables y pulsar interruptores. Luego Albert encendió la máquina. Con chisporroteos al principio y soltando humo por uno de los cables eléctricos, la máquina empezó a trabajar.

—¡Las dos placas conductoras se han cargado, las bandas las han medido! ¡Funciona! —grité.

Los hombres aplaudieron, se dieron palmadas en la espalda e inclinaron la cabeza en mi dirección. Justo cuando Conrad sacaba una polvorienta botella de vino que estaba escondida detrás de una pila de cables, la *Maschinchen* hizo un horrible chirrido. Y de pronto se detuvo. Los hombres corrieron hacia ella y movieron los cables durante lo que pareció una hora. Mecí a Hans Albert sobre mi regazo para mantenerlo entretenido un rato más; su hora de dormir había pasado hacía mucho.

—Supongo que nos hemos felicitado antes de tiempo —dije, y Paul me miró.

—¿Por qué dices eso? —inquirió.

Hice un gesto hacia la máquina, que aún humeaba.

—Esto no es nada, sólo algún aislante defectuoso. Lo arreglaremos enseguida.

—¿En serio? —pregunté aliviada.

—En serio —respondió Conrad por su hermano—. Y en cuanto la arreglemos, la patentaremos. Albert lo tiene casi todo listo, incluyendo los planos originales. ¿Verdad, Albert?

Albert no me había mencionado nada al respecto. Estaba sorprendida de su velocidad, pero, claro, eso era lo que debía de haber estado haciendo en el gimnasio mientras los hermanos Habicht construían la máquina. Sabía que Albert no tenía habilidades prácticas como Paul y Conrad.

—¿Podemos ver el informe de solicitud de la patente, Albert? —preguntó Conrad.

Albert, con el cabello convertido en un desastre sucio y salvaje, miró hacia arriba como si hubiera olvidado que yo estaba ahí.

—Por supuesto —dijo levantándose.

Fue hasta una mesa cubierta de piezas eléctricas y cogió un montón de papeles desordenados.

—Es un borrador, pero la idea general está —dijo poniendo las hojas frente a mí y los Habicht.

Los diagramas eran una réplica exacta de la máquina conforme iba desarrollándose, junto con la descripción precisa y necesaria para el formulario. Paul y Conrad sugirieron un par de cambios, pero, en general, expresaron su aprobación. Yo no hice comentarios, ya que los particulares de la patente estaban fuera de mis conocimientos. Todo parecía estar en orden. Ahora sólo teníamos que asegurarnos de que la *Maschinen* funcionara correctamente antes de enviar el informe.

—¿Por qué el nombre de Mileva no aparece en el informe para la patente? —preguntó Paul a Albert con expresión seria.

Miré de nuevo los papeles. Seguramente Paul se había equivocado: Albert no podía cometer un pecado tan grave de nuevo, no después de todos los meses de silencio que había soportado. Mi nombre tenía que estar en algún lugar de la solicitud. Miré de arriba abajo la página con la información de los solicitantes y entonces vi que Paul tenía razón. El nombre Mileva Einstein no estaba.

¿Cómo se atrevía?

La habitación quedó en silencio. Albert, Paul y Conrad entendían la ofensa y esperaban incómodos mi respuesta. Incluso Hans estaba quieto, como si hubiera sentido la tensión que invadía el espacio.

Quería encararme a Albert por cobarde y desconsiderado. Debía haber supuesto mi reacción. ¿Le habría dado miedo decirme qué nombres iba a incluir en la solicitud? ¿De veras prefería una pelea con público? Si Albert me hubiera expuesto el tema en privado, explicando que sería mejor que la solicitud de la patente no incluyera a una mujer sin título, no me habría alegrado pero hubiera apreciado que se preocupara por mí, para evitarme la vergüenza frente a Paul y Conrad.

Pero yo no iba a dejar que Albert me humillara de manera pública ni privada. No otra vez. Forcé una sonrisa como si hubiera sabido de la omisión de mi nombre desde el inicio y con calma dije:

—¿Por qué debería aparecer mi nombre, Paul? Albert y yo somos *Ein Stein*: una piedra.

Albert no dijo nada. Lo miré fijamente. Mientras mi boca se movía para formar las palabras, sentí algo puro y confiado crecer dentro de mí.

—¿No somos una piedra, Albert?

4 de junio de 1909

Berna, Suiza

Albert y yo comenzamos a agitar el mundo de la física en los meses posteriores a la patente de la *Maschinchen*, un invento que esperaba que nos proporcionara ingresos fijos; a nuestro piso de Berna no dejaban de llegar cartas de científicos de toda Europa. Pero ninguna contenía pedidos de la *Maschinchen*, que estaba peleando por introducirse en los laboratorios. En vez de eso, cuando el profesor de física más respetado, Max Planck, comenzó a enseñar la teoría de la relatividad a sus estudiantes, otros físicos empezaron a hacerse preguntas sobre los cuatro artículos que habíamos publicado en la *Annalen der Physik* en 1905, especialmente sobre el mío. Por supuesto, ninguna de esas cartas era para mí, ya que mi contribución había sido ocultada. Todas las cartas iban dirigidas a Albert.

Como una araña, Albert consiguió granjearse un nombre en el centro de la intrincada red de físicos europeos. Empezaron a llegar ofertas para escribir más artículos y comentar teorías en varias publicaciones. Había invitaciones para dar conferencias por toda la casa. Gente desconocida lo paraba por las calles de Berna. Pero la telaraña de Albert no tenía hilos pegajosos a los que Hans y yo pudiéramos adherirnos; nosotros éramos las simples ramas donde la telaraña se enreda.

Día tras día, yo atendía la casa, cuidaba a mi hijo y a Albert, e incluso limpiaba y cocinaba también para los estudiantes extranjeros que vivían en las dos habitaciones que nos sobraban. El trabajo extra aumentaba el dolor de mi cadera y de mis piernas, que nunca se habían recuperado del nacimiento de Lieserl, pero no me quejaba, pues esperaba que Albert me invitara a entrar de nuevo en el mundo secreto de la física por el que alguna vez habíamos transitado

juntos. Puesto que la Akademie Olympia se había desintegrado porque Maurice se había mudado a Estrasburgo y Conrad había vuelo a Schaffhausen, sólo él podía hacerlo. Pensaba que, si lo libraba de las preocupaciones financieras, él comenzaría a teorizar de nuevo y entonces necesitaría mi ayuda. No me gustaba el papel que me había impuesto, pero era el único modo de facilitar mi regreso a la ciencia.

Pero ninguna invitación real llegó en los meses posteriores a que acabáramos nuestro trabajo con la *Maschinen*. Albert no estaba disponible para nuevos proyectos, por mucho que yo lo liberara de preocupaciones. Ocasionalmente, mientras respondía a las cartas de los físicos que escribían preguntando por los artículos de la *Annalen der Physik* o mientras hacía reseñas de otros artículos de publicaciones científicas, me pedía ayuda de emergencia sobre la teoría de la relatividad o sobre cálculos matemáticos. Me mantuve al día para cuando me llegara su invitación leyendo las últimas publicaciones y estudiando los libros que él dejaba en casa, pero lentamente perdimos el lenguaje con el que solíamos comunicarnos. La charla infantil con Hans y los murmullos sobre preocupaciones financieras tomaron el lugar de aquellas conversaciones sagradas.

La parte segura de mí, que se había fortalecido con la omisión de mi nombre en la patente de la *Maschinen*, se hizo más sólida, y la chispa de esperanza en que Albert y yo retomáramos nuestros proyectos científicos se transformó en una llama de rabia. Sólo a Helene podía confesarle mis pensamientos: que la fama le había quitado a Albert el interés en su esposa, que me preocupaba que su deseo de notoriedad le arrebatara los restos de humanidad que le quedaban.

Me había convertido en el ama de casa que nunca había querido ser; el tipo de mujer del que Albert siempre se había burlado. Ésta no era la vida bohemia que deseaba, pero ¿acaso tenía otra opción?

El impulso que necesitaba nuestra relación —marital y científica— llegó en forma de oferta de trabajo. Gracias a la aclamación creciente que recibía del mundo científico, Albert consiguió la posición profesional que había buscado desde nuestros días del Politécnico. Tras un encarnizado debate entre los profesores de la Universidad de Zúrich debido a sus orígenes judíos, con la

extraña conclusión de que él no mostraba los rasgos más problemáticos, le ofrecieron una plaza de profesor adjunto de física.

Decidimos mudarnos a Zúrich unos meses antes de que comenzara el semestre de invierno, en octubre. De nuevo le recé a la Virgen María, esta vez por un nuevo comienzo en la ciudad de nuestra época estudiantil, la ciudad de una Mileva muy distinta.

Por supuesto, fui yo quien se encargó de la mudanza mientras Albert terminaba su trabajo en la Oficina de Patentes. Un día, después de dejar a Hans Albert en su clase de piano, me volví hacia las pilas de papeles que Albert había dejado sobre la mesa del salón, la encimera de la cocina y el suelo del dormitorio. Era como un rastro de Hansel y Gretel. Me puse a organizar artículos, notas y otros papeles. Fue entonces cuando la vi. Una carta entre dos páginas de un artículo que Albert había enviado para que lo revisaran.

Querido profesor Einstein:

Espero que no le moleste que una antigua amiga que usted bien podría haber olvidado con el paso de los años le escriba una carta de felicitación. Si recuerda, soy la cuñada del dueño del hotel Paradise de Mettmenstetten, y pasamos muchas semanas en mutua compañía hace diez años. Leí un artículo en el periódico local que hablaba de usted como un extraordinario profesor de física teórica al que habían concedido una plaza en la Universidad de Zúrich, y quería desearle lo mejor en su nuevo trabajo.

Pienso mucho en usted y atesoro las semanas que pasamos juntos en nuestra juventud en el hotel Paradise.

Los mejores deseos con todo mi corazón,

ANNA MEYER-SCHMID

Casi me reí por la empalagosa y sentimental misiva. Estaba acostumbrada a que Albert recibiera cartas aduladoras de científicos y gente por el estilo; había por todo el piso. Pero era la primera vez que llegaba una de una antigua novia. Quizá la sacara a la luz como una pequeña broma durante la cena.

Seguía ordenando los papeles cuando me encontré con otra carta con una

caligrafía similar.

Querido profesor Einstein:

¡Qué extraordinario recibir una respuesta tan pronto! Nunca hubiera esperado que un hombre con su reputación y apretada agenda tendría tiempo para responder con tanta rapidez a una simple ama de casa de Basel. Estoy sorprendida y encantada de que recuerde aquellas queridas semanas en el Paradise. Es maravilloso que me invite a encontrarme con usted en su despacho en Zúrich una vez se haya establecido. Me sentiría muy honrada de ver al profesor en su nuevo despacho. Le haré saber la hora de nuestra cita.

Con todo mi cariño,

ANNA MEYER-SCHMID

Mi corazón empezó a acelerarse. Albert le había respondido. En su respuesta debía de haberla invitado a visitarlo en Zúrich. Esto no era una broma para la hora de la cena. Esto era el inicio de una aventura.

Estaba furiosa. Había borrado mis ambiciones e incluso sacrificado a mi hija por Albert. Para atender sus deseos. Se había convertido en mi camino al amor y al trabajo, aunque me bloqueara la ruta. La sangre de los bandidos, como papá habría dicho, empezó a hervir dentro de mí. Si Albert pensaba que lo perdería frente a un ama de casa de Basel sin presentar batalla, estaba equivocado.

Tomé una pluma y una hoja de papel. Dirigí la carta al señor Georg Meyer, el marido de la mujer, a la dirección que ella misma había escrito, y le describí lo que su esposa había comenzado: «Su mujer ha escrito una carta sugerente a mi marido...».

La puerta se cerró de un golpe. No esperaba que Albert volviera tan temprano. Empecé a esconder las cartas, pero luego lo pensé mejor. ¿Por qué debía esconderme? Yo no era la que estaba haciendo algo incorrecto. Seguí escribiendo.

—Estoy en el dormitorio —respondí cuando Albert me llamó.

Oí sus pasos y luego su voz:

—¿Qué haces, Dollie?

—Le escribo una carta al esposo de Anna Meyer-Schmid sobre vuestro intercambio epistolar —contesté sin molestarme en alzar la vista.

Después de una larga pausa, dijo con voz temblorosa:

—¿De qué estás hablando?

Como si no lo supiera.

—Mientras ordenaba tus papeles para la mudanza, me he encontrado con dos cartas de la señora Meyer-Schmid donde parece que habéis concertado una cita en Zúrich. Me ha parecido que el señor Meyer tiene derecho a saberlo.

—No es lo que parece —tartamudeó.

—Creo que esa excusa ya la he oído antes.

Seguí con mi escritura, con los ojos fijos sobre el papel. Temía que, si miraba su rostro, me ablandaría.

—En serio, Dollie. Su carta me pareció inocente, la felicitación de una vieja amiga, y no veo qué la llevó a volver a escribir.

—¿No la invitaste a Zúrich en tu respuesta?

—Sólo de una manera general, como haría con cualquier amigo.

—Qué bien, me alegra oír eso. —No le creía, reconocía demasiado bien el temblor en su voz como para creerle—. Entonces no te importará si se lo explico al señor Meyer.

Se abalanzó hacia mí.

—¿Cómo te atreves, Mileva?

—¿Que cómo me atrevo? ¿Cómo te atreves *tú* a citarte con una antigua novia? ¿Y cómo te atreves a hacerme pagar tu frustración?

—No es lo que parece —dijo en voz baja.

—Eso ya lo has dicho. Así que no puedes impedir que envíe esta carta.

El silencio llenó la habitación tan intensamente como un grito. Sabía por qué Albert estaba desesperado por que no la enviara: porque me estaba mintiendo. Tenía que acabar con su engaño y con esa relación antes de que empezara. Esta vez lo miré directamente a los ojos y le mantuve la mirada. Pero no dije nada, simplemente esperé.

—Adelante, Mileva, envíala. Siempre creas problemas en los momentos más importantes de mi vida: primero teniendo un bebé cuando estaba a punto de

empezar mi trabajo en la Oficina de Patentes y, ahora, justo cuando por fin estoy a punto de iniciar mi carrera en la universidad. Sólo piensas en ti misma.

14 de agosto de 1909

Valle Engadine, Suiza

—Deja que lo lleve yo —dijo Albert cogiendo a Hans, que dormía en mis brazos.

Estuve a punto de decirle que no, como casi había dicho que no a este viaje. Me había resistido a las atenciones y amabilidades de Albert —su forma de disculparse por Anna Meyer-Schmid— desde que habíamos llegado al valle Engadine para pasar nuestras vacaciones de verano. Pero con el peso de Hans y la inclinación de la pendiente que subíamos, me dolían la pierna y la cadera, así que cedí.

La colina era más empinada conforme nos acercábamos a la cima. El final resultaba casi inaccesible y me detuve de pronto, pero me obligué a continuar impulsada por mis olas de furia hacia Anna Meyer-Schmid y las palabras odiosas de Albert. No más debilidad. Ya no podía aceptar sus muestras de afecto: estas vacaciones para compensar su coqueteo con Anna Meyer-Schmid, el proyecto de la *Maschinen* como atenuante por haber omitido mi nombre en el artículo de 1905 sobre la teoría de la relatividad; en vez de lo que él sabía que yo deseaba como compensación. Trabajo. Me escondí dentro de mí misma, en una carcasa, como el molusco que había sido alguna vez. Esa dura capa protectora era necesaria para sobrevivir a las aguas turbulentas de mi relación con Albert.

El hermoso valle Engadine se extendía frente a mí, y sentí un alivio momentáneo en mi confusión interna. El río Inn atravesaba el verde valle; las cimas de las montañas eran un fondo nevado. Pueblos pintorescos con torres llenaban el valle y los senderos cortaban las colinas como líneas de pincel en una pintura. Sabía por qué Albert me había llevado allí: para despertar viejos

recuerdos y sentimientos de amor. Sentimientos que parecían aún más lejanos que los recuerdos. Sentimientos que me harían olvidar sus errores.

Albert acostó a Hans encima de una zona con mullido musgo, se quitó la chaqueta, la echó sobre nuestro hijo y lo arrojó. Me di la vuelta antes de que me viera observándolo y volví mis ojos hacia el paisaje. Albert caminó hasta donde yo estaba y me pasó un brazo por los hombros. Me tensé con su contacto.

—El nacimiento del Rin está por allí, Dollie. —Y señaló en la distancia.

No me moví. ¿Pensaba que podía apaciguarme con un simple «Dollie»? No era la chica inocente de antes.

—El paso Maloja está justo ahí. —Señaló un abismo entre dos montañas—. Conecta Suiza con Italia.

No respondí.

—Está a sólo unos kilómetros del paso Splügen. ¿Recuerdas cuando estuvimos?

Me abrazó y clavó sus ojos en los míos. Lo miré sin decir nada.

—¿Recuerdas que la llamábamos nuestra luna de miel bohemia? —dijo Albert.

La referencia a la «luna de miel bohemia» me dolió. La mera mención de nuestros días en Como me trajo imágenes de Lieserl, la espera de dos años para nuestra verdadera luna de miel y la destrucción de mi carrera. Era una idea poco seductora.

—¿A qué viene todo este silencio, Dollie?

Oí los primeros atisbos de frustración en su voz. ¿Cómo se atrevía a estar frustrado conmigo? Quería aferrarme al silencio, pero ¿cómo podía dejar una pregunta tan estúpida sin respuesta?

—Creo que lo sabes, Albert.

—Escucha, Dollie. Cometí un error: la carta de la señora Meyer-Schmid removi6 ciertos sentimientos de mis vacaciones de juventud en Mettmenstetten y exageré mi respuesta. No sé qué más puedo decirte aparte de que lo lamento.

Mi enfado no se debía sólo a su intento de tener una aventura con esa mujer, aunque había provocado una herida suficientemente profunda.

—¿Lamentas también tus palabras hirientes?

—¿Palabras hirientes?

¿Cómo podía haberlas olvidado?

—No puedes pensar en serio que mi embarazo de Lieserl fue algún tipo de histeria que inventé cuando empezabas tu trabajo en la Oficina de Patentes, ¿o sí? —pregunté.

Sus brazos cayeron a los costados y contestó en voz baja:

—No, Mileva. Si dije eso, no fue mi intención.

—¿Te das cuenta de lo difícil que fue ese embarazo para mí? Soltera y sola, sin proyectos ni futuro profesional, con una niña. Tener a Lieserl cambió mi vida. Para bien y para mal.

Nunca le había hablado a Albert de Lieserl tan honestamente. En su momento, había tenido demasiado miedo de perderlo. O de perderla a ella.

—Sí, sí, por supuesto —respondió con rapidez.

Pero yo sabía que en realidad no entendía el impacto que el embarazo había tenido en mi vida, que Albert sólo quería hacer las paces y que diría lo que fuera para calmarme.

Debió de sentir la disonancia entre nosotros, porque volvió a abrazarme y dijo:

—Dollie, ¿podemos convertir, por favor, esta mudanza a Zúrich en un nuevo comienzo? ¿Un nuevo inicio para el amor, el trabajo y la colaboración?

¿Colaboración? Albert conocía mis debilidades. Me permití mirar dentro de sus ojos. Y juro que vi un futuro diferente. O tal vez vi lo que quería ver.

Deseaba decir que sí, que creía en él, pero no podía ser tan temeraria. Necesitaba recordarle sobre qué espalda había escalado hacia las alturas en las que ahora habitaba.

—¿Me prometes que trabajaremos juntos de nuevo? ¿Que en Zúrich buscarás tiempo para el tipo de proyectos que hacíamos antes, como el de la *Annalen der Physik*? ¿Los artículos que te han hecho famoso y gracias a los cuales has conseguido el nuevo trabajo de Zúrich?

Pestañeó, pero no dudó.

—Lo prometo.

¿Le creí? ¿Acaso importaba? Tenía mi promesa y no podía esperar nada más.

Así que dije:

—Sí, Zúrich puede convertirse en nuestro nuevo comienzo.

20 de octubre de 1910 y 5 de noviembre de 1911

Zúrich, Suiza, y Praga, Checoslovaquia

El familiar encanto de Zúrich obró su magia desde el primer momento. El aroma del café y las hojas perennes en el aire; las conversaciones animadas de los estudiantes en los cafés, debatiendo sobre las últimas teorías, y el lujo de caminar por las antiguas calles junto a los bancos del río Limmat me transformaron en una versión más joven y viva de mí misma. Me convertí en la Mitza esperanzada de mi juventud, incluso a pesar de que Albert incumpliera su promesa de iniciar un proyecto conmigo.

En lugar de un proyecto con Albert, encontré una salida para mis aspiraciones científicas. Por una feliz coincidencia, conocimos a Friedrich Adler y a su esposa, que vivían en un piso en nuestro edificio de la Moussonstrasse. Él era un graduado del Politécnico que había empezado el programa de física y matemáticas después de que nosotros nos fuéramos y que ahora era asistente del coordinador del programa de física de la Universidad de Zúrich, y ella, Katya Germanischkaya, era una lituana nacida en Rusia que también había estudiado física en el Politécnico. Enseguida nos hicimos amigos de la pareja, compartíamos comidas y cenas con ellos y su pequeño hijo, así como música y discusiones filosóficas y científicas. Mi satisfacción fue aún mayor cuando supe que estaba embarazada de nuevo, algo por lo que había rezado muchos años. Durante una época habitamos el glorioso mundo bohemio con el que Albert y yo soñábamos; siempre que no me permitiera a mí misma recordar sus promesas rotas sobre el trabajo.

Pero luego, sólo seis meses después de nuestra llegada a Zúrich, justo cuando comenzaba a asentarme en la ciudad, Praga empezó a llamar. La prestigiosa

Universidad Alemana de Praga le ofreció a Albert un trabajo de catedrático de física y el cargo de director del Instituto Teórico de Física. Sabía que para él era una propuesta irresistible. El doble de dinero, un puesto de catedrático en vez de profesor adjunto y dirigir un instituto de física teórica, ¿cómo podría resistirse a eso? Aun así le rogué que no abandonáramos nuestra feliz vida en Zúrich, especialmente tras el nacimiento de nuestro segundo hijo, Eduard, el 28 de julio de 1910. Tete, como lo llamábamos, había llegado al mundo muy débil, sufría una enfermedad tras otra y dormía muy poco. Me preocupaba cómo le afectaría vivir en Praga, cuya contaminación, que crecía a la par que la industrialización, era más que conocida. Albert acató mis deseos y rechazó el trabajo, pero a lo largo del año siguiente su disgusto fue en aumento.

Intenté aliviar su descontento ampliando nuestro círculo más allá de los Adler y organicé unas sesiones musicales los domingos por la tarde con el profesor del Politécnico Adolf Hurwitz y su familia. Quería recordarle el ambiente de la ciudad que nos había unido a través del amor por la música. Pero nada ayudaba a mejorar su mal humor. Su deseo de trabajar en Praga le amargaba la vida en Zúrich y, puesto que era yo quien se resistía a que nos trasladáramos, su actitud hacia mí también cambió.

Una tarde de otoño, mientras el sol se reflejaba en el río Limmat, llegó un gran sobre por correo. Estaba dirigido a Albert con una letra formal y el remitente era de una dirección de Suecia. ¿Quién podría escribir a Albert desde Suecia? No pensaba que su fama se hubiera extendido tanto.

Subí las escaleras, dejé a Tete en su cuna y senté a Hans Albert con un libro. Dado que yo manejaba las finanzas de la familia, toda la correspondencia pasaba por mí, así que abrí el sobre. Para mi asombro, la carta era del Comité del Premio Nobel. Informaba que el premio Nobel de química Wilhelm Ostwald había propuesto a Albert como candidato para el Nobel basándose en su artículo de 1905 sobre la teoría de la relatividad.

Me senté lentamente en el sillón. Me temblaban las manos.

¿Mi artículo había sido nominado al Premio Nobel? Sin importar cuántos elogios hubiera propiciado el artículo, esto iba mucho más allá de cualquier cosa que yo hubiera podido esperar. Aun cuando nadie sabía de mi papel en la

creación de la teoría, sentí una especie de paz por que la muerte de Lieserl hubiera dado paso a ese magnífico premio.

Honestamente, a una pequeña parte de mí le molestaba que no hubiera ningún tipo de reconocimiento hacia mí. Pero luego me di cuenta de que ese reconocimiento podía ser exactamente lo que necesitaba para ablandar a Albert. Quizá entendiera que para escalar a las alturas científicas no era necesario abandonar Zúrich.

Esa tarde lo esperé junto a la puerta con la carta y dos copas de vino para celebrarlo. Y esperé mucho. Apareció casi dos horas después de su hora habitual. En vez de preguntarle por la tardanza, le sonreí mientras le entregaba la copa de vino y la carta.

—¿Qué es esto? —preguntó con brusquedad.

—Creo que te gustará.

Mientras sus ojos leían, levanté mi copa de vino, lista para brindar cuando hubiera terminado. Sin chocar su copa contra la mía, dio un trago al vino y murmuró:

—Así que finalmente los chicos han decidido reconocer mi trabajo.

¿«Reconocer *mi* trabajo»? ¿De verdad acababa de decir eso? Como si hubiera olvidado mi autoría del artículo que ahora competía por el Premio Nobel. Como si hubiera reescrito la historia en su mente de tal manera que en realidad él hubiera escrito el artículo. No sabía qué decir; su frase me había impactado. Una cosa era presentarle la teoría de la relatividad al mundo como si fuera suya y otra totalmente distinta era pretender ante mí que el creador era él.

—¿Estás contento de que el comité reconozca *tu* artículo?

—Sí, Mileva, lo estoy.

Sus ojos me retaron a seguir hablando. Si estaba impactada antes, ahora estaba estupefacta.

Abruptamente preguntó:

—¿Está lista la cena?

Entonces fue cuando me di cuenta de que para Albert me había convertido en un ama de casa. La madre de sus hijos. La que limpiaba. La que lavaba su ropa. Quien preparaba su comida. Que nunca habría nada más.

Ésas eran las migajas que me había dejado. Y parecía odiarme por haberlas aceptado.

Tenía dos opciones. Podía abandonar a Albert y llevarme a los niños conmigo, destruyendo para siempre su oportunidad de tener una familia normal y exponiéndolos al estigma que emana de un divorcio, y todo porque su padre había roto las promesas que me había hecho, o podía quedarme e intentar construir el mejor hogar posible para ellos, olvidándome para siempre de mi sueño de ser compañera científica de Albert; en cualquier caso, ya no había esperanza de colaboración. Me di cuenta de que sólo importaba la felicidad de mis hijos, no la mía. Y todo eso dependía de que Albert estuviera contento con su vida.

Caminó hacia el comedor, se sentó a la mesa y esperó a que le sirviera la cena.

—¿Albert?

—¿Sí? —respondió sin molestarse en mirarme.

—Creo que deberíamos ir a Praga.

El hollín que cubría el aire en Praga se posaba sobre mí como una profunda depresión. Sentí como si nadara en lodo cuando comencé a caminar con los niños por las densas calles de Praga. Lo desagradable de la atmósfera de la ciudad se reflejaba en sus reglas y élites germánicas, cuya rumoreada aversión hacia los eslavos y los judíos se confirmó desde el principio. La inestabilidad política crecía en Austro-Hungría, de la cual Praga era parte; las relaciones entre el Imperio otomano y el Imperio austrohúngaro seguían rompiéndose, y los serbios intentaban crear una nación con los eslavos del sur dentro de los límites austrohúngaros, con lo que se reforzaba la adhesión a sus raíces germanas. Querían crear distancia entre ellos y los eslavos a toda costa. ¿Cómo podría tener aquí el hogar que había planeado?

De cualquier forma, lo intenté. Cuando el agua que salía de nuestras tuberías del piso donde vivíamos, en la calle Třebízského del distrito Smíchov, empezó a salir de color café, comencé a ir a una fuente calle arriba y acarreaba agua hasta

nuestra casa para hervirla antes de usarla. Cuando los ácaros y las pulgas infestaron las camas, quemé nuestra mejor ropa de cama y reemplacé los colchones por mantas de colores brillantes. Distraje la atención de los niños ante la falta de leche, fruta y verdura enfocándola hacia toda la música disponible en las salas de conciertos y en las iglesias y hacia la exquisita arquitectura de la ciudad, especialmente la famosa torre del reloj del ayuntamiento.

Dejé de pedirle trabajo a Albert e intenté adaptarme al papel de ama de casa que él me había asignado. Aun así, Albert nunca estaba para ver mis esfuerzos. El trabajo teórico, la enseñanza y las conferencias llenaban sus días, y las noches fuera de casa se convirtieron en algo habitual, así que los niños y yo nos quedábamos solos durante semanas. La única evidencia de su presencia eran los caminos de ropa en el suelo y el sonido de su voz discutiendo con colegas en el salón hasta tarde algunas noches, después de que el Café Louvre los hubiese echado y de que el local de la señora Berta Fanta en la plaza del ayuntamiento hubiera cerrado.

Albert no me marginaba constantemente, a veces era capaz de notar que su negligencia estaba acabando con mi paciencia y aparecía para alguna cena familiar. Jugaba con los niños y les hacía cosquillas, y en una ocasión incluso volvió a sacar el tema de trabajar conmigo: «¿Volvemos a la relatividad, Dollie? ¿Crees que deberíamos explorar la conexión entre la gravedad y la relatividad?». Al siguiente día era como si nunca hubieran existido esas palabras. Traté de que no me molestara.

A veces quería rendirme, pero necesitaba ser fuerte por Hans Albert y Tete. Sólo a Helene le confesaba mi necesidad de cariño y afecto, cuán sola me sentía y lo agradecida que estaba por tenerla en mi vida. Sólo con ella podía ser yo misma.

Pensaba que estaba soportándolo todo con cierta elegancia cuando un día me vi en el espejo: «¿Quién es esa mujer?», me pregunté mientras contemplaba mi reflejo. Tenía las caderas anchas por los embarazos; la cintura, aún estrecha, estaba escondida bajo los voluminosos y feos vestidos de estar en casa. La nariz y los labios se habían ensanchado, las cejas se veían ásperas. La piel y el cabello, una vez lustrosos, estaban apagados. Sólo tenía treinta y seis años, pero parecía

una mujer de cincuenta. ¿Qué me había pasado? ¿Mi dejada apariencia era una de las razones por las que Albert se había alejado de mí?

Justo cuando mis ojos empezaron a llenarse de lágrimas, una fuerte tos sonó desde la habitación de Tete. Entreabrí la puerta con cuidado para no despertarlo de su siesta y miré al más pequeño de mis hijos. Se parecía mucho a su hermano con su cabello oscuro y sus ojos marrones llenos de vida, pero su constitución era muy diferente. Mientras que Hans Albert siempre había sido robusto, Tete era delicado, siempre estaba enfermo. El aire sucio de Praga no le hacía ningún bien.

Me pareció que tenía las mejillas rojas y puse la mano en su frente; estaba ardiendo. Me invadió el miedo. Corrí al escritorio y escribí una nota al doctor, luego le pedí a una vecina que vigilara a Tete mientras yo corría a buscar un mensajero.

El médico llamó a la puerta al cabo de una hora.

—Muchas gracias por venir, doctor. Ha llegado mucho más rápido de lo que pensaba.

La última vez que Tete había tenido fiebre, el doctor había tardado ocho horas, así que esta vez me había preparado para una larga y ansiosa espera.

—Estaba en el edificio de al lado. Hay un brote de tifus —explicó.

Mi corazón latió desbocado. ¿Tifus? Tete había superado cientos de gripes e infecciones de oído, incluso una neumonía, pero ¿tifus? Su constitución era demasiado débil.

El doctor vio el terror en mis ojos. Tomó mis manos y dijo:

—Por favor, déjeme examinarlo, señora Einstein, quizá es simplemente una de tantas gripes que he visto últimamente por Praga. No tiene por qué ser tifus.

Di gracias por que Hans Albert estuviera aún en la escuela. Conduje al doctor a la habitación de Tete y observé cómo examinaba a mi delicado hijo. Repitiendo para mí misma el Ave María sin cesar, recé por que fuera un resfriado común o una de las recurrentes infecciones de oído a las que Tete era tan propenso.

—No creo que sea tifus, señora Einstein. Creo que su pequeño tiene otro tipo de infección. Va a necesitar baños de agua fría para bajarle la fiebre y que lo vigile constantemente. ¿Podrá hacerlo?

Asentí agradecida, hice la señal de la cruz y me incliné hacia el suave cabello de mi hijo. Por un instante vi a Lieserl, la piel enrojecida, su carita febril enterrada entre las sábanas, y mi corazón se detuvo.

«No es Lieserl», me recordé. «Es Tete, y él sobrevivirá. Esto no es escarlatina ni tifus, sino un resfriado común.» Aun así, sabía que no podía seguir exponiendo a los niños al aire, el agua y la comida contaminados de Praga. Necesitábamos salir de allí.

Tres días después, Albert volvió a casa del congreso Solvay de Bruselas, una prestigiosa reunión de veinticuatro de las más brillantes mentes científicas de Europa. Aquella tarde cuidé especialmente mi apariencia. Luego, sin mencionar la enfermedad de Tete ni presionarlo de ningún modo, le serví la cena y dejé que se relajara con su pipa y nos contara a Hans y a mí historias del congreso. Albert había estado tan distante desde que habíamos llegado a Praga que era un alivio mirar su rostro animado y escucharlo. Todas las eminencias de la física sobre las que habíamos discutido durante décadas habían estado allí: Walther Nernst, Max Planck, Ernest Rutherford, Henri Poincaré. Pero no eran estos científicos de la vieja escuela los que lo impresionaban, sino la nueva hornada de físicos parisinos: Paul Langevin, Jean Perrin y la famosa madame Marie Curie, a quien le habían concedido el Nobel mientras estaban en Bruselas.

Yo tenía muchas preguntas sobre madame Curie; era mi heroína desde hacía tiempo y admiraba la relación de compañeros que ella y su difunto esposo habían tenido, el tipo de relación que alguna vez pensé que podría tener con Albert. Mientras sus historias se sucedían y las horas pasaban —horas en las que la tos de Tete tuvo que ser evidente hasta para la distraída mente de Albert—, mi impaciencia crecía. Después de dos horas acosté a Hans Albert y fui a ver a Tete, volví y le hice la temida pregunta.

—Albert, ¿crees que hay alguna posibilidad de que nos vayamos de Praga? ¿De que regresemos a Zúrich o a alguna otra ciudad europea más sana?

Él frunció el ceño.

—Eso suena terriblemente burgués. Sé que Praga no tiene las comodidades ni la sofisticación de Zúrich o incluso Berna, pero ésta es una gran oportunidad para mí. Sólo preguntarlo ya es egoísta, Mileva.

—No lo digo por mí, Albert, sino por los niños. Estoy preocupada por el efecto que Praga tiene en su salud, especialmente en la de Tete. Hemos tenido un gran susto mientras estabas en Bruselas.

—¿A qué te refieres?

—Tete se puso muy enfermo la semana pasada. Temimos que fuera tifus, pues hay un brote por culpa del agua contaminada de Praga.

—Creía que ibas a buscar agua a la fuente y la hervías.

—Por desgracia no es suficiente.

No habló. Ni siquiera preguntó cómo estaba nuestro hijo. Me arrodillé frente a él.

—Por favor, Albert, por los niños.

Me miró con sus profundos ojos marrones. Me pregunté qué veía cuando me miraba. ¿Veía sólo mi cara hinchada y mis caderas anchas o recordaba también la inteligencia y el profundo afecto de la Dollie a la que alguna vez amó?

Su cara no expresó ni simpatía ni preocupación, únicamente disgusto.

—He conseguido mucho en Praga, Mileva. Me estás pidiendo que me rinda.

Se levantó de repente haciendo que me balanceara y cayera al suelo. Sin ofrecerme una mano siquiera, pasó por encima de mí, y mientras caminaba hacia la cocina dijo:

—Siempre piensas sólo en ti misma.

8 de agosto de 1912

Zúrich, Suiza

Afortunadamente, volver a Zúrich no dependió de mis súplicas. Como respondiendo a mis ruegos, Zúrich buscó a Albert. Nuestra *alma mater*, el Politécnico, le hizo una oferta que no podía rechazar: ser catedrático de física teórica y director del departamento. Me dije a mí misma que no iba a delirar, pero aun así esperaba que el regreso a Zúrich nos devolviera cierta paz.

El tiempo en Praga había sido duro. Duro con mi cuerpo y mi mente y con los de los niños. Duro con nuestras relaciones de marido y mujer, padres e hijos. La acusación que un día le había hecho a Albert —que él y yo éramos una piedra pero dos corazones— fue como una predicción, en especial en el clima inhóspito de Praga. Pero seguramente la atmósfera bohemia de Zúrich lograría ablandarlo, y su corazón cambiante podría calmarse un poco. Podríamos al menos volver al decoro. Dejé de esperar algo más.

Cargada con la compra del mercado y antes de entrar en nuestro nuevo apartamento en Zúrich, hice una pausa durante un momento para admirar el edificio de cinco pisos de mármol de color mostaza y ventanas saledizas, cubierto de teja roja y con vistas al lago, la ciudad y los Alpes. Qué lejos quedaba nuestra época de estudiantes.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa? —llamé después de subir las escaleras, y me encaminé a la cocina.

Había dejado a los niños con Albert durante media hora mientras iba a comprar, pero la casa estaba extrañamente silenciosa. Los niños solían pasar muy poco tiempo a solas con su padre, así que esperaba que estuvieran haciendo mucho ruido, reclamando su atención.

Comencé a sacar la compra. Estaba dolorida: mis piernas y mi cadera habían empeorado considerablemente en los últimos meses, y llegar al apartamento era un reto. Pero Albert no me oiría quejarme ni una sola vez; estaba feliz de haber vuelto a Zúrich.

Cuando colocaba la última lata en la alacena, oí voces masculinas que venían del salón. Era Albert con alguien más, pero ¿quién? Acabábamos de llegar al 116 de la Hofstrasse, a medio camino entre la colina Zürcherhof y el Politécnico, y, aunque teníamos muchos conocidos en Zúrich, no habíamos compartido nuestra dirección con nadie. O eso creía yo.

Una risa reverberó por el pasillo. Sonaba extrañamente familiar. ¿Era posible que alguno de nuestros viejos amigos, los Hurwitz o los Adler, estuvieran ahí? Sabía que pronto retomaríamos nuestras tardes musicales con ellos, pero aún no les había enviado los detalles. Guardé los pimientos y las cebollas en la alacena y me dirigí al salón para ver quién era nuestro invitado.

Era Marcel Grossman, nuestro viejo compañero del Politécnico. Estaba casi igual salvo por algunos cabellos grises y arrugas alrededor de los ojos. Me pregunté cómo me vería él; mi propio cabello estaba encanecido y mi piel llena de arrugas. Aun así, mi corazón saltó de alegría. El señor Grossman sería un regalo para nosotros. Un amigo que me conocía de mis días de estudiante. Un compañero científico y matemático que en el pasado era *a mí* a quien consultaba los problemas difíciles. Alguien que me conocía por mi inteligencia y no por mis habilidades como madre y ama de casa.

—¡Señor Grossman! —dije abrazándolo—. ¡Qué alegría verlo!

—¡Lo mismo digo, señora Einstein! —respondió con un fuerte abrazo—. ¡Estamos encantados de que los Einstein hayan regresado a su antiguo hogar!

—Por favor, después de tantos años, ¿no cree que ya es hora de que me llame Mileva?

Sonrió.

—¿Y no crees tú que ya es hora de que me llames Marcel?

—Entonces Marcel será. Oye, Albert me ha dicho que eres el hombre de la silla del Departamento de Matemáticas del Politécnico.

—Sí, aún me parece increíble.

—Felicidades. Eres muy joven para el puesto, pero estás a la altura.

—Gracias —respondió con una sonrisa—. ¿Tú qué tal, Mileva? ¿Los niños ocupan todo tu tiempo?

Miré a Albert. Se me ocurrió una idea. ¿No sería Marcel la persona perfecta para soltarle algunos detalles sobre mi trabajo anterior con Albert? Marcel podría resituarme en el camino si se enteraba de que había continuado con mi trabajo en física y matemáticas después del Politécnico. Nada formal, claro, ya que no tenía título, pero quizá alguna tutoría o investigación. Así no tendría que depender en absoluto de Albert para alimentar mi hambre científica. Tal vez la tensión entre nosotros se diluiría.

—Albert y yo hemos colaborado esporádicamente en algunos artículos — dije.

—¡Lo sabía! —respondió, y se dio una palmada en la pierna—. Leí algunos y sabía que Albert no podía él solo con todos esos cálculos matemáticos. Siempre fuiste mucho mejor que él para las matemáticas. En realidad, mejor que cualquiera de nosotros.

Me sonrojé.

—Viniendo del director del Departamento de Matemáticas, es todo un cumplido. Y aquí estoy, sin embargo, como una simple ama de casa.

—La silla del departamento sería tuya si este viejo no te hubiera alejado de la ciencia —dijo Marcel, haciendo un gesto hacia Albert.

Me reí. Hacía mucho que nadie pensaba en mí como algo más que la esposa de Albert. Su extraña esposa coja y tímida, como había oído que decían de mí allá donde fuéramos. Siempre había alguien que me lo contaba, «por mi bien», con la esperanza de «ayudarme» a que pareciera más la mujer de un profesor; querían que fuera la pareja de Albert, extrovertida y carismática. Éste era el único Albert al que conocían, claro, el Albert público.

—Hablando de matemáticas, tú eres una de las principales razones por las que he venido a Zúrich —interrumpió Albert dirigiéndome una mirada furiosa.

¿Qué había hecho para merecer esa mirada? Quizá estaba enfadado simplemente porque había hablado con Marcel; últimamente, cualquier signo de alegría que viniera de mí lo irritaba. No había una razón concreta para su

reacción; yo no había revelado qué parte de sus artículos era en realidad mía, sólo había dejado caer que había colaborado en los artículos de 1905, algo que cualquiera que nos conociera de nuestros años estudiantiles habría dado por sentado.

¿Qué tenía de malo querer trabajar como científica por mi cuenta? El trabajo era el núcleo de mi ser, el vínculo hacia mi espiritualidad e inteligencia, descuidados desde hacía mucho. Sin él, me sentía vacía. Tal vez si tuviera mi propio trabajo, la ciencia dejaría de ser un campo de batalla entre Albert y yo, un símbolo de mi sacrificio y negligencia, y entonces regresaría al lugar sagrado que tenía en mi mundo desde el principio.

—¿Yo? —preguntó Marcel, claramente sorprendido—. ¿Qué te puedo ofrecer yo para que hayas venido a Zúrich? Creía que ocupar la dirección del Departamento de Física de tu *alma mater* era suficiente tentación.

—Estoy buscando la conexión entre mi teoría de la relatividad y la gravedad, el impacto que tiene una sobre la otra, para profundizar en las tesis del artículo de la teoría de la relatividad especial, el que fue propuesto para el Premio Nobel en 1910 y de nuevo este año. Y tu genio matemático podría guiarme.

¿Había oído bien las palabras de Albert? ¿Estaba proponiéndole a Marcel que colaborara en la parte matemática de *mi* teoría?

—¿Tendría que hacer algo de física?

—No. Yo me encargaré de la física si tú te encargas de las matemáticas.

Marcel miró a Albert con escepticismo durante un momento, como si estuviera intentando conciliar la imagen del estudiante irresponsable que había conocido con la del físico exitoso que tenía frente a él.

—Por favor, te necesito, Grossman —suplicó Albert, y luego clavó los ojos en mí—. Comparado con lo que quiero hacer, la teoría original de la relatividad es infantil.

Marcel no respondió. Albert volvió a preguntar:

—¿Trabajarás conmigo?

El científico exitoso debió de ganar, porque finalmente Marcel dijo:

—Sí.

Así que éste era su nuevo colaborador: acababa de darle a él el trabajo que

estaba destinado para mí. Me había dicho a mí misma que la esperanza de la colaboración con Albert había pasado hacía mucho, pero ser testigo de cómo despreciaba mi trabajo era insoportable.

¿Cómo podía hacerme estar ahí mientras me robaba descaradamente la compañía bohemia que me había prometido? Con la teoría que yo creé. Sabía cuánto me dolería. Desde hacía cuatro meses, después de su largo viaje de Pascua a Berlín para visitar a su familia, se había vuelto mucho más duro. Pero nunca pensé que pudiera llegar a ser tan cruel.

14 de marzo de 1913

Zúrich, Suiza

—¡Feliz cumpleaños, papá! —gritaron Hans Albert y Tete mientras entraban en el salón.

Mis hombrecitos llevaban un pastel para Albert, que dejó su pipa sobre la mesa para cogerlos en brazos. Los niños y yo habíamos preparado una celebración sorpresa por su cumpleaños antes de ir a casa de los Hurwitz para nuestra tarde musical.

—Mmm... Chicos, qué buena pinta tiene. ¿Me lo como todo yo? Al fin y al cabo, es mi cumpleaños —dijo Albert con un centelleo en los ojos.

En esos pequeños momentos de alegría familiar, con un extraño y despreocupado Albert, recordaba por qué me había quedado. A pesar de su traición con Marcel y tantas otras decepciones.

—¡No, papá! —protestó Hans Albert—. Es para compartir.

—Sí, papá. Para compartir —dijo Tete en un agudo eco de su hermano mayor.

Después de partir el pastel de chocolate en generosas porciones para que todos lo disfrutaran, me dirigí a la cocina. Oí a Albert lanzando en el aire a Tete y las risas de alegría del niño. Me sentí bien. Tete había sido un niño delicado hasta hacía poco: había sufrido dolores de cabeza crónicos e infecciones de oído, y como resultado Albert había evitado jugar con él. Su relación con Hans Albert, que era mucho más serio, había sido siempre más sólida. Sin tener en cuenta mi decepción, o incluso mi enfado con Albert, quería que mis hijos tuvieran fuertes lazos con su padre. Como yo con el mío.

—Cuidado —advirtió Hans Albert a su padre.

Como hermano mayor, se tomaba muy seriamente el rol paterno que recaía

sobre él tan a menudo debido a las constantes ausencias de Albert.

Los últimos siete meses en Zúrich no habían traído nada de la nueva vida que yo esperaba, aunque el entorno familiar y la red de viejos amigos habían ayudado a que Albert y yo mantuviéramos una relación civilizada, especialmente las tardes de domingo que pasábamos con los Hurwitz. Todo el tiempo libre que tenía Albert, lo pasaba con Marcel. Mientras yo lavaba los platos, ayudaba a los niños con los deberes, les leía libros, les daba de cenar y los acostaba, escuchaba en silencio a Marcel y Albert trabajar. El inicio de su trabajo juntos había sido ligero, fue la época en que forjaban la idea de que la gravedad crea una distorsión en la geometría del espacio-tiempo y, de hecho, lo dobla. Pero el abatimiento y la desesperación crecían a medida que pasaban los días y las matemáticas resultaban más escurridizas. Ahondaban en una idea de la geometría del espacio-tiempo concebida por Georg Friederich Riemann y jugaban con varios vectores y tensores. Luchaban con la meta que yo misma me había propuesto desde la muerte de Lieserl, una teoría de la relatividad general que extendiera el principio de relatividad a todos los observadores, sin importar cómo estuvieran moviéndose con respecto a otros, y postulando la naturaleza relativa del tiempo.

No lograban seguir a partir de esta coyuntura. No lograban alcanzar el santogrial que Albert se había convencido de que él, y no yo, había vislumbrado. De hecho, estaban preparando un artículo titulado «Nociones de una teoría general de la relatividad y una teoría de la gravitación» o *Entwurf*, proyecto donde presentaban el bosquejo de su teoría pero en el que reconocían que aún no habían encontrado un método matemático que la probara.

Yo podría haberlos guiado hacia la respuesta. Aunque Albert no me hubiera invitado a su mundo teórico desde hacía años, no con la regularidad de la época de la *Maschinen*, yo no me había quedado dormida en una neblina de platos y pañales. Había estado leyendo y pensando, y en silencio escribiendo sobre los alcances de mi teoría de la relatividad. Sabía que debían desechar la idea de encontrar una ley física aplicable para todos los observadores en el universo y centrarse en la gravedad y la relatividad aplicadas a observadores giratorios y a aquéllos en movimiento constante, usando un tensor diferente. Esperaba a que

me preguntaran para compartir mis conocimientos. Pero, si Albert no me invitaba, yo no iba a darle la solución, así que lo dejé batallar. Era mi única forma de rebelión contra cada muestra de disgusto que me dedicaba.

Mientras Albert se volvía más taciturno, yo me refugiaba dentro de mí misma y me llenaba de oscuridad. Sólo a Helene le confesé la bruma oscura que había descendido sobre mí. Le expliqué que, desde que Albert se había convertido en un físico de renombre y en un miembro importante de la comunidad científica, los niños y yo nos habíamos convertido en el telón de fondo de su vida.

Con los platos del cumpleaños limpios, la cocina ordenada, los instrumentos y las partituras listas, tenía aún una hora para apilar los papeles esparcidos por el salón antes de que nos fuéramos a casa de los Hurwitz. Con su habitual desorden, Albert había dejado restos de su trabajo con Marcel por toda la mesa. Aunque los demás creyeran que asumía de buena gana mi papel de ama de casa, interiormente me quejé de tener que ser su sirvienta.

¿Cómo se había convertido mi vida en esto?

Sobre un montón de notas que Marcel había dejado había otro de cartas de felicitación de cumpleaños. Colegas de trabajo como Otto Stern, viejos amigos como Michele Besso, su hermana Maja, su madre Pauline e incluso su prima Elsa felicitaban al famoso profesor. Nunca recordaban el mío. Ni siquiera Albert.

Tenía curiosidad sobre qué le habría escrito Elsa, la prima con la que se había quedado en Berlín durante las vacaciones de Pascua el año anterior en vez de regresar a casa para celebrarla con nosotros.

Mi querido Albert:

Por favor, no te enfades conmigo por romper nuestro pacto de silencio y felicitarte por tu cumpleaños. Todos los días pienso en nuestro viaje a Wannsee de la Pascua pasada y recuerdo tus palabras de amor. Ya que no puedo tenerte, puesto que eres un hombre casado, ¿puedo al menos compartir tu ciencia? ¿Puedes recomendarme un libro sobre la relatividad que una persona lega pueda entender? ¿Y puedes enviarme una fotografía tuya para que pueda verte al menos así?

Tu aún devota,

Tambaleándome un poco, me senté en una silla del salón. Volvió la sensación de ahogo que había sentido al leer la carta sugerente de Anna Meyer-Schmid. Pero esta vez reapareció cubierta de terror. Esto no era una propuesta de aventura, esto era una aventura que había sido consumada; no tenía posibilidad de detenerla antes de que empezara.

Volví a leer las apasionadas palabras, rogando haberlas malinterpretado, haber reaccionando de forma exagerada. Pero no podía estar equivocada. Albert y Elsa se habían profesado su amor.

Empecé a llorar. Mi último atisbo de esperanza —que, aunque Albert ya no fuera mi compañero científico, era aún mi esposo— desapareció. Amaba a otra.

Albert entró en la habitación.

—¿Qué te pasa, Mileva?

Mileva es como me llamaba entonces, nunca Dollie, ni siquiera Mitza.

No era capaz de hablar, me levanté. Quería desesperadamente irme del piso. No me importaba que las calles estuvieran cubiertas de hielo y fueran peligrosas con mi cojera, no me importaba ir sin abrigo. Necesitaba marcharme.

Pero tenía que pasar por el lado de Albert para salir. Mi brazo rozó su manga y él me cogió la mano.

—Te he hecho una pregunta, Mileva: ¿qué te pasa?

Le di la carta y empecé a alejarme de él. Hacia la calle, hacia un café, a cualquier lugar lejos del apartamento. Me detuvo.

—¿Adónde crees que vas?

—Tengo que salir de aquí. Lejos de ti.

—¿Por qué?

Miré la carta en su mano. Una invitación silenciosa para que la leyera.

Sin soltarme, le echó una ojeada rápida.

—Pues ya lo sabes.

Soltó un suspiro que sonó a alivio. ¿Cómo se atrevía a sentirse aliviado?

Algo surgió en mí.

—¿Cómo has podido? Después de Anna, después de todas tus promesas en el

Engadine, ¿cómo has podido traicionarme otra vez? ¡Y con tu prima!

—Tú me llevaste a ello, Mileva. Con todas tus miradas de decepción y tu mal humor. Cuando regresé a Berlín durante las vacaciones del año pasado, ¿cómo podía no sentirme atraído por la alegría de Elsa?

Berlín. Pascua. Elsa. El empeoramiento de su carácter, el inicio de su crueldad. Todo tenía sentido.

Empecé a retorcerme para liberarme de su mano. Me acercó más a él, me tomó por los hombros y murmuró:

—No hagas una escena delante de los niños.

Alejándome de él, me lancé hacia la puerta, pero me sostuvo con firmeza. Me solté, pero volvió a atraparme. Le golpeé las manos para que me dejara.

Vi manos y brazos volando hasta que sentí la fuerza de su mano cayendo sobre mí. Un golpe. Si fue accidental o intencionado no lo sé. Lo único en lo que podía pensar era en el dolor. Caí de rodillas, con las manos en la cara. El dolor era tan intenso como el del parto que destrozó mi cuerpo. Ardía tanto que apenas podía respirar. Sentía calor en las mejillas. Me miré las palmas de las manos. Estaban cubiertas de sangre mía.

Dos pares de pies entraron por el pasillo.

—¿Qué pasa, mamá? —gritó Hans Albert lleno de miedo y preocupación.

—Todo está bien, chicos. Mamá va a estar bien —respondí poniendo las manos sobre mi cara de nuevo; los niños se pondrían histéricos si veían la sangre deslizándose por mi cara.

Tete sollozó.

—Mamá tiene pupa. —Y empezó a gatear hacia mí.

No quería que vieran lo que Albert me había hecho, así que me levanté y dije:

—No, no. Mamá está bien, sólo... sólo... es un dolor de muelas muy fuerte.

Voy a acostarme para que se me pase, ¿de acuerdo?

Estaba a mitad del pasillo cuando oí a Albert decirles a los niños:

—Vamos a escribir una nota a los Hurwitz para explicar que no podemos ir porque mamá tiene dolor de muelas. Y luego comeremos más pastel, ¿vale?

Mientras me refugiaba en mi habitación, una de las leyes básicas de Newton apareció en mi mente sin ser invitada: la que dice que un objeto seguirá en su

camino a menos que una fuerza actúe sobre él. Yo había seguido en el camino de ser la esposa de Albert durante años, pero ahora tres fuerzas que no podía ignorar actuaban sobre mi matrimonio: Marcel, Elsa y la mano de Albert en mi cara. El camino debía alterarse.

Izgoobio sam sye. Estaba perdida. Pero no podía permitirme continuar así.

Tercera parte

Con toda acción ocurre siempre una reacción igual y contraria: las acciones mutuas de dos cuerpos son siempre iguales y dirigidas en sentido opuesto.

SIR ISAAC NEWTON

14 de marzo de 1913

Zúrich, Suiza

El timbre resonó en el apartamento. Se me congeló la mano en el aire y dejé de fregar las ollas. Se me revolvió el estómago. ¿Quién podría ser? No esperaba a nadie. Consideré no abrir, pero los niños estaban haciendo mucho ruido con sus juegos y la persona que esperaba fuera seguramente podía oírlos.

Abrí la puerta y miré por la rendija. Eran la señora Hurwitz y su hija Lisbeth, lo más parecido a unas amigas que tenía en Zúrich. Dios mío, ¿qué iba a decirles?

—Hola, señora Einstein. La extrañamos ayer y queríamos saber cómo se encuentra. Ya sabe, su dolor de muelas —dijo la señora Hurwitz por la rendija.

—Muchas gracias por venir —respondí sin abrir más la puerta—. Aún tengo mucho dolor, pero puedo ocuparme de los niños.

—¿Podemos entrar para ayudarla?

—No, estamos bien, pero muchas gracias por el ofrecimiento, de verdad.

—Por favor, señora Einstein.

¿Cómo podía seguir negándome a abrirle la puerta? ¿Qué sería peor para mi nombre en los círculos académicos de Zúrich: la peculiar Mileva Einstein —ya considerada esquiva y extraña— negándose a recibir a sus amistades o la historia sobre mi cara golpeada e hinchada? La culpa de la primera opción caería sobre mí; la culpa de la segunda, sobre Albert.

Elegí a Albert.

—Por supuesto. Por favor, disculpen mis modales —dije mientras quitaba la cadena de la puerta y la abría para que pasaran—. No esperaba visitas, así que aún estoy en bata. Discúlpennme.

Al entrar en el recibidor, se quedaron estupefactas.

—Oh, ¡señora Einstein, su cara! —La señora Hurwitz se cubrió la boca con horror.

Instintivamente, me escondí de su vista.

—No es agradable de ver, lo sé. Los dolores de muelas pueden ser demoledores. Entenderán ahora por qué no pude ir a su casa ayer por la tarde.

Las mujeres permanecieron en silencio, observándome. Sabían perfectamente que mi cara no estaba así por un dolor de muelas; ningún dolor de muelas en el mundo tendría ese aspecto. Papá habría estrangulado a Albert si me hubiese visto en ese momento.

—¿Puedo ofrecerles un poco de té y pastel? Acabo de sacar un *strudel* del horno —propuse para romper el silencio.

La señora Hurwitz se recompuso y respondió:

—No, gracias, señora Einstein. No queremos molestarla. Particularmente en su estado. Sólo queríamos asegurarnos de que estuviera bien.

—Bueno —dije señalándome el rostro—, estoy todo lo bien que puede esperarse. Aprecio mucho su visita —añadí con cortesía.

Las mujeres me devolvieron el gesto y nos despedimos.

El asado se cocinaba en el horno, enviando un cálido y reconfortante olor al apartamento. Los niños estaban jugando en el suelo de la sala, construyendo un castillo juntos: Hans Albert era el jefe y Tete su ayudante. Los libros que acababa de leer estaban en una pila en el suelo a un lado del sofá. La imagen de nuestra casa podía sugerir una serenidad familiar al observador; sin embargo, nada de eso bullía bajo la superficie.

Albert llegó a casa dando un portazo. Saludó a los niños, haciéndoles cosquillas y preguntándoles por su día. Le oí susurrar: «¿Cómo está mamá hoy?», pero no quería escuchar a escondidas, así que centré mi atención en poner la mesa para la cena.

Cuando terminé, volví a la cocina y casi choqué contra Albert, que estaba esperándome. Tenía unas profundas ojeras. Sostenía un ramo de rosas y prímulas; flores alpinas recogidas en los valles. Sólo me había regalado flores el día de nuestra boda.

—Lo siento, Dollie. —Hizo un gesto hacia mi cara y me ofreció el ramo.

Sin una palabra, cogí las flores y empecé a buscar un florero. No era un modo de aceptar sus disculpas sino un gesto hacia la fragilidad de las flores.

Me siguió.

—Me siento terriblemente mal por tu cara. Y por Elsa.

En silencio, corté el largo de los tallos de las flores y fui colocándolas en un jarrón de porcelana azul y blanca. Según Albert, el jarrón había sido un regalo de un científico admirador; ahora me preguntaba quién se lo había dado en realidad. ¿Cuántas mentiras más me habría contado? ¿Cuántas otras mujeres habría? ¿Existía algo en mi vida que aún fuera verdad?

—Terminé mi relación con Elsa unas pocas semanas después de la última Pascua, Mileva. Te lo juro. En su carta incluso se refiere a nuestra separación.

Asentí, pero no respondí nada y continué preparando la cena, cortando el pan a rebanadas, sirviendo el asado en los platos, colocando la remolacha como guarnición. ¿No era esto el único servicio que Albert quería de mí? Bien podría ser cualquier otra ama de casa a la que hubiese contratado. Me había hecho creer que no valía para nada más. Me había vaciado.

—Mileva, di algo, por favor.

¿Qué esperaba que dijera? ¿Que lo perdonaba? No lo iba a hacer. Por haberme pegado, intencionadamente o no. Por Elsa. Por Marcel. Por Lieserl, más que cualquier otra cosa. Y desde luego por haberme prometido un matrimonio lleno de camaradería científica y haber roto la promesa justo en mi cara, de un golpe.

—Mileva, quiero que las cosas vayan bien entre nosotros. Me han propuesto dar una clase sobre fotoquímica y termodinámica en la Sociedad de Física Francesa y Marie Curie nos ha invitado a quedarnos en su casa de París mientras esté allí. Sé que siempre has querido conocerla, y además nunca hemos ido a París. ¿Querrás venir conmigo?

Miré a Albert a la cara, pero no estaba mirándolo a él. Imágenes de París y fotografías de Marie Curie flotaban en mi mente. Admiraba a la famosa científica, ganadora del Nobel de Física en 1903 y de Química en 1911.

No sabía qué haría más adelante, pero aceptaría este viaje. Sin embargo, sólo

por mí. No por Albert.

1 de abril de 1913

París, Francia

Siempre había pensado que Zúrich era el epicentro de la vida académica y la sofisticación. Comparado con Novi Sad, Kać, Praga e incluso Berna, lo era. Pero ahora que paseaba por las brillantes calles de París del brazo de Albert y al lado de madame Curie camino de un restaurante, junto con sus hijas y algunos de sus familiares masculinos como carabinas, entendí que Zúrich era una ciudad provinciana en comparación con la exquisita capital de Francia.

Tras un relajado paseo por el Bois de Vincennes, un enorme parque excesiva y hasta fastidiosamente cuidado a orillas del Sena, Albert preguntó por qué el parque estaba vacío. Madame Curie explicó:

—Por lo que sé, la hora para pasear por el parque es entre las tres y las cinco. Ya ha pasado esa hora. Mis disculpas si esperaban ver un atisbo de la última moda de París.

—Nosotros nunca hemos ido a la moda, ¿verdad, Mileva? ¿Y usted, madame Curie?

Una risa burlona escapó inesperadamente de la por lo general sombría boca de madame Curie.

—¿La moda? Oh, Albert, nunca nadie me había acusado de estar a la moda, todo lo contrario. ¿Y cuántas veces te he pedido que me llames Marie?

Si bien su risa me sorprendió, su respuesta no lo hizo. La moda era, obviamente, lo último en su cabeza. El cabello desaliñado y gris y la vestimenta negra y sencilla le daban un aire austero; había en ella una oscuridad que me hacía sentir extrañamente cómoda: resultaba familiarmente eslava en comparación con el estilo parisino.

Caminamos por uno de los amplios y elegantes bulevares por los cuales París era merecidamente famosa. Mientras andábamos por una acera flanqueada por altos árboles bien recortados, sentí un temblor bajo mis pies. Miré hacia Albert alarmada, pero, antes de que pudiera preguntar por la fuente de la vibración, madame Curie explicó:

—Es el ferrocarril subterráneo metropolitano o *métro*. Funciona con electricidad. Lleva a los viajeros de un barrio a otro y cubre un trayecto de trece kilómetros.

Con la mención de la electricidad, Albert y madame Curie se lanzaron a una discusión sobre la escurridiza energía, y Albert compartió los problemas de su familia en el negocio de la luz. Ella rio con las exageradas descripciones de los errores de la empresa familiar, y vi que Albert disfrutaba de la conversación no sólo por la inteligencia de madame Curie sino también por sus modales desenfadados. Imaginé que su comportamiento relajado y encantador debía de ser un soplo de aire fresco para ella, en comparación con la formalidad con la que habitualmente se trataba a un premio Nobel. Verlo así —con esa disposición carismática que aparecía cuando él quería— me recordó al Albert joven, al Albert que ya no existía para mí cuando estábamos a solas.

El rostro de madame Curie se iluminó cuando ella y Albert se comprometieron a intercambiar conocimientos científicos. En aquel momento pude vislumbrar a la joven Maria Sklodowska que alguna vez había sido, la joven estudiante polaca deseosa de entrar en las disciplinas reservadas para los hombres. El tipo de chica que yo había sido.

Mientras hablaban, asumí que, como ya era habitual, Albert no me invitaría a participar en su conversación sobre la electricidad. Me mantuve en respetuoso silencio y me dediqué a admirar los ómnibus y los tranvías que pasaban zumbando por el bulevar. Qué lentos y anticuados parecían los carruajes que aún rondaban por las calles de Zúrich comparados con todo ese movimiento. Sentí lo mismo respecto a los cafés por los que pasamos camino del restaurante; los establecimientos de Zúrich parecían pequeños y parcos comparados con todos esos *bistros* repletos de clientes de charla animada.

Madame Curie se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Qué piensa sobre la composición interior de los átomos que el señor Ernest Rutherford expuso en el congreso Solvay, señora Einstein?

¿Madame Curie acababa de preguntar mi opinión? Entré en pánico; hacía un buen rato que había desconectado de su conversación.

—¿Perdón?

—La hipótesis del señor Rutherford es que, según sus experimentos con un tipo de radiactividad llamada rayos alfa, los átomos están casi completamente vacíos a excepción de unos electrones que orbitan alrededor de un núcleo. ¿Qué opina usted al respecto?

En otra época, Albert y yo habríamos discutido la hipótesis de Rutherford y llegado a nuestras propias conclusiones. Pero no ahora. Ahora no estaba preparada en absoluto para su pregunta.

—No he tenido el honor de escuchar su conferencia en el congreso — tartamudeé.

—Comprendo. Sin embargo, estoy segura de que su esposo le habrá hablado de las teorías del señor Rutherford. Además, el señor Rutherford ha descrito su teoría en muchos artículos desde la conferencia, y supongo que usted los ha leído. Muchos le han quitado mérito, yo me estoy guardando la opinión. ¿Cuál es la suya respecto a esos artículos?

Busqué en mi cerebro los rastros de información sobre las ideas de Rutherford que había recogido de Albert y lo poco que había leído de su trabajo y dije:

—Me pregunto si la idea de que la luz está compuesta de *quantums*, como Albert ha dicho, podría aplicarse igualmente a la estructura de la materia y reforzar las tesis del señor Rutherford sobre la composición de los átomos.

Madame Curie guardó silencio y Albert me miró con horror. ¿Había dicho algo tremendamente idiota? ¿Debí haberme callado? No me importaba lo que él pensara, pero sí lo que pensara madame Curie, y mucho.

Finalmente, ella habló:

—Excelente, señora Einstein, no había considerado esa perspectiva. Es revolucionaria, pero estoy de acuerdo. ¿Y tú qué opinas, Albert? Es una idea interesante para desarrollar tus teorías.

La expresión de Albert mutó de la vergüenza al orgullo. Pero era muy tarde para que me importaran sus sentimientos hacia mi inteligencia. Había conversado con madame Curie y había salido airosa. Ése era mi tesoro.

La mañana siguiente, madame Curie y yo estábamos tomando té bajo las verdes ramas de un nogal del jardín de su casa familiar, en la rue de la Glacière. Albert había ido a dar su conferencia y ella y yo estábamos a solas por primera vez. A pesar de que había hecho una sólida contribución a la conversación la noche anterior, me sudaban tanto las manos sólo de pensar en tener una conversación a solas con una leyenda científica que apenas podía sostener mi taza. ¿Con qué tema debía iniciar la charla con esa asombrosa mujer? Había leído su más reciente artículo acerca del polonio, pero mis conocimientos científicos estaban tan atrasados que me daba miedo sacar el tema. Y la química, por lo que ella era más reconocida últimamente, no había sido nunca mi campo. Exceptuando las palabras sobre Rutherford que habíamos intercambiado de camino a nuestra cena en Tour d'Argent, el restaurante más antiguo de París y uno de los mejores, ella y yo no habíamos hablado mucho.

Miré a madame Curie. La tarde anterior me había pedido que la tuteara, pero a mí me costaba verla de un modo tan familiar. En el silencio, escupí lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Yo también estudié física en la universidad.

Ella asintió, pero no respondió. ¿Había dicho algo estúpido?

—No es que esté comparándonos, por supuesto —me apresuré a explicar; no quería sonar presuntuosa.

Después de mirar el fondo de su taza de té, dijo:

—Señora Einstein, conozco tu extensa formación y tu inteligencia. Sé que estudiaste matemáticas y física en el Politécnico de Zúrich, pero me pregunto por qué no has desarrollado tu carrera profesional. Tu mente debe de ser tan activa, debe de estar tan llena de ciencia. ¿Cómo puedes malgastarla en casa?

Me quedé sin habla. ¿Estaba recibiendo cumplidos de madame Curie? ¿Qué excusa podía ofrecerle por haber abandonado mi carrera científica? ¿Me

atrevería a darle una pista de mi autoría en el artículo de 1905? No, Albert me mataría. Di la única explicación que pude ofrecer sin desatar la ira de Albert.

—Los niños lo hacen difícil. Y, por favor, llámame Mileva.

Madame Curie dio un sorbo a su té y respondió:

—Mileva, a mí siempre me cuestionan, especialmente las mujeres, cómo logro conciliar la familia con una carrera científica. Bien, no ha sido fácil. Pero nada es fácil para personas como nosotras. Somos europeas del este que vivimos en países en los que se mira por encima del hombro a la gente de nuestra tierra. Y somos mujeres, se espera de nosotras que nos quedemos en casa, no que tengamos laboratorios y demos clase en universidades. Nuestro campo es la física y las matemáticas, que hasta ahora estaban reservadas a los hombres. Y, además, somos tímidas, y en el mundo científico se requiere que hablemos públicamente. De algún modo, sacar adelante a mi familia ha sido la parte más fácil.

¿Cómo podía responder? Gracias a Dios, no me pidió que hablarla.

—Tú y yo no somos tan distintas, excepto por las decisiones que hemos tomado. —Soltó una risa—. Y los maridos que elegimos, claro.

Casi escupí el té, riendo por el comentario inesperado, casi inapropiado. Era bien conocido el ilimitado apoyo que el difunto esposo de madame Curie había brindado a la carrera de su mujer. ¿Estaba Marie insinuando que Albert no era como Pierre? Muchas veces había pensado en el matrimonio Curie y anhelado su unión. Una vez creí que ése sería el camino que Albert y yo tomaríamos.

—No tuve el honor de conocer a monsieur Pierre, pero todo el mundo sabe cuánto te apoyó a ti y tu trabajo. Debió de ser un hombre extraordinario. —Fue lo más diplomático que vino a mi mente, la única cosa que se me ocurrió para no comparar directamente a Albert con monsieur Curie; una comparación que dejaría a Albert en muy mal lugar.

—No tengo ni idea de cómo dividís el trabajo Albert y tú, pero mi esposo fomentó mi carrera desde el inicio. Cuando el comité del Premio Nobel empezó a pedir que se quitara mi nombre de nuestra nominación en 1903, Pierre me defendió ante todos sus influyentes miembros. Insistió en que yo había originado nuestra investigación, concebido los experimentos y generado las teorías sobre la

naturaleza de la radiactividad, lo cual era, en efecto, cierto. Pero muchos hombres no habrían hecho el esfuerzo; se requiere grandeza.

No preguntó, pero en su afirmación estaba implícita la pregunta de si Albert había ido tan lejos por mí.

Intenté responder tan vagamente como pude, siendo respetuosa.

—Desde que nos casamos, nuestra situación no me ha permitido continuar con el trabajo científico. Aunque ciertamente lo he deseado.

Madame Curie guardó silencio durante un minuto.

—La ciencia necesita hombres soñadores. Y a mí me parece que tu marido es uno de esos soñadores. Y los soñadores precisan muchos cuidados, ¿verdad?

Me reí. ¿Estaba de veras teniendo esta franca y profunda conversación sobre el estado de mi carrera y de mi matrimonio con Marie Curie?

—Sí, los precisan.

—En cualquier caso, haya apoyado Albert o no tus esfuerzos científicos, conmigo sí lo ha hecho. ¿Sabías que salió en mi defensa el año pasado cuando ocurrió todo el desagradable asunto con el Premio Nobel?

Madame Curie hizo una pausa, consciente de que el eufemismo «desagradable asunto» era innecesario. Científicos de todo el mundo dijeron que no era merecedora del premio cuando sus amoríos con un científico casado, Paul Langevin, se hicieron públicos.

Negué con la cabeza; Albert no me lo había dicho. Me pareció interesante que estuviera más dispuesto a defender la carrera —brillante y valiosa— de una conocida adúltera que la de su propia esposa trabajadora y digna. ¿Qué decía esto sobre su visión de la moral y la fidelidad?

Madame Curie siguió hablando:

—Quizá cuando las circunstancias lo permitan Albert vuelva a alentar tus esfuerzos científicos.

—Quizá —respondí en voz baja; conocía bien la falta de interés de Albert en mi trabajo.

—Y cuando estés atrapada en el ciclo de muerte de tu casa, recuerda mis palabras, Mileva: tú y yo no somos tan diferentes, excepto por las decisiones que

hemos tomado. Y recuérdate a ti misma que una nueva decisión siempre es posible.

Del 14 al 23 de septiembre de 1913

Zúrich, Suiza; Kać, Serbia, y Viena, Austria

Justo cuando empezaba a desarrollar una tenue confianza en mí gracias a la fuerza de las palabras de madame Curie, Berlín llamó a Albert para que fuera el director del Instituto de Física Kaiser Wilhelm, que estaba a punto de inaugurarse. Una posición de profesor en la Universidad de Berlín pero sin obligaciones de profesor. Ser miembro de la Academia Prusiana de Ciencias, el honor científico más grande después del Premio Nobel. El prestigio y el dinero —sin necesidad de que hiciera nada aparte de *pensar*— eran tan abrumadores que Albert olvidó cuánto había odiado Berlín en su juventud. Su odio a la ciudad y su gente había sido tan extremo que a los veinte años había renunciado a su nacionalidad alemana para adoptar la suiza.

O quizá algo completamente distinto había borrado esos horribles recuerdos.

Berlín, para mí, sólo inspiraba miedo. En Berlín estaba la familia de Albert, que me detestaba. Berlín era notoriamente hostil con los europeos eslavos y yo era todo menos aria. Y, sobre todo, en Berlín estaba Elsa, quien, sospechaba, había maquinado todas las ofertas que le habían llegado a Albert. Con Elsa cerca —sin importar cuánto me jurara él que habían roto—, temía que Berlín fuera la muerte de mi matrimonio.

Pero según Albert no había opción. En el pasado habíamos hablado sobre las nuevas oportunidades y la posibilidad de mudarnos juntos, pero no esta vez. Después de que Max Planck y Walther Nernst viajaran hasta Zúrich para persuadir a Albert de que aceptara el trabajo —un trabajo que, dijeron con dramatismo, era crucial para el futuro de la ciencia—, éste anunció que nos iríamos a Berlín. Al principio le rogué que nos quedáramos, pero, tras su enfática

insistencia, durante las siguientes semanas dije poco, incluso cuando me incitaba a hacerlo; era como si esperara que me negara a ir para poder dejarme.

Para ir hacia su fama. Y hacia Elsa, sin duda.

Aun así, me aferré a él. ¿Por qué? Todavía me lo pregunto. ¿Porque había sacrificado tanto por él que la idea de abandonarlo significaba perderlo todo? ¿Porque me preocupaba el futuro de los niños, con sus padres divorciados? ¿Porque había empezado a creermelas cosas horribles que Albert me decía? Cuanto más pasiva me mostraba por la mudanza, con más odio hacia mí reaccionaba él, como si quisiera provocar una pelea para justificar el abandono. Una noche, frente a los niños, me gritó: «¡Le quitas la alegría a todo!». Otro día, me llamó «la más oscura de las amargadas» delante de los Hurwitz. Pero cuando miraba los dulces ojos de mis hijos me preguntaba cómo sobrevivirían a la mancha del divorcio, y me quedaba con él.

Sorprendentemente, Albert aceptó ir de vacaciones a Kač en agosto antes de que empezáramos a organizar nuestra mudanza de otoño. Nunca pensé que accedería a visitar a mis padres en el Chapitel —se había resistido desde que Hans Albert era muy pequeño, tanto que mis padres no habían visto a Tete, que ahora tenía tres años, desde que había nacido—, pero ahora se mostraba totalmente dispuesto ir. Casi me parecía sospechoso.

Tan pronto como llegamos a Kač, empezó a provocar discusiones conmigo sobre Berlín, y caí en la cuenta de sus razones para complacerme con el viaje: hacerme enfadar tanto que decidiera quedarme allí con mis padres. De esa manera, podría abandonarme con la conciencia limpia. Después de ver lo mal que me trataba, mamá y papá apoyarían la idea de que los niños y yo nos quedáramos con ellos.

Pero nada de lo que Albert hiciera o dijera me alteraría, ya que había accedido a que después de Kač, el 23 de septiembre, lo acompañara a una conferencia en Viena. Allí me esperaba Helene.

Helene y yo nos aferramos la una a la otra como a balsas en aguas turbulentas.

—Chicas, chicas, vuestro encuentro es hermoso, pero tenemos que irnos —

dijo Albert divertido, soltando humo de su pipa.

Era increíble cómo podía cambiar a su encantadora personalidad pública después de haberme gritado que caminara detrás de él y no a su lado. Durante esa época se avergonzaba de mí.

Pero Helene y yo no lo escuchábamos.

—Te he echado mucho de menos, Mitza —afirmó ella.

—También yo te he añorado —respondí con la cara hundida en su cabello.

Sus rizos castaños ahora estaban salpicados de gris y las arrugas entre sus cejas eran mucho más profundas. Era normal: Helene y su familia habían vivido la guerra de los Balcanes los últimos dos años, un conflicto que hacía imposible viajar y cubrir las necesidades básicas.

Qué agradecida me sentía de que estuviéramos juntas. Teníamos tres gloriosos días por delante mientras Albert daba conferencias, acudía a reuniones y se codeaba con sus colegas. Helene y yo estaríamos solas la mayor parte del tiempo —a excepción de las conferencias de Albert, a las que Helene quiso asistir por educación, supongo—, ya que yo había dejado a los niños en Kać con mis padres.

—No nos hemos visto durante años, pero hablo contigo todos los días. Siempre estoy hablando contigo en mi cabeza.

Helene soltó una risita que sonó como la de la estudiante que alguna vez había sido.

—Yo también, Mitza.

Albert volvió a interrumpirnos.

—Señoras, de verdad que tenemos que irnos. El Octogésimo Quinto Congreso de Ciencias Naturales espera, y mi conferencia comienza en menos de una hora.

Dejamos la estación de tren donde nos habíamos encontrado con Helene y subimos a un coche. El tiempo pasó a toda velocidad mientras charlábamos de sus hijas y mis hijos, con Albert hablando constantemente de la inteligencia de los niños y de su talento musical. Antes de que me diera cuenta, estábamos en nuestros asientos esperando que empezara la conferencia.

Helene echó una ojeada a la sala con los ojos como platos. Mis cartas habían

sido su fuente principal de información respecto a la fama de Albert, pero no la había experimentado en primera persona. Yo busqué rostros familiares, pero ninguno de los amables profesores de Zúrich, Praga o Berna que había conocido a lo largo de los años estaba allí. Era simplemente un mar de sobrios bigotes y barbas. Y no había ninguna mujer salvo nosotras.

—¿Todo esto es por Albert? —preguntó Helene.

—Sí —respondí, intentando sonreír—, se ha convertido en toda una estrella.

Tan pronto como Albert subió los escalones hacia el estrado, el auditorio se llenó con una tormenta de aplausos. Sonrió ante la adulación, los ojos brillantes, una amplia sonrisa formándose en sus labios, la luz centelleando en las hebras grises de su salvaje pelo oscuro. Era una interpretación de sí mismo, de su yo excéntrico y travieso, similar a como era de joven; un personaje impostado que comenzaba a cultivar. Entendiendo la dicotomía de su transformación inmediatamente, Helene apretó mi mano. No necesitábamos hablar para comunicarnos, incluso después de todos los años que habían pasado.

Albert se aclaró la garganta y habló para sus fans.

—Bienvenidos, estimados colegas. Agradezco su invitación a este Octogésimo Quinto Congreso de Ciencias Naturales.

»Como me han pedido, mi conferencia de hoy se centrará en mi nueva teoría de la gravitación, que amplía mi teoría de la relatividad especial establecida en 1905.

—¿Ése no era tu artículo? —susurró Helene.

Asentí. Ella me miró afligida. Era la única persona en el mundo aparte de Albert que sabía hasta donde llegaba mi autoría en los artículos de 1905, incluyendo el hecho de que se trataba de un homenaje a Lieserl, y entendió lo difícil que era para mí haber sido borrada del proyecto. Al sentir su empatía, los ojos se me llenaron de lágrimas; no estaba acostumbrada a que me compadecieran. Miré hacia el techo, intentando evitar que alguien en la multitud me viera llorar.

Albert empezó a explicar el trabajo que él y Marcel habían hecho hasta la fecha. Escribió sus ecuaciones y comparó el desarrollo de su teoría de la gravitación con la historia del electromagnetismo. Entonces se lanzó hacia las

dos teorías basadas en la relatividad que estaba considerando y luego expuso su propia teoría; el lugar se llenó de gruñidos. Cuando abrió un espacio para preguntas, incontables manos se alzaron como una ola, y el profesor Gustav Mie, de Greifswald, se levantó sin esperar a que le dieran la palabra. Visiblemente impaciente, dijo que la teoría de Albert no tenía en cuenta el principio de equivalencia; una crítica importante.

Incluso después de que acabara el tiempo de preguntas y Albert hubiera bajado del estrado, seguía rodeado de científicos. Algunos buscaban respuestas para preguntas esotéricas y otros buscaban su autógrafa en alguno de los artículos que había escrito. Cuando disminuyó el público, caminó hacia nosotras.

—¿Qué te ha parecido, Helene? —preguntó.

A pesar de todas las adulaciones que ya había recibido, buscaba más. De todo el mundo menos de mí.

—Impresionante, Albert.

Helene mencionó la cantidad de gente que había y sus reacciones, justo el tipo de respuesta que Albert deseaba. ¿Qué más podía haber dicho? Yo sabía que ella no entendía de matemáticas ni de física; era una estudiante de historia.

Caminamos por los largos pasillos hacia la salida. Ya en la calle, hablaron acerca de Berlín y él respondía con entusiasmo por la mudanza. Como Albert me había exigido, yo caminaba unos pasos detrás de él. Cuando la gente que lo reconocía se acercaba para pararlo con preguntas o comentarios sobre su conferencia, se dirigían a Helene como «señora Einstein», ignorando los intentos de ésta de corregirlos. Yo era una oscura sombra detrás de la luz de Albert, a la que ellos no veían.

En una esquina, Albert se enzarzó en un debate con el persistente profesor Mie, y Helene y yo nos fuimos. De todos modos, Albert tenía otras reuniones que atender. Encontramos un cálido café cercano y pedimos dos cafés y dos porciones de tarta Linzer, la especialidad local.

Helene le dio un bocado a su porción y se echó hacia atrás en el asiento mientras masticaba la masa quebrada con canela, almendras y mermelada de grosella.

—Hacía tanto tiempo que no comía algo así...

—Has sufrido mucho, Helene.

Me había fijado en su vestido azul deshilachado, que casi parecía una colcha de tantos pedazos y zurcidos, y que sin duda era el mejor que tenía.

—Las cosas tampoco han sido fáciles para ti, Mitza.

—Bueno, nada en comparación con lo tuyo. Yo no me he visto obligada a buscar comida ni he tenido problemas para cubrir las necesidades básicas. No he tenido el fantasma de la guerra sobre mí. Yo estoy bien; sólo es un poco de estrés matrimonial, que también tú has sufrido. —Aunque hacía mucho que Helene no me hablaba de las desavenencias con su esposo, yo siempre las tenía en mente.

—Mitza, puede que tú no hayas vivido la dura realidad de la guerra, pero tu situación es terrible. ¿Por qué crees que estoy aquí? Tus cartas me tenían tan preocupada que busqué la manera de venir a Viena para encontrarme contigo. Y ahora que os veo a ti y a Albert en persona, ahora que te miro a los ojos, creo que estás mucho peor de lo que dices. Peor incluso que cuando perdiste a Lieserl.

Me atravesaron sentimientos contradictorios. Quería protestar, decirle que todo iba bastante bien, la perorata que me había repetido durante años, la que siempre les contaba a mamá y papá, pero mis verdaderos sentimientos bullían en la superficie. Empecé a llorar.

—Mitza, has caminado detrás de Albert como una sirvienta. Sus colegas me han llamado señora Einstein y, ¡por el amor de Dios!, ni tú ni Albert los habéis corregido. A pesar de los problemas que yo haya podido tener con mi marido, siempre me ha respetado. ¿Cómo has llegado hasta ese punto?

—No lo sé, Helene —dije entre lágrimas—. No lo sé.

—Ya no siento ningún aprecio por Albert —afirmó—. No me gusta la persona en que se ha convertido.

Fue como si me hubiera quitado el gran peso que me aplastaba. Nadie salvo yo veía al hombre detrás de su máscara pública.

—¿De verdad, Helene? Podría abrazarte sólo por decir eso. Otros amigos aún lo admiran por sus logros científicos, incluso cuando han sido testigos de cómo me trata. Es como si su admiración profesional los llevara a sentir un inalterable afecto personal, sin importar lo despreciable de su comportamiento.

Helene me cogió del hombro, obligándome a mirarla.

—¿Dónde estás, Mitza? ¿Dónde está la chica brillante que conocí en la pensión Engelbrecht? Eras tan callada entonces..., pero estabas lista para atravesar con tu ingenio a cualquiera cuando era necesario. ¿Adónde se ha ido esa chica? La necesitamos de vuelta.

Terribles sollozos sacudían mi cuerpo. Los clientes del café me miraban, pero no me importó.

—No sé adónde ha ido, Helene —lloré.

—Mitza, debes despertar esa parte de ti misma, a esa chica fuerte que has escondido durante tantos años. Porque el futuro está claro para mí, aunque no sea vidente. Vas a tener que luchar.

18 de julio de 1914

Berlín, Alemania

Albert llevaba fuera de casa seis días, su ausencia injustificada más larga desde que habíamos llegado a Berlín. Seis días con Hans Albert y Tete preguntando por su padre. Seis días de encontrarme con los colegas de Albert, que me contaban historias de los maravillosos almuerzos y cenas que acababan de compartir con el laureado profesor. Seis días de fingir que todo estaría bien cuando él *decidiera* volver a nuestro piso en el 33 de la Ehrenbergstrasse después de salir hecho una furia porque le pregunté si regresaría a casa para la cena.

Pero no estaría todo bien cuando volviera, si es que volvía. Con el impulso de Helene y el ejemplo de madame Curie, mi fuerza había despertado. No soportaría más humillaciones de manos de Albert, ni personales ni profesionales. Si Albert no apreciaba a la mansa compañera en que me había convertido en nuestros años juntos —la física fallida a la que robaba ideas cuando quería y la esposa que se doblegaba a su capricho—, estaba segura de que odiaría el regreso de la vieja Mileva. Y ella precisamente sería quien iría a saludarlo a la puerta cuando volviera de su escapada cobarde con su amante, Elsa.

Sólo pensar en ella —cubierta en perfume, con el cabello rubio teñido, exactamente el tipo de mujer consentida y burguesa del que Albert solía burlarse— me ponía enferma. No tanto por que me hubiera «robado» a Albert, sino por su desfachatez.

—Por favor, señora Einstein, deje que la ayude —había dicho ella con una sonrisa cuando los niños y yo llegamos solos a Berlín para buscar piso después

Navidad; Albert la había enviado al hotel para «atendernos» sin mi consentimiento previo.

Mirando la sonrisa rojo rubí pintada sobre sus labios, no pude hablar. Su audacia de presentarse ante la mujer de su amante me había dejado sin habla.

Elsa, como insistió en que la llamara, continuó hablando a pesar de mi silencio.

—Conozco a los mejores agentes inmobiliarios de Berlín. Será un placer ayudarlos a encontrar el piso adecuado —cacareó, como si su inocente ofrecimiento buscara mi beneficio y el de mis niños y no fuera para asegurarse de que ocupábamos un piso conveniente para que Albert pudiera ir a visitarla con facilidad.

Con Tete tirándome del brazo y Hans Albert observando con sospecha, me negué. Mis hijos podían ver lo que su padre no veía. ¿Qué clase de ser humano mira a los ojos a la mujer de su amante y pretende ofrecerle la salvación?

La puerta se cerró de un golpe. Los chicos corrieron a mi lado. Aunque nunca les había dicho lo que pasaba entre Albert y yo, ellos lo sabían, y su instinto de protección estaba alerta. Mirándoles a los ojos marrones, tan parecidos a los de Albert, y susurrándoles que todo iría bien, los envié a sus habitaciones. Sin importar cómo me sintiera respecto a su padre, no quería que fueran testigos de lo que estaba a punto de pasar.

Seguí a Albert hacia su estudio, donde se había refugiado inmediatamente después de entrar en casa, sin saludar siquiera a los niños.

—Así que Elsa al fin te ha robado por completo, ¿no? —dije con un tono de voz firme.

¿Por qué debía controlar mis palabras? Mejor mostrar las cartas desde el principio.

Se volvió para mirarme, sus cejas se levantaron con sorpresa. Desde que habíamos llegado a Berlín había sido clara con la fidelidad que esperaba de él, pero nunca había mencionado a Elsa, porque no podía soportar decir su nombre; no podía ni imaginar lo que veía en esa insípida matrona sin educación. Pero

después de que hubiera desaparecido durante seis días —días en los que, además, oía murmurar sobre mí en todas partes como si todos nuestros conocidos en Berlín supieran desde hacía mucho lo de Elsa— estábamos lejos de eso.

—Elsa no puede robarte lo que no posees —respondió fríamente.

La otra Mileva se hubiera hecho añicos con sus palabras, pero yo no me amilané. Mantuve la calma y dije:

—Por favor, déjame reformularlo: has abandonado durante seis días a tu esposa y a tus hijos por Elsa. ¿Estoy en lo cierto?

Ante eso, Albert no dijo ni una palabra.

—Pero no es el primer abandono, ¿verdad? Nos dejaste por la ciencia hace mucho, ¿no? —seguí.

Resoplando de ira, gritó:

—¡No soy yo quien te ha abandonado por la ciencia y por otras mujeres, eres tú la que me ha abandonado con tus celos y con tu falta de cariño! ¡Tú me empujaste a los brazos de Elsa!

Meneé la cabeza y sonreí ante su visión infantil del mundo. Estaba tan centrado en sí mismo que realmente pensaba que había sido yo quien había dejado de quererlo primero. Que mis celos y mi desidia habían tenido lugar *antes* de que él me engañara y secara todas mis ambiciones científicas. Que yo lo había empujado a los brazos de Elsa. Era tan ridículo que ni me molesté en responder. Habría sido como discutir con un loco. Un loco al que la fama había vuelto poderoso.

—¿A qué viene esa sonrisa? —preguntó enojado.

—Tu comentario sólo refleja el típico pensamiento egoísta que he aprendido a esperar de ti pero que ya no toleraré más.

—¿Ah, no? He preparado algo que creo que borrará esa sonrisa de tu cara. — Me tendió un papel.

—¿En serio? —pregunté, y cogí el papel de su mano.

—En serio —dijo—. Léelo.

—¿Qué es esto?

—Es una lista de condiciones bajo las cuales aceptaré quedarme en este piso

contigo y los niños. Para que pueda mantener mi relación con ellos. En cuanto a nuestra relación, quiero que los aspectos personales queden reducidos a nada.

—¿En serio? —pregunté otra vez.

¿Pensaba que yo era una propiedad por la cual podía firmar un contrato? Helene gritaría si estuviera aquí, y papá... no puedo ni imaginar lo que haría. Incluso mamá querría que me alejara de esta situación.

—Totalmente. Si no acatas estas condiciones, no me quedará más remedio que pedirte el divorcio.

Miré la hoja de papel. Estaba llena de los garabatos de Albert y se parecía a los protocolos de los experimentos de física que tantas veces habíamos escrito. Pero cuanto más lo examinaba, más me daba cuenta de que no se parecía a ningún otro documento que Albert hubiera escrito antes. Probablemente no se parecía a ningún documento que se hubiera escrito antes.

Era un contrato de comportamiento. Mientras leía el inhumano acuerdo, cláusula por cláusula, me sentí más y más indignada. El documento enumeraba las tareas domésticas que *debía* hacer para Albert: lavar su ropa, prepararle la comida, servírsela en su habitación, limpiar su cuarto y su estudio, con la prohibición de tocar su escritorio. E incluso más increíble era la lista de cosas que debía *obedecer* en mi trato personal con él. Exigía que renunciara a cualquier interacción con él en la casa, además él controlaría con quién y dónde podía hablar yo y qué tipo de cosas podía decirle delante de los niños. Asimismo, insistía en que renunciara a todo tipo de intimidad física con él.

El documento me convertía en una propiedad.

Sentí la solidaridad de Helene a mi lado, animándome a decir:

—¿Cómo se te ha podido pasar por la cabeza que aceptaría esto?

«¿Que me hundiría más abajo aún de lo que ya me has enterrado?»

—No me quedaré contigo en este piso de ningún otro modo —dijo con cierto aplomo.

Y entonces me di cuenta de que había ganado él, tanto si yo accedía como si no; tanto si me marchaba como si no.

Le puse el papel en las manos. Me entristeció pensar que de alguna manera ya había cumplido casi todas esas condiciones, darme cuenta de lo bajo que había

caído.

Tomé aire y anuncié:

—No tienes que preocuparte.

Me miró incrédulo.

—¿Aceptas los términos?

—Oh, no, yo *nunca* aceptaría esos términos, Albert. No tienes que preocuparte por quedarte con nosotros, porque somos *nosotros* los que nos vamos.

29 de julio de 1914

Berlín, Alemania

Sonó el silbato del tren y Tete aplaudió. No entendía la importancia de esa partida. Para él era un viaje más. Había habido tantos...

Sin embargo para mí ese viaje de vuelta a Zúrich era totalmente distinto. Zúrich representaba viejos amigos, mis años académicos, un posible trabajo, un clima saludable y una situación política estable para los niños, así como la esperanza de una vida feliz sin Albert.

Él permaneció a nuestro lado mientras el tren se preparaba para recoger pasajeros. Después de abrazar a Tete, intentó hacer lo propio con Hans Albert varias veces, pero mi hijo mayor se zafaba de su abrazo. Hans Albert no era tan inconsciente —ni perdonaba con tanta facilidad— como su hermano.

Las puertas del tren se abrieron y los dos niños me cogieron de la mano. Albert, con lágrimas en los ojos, se arrodilló para decir adiós por última vez. Era la primera señal de remordimiento o tristeza que había visto desde que habíamos llegado a Berlín.

—¿Por qué estás tan triste, papá? —preguntó Tete, acercándose para tocar la cara de Albert con su mano libre.

La dulce caricia desató algo reprimido en Albert. Empezó a llorar.

—Os voy a echar de menos, a los dos.

Sólo lo había visto llorar una vez, cuando murió su padre.

¿Finalmente estaba arrepintiéndose de sus acciones? Tal vez un tiempo separados haría que nos apreciara, aunque dudaba mucho que Albert fuera capaz de cambiar. «Para», me ordené a mí misma. No podía permitirme pensar de esa

manera; abría la puerta a la debilidad. Y yo ya no podía aceptar su tiranía. Ése era el adiós a nuestro matrimonio.

Tete soltó mi mano y abrazó a su padre.

—No te preocupes, papá. Te veremos pronto.

Hans no se conmovió con la extraña muestra de angustia de Albert. En vez de eso, me cogió con más fuerza de la mano. No hizo un solo movimiento hacia él.

—¡Todos a bordo para Zúrich! —gritó el revisor desde la ventanilla del tren.

—Vamos, Tete —le dije—, debemos irnos.

Lo cogí de la mano y sin mirar a Albert conduje a los niños hacia el tren. Encontramos un compartimento vacío y los senté con comida y libros mientras el asistente subía nuestras maletas al portaequipajes. Vi a Albert inmóvil en el andén. Las lágrimas le mojaban la cara.

¿Dónde habían estado esas lágrimas todo aquel tiempo? Había pasado años sin mostrar empatía o compasión por mí o los niños o la muerte de Lieserl. Incluso durante nuestra separación de los últimos meses, no había visto evidencia alguna de melancolía por nuestro matrimonio fallido o por la partida de sus hijos.

El pobre Fritz Haber, un profesor de química cercano a nosotros, había sido el designado para memorizar los términos del divorcio que habíamos pactado dolorosamente. La custodia era mía y recibiría una suma anual para la manutención de los niños, que pasarían las vacaciones con Albert pero nunca en compañía de Elsa. Yo recibiría en Zúrich los muebles del piso. Las ganancias de cualquier futuro Premio Nobel, algo que parecía muy posible dado que había estado nominado durante los cinco años anteriores, serían para mí. Negociar este último término había provocado la única muestra real de emoción por nuestro divorcio, pero había sido de enojo, no de tristeza. Albert inicialmente se había resistido a la idea de compartir conmigo el dinero del Premio Nobel —el que esperaba por cualquiera de nuestros cuatro artículos de 1905—, pero yo insistí. Ya que había borrado mi nombre de esos artículos, poniendo el reconocimiento lejos de mi alcance, al menos merecía el dinero.

No lloré. No sentía nada. Sonreí a mis hijos, que estaban ansiosos, para tratar de calmar sus miedos. El compartimento del tren, aunque estaba abarrotado con

nuestras pertenencias y decorado con pesados ornamentos en terciopelo rojo, parecía extrañamente vacío. ¿Faltaba algo? Nuestros baúles y maletas estaban guardados seguros encima de nosotros y nuestras bolsas de mano estaban a un lado, en los asientos. No podía ser la ausencia de Albert; los chicos y yo estábamos acostumbrados a viajar sin él, a vivir sin él, en realidad. ¿Cuál era la fuente de aquella sensación? ¿Podía ser Lieserl? No, ella estaba conmigo, era la sombra que conducía mi vida, una ausencia que de algún modo estaba siempre presente. Quizá lo que faltaba era la vieja yo que dejaba atrás. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía Mitza de nuevo.

Sonó el silbato del tren y miré por la ventanilla: ahí estaba Albert. Rugiendo y temblando, el tren comenzó a tomar velocidad mientras salía de la estación. Aceleró más y más y Albert se hizo más y más pequeño. Como el *quantum*. O un átomo. Hasta que desapareció por completo en el éter.

Epílogo

4 de agosto de 1948

62 Huttenstrasse, Zúrich, Suiza

Todo cuerpo tiende a mantener su estado de reposo o movimiento uniforme y rectilíneo a no ser que sea obligado a cambiar su estado por fuerzas ejercidas sobre él. Encontraba esta ley del movimiento hermosa y profunda, una declaración elegante de una de las verdades de Dios descubiertas por el hombre. En mi juventud, percibía el principio como si se aplicara únicamente a los objetos; sólo más tarde me di cuenta de que también afectaba a las personas. El camino de mi infancia —matemática, científica, solitaria— continuó en línea recta hasta que una fuerza actuó sobre él. Albert era la fuerza impresa sobre mi camino recto.

La fuerza de Albert actuó sobre mí de acuerdo a la segunda ley del movimiento. Me arrastró en su dirección y a su velocidad, y su fuerza se volvió la mía. Mientras respondía al papel de amante, madre de sus hijos, esposa y secreta compañera científica, le permití cortar todas las partes de mí que no se ajustaban a su molde. Desenvolví otras partes para seguir sus sueños. Sufrí en silencio cuando tuve que ceder porque mis deseos no encajaban en los suyos. Como el sacrificio de mis ambiciones profesionales por su ascenso estelar. Como darme por vencida en mi lucha por tener a Lieserl conmigo.

Hasta que no pude soportar más su fuerza y la tercera ley del movimiento se disparó y ejercí una fuerza igual en magnitud y en dirección opuesta a la suya. Recuperé el espacio que me pertenecía. Lo abandoné.

Desde entonces he estado en reposo, desafiando las leyes del movimiento. He visto la guerra llegar a Europa una vez, luego otra, y durante ese tiempo he tomado la mano de mi querida y clarividente Helene cuando la he necesitado.

Cuando obtuve el dinero del Premio Nobel que había pactado con Albert durante el divorcio, lo dediqué a la crianza de mis hermosos hijos —mi brillante Hans Albert, que se convirtió en ingeniero, y mi pobre Tete, que sucumbió a la enfermedad mental—; desperté mi inteligencia y mi pasión por la ciencia y me convertí en tutora de prometedoras jóvenes científicas. El tipo de chica que Lieserl pudo haber sido de haber vivido. El tipo de chica que yo fui una vez. Quizá esas chicas encontrarían el resto de los patrones de Dios en la ciencia y, algún día, contarían mi historia.

He sido testigo del ascenso de Albert como un santo secular. Pero ni una sola vez he deseado volver a ser su esposa. Sólo he anhelado volver a ser la madre de Lieserl.

¿Qué hechos podría cambiar para evitar la muerte de Lieserl? ¿Empiezo por alterar mi camino de inocente joven universitaria? ¿Debo regresar a los días en el Chapitel con mi pequeña Lieserl cuando Albert me hizo volver con él? ¿A la estación en que perdí aquel tren? ¿Cómo puedo encontrar *mi camino de vuelta hacia ella*?

Finalmente, aunque está oscuro, puedo ver. Veo el reloj. El tren.

Y comprendo.

No necesito cambiar nada. Porque estoy en el tren. Estoy viajando más rápido que la velocidad de la luz, y las manecillas del reloj giran hacia atrás. Veo a mi Lieserl.

MITZA

Nota de la autora

Confieso que cuando empecé esta novela tenía un conocimiento básico de Albert Einstein y apenas sabía nada de Mileva Marić. De hecho, no había oído hablar de ella hasta que ayudé a mi hijo Jack con un trabajo sobre el magnífico libro para niños de la editorial Scholastic *¿Quién era Albert Einstein?*, que mencionaba brevemente que la primera esposa de Einstein también era física.

Me intrigó. ¿Quién era esa mujer desconocida, que había sido física en una época en la que muy pocas mujeres tenían educación universitaria? ¿Y qué papel había tenido en los descubrimientos del gran científico?

Cuando empecé a investigar a Mileva me encontré con que, más que ser desconocida como yo pensaba, era el tema de muchos debates en el mundo de la física. Era muy discutido el papel que pudo haber tenido en la gestación de las innovadoras teorías de Albert en 1905, particularmente cuando, en la década de 1980, salieron a la luz las cartas de la pareja escritas entre 1897 y 1903, cuando Mileva y Albert eran universitarios y estaban recién casados. En ellas discutían proyectos compartidos, lo que causó revuelo entre los físicos. ¿Era Mileva simplemente una caja de resonancia de la lluvia de ideas de Albert, como muchos científicos sostenían? ¿Lo ayudó únicamente con algunos cálculos complicados de matemáticas, como decían otros? ¿O había tenido un papel mucho más decisivo, como pocos físicos creían?

Mientras rebuscaba en su historia, descubrí que Mileva era fascinante por sí misma, no sólo como una nota a pie de página en la historia de Albert Einstein. Su ascenso entre las aguas estancadas de la misoginia serbia hasta las aulas universitarias de física y matemáticas de Suiza, que eran exclusivamente para hombres, había sido meteórico. A mi parecer, la pregunta de qué papel tuvo realmente en el «año milagroso» de Albert se convierte en un estudio de cómo Mileva —después del embarazo, su examen fallido y el matrimonio— fue

obligada a subsumir sus ambiciones científicas y su inteligencia por el éxito de Albert. Su historia era la historia de muchas mujeres inteligentes y educadas cuyas aspiraciones fueron marginadas en favor de sus esposos. Creí que era tiempo de que estas historias se contaran.

Dada la nueva luz que esta novela arroja sobre el famoso Albert, muchos lectores de *A la sombra de Einstein* tendrán curiosidad por saber cuánto en este libro es verdad y cuánto especulación. En el marco general de la historia — fechas, lugares y personas—, intenté mantenerme tan fiel a los hechos como fue posible, tomándome las libertades necesarias para integrar la ficción. Un ejemplo de estas licencias es que Mileva no empezó su vida en Zúrich en la pensión Engelbrecht, sino que después de vivir en otra pensión acabó allí gracias a sus amigas; por tanto, la escena de Mileva y su padre con los Engelbrecht es totalmente ficticia, como muchas otras escenas entre Mileva y sus amigas en la pensión, aunque todas pudieron haber ocurrido en algún momento. Y, por supuesto, hay muchas otras localizaciones en las que imaginé los detalles de los acontecimientos sobre los que conocía sólo los hechos concretos. Para conocer las verdaderas vidas de las personas descritas en *A la sombra de Einstein*, invito a los lectores a acceder a la colección de papeles, cartas y artículos de Albert Einstein y Mileva Marić disponibles en el magnífico sitio web <<http://einsteinpapers.press.princeton.edu>>.

Ciertamente, hay especulación en *A la sombra de Einstein*; el libro es, sobre todo, ficción. Por ejemplo, el destino exacto de Lieserl es un misterio, aunque no por falta de esfuerzo; Michele Zackheim escribió un maravilloso libro llamado *La hija de Einstein: la búsqueda de Lieserl* sobre la prolongada búsqueda de la niña, que sin embargo no produjo ningún resultado. ¿La dieron en adopción? Me parece bastante probable que muriera de escarlatina, enfermedad suficientemente grave en aquella época como para que Mileva corriera a Kać.

De manera similar, no se conoce la contribución precisa de Mileva a las teorías de 1905 atribuidas a Albert, aunque nadie puede discutir que, como mínimo, fue el apoyo emocional e intelectual de su esposo durante esa etapa crítica. Pero dada la forma en que Mileva veía el mundo y cuán desesperadamente debió de amar a su hija, ¿no es posible que la pérdida de

Lieserl le inspirara para crear la teoría de la relatividad especial? Responder mediante la ficción las preguntas aparentemente sin respuesta de la vida de Mileva, explorando los «y si», es lo que hizo esencial para mí escribir *A la sombra de Einstein*.

Muchos libros y artículos de la vasta biblioteca de material escrito sobre Albert Einstein me ayudaron inmensamente en la investigación para este libro. De ellos, encontré particular ayuda e inspiración en: *Albert Einstein/Mileva Marić: The love letters*, editado por Jürgen Renn y Robert Schulmann; *Einstein in Love: A Scientific Romance (Las pasiones de Einstein)*, Lumen, 2005), de Dennis Overbye; *In Albert's Shadow: The Life and Letters of Mileva Marić, Einstein's First Wife*, de Milan Popović; *Einstein: His Life and Universe (Einstein: su vida y su universo)*, Debate, 2016), de Walter Isaacson, y *Einstein's Wife: Work and Marriage in the Lives of Five Great Twentieth-Century Woman*, de Andrea Gabor. Éstos son sólo algunos.

Agradecimientos

El propósito de *A la sombra de Einstein* no es tanto resaltar la contribución de Albert Einstein a la humanidad y la ciencia como compartir la faceta humana subyacente bajo sus contribuciones científicas. *A la sombra de Einstein* quiere contar la historia de una mujer brillante cuya luz se perdió en la alargada sombra de Albert: la historia de Mileva Marić.

Muchas personas fueron fundamentales para ayudarme a sacar a Mileva Marić de las sombras de su famoso esposo, Albert Einstein, y traerla a la luz en *A la sombra de Einstein*. Mi incansable agente, Laura Dail, lideró el trabajo, y mi fantástica editora de Sourcebook, Shana Drehs, llevó la antorcha. El equipo completo de Sourcebooks —Dominique Raccah, junto con los fantásticos Valerie Pierce, Heidi Weiland, Heather Moore, Lathea Williams, Stephanie Graham, Heather Hall, Adrienne Krogh, Will Riley, Danielle McNaughton, Travis Hasenour y tantos otros— corrieron desde allí, convirtiéndose en entusiastas defensores de *A la sombra de Einstein*.

Mi maravillosa familia y amigos han sido indispensables con su apoyo, incluyendo —pero definitivamente no limitándome— a mi equipo de Sewickley, mis chicas escritoras de la suerte: Illana Raia, Kelly Close y Ponny Conomos Jahn. Pero sin mis chicos Jim, Jack y Ben defendiendo este proyecto, *A la sombra de Einstein* nunca hubiera visto la luz. Para ellos mi gratitud infinita.

A la sombra de Einstein
Marie Benedict

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The other Einstein*

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de la cubierta: © Dorota Gorecka / Arcangel Images

© Marie Benedict, 2016

© por la traducción, Andrea Rivas Alamillo, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-670-5490-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

